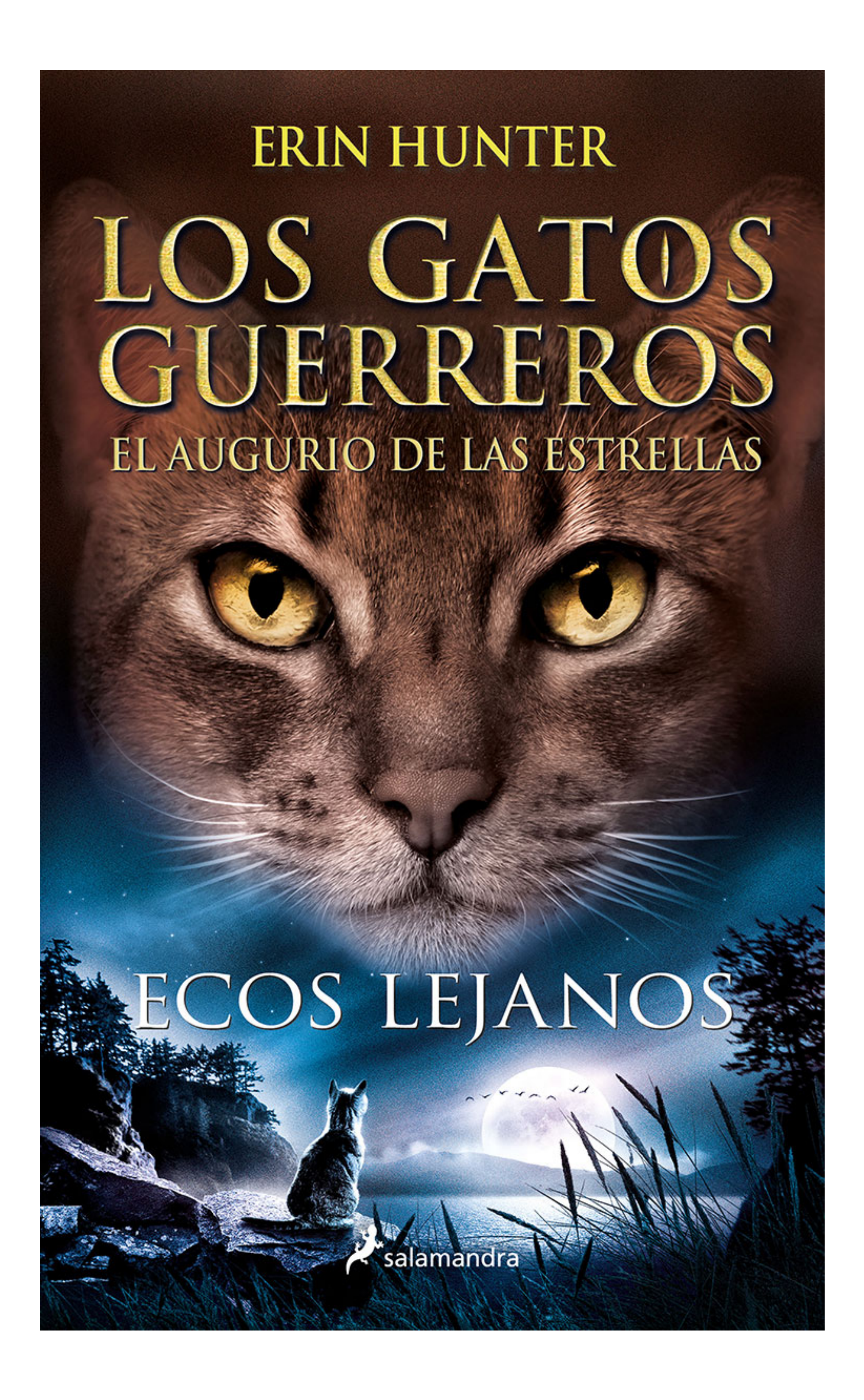

ERIN HUNTER
LOS GATOS GUERREROS
EL AUGURIO DE LAS ESTRELLAS
ECOS LEJANOS
salamandra

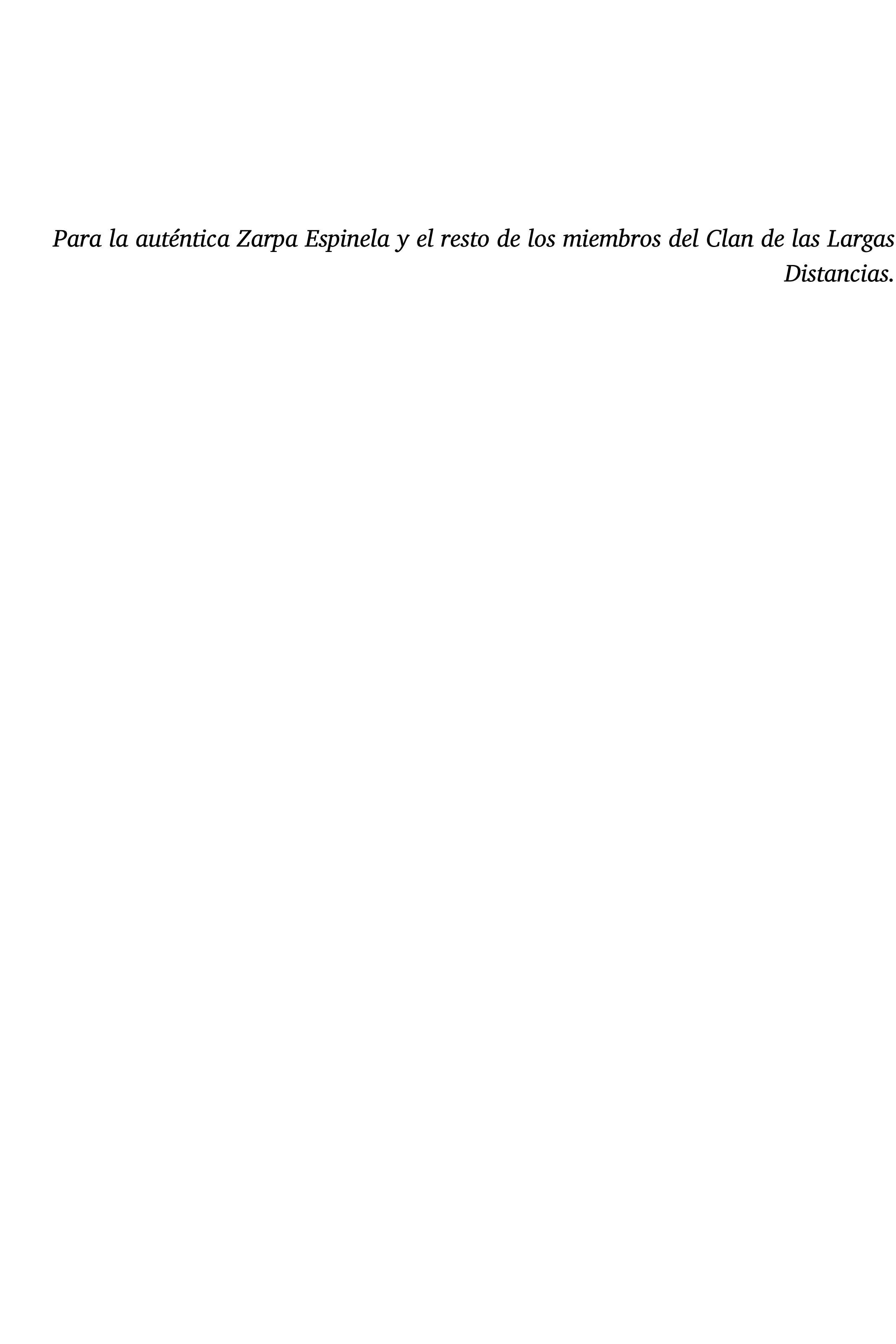
Erin Hunter

Ecos lejanos

Traducción del inglés de
Begoña Hernández Sala




Un agradecimiento especial para Kate Cary



Para la auténtica Zarpa Espinela y el resto de los miembros del Clan de las Largas Distancias.

—Hay algo más que debes hacer.

Estrella de Tigre volvió su imponente cabeza para mirar al guerrero.

Al entornarlos, los ojos de Alcotán quedaron reducidos a un par de rendijas glaciales.

—¿Qué?

—Hay otra aprendiza —le dijo Estrella de Tigre—. Tiene un gran poder. Debe unirse a nosotros para que la batalla esté igualada. Paséate por sus sueños. Enséñale que nuestra lucha es su destino.

A continuación, sacudió la punta de la cola, larga y oscura.

—Ve —ordenó.

Y cuando el corpulento guerrero dio media vuelta para internarse en la niebla, añadió con un gruñido:

—No deberías tener ningún problema. Ya está lista.

Filiaciones



CLAN DEL TRUENO

Líder

ESTRELLA DE FUEGO: gato de un intenso color rojizo.

Lugarteniente

ZARZOSO: gato atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

Curandero

GLAYO: gato ciego y atigrado de color gris y ojos azules.

Guerreros

(gatos y gatas sin crías)

LÁTIGO GRIS: gato gris de pelo largo.

MILI: gata atigrada de color gris.

MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

TORMENTA DE ARENA: gata de color melado claro
y ojos verdes.

FRONDE DORADO: gato atigrado marrón dorado.

ACEDERA: gata parda y blanca de ojos ámbar.

NIMBRO BLANCO: gato blanco de pelo largo y ojos azules.
CENTELLA: gata blanca con manchas canela.

ESPINARDO: gato atigrado marrón dorado.
Aprendiza: GABARDETA

ESQUIRUELA: gata de color rojizo oscuro y ojos verdes.

HOJARASCA ACUÁTICA: gata atigrada de color marrón claro y ojos ámbar.

ZANCUDO: gato negro de patas largas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.

BETULÓN: gato atigrado marrón claro.

CANDEAL: gata blanca de ojos verdes.

BAYO: gato de color tostado.

PINTA: pequeña gata gris y blanca.
Aprendiza: FLORINA

RATONERO: gato gris y blanco.
Aprendiz: ABEJORRO

CARBONERA: gata atigrada de color gris.
Aprendiza: ZARPA ESPINELA

LEONADO: gato atigrado de color dorado y ojos ámbar.
Aprendiza: ZARPA DE TÓRTOLA

RAPOSO: gato atigrado rojizo.

NUBE ALBINA: gata blanca.

TORDO: gato blanco y negro.

ROSADA: gata de color tostado oscuro.

Aprendices

(de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros)

GABARDETA: gata de color marrón oscuro.

FLORINA: gata parda y blanca.

ABEJORRO: gato de color gris muy claro con rayas negras.

ZARPA ESPINELA: gata atigrada de color plateado y blanco y ojos azul oscuro.

ZARPA DE TÓRTOLA: gata de color gris claro y ojos verdes.

Reinas

(gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas)

FRONDA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

DALIA: gata de pelo largo color tostado, procedente del cercado de los caballos.

ROSELLA: gata parda, madre de dos cachorritos hijos de Bayo: Grosellita (gatita de color rojizo) y Jerbillo (gatito marrón y tostado).

Veteranos

(antiguos guerreros y reinas, ya retirados)

MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

PUMA: gato viejo, rechoncho y de hocico gris. En otro tiempo, un solitario.

RABO LARGO: gato atigrado, de color claro con rayas muy oscuras, retirado anticipadamente por problemas de vista.



CLAN DE LA SOMBRA

Líder

ESTRELLA NEGRA: gran gato blanco con unas patas enormes y negras como el azabache.

Lugarteniente

BERMEJA: gata de color rojizo oscuro.

Curandero

CIRRO: gato atigrado muy pequeño.
Aprendiz: ROSERO (gato rojizo)

Guerreros

ROBLEDO: pequeño gato marrón.
Aprendiz: ZARPA DE HURÓN (gato tostado y gris)

SERBAL: gato rojizo.

CHAMUSCADO: gato negro.

SAPERO: gato marrón oscuro.

POMA: gata de color marrón moteado.
GRAJO: gato negro y blanco.

LOMO RAJADO: gato marrón con una larga cicatriz en el lomo.

Aprendiza: PINOSA (gata negra)

AGUZANIEVES: gata de un blanco inmaculado.

TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes.
Aprendiz: CHIRLERO (gato rojizo)

OLIVA: gata parda.

RAPAZ: gato atigrado de color marrón claro.

TOPERA: gata gris de zarpas negras.

CARBÓN: gato gris oscuro.

MANTO RUANO: gato moteado de color marrón y rojizo.

CORAZÓN DE TIGRE: gato atigrado marrón oscuro.

CANELA: gata de color marrón claro.

Reinas

PELOSA: gata atigrada de pelo largo que apunta en todas direcciones.

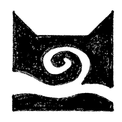
YEDRA: gata blanca, negra y parda.

Veteranos

CEDRO: gato gris oscuro.

AMAPOLA: gata atigrada marrón claro de patas muy largas.
CRÓTALO: gato marrón oscuro de cola rayada.

ESPUMOSA: gata blanca de pelo largo, ciega de un ojo.



CLAN DEL VIENTO

Líder

ESTRELLA DE BIGOTES: gato atigrado de color marrón.

Lugarteniente

PERLADA: gata gris.

Curandero

AZOR: gato gris moteado.

Guerreros

CORVINO PLUMOSO: gato gris oscuro.

CÁRABO: gato atigrado de color marrón claro.
Aprendiz: PARDINO (gato de color marrón claro)

COLA BLANCA: pequeña gata blanca.

NUBE NEGRA: gata negra.

GENISTA: gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules.

TURÓN: gato rojizo de patas blancas.

LEBRÓN: gato marrón y blanco.

HOJOSO: gato atigrado oscuro de ojos ámbar.

HORMIGUERO: gato marrón con una oreja negra.

RESCOLDO: gato gris con dos patas oscuras.

COLA BRECINA: gata atigrada de color marrón claro y ojos azules.
Aprendiza: ZARPA DE RETAMA (gata blanca y gris)

VENTOLERO: gato negro de ojos ámbar.
Aprendiz: PLOMIZO (gato grande de color gris claro)

CAÑAMERA: gata atigrada de color marrón claro.

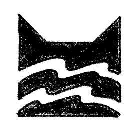
FOSCA: gata de color gris oscuro.

CARA SOLEADA: gata parda con una gran mancha blanca en la frente.

Veteranos

MANTO TRENZADO: gato atigrado de color gris oscuro.

OREJA PARTIDA: gato atigrado.



CLAN DEL RÍO

Líder

ESTRELLA LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

Lugarteniente

VAHARINA: gata de color gris oscuro y ojos azules.

Curandera

ALA DE MARIPOSA: gata atigrada de color dorado y ojos ámbar.
Aprendiza: BLIMA (gata atigrada de color gris)

Guerreros

JUNCAL: gato negro.
Aprendiz: LOBEZNO (gato atigrado de color marrón oscuro)

BOIRA: gata atigrada gris claro.
Aprendiza: NEBLINA (gata atigrada gris claro)

AJENJO: gato atigrado de color gris claro.

NIVEA: gata blanca de ojos azules.

PALOMERA: gata de color gris oscuro.
Aprendiza: ZARPA PICAZA (gata blanca y marrón)

GUIJO: gato gris moteado.

Aprendiz: CARRICERO (gato atigrado marrón claro)
MALVOSO: gato atigrado marrón claro.

PARDAL: gato pardo y blanco.

BICHERO: gato atigrado marrón y blanco.

PÉTALO: gata blanca y gris.

MATOJO: gato de color marrón claro.

Reinas

VESPERTINA: gata atigrada marrón.
MUSGOSA: gata parda de ojos azules.

Veteranos

ROANA: gata gris moteada.
SALTÓN: gato blanco y canela.

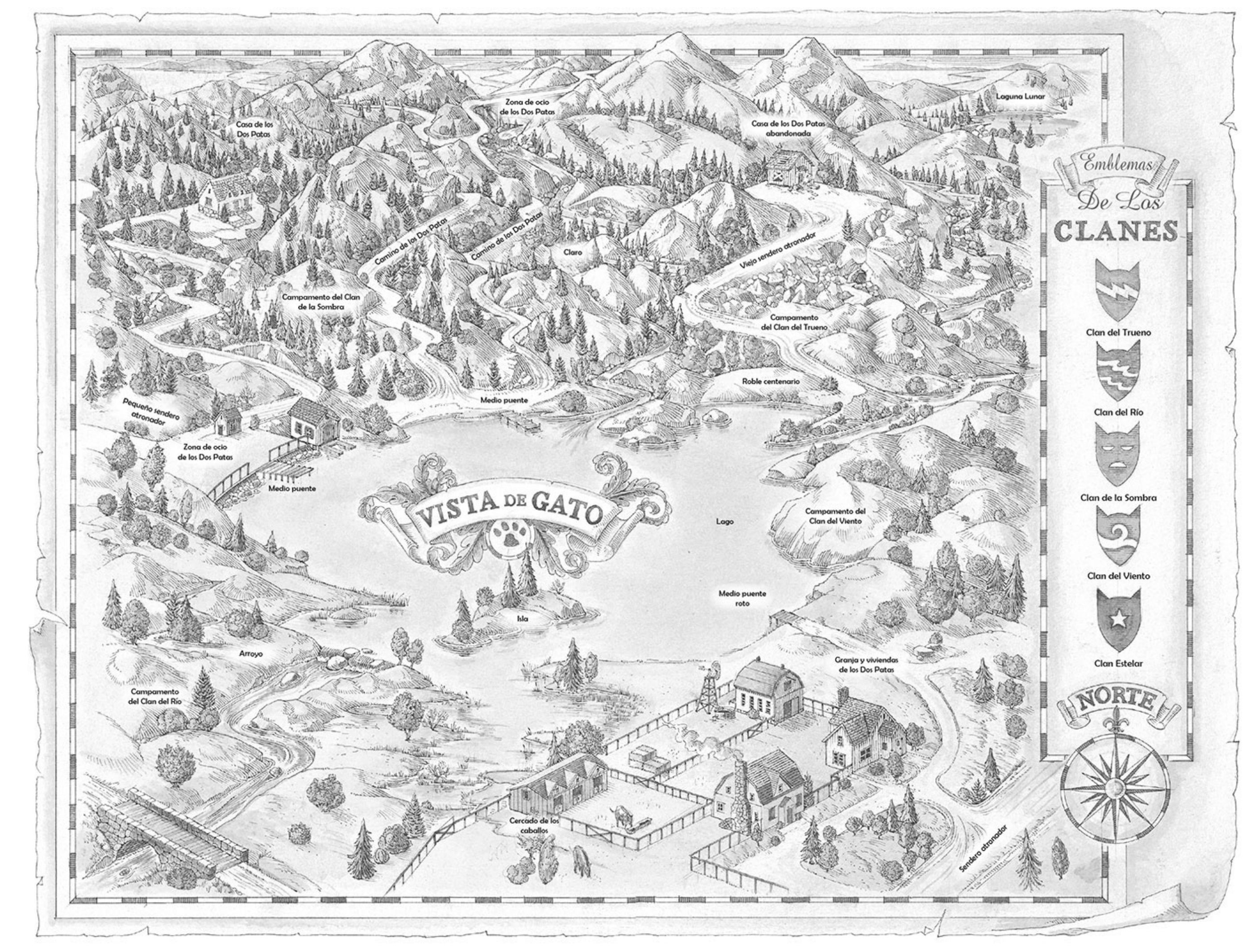
GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

HUMAZO: musculoso gato de color blanco y gris que vive en un granero junto al cercado de los caballos.

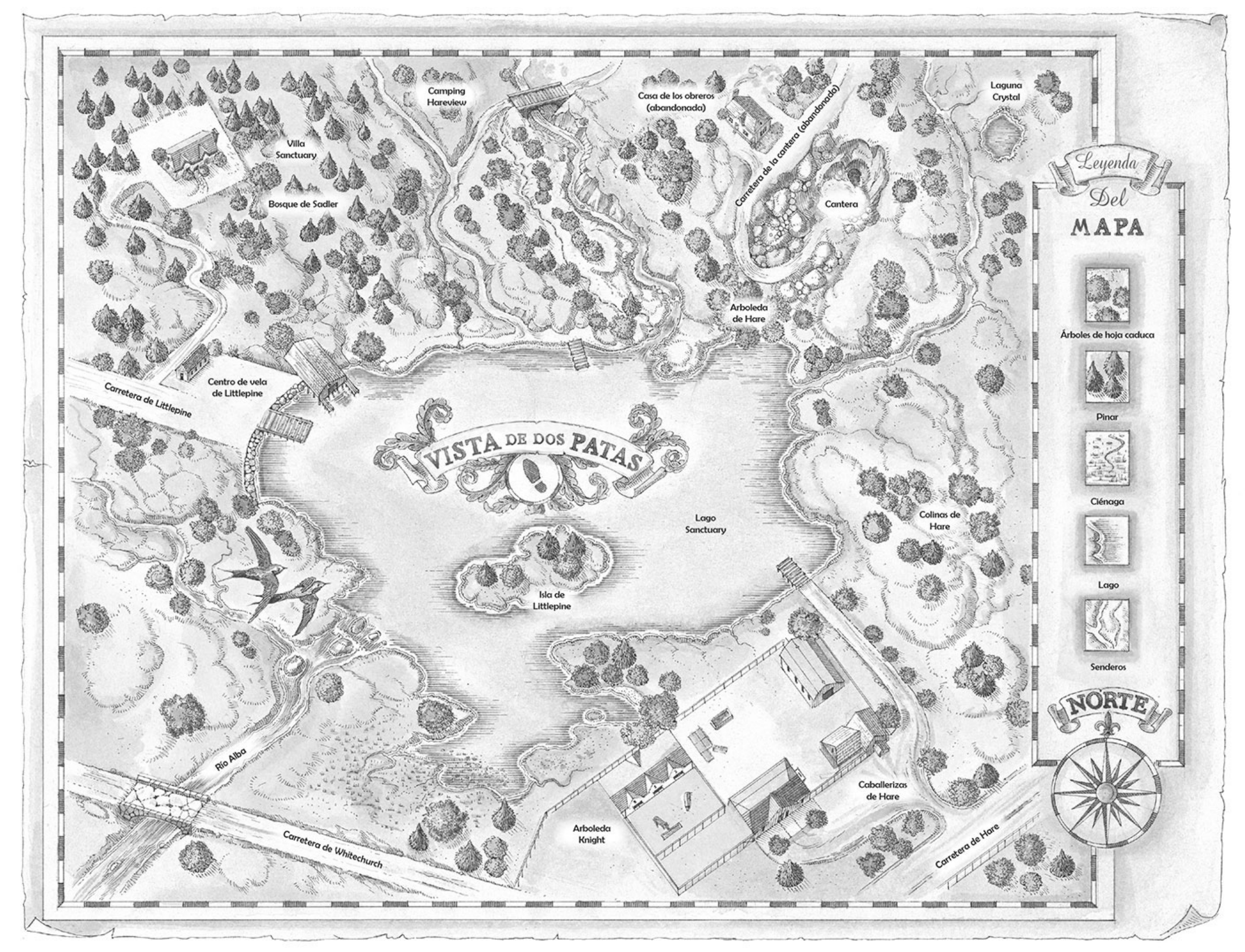
PELUSA: pequeña gata blanca y gris que vive en el cercado de los caballos.

OTROS ANIMALES

MEDIANOCHE: tejona observadora de las estrellas que vive junto al mar.



VISTA DE GATO
Emblemas De Los CLANES
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar
NORTE
Laguna Lunar
Casa de los Dos Patas abandonada
Zona de ocio de los Dos Patas
Casa de los Dos Patas
Camino de los Dos Patas
Camino de los Dos Patas
Claro
Viejo sendero atronador
Campamento del Clan de la Sombra
Campamento del Clan del Trueno
Roble centenario
Medio puente
Pequeño sendero atronador
Zona de ocio de los Dos Patas
Medio puente
Lago
Campamento del Clan del Viento
Medio puente roto
Isla
Arroyo
Campamento del Clan del Río
Granja y viviendas de los Dos Patas
Cercado de los caballos
Sendero atronador


VISTA DE DOS PATAS
Leyenda Del MAPA
Árboles de hoja caduca
Pinar
Ciénaga
Lago
Senderos
NORTE
Camping Hareview
Casa de los obreros (abandonada)
Laguna Crystal
Villa Sanctuary
Carretera de la cantera (abandonada)
Cantera
Bosque de Sadler
Arboleda de Hare
Centro de vela de Littlepine
Carretera de Littlepine
Lago Sanctuary
Colinas de Hare
Isla de Littlepine
Río Alba
Caballerizas de Hare
Arboleda Knight
Carretera de Whitechurch
Carretera de Hare



Prólogo

Los árboles susurraban, rama contra rama, por encima del desolado suelo forestal. La niebla se enroscaba en sus troncos, lisos y blancos como huesos, y serpenteaba por el bosque nocturno. Más allá de las ramas se desplegaba el cielo, frío y sin estrellas. No había luna que proyectara sombras, pero una luz inquietante resplandecía a través de los árboles.

Sonaron unos pasos en la tierra yerma. Dos guerreros se alzaron sobre las patas traseras y se abalanzaron el uno contra el otro. Sus cuerpos se movían y se retorcían como espectros en la penumbra. Uno era marrón. El otro, negro. El viento agitaba las copas de los árboles cuando el gato marrón, con una fuerte sacudida, le lanzó un golpe despiadado a su delgado oponente. El gato negro lo esquivó, sin despegar ni un instante la vista de las zarpas de su rival, entornando los ojos con concentración.

El gato marrón erró el golpe, aterrizó pesadamente y reaccionó con demasiada lentitud para evitar la penetrante dentellada del gato negro. Con un bufido, volvió a erguirse sobre las patas traseras, se revolvió y dejó caer las zarpas delanteras, como rocas, sobre su contrincante, que se derrumbó ante la fuerza de la embestida y se quedó sin aliento cuando su pecho impactó contra el suelo. El gato marrón empezó a arañarlo con sus afiladas uñas, y arrugó la nariz cuando de la herida empezó a manar sangre, escarlata y salada.

Veloz como una serpiente, el gato negro se libró con agilidad de las zarpas de su rival y empezó a golpearlo rítmicamente, atacándolo por un lado y luego por el otro, hasta que el gato marrón retrocedió. Aprovechando ese momento de

debilidad —un solo instante de distracción—, el gato negro saltó hacia delante y hundió los colmillos en la pata delantera de su oponente.

Con los ojos llameando de rabia, el guerrero marrón aulló y se sacudió de encima al gato negro. Los dos se quedaron mirándose durante un largo segundo, con ojos relucientes y calculadores. Entonces, el gato negro se agachó y se retorció, colándose por debajo de la barriga blanca del gato marrón, pero éste le lanzó un zarpazo antes de que pudiera alejarse, le enganchó el pellejo con sus garras largas y curvadas y lo inmovilizó contra el suelo.

—Demasiado lento —gruñó el guerrero marrón.

El negro se debatió con un destello de pánico en los ojos al ver que las mandíbulas de su rival comenzaban a cerrarse alrededor de su garganta.

—Basta.

Un atigrado oscuro emergió entre las sombras, y sus enormes zarpas quebraron los jirones de niebla.

Los dos gatos se detuvieron al instante, y luego se separaron. El marrón se sentó sobre las ancas, con una pata levantada, como si le doliera. El negro se puso en pie con esfuerzo y se sacudió de arriba abajo, salpicando gotitas de sangre por el suelo del bosque.

—He visto algunos movimientos buenos, Alcotán —le dijo el atigrado oscuro al corpulento guerrero marrón. Luego dirigió la mirada al gato negro—. Estás mejorando, Ventolero, pero tendrás que ser más rápido si quieres vencer a guerreros más fuertes. Cuando no iguales en peso a un oponente, usa la velocidad y emplea su peso contra él.

Ventolero inclinó la cabeza.

—Trabajaré en ello, Estrella de Tigre.

Un cuarto gato surgió entre las sombras. Sus rayas plateadas centellearon a la media luz mientras rodeaba a Estrella de Tigre.

—Alcotán puede enfrentarse a cualquier guerrero —maulló, dulce como la miel—. No hay muchos gatos con semejante habilidad y fuerza.

Estrella de Tigre frunció el hocico.

—¡Silencio, Cebrado! —bufó—. Alcotán conoce sus propias fuerzas.

Cebrado parpadeó.

—Yo no estaba...

—Y siempre se puede mejorar —lo cortó Estrella de Tigre.

Un quinto gato apareció por detrás de un árbol. Su pelaje marrón oscuro destacaba contra la corteza lisa y gris.

—Alcotán depende demasiado de su fuerza —maulló entre dientes—. Ventolero, de su velocidad. Juntos formarían un gran guerrero. Por separado, son

vulnerables.

—Estrella Rota. —Alcotán saludó al atigrado greñudo mostrándole los dientes—. ¿Se supone que deberíamos seguir los consejos del guerrero que fue incapaz de silenciar a Glayo?

Estrella Rota agitó la punta de la cola.

—No esperaba que el Clan Estelar luchara con tanta fuerza para salvarlo.

—Jamás subestimes a tu enemigo —replicó Alcotán, que estiró la pata delantera, haciendo una mueca de dolor.

Ventolero se lamió los profundos zarpazos que tenía en el costado, y la lengua se le enrojeció con su propia sangre.

—Debemos estar preparados —gruñó Estrella de Tigre—. No basta con vencer a un enemigo en cada arremetida. Debemos entrenar hasta que seamos capaces de derrotar a una patrulla entera con una sola zarpa.

Ventolero apartó la vista de sus heridas y lo miró con ojos relucientes.

—Yo ya puedo derrotar a Lebrón y Hojoso en los entrenamientos.

Los ojos de Estrella de Tigre se oscurecieron.

—El entrenamiento es otra cosa. Los guerreros luchan con mucho más ímpetu cuando están tratando de salvar sus vidas.

Ventolero arañó el suelo.

—Yo puedo luchar con más ímpetu.

Estrella de Tigre asintió.

—Tú tienes más razones que la mayoría.

Un gruñido sordo ascendió por la garganta de Ventolero.

—Te han agraviado —maulló Estrella de Tigre quedamente.

—Vosotros sois los únicos que parecéis comprenderlo.

En la penumbra, el joven rostro de Ventolero parecía el de un cachorro.

—Ya te he dicho que tu único camino es el de la venganza —le recordó Estrella de Tigre—. Con nuestra ayuda, podrás vengarte de todos los gatos que te han traicionado.

Ventolero lo miró con avidez.

—Y de todos los que se mantuvieron al margen y no hicieron nada mientras otros reclamaban como propio lo que era tuyo —añadió el atigrado.

—Empezando por Corvino Plumoso. —Ventolero bufó al pronunciar el nombre de su padre.

Estrella Rota ondeó su cola torcida.

—¿Qué hizo tu padre para defenderte? —maulló; sus palabras estaban teñidas de amargura, como si se vieran afectadas por sus propios recuerdos.

Cebrado se adelantó, despacio.

—Nunca te valoró.

Estrella de Tigre le indicó que retrocediera con un movimiento de la cola.

—Intentó aplastarte, volverte débil.

—No lo consiguió —maulló Ventolero con desprecio.

—Pero lo intentó. Quizá porque valoraba más a sus hijos del Clan del Trueno. Esos tres hermanos jamás deberían haber nacido… —Estrella de Tigre se acercó al joven guerrero con los ojos centelleantes, sosteniéndole la mirada como una serpiente que quisiera hipnotizar a su presa, y prosiguió—: Te han criado con mentiras y cargándote con las debilidades de otros. Tú has sufrido mientras otros prosperaban. Pero eres fuerte. Arreglarás las cosas. Tu padre traicionó a su propio clan y te traicionó a ti. Hojarasca Acuática traicionó al Clan Estelar al emparejarse con un guerrero.

Ventolero sacudió la cola.

—Haré que todos paguen por lo que han hecho… —En sus ojos no brillaba un fuego abrasador, sino un odio que helaba—. Me vengaré de todos y cada uno de ellos.

—Eres un guerrero noble, Ventolero —declaró Estrella Rota—. No puedes vivir una vida engendrada con mentiras. La lealtad al código guerrero corre por tus venas con demasiada intensidad.

—No como por esos llorones —coincidió el joven.

Alcotán no se había separado de él.

—¿Practicamos un poco más? —propuso.

Estrella de Tigre negó con la cabeza.

—Hay algo más que debes hacer.

Estrella de Tigre volvió su imponente cabeza para mirar al guerrero.

Al entornarlos, los ojos de Alcotán quedaron reducidos a un par de rendijas glaciales.

—¿Qué?

—Hay otra aprendiza —le dijo Estrella de Tigre—. Tiene un gran poder. Debe unirse a nosotros para que la batalla esté igualada.

—¿Quieres que la visite? —maulló Alcotán; en sus ojos de hielo brillaba la amenaza.

Estrella de Tigre asintió.

—Paséate por sus sueños. Enséñale que nuestra lucha es su destino. —A continuación, sacudió la punta de la cola, larga y oscura—. Ve —ordenó.

Y cuando el corpulento guerrero dio media vuelta para internarse en la niebla, añadió con un gruñido:

—No deberías tener ningún problema. Ya está lista.



1

Zarpa de Tórtola se estremecía en sueños.

—¡Zarpa de Tórtola! ¡Zarpa de Tórtola!

A su alrededor aullaban unas voces, mientras ella luchaba contra la corriente que le tiraba del cuerpo y la sacudía en la oscuridad.

—¡Zarpa de Tórtola!

Los gritos sonaban desgarrados por el miedo. Junto a ella pasaban troncos y ramas, dando vueltas arroyo abajo, y más allá de sus patas se abría una oscuridad profunda y aterradora que le atenazaba la garganta.

—¡Zarpa de Tórtola!

El desesperado y solitario aullido de Torrentero resonó en los oídos de la aprendiza, que abrió los ojos, sobresaltada.

Zarpa Espinela, su hermana, se movió a su lado.

—¿Estabas soñando? —La aprendiza irguió la cabeza y la miró, nerviosa—. Te sacudías como un ratón.

—Ha sido sólo una pesadilla. —Zarpa de Tórtola intentó que su voz sonara firme.

Le retumbaba el corazón, y el grito de Torrentero todavía le resonaba en los oídos. Estiró el cuello y lamió la cabeza de su hermana.

—Ya ha pasado, no ha sido nada —añadió, aunque sabía que no era cierto.

A Zarpa Espinela se le empezaron a cerrar los ojos de nuevo, y Zarpa de Tórtola aspiró su aroma. «Estoy en casa —se recordó a sí misma—. Todo está bien.» Aun así, todavía le martilleaba el corazón. Se desperezó en su lecho,

estremeciéndose hasta la punta de la cola, y se levantó con pereza. Luego avanzó con cuidado entre los aprendices que aún dormían y salió de la guarida.

La luz de la luna bañaba el claro vacío y, por encima del muro rocoso que protegía el campamento, el cielo se veía lechoso con la primera luz del alba. De la maternidad surgían los maullidos de los cachorritos de Rosella, y de la guarida de los guerreros brotaban ronquidos. El aire le resultó extrañamente fresco, húmedo y reconfortante en el hocico. Durante muchas lunas, Zarpa de Tórtola no había conocido otra cosa que el viento abrasador de la sequía, que le resecaba la lengua. Pero en ese instante saboreó la frescura del bosque, embriagadora y deliciosa.

Jirones de nubes cruzaban el cielo salpicado de estrellas, envolviendo el Manto Plateado como si fueran telarañas. Zarpa de Tórtola se preguntó si Torrentero estaría allí, mirándola junto a sus antepasados estelares.

«Lo siento.» Las palabras resonaron en su mente como la llamada solitaria de un búho.

Aunque ya había transcurrido un cuarto de luna desde el largo viaje que habían hecho arroyo arriba, el recuerdo de lo ocurrido aún le dolía en lo más hondo. Zarpa de Tórtola había partido con Leonado y dos gatos de cada clan en busca de los castores que habían bloqueado la corriente de agua y habían estado a punto de desecar el lago. Trabajando en equipo, los gatos habían conseguido destruir el dique y liberar el agua, que había vuelto a llenar el lago poco a poco. Ahora la vida empezaba a volver a los territorios. Ella lo notaba en el susurro del bosque, podía oírlo en los movimientos de las presas, más allá del campamento.

De pronto sintió una oleada de orgullo. Era ella la que había percibido a los castores arrastrando troncos para taponar el arroyo, la que había ayudado a destruir el dique. Y ahora todos los clanes iban a sobrevivir. Torrentero, el guerrero del Clan del Río, había muerto luchando contra aquellas criaturas enormes y marrones, que eran más fuertes que los zorros y tenían unos colmillos amarillos mucho más letales que sus poderosas garras.

Sin embargo, desde que habían regresado, Zarpa de Tórtola se veía asaltada por los recuerdos del viaje, y la muerte de Torrentero la perseguía en sueños. ¿Le ocurriría lo mismo a Leonado? La joven aprendiza no se atrevía a preguntárselo. Tampoco le había confesado a Glayo que el viaje seguía aferrado a sus pensamientos. Tal vez la consideraran débil. Y tenía un gran destino por delante.

¿Cómo era posible que estuviera a la altura de la profecía que le habían anunciado a Estrella de Fuego muchas lunas atrás? «Habrá tres, sangre de tu sangre, que tendrán el poder de las estrellas en sus manos.»

Zarpa de Tórtola era una de los tres, junto con Leonado y Glayo. Y eso todavía

la conmocionaba. La habían nombrado aprendiza hacía menos de una luna, y ya cargaba sobre los hombros con más responsabilidades que un guerrero experimentado. ¿Qué podía hacer, aparte de pulir el poder que le habían otorgado, el poder que la convertía en una de los tres? Practicaba a diario, proyectando sus sentidos hacia lo más profundo del bosque para escuchar, saborear y buscar sonidos y movimientos que ni siquiera Glayo era capaz de detectar.

La joven aprendiza se acomodó delante de la guarida, cerró los ojos y dejó que sus sentidos vagaran. La brisa húmeda le acarició el pelaje, y la solidez de la tierra desapareció bajo su cuerpo. Su mente dejó atrás el ronroneo de los hijos de Rosella, que se acurrucaban en la maternidad. El bosque vibraba de vida, y los olores y sonidos la invadieron: pájaros que se sacudían las plumas antes de iniciar su trino matinal; una patrulla tempranera del Clan de la Sombra que salía adormilada del campamento, avanzando con torpeza por el suelo resbaladizo cubierto de pinaza; el aroma intenso de la nébeda que crecía junto a la vivienda abandonada de los Dos Patas; el sonido del agua que borboteaba por el arroyo rocoso de la frontera del Clan del Viento...

«¡Espera!»

¿Por qué había dos gatos avanzando sigilosamente por la orilla del lago a aquellas horas de la mañana?

Zarpa de Tórtola sintió un hormigueo de ansiedad. Abrió los ojos. Debía contárselo a alguien enseguida, pero ¿cómo iba a hacerlo sin revelar su poder? «Podría contárselo a Leonado...» No, no podía acudir a su mentor. Leonado estaría durmiendo en la guarida de los guerreros, y sería imposible despertarlo sin molestar a los demás.

«¿Y Glayo? ¡Por supuesto!» Desde que Hojarasca Acuática se había unido a los guerreros, él dormía solo en la guarida del curandero...

Zarpa de Tórtola cruzó el claro a toda prisa y atravesó la cortina de zarzas que cubría la entrada de la oscura cueva.

—¡Glayo!

Los ojos de la joven aprendiza se dilataron, para que sus pupilas se acostumbraran a la penumbra. Luego corrió hasta el lecho de Glayo y lo empujó con el hocico.

El curandero tenía el pelo alborotado por el sueño y la nariz metida debajo de una zarpa.

—Lárgate —refunfuñó.

—Es importante —susurró la aprendiza.

Glayo levantó la cabeza y abrió sus ciegos ojos azules.

—¡Estaba soñando! —le soltó, malhumorado.

Zarpa de Tórtola se puso tensa. ¿Habría interrumpido un mensaje del Clan Estelar?

—Estaba a punto de atrapar a un ratón…

Glayo juntó las zarpas casi por completo para indicar la distancia que lo separaba de su presa.

—Lo tenía así de cerca.

La joven aprendiza se tragó un ronroneo risueño. Era reconfortante saber que el curandero del Clan del Trueno soñaba con cazar ratones, como cualquier otro gato.

—Lo siento.

—¡A mí no me hace gracia!

Glayo se puso en pie para sacudirse el pelo, y Zarpa de Tórtola se apartó cuando él saltó de su lecho y aterrizó ágilmente a su lado.

—¿Qué ocurre?

Se lamió una pata y se la pasó por los bigotes.

—Hay dos gatos rodeando el lago —respondió la joven.

Glayo bajó la pata y la miró a los ojos. Zarpa de Tórtola parpadeó. Aún no se había acostumbrado a que el curandero se comportara como si pudiera ver, a pesar de su ceguera.

—¿Vienen hacia aquí?

La joven asintió. Fue un alivio que no le hubiese preguntado si estaba segura. Él la creía, sin más. Confiaba en ella al cien por cien. Tenía fe en su poder. Para Glayo, Zarpa de Tórtola era indudablemente una de los tres.

El curandero tomó aire despacio, pensativo.

—¿Sabes a qué clan pertenecen?

¿Por qué no se le había ocurrido comprobarlo? Zarpa de Tórtola volvió a proyectar sus sentidos y dejó que vagaran de nuevo por la orilla del lago, hasta que alcanzaron a los gatos, que seguían avanzando.

—Son del Clan del Río —anunció al percibir el olor a pescado que emanaban.

También distinguió el color de sus pelajes: uno era atigrado y dorado; el otro, de un gris azulado. Se trataba de dos gatas. La atigrada era más esbelta.

—Ala de Mariposa —dijo Zarpa de Tórtola.

El olor a hierbas en el pelaje de la curandera era intenso.

La gata gris era más grande y tenía la corpulencia de una guerrera experimentada.

—Y Vaharina, la lugarteniente.

Glayo asintió, y se le empañaron los ojos.

—¿Qué ocurre? —Zarpa de Tórtola se le acercó un poco más.

—Están de duelo —susurró el curandero.

La aprendiza se percató de la tristeza en los pasos lentos y pesados de las gatas del Clan del Río, pero el pesar que transmitía la voz de Glayo le dijo que él sentía el dolor de aquellas gatas como si fuera propio.

—¿Por qué están de duelo?

Glayo suspiró.

—Creo que Estrella Leopardina ha muerto.

—¿Muerto? —Zarpa de Tórtola se puso tensa—. ¿Ha perdido todas sus vidas?

—Ya había llegado a la novena. Sólo era cuestión de tiempo...

El curandero se incorporó y se acercó a la grieta que había en la roca al fondo de su guarida.

—Probablemente, Vaharina y Ala de Mariposa se dirigen a la Laguna Lunar —le explicó a la joven—. Vaharina debe recibir sus nueve vidas. —Al desaparecer por la grieta, su voz resonó desde las sombras—. Ya que nos hemos despertado tan temprano —continuó con cierto reproche—, podríamos hacer algo útil.

Zarpa de Tórtola apenas lo oía. «¿Estrella Leopardina ha muerto?» Proyectó sus sentidos más allá del lago, hasta alcanzar el campamento del Clan del Río, y su mente se vio asaltada por las imágenes del conmocionado clan: algunos gatos daban vueltas alrededor de un cuerpo tendido en el claro, cabizbajos e intranquilos, mientras otros frotaban el pelaje moteado de su líder con romero y hierbabuena, en un intento de ocultar el olor a muerte. Una reina guiaba a sus cachorros de regreso a la maternidad.

Glayo salió de la gruta con un fardo de hierbas.

—Vaharina será una buena líder —maulló, dejando el paquete en el suelo para regresar al almacén—. Es justa y sabia, y los demás clanes la respetan.

Volvió con otro fardo grande y lo dejó junto al primero.

—¿Y ahora Estrella Leopardina cazará con el Clan Estelar?

—A una guerrera tan noble como ella la recibirán de buen grado.

Glayo comenzó a separar las hojas en montones pequeños. Zarpa de Tórtola arrugó la nariz por el olor y devolvió su atención a la guarida del curandero.

—¿Qué estás haciendo?

—Hay que extender estas hierbas para que se sequen.

—Pero ¿qué vamos a hacer con Estrella Leopardina?

—Nada.

Glayo empujó una pila de hojas hacia la aprendiza.

—La humedad de la lluvia ha entrado en el almacén, y no quiero que se pudran...

—¿No deberíamos contárselo a Estrella de Fuego?

—¿Es que también quieres despertarlo?

Zarpa de Tórtola se quedó mirando su montón de hierbas y llegó a la conclusión de que nada cambiaría si esperaban a que el líder se despertara y saliera de su guarida.

Glayo ya estaba desplegando sus hojas con mano experta, colocándolas una al lado de la otra en el suelo seco. La aprendiza separó una hoja ancha y flexible.

—¿Siempre es el lugarteniente quien se convierte en líder? —preguntó.

—Siempre que ningún otro guerrero crea que él puede liderar mejor al clan.

Zarpa de Tórtola lo miró sorprendida, con una hoja colgándole de la zarpa.

—¿Eso ha sucedido alguna vez?

Glayo asintió.

—En el Clan del Viento. Estrella de Bigotes tuvo que luchar por su liderazgo.

—¿Luchar?

Zarpa de Tórtola dejó la hoja junto a las demás, intentando que no le temblara el pulso. No sabía que los compañeros de clan pudieran volverse los unos contra los otros de esa manera.

—Enlodado pensaba que él sería mejor líder —respondió Glayo como si nada.

Su hilera de hojas ya casi medía una cola de longitud, y Zarpa de Tórtola intentó trabajar más deprisa.

—¡Hazlo con cuidado! —le dijo el curandero—. Si las desgarras, pierden parte de sus jugos curativos.

La joven vaciló antes de sacar otra hoja del montón empapado.

—¿Y eso… sucede a menudo? —quiso saber con un nudo en el estómago—. Me refiero a que los compañeros de clan luchen por ser líderes.

Glayo negó con la cabeza.

—Es algo bastante insólito. Pero si Vaharina va de camino a la Laguna Lunar, significa que nadie ha desafiado su autoridad.

El curandero comenzó a reordenar las hojas que Zarpa de Tórtola había extendido.

—Aunque en otro tiempo alguien podría haberlo hecho.

—¿Quién?

La aprendiza volvió a proyectar sus sentidos hasta el campamento del Clan del Río, buscando con desazón algún movimiento de cola o uñas desenvainadas que pudieran sugerir cierto descontento. Pero no percibió nada. Sólo captó los pasos lentos y las colas gachas de un clan vencido por la tristeza.

—Alcotán. —Glayo casi escupió el nombre—. El hermano de Ala de Mariposa.

—¿Alcotán?

La joven había oído hablar de él en las historias que contaban los veteranos sobre los primeros tiempos en que los clanes llegaron a los territorios del lago.

—Está muerto, gracias al Clan Estelar.

El curandero no apartó la vista de su tarea, aunque sus movimientos se volvieron más lentos, como si los recuerdos lo distrajeran.

—¿Lo has visto en el Clan Estelar?

Glayo pasó por alto la pregunta.

—Date prisa —dijo en su lugar—. Quiero todas estas hojas extendidas para cuando salga el sol; así tendrán tiempo de secarse.

«¿Habrá visto ya a Torrentero?», se preguntó Zarpa de Tórtola, colocando otra hoja más. El recuerdo del guerrero del Clan del Río le atravesó el corazón.

Glayo fue hasta el almacén para sacar un montón nuevo de hierbas mojadas.

—¿Ala de Mariposa y Vaharina han hecho que te despertaras tan pronto?

La joven irguió la cabeza y parpadeó.

—¿Han perturbado tu sueño? —insistió él.

Zarpa de Tórtola negó con la cabeza. No quería compartir el sueño que había interrumpido su descanso.

—¿O estabas soñando con Torrentero?

La aprendiza alzó la vista de golpe, tan sorprendida por la dulzura con la que había hablado Glayo como por la propia pregunta. ¿Acaso se había paseado por su sueño?

El curandero negó con la cabeza.

—No, no me he paseado por tus sueños.

«¿Me está leyendo el pensamiento ahora mismo?» Zarpa de Tórtola hizo una mueca, pero Glayo continuó.

—Sé que estás alterada y puedo notar tu dolor. Es como una ortiga en el corazón, y escuece todavía más cuando tratas de sacártela.

La aprendiza siguió desplegando hojas, como si fuera la tarea más importante que hubiera hecho en su vida. Había intentado ocultar sus sentimientos con todas sus fuerzas para que el curandero no detectara su debilidad. ¿Qué pensaría ahora Glayo de ella? ¿Lo decepcionaría que fuese una de los tres?

El curandero, sin embargo, seguía extendiendo hojas tranquilamente.

—Quizá sientas que eres la responsable de su muerte, pero no es así. Tú tienes un destino, pero no debes olvidar que los demás gatos también. Torrentero debía formar parte de la misión para desbloquear el arroyo. Nació con valor, y tú no habrías podido tener éxito sin él. Su muerte guió tu camino, te ayudó a encontrar otra manera de vencer a los castores. Él murió salvando la vida de sus compañeros de clan. Quien lo condujo a la batalla que acabó con su vida fue el

Clan Estelar, no tú.

Zarpa de Tórtola se quedó mirando fijamente los ojos azules del curandero.

—¿Eso es verdad?

—Claro que sí.

Glayo enrolló una hoja rota, la anudó y la envolvió con otra. Su tono volvió a ser enérgico:

—Los jugos frescos de la hoja rota la harán más fuerte —explicó.

Zarpa de Tórtola asintió, distraída. Glayo había logrado atrapar la ortiga de su corazón y extraerla. Por primera vez desde la muerte de Torrentero, la aprendiza se sintió en paz. ¿Era posible que fuera tan sencillo? Tal vez lo mejor sería que se limitara a seguir su destino y a dejar el resto en manos del Clan Estelar.

Sin embargo, algún día sería más fuerte que dicho clan. Eso era lo que le había prometido Leonado. Y entonces, ¿qué?

Se sentó. La luz del sol estaba empezando a colarse a través de la cortina de zarzas que cubría la entrada de la guarida. Ante ella había unas hileras largas de hojas extendidas.

—Estrella de Fuego ya se habrá despertado. ¿Debería ir a contarle lo de Estrella Leopardina?

Los ojos de Glayo emitieron un leve destello.

—¿Y cómo le explicarás que lo sabes?

Zarpa de Tórtola frunció el ceño.

—¿No crees que Estrella de Fuego debería saber lo de mi poder?

El líder del Clan del Trueno había supuesto que ella conocía la existencia de los castores por un sueño que le había enviado el Clan Estelar, y la joven no había hecho nada por sacarlo de su error. Pero ¿qué probabilidades había de que soñara con la muerte de la líder de otro clan?

—No.

Glayo separó una hoja ennegrecida que había empezado a pudrirse, y la tiró a un rincón de la guarida.

—Las cosas ya son lo bastante complicadas.

—¿Él no sabe lo de vuestros poderes?

El curandero empezó a limpiar las hierbas con la cola, que aún tenían restos de tierra.

—Ni siquiera sabe que nosotros somos los tres.

Zarpa de Tórtola sintió que el estómago se le encogía por la inquietud.

—¿No lo sabe?

¿Por qué? ¿Por qué le ocultaban sus poderes si iban a proteger el futuro de los clanes? Además, la profecía le había sido revelada a Estrella de Fuego en primer

lugar.

—El Clan Estelar no habría compartido la profecía con él si no quisiera que supiese…

—Deberías unirte a una patrulla —la interrumpió Glayo—. Yo acabaré con esto.

La joven gata abrió la boca para protestar, pero el curandero continuó:

—Puedo oír que Zarzoso está saliendo de su guarida. No querrá que lo hagas esperar.

De mala gana, Zarpa de Tórtola salió de la cueva del curandero. Glayo no iba a darle más respuestas. Al llegar al claro, vio a Zarzoso sentado junto a las rocas desprendidas que llevaban a la Cornisa Alta. Carbonera se paseaba delante de él, mientras los demás guerreros salían de su guarida para conocer sus tareas del día. Zarpa de Tórtola percibió un destello de sorpresa en los ojos del lugarteniente cuando la vio salir de la guarida del curandero.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Zarzoso.

La joven hizo un esfuerzo para que sus orejas dejaran de temblar.

—Me dolía un poco la barriga —mintió—. Pero ya estoy mejor.

Zarzoso asintió.

—En ese caso, puedes unirte a la patrulla con Leonado y conmigo.

—¿Alguien ha pronunciado mi nombre?

Leonado salió bostezando de la guarida de los guerreros.

—Irás en la patrulla del alba —le comunicó Zarzoso.

Al guerrero dorado se le iluminaron los ojos, pero al ver a Zarpa de Tórtola frunció el ceño con expresión inquisitiva. Había percibido de inmediato que a su aprendiza le pasaba algo, y ella se apresuró a sacudir la cabeza.

Se oyó un susurro procedente de la maternidad, y los hijos de Rosella salieron tambaleándose, seguidos de la reina, que parecía cansada.

—¿Por qué los cachorros tienen que despertarse tan temprano?

Detuvo a Grosellita y a Jerbillo con la cola cuando ellos empezaron a avanzar hacia los guerreros que se habían reunido junto a las rocas.

—No os acerquéis —los avisó.

—Pero yo quiero oír a Zarzoso —protestó Grosellita.

—No los molestaremos —prometió Jerbillo.

Zarpa de Tórtola se quedó mirando a los cachorros, ensimismada. Aún tenía el cuerpo revuelto por la muerte de Estrella Leopardina, mientras que sus compañeros de clan iban apareciendo en el claro, conscientes tan sólo de las patrullas de caza que se estaban organizando. De repente, la aprendiza sintió como si estuviera atrapada detrás de una cascada, separada de todos sus

compañeros por una reluciente cortina de agua, con la voz ahogada por el estruendo de la corriente.

Zarpa Espinela se le acercó dando saltitos.

—¡Qué temprano es! —se quejó, aunque los ojos le centelleaban de emoción—. ¿No crees que el bosque huele de maravilla? —Respiró hondo y se relamió el hocico—. El aire sabe a presas.

Zarzoso asintió mirando hacia la joven de pelaje plateado y blanco.

—Carbonera y tú podríais uniros a nuestra patrulla fronteriza.

—¡Sí, por favor! —Zarpa Espinela miró a su hermana—. Seguro que cazaré la primera presa del día.

Carbonera se acercó a las aprendizas sacudiendo la cola.

—No cazaremos hasta que hayamos comprobado que las fronteras son seguras —le recordó a Zarpa Espinela.

—Sí, pero después... —maulló la joven, siguiendo a su mentora.

Zarpa de Tórtola fue tras ellas para reunirse con Leonado en el túnel de espinos. Su hermana salió la primera del campamento, junto con Carbonera y Zarzoso.

«¿Debería contarle a Leonado lo de Estrella Leopardina?»

—¡Vamos, Zarpa de Tórtola! —la llamó su hermana.

«No. Será mejor que se lo cuente más tarde.»

La joven aprendiza adelantó a su mentor y corrió tras Zarpa Espinela por el túnel, que aún goteaba por la lluvia. Las tormentas habían dejado el suelo blando y esponjoso, y la tierra se hundía bajo sus patas, desprendiendo una fragancia agradable. El sol había empezado a calentar el bosque, y las ramas emanaban vapor.

Las hojas recién caídas alfombraban el suelo, algunas todavía verdes, marchitas por la reciente sequía y arrancadas precozmente de las ramas por la lluvia torrencial. Zarpa de Tórtola se abrió paso entre ellas para alcanzar a su hermana. Con un ronroneo sonoro, le lanzó un puñado de hojas al lomo.

—¡Eh!

Zarpa Espinela se las sacudió de encima y contratacó con otra lluvia de hojas.

Luego se volvió en redondo y echó a correr. De un brinco subió a un árbol caído, esparciendo pedacitos de corteza que aterrizaron en los bigotes de su hermana y se le quedaron pegados. Zarpa de Tórtola saltó a su lado, la empujó para que perdiera el equilibrio y aulló de risa al verla tambalearse y caer aparatosamente por el otro lado.

Zarpa Espinela chilló y desapareció trastabillando entre las frondas de una mata de helechos.

—¿Zarpa Espinela?

La aprendiza de ojos verdes olfateó los helechos, y su cola se tensó al no detectar movimiento.

—¿Te encuentras bien?

Las frondas se separaron de golpe cuando la aprendiza atigrada se abalanzó sobre su hermana, a la que hizo rodar e inmovilizó triunfalmente contra el suelo.

—¡Ni Grosellita habría picado con el truco de hacerse el muerto! —ronroneó.

Zarpa de Tórtola la empujó con las patas traseras, librándose de ella con facilidad, notando de pronto lo fuerte que se había vuelto después del largo viaje que había hecho en busca de los castores. Zarpa Espinela se levantó para esquivarla cuando saltó de nuevo en su dirección.

—¡Ja! ¡Has fallado! —exclamó Zarpa Espinela antes de echar a correr por la ladera que descendía hasta el lago.

Zarpa de Tórtola corrió tras ella hacia la zona donde empezaban a escasear los árboles. Pero, de pronto, estuvo a punto de chocar con su hermana, que había frenado en seco.

—¡Uau!

La atigrada estaba mirando el lago, boquiabierta. El amplio lecho, que antes estaba seco y salpicado de charcos embarrados y poco profundos en los que se amontonaban los peces mientras los clanes se vigilaban celosamente, había desaparecido.

En su lugar ondeaba una gran extensión de agua plateada que relucía bajo el sol del amanecer. El lago estaba lleno hasta los topes, se estremecía a la sombra de los árboles y los arbustos, y lamía las orillas despacio. Respiraba y se movía, y su sabor colmó la lengua de Zarpa de Tórtola, fresco y sabroso y con una promesa de vida, como el húmedo bosque.

—¡Vamos! —maulló Zarpa Espinela, que ya había salido corriendo del lindero de los árboles.

Zarpa de Tórtola la persiguió, patinando sobre la hierba mojada, y a punto estuvo de caerse por el corto terraplén arenoso que se elevaba sobre la orilla. Los guijarros repiquetearon cuando la joven aterrizó en el borde y corrió tras su hermana.

—¡Nunca había visto tanta agua!

Las olas lamían las patas de Zarpa Espinela. Zarpa de Tórtola, en cambio, se quedó atrás, recordando el torrente de agua que la rotura de la presa de los castores había liberado, y que había derribado árboles y arrancado arbustos, y la había envuelto a ella en un remolino tormentoso mientras la arrastraba bosque abajo. Aquel día, el agua había sido una bestia aterradora, una bestia espumeante

que rugía de furia tras haberse visto acorralada por el dique durante tanto tiempo. Ahora, sin embargo, el lago descansaba pacíficamente, como un atigrado rollizo y plateado, ovillado bajo el cielo azul.

—¿De dónde ha venido toda esta agua? —quiso saber Zarpa Espinela—. ¿Del cielo? ¿Del arroyo?

Zarpa de Tórtola ladeó la cabeza, aguzando el oído. Oyó el sonido de los pequeños arroyos que borboteaban sonoramente por todo el lago, renovados por las lluvias recientes.

—Los arroyos vuelven a fluir —le contó a su hermana—. No sólo el nuestro, sino todos los que desembocan en el lago.

—Genial. Espero que el lago no vuelva a desaparecer.

Se agazapó para lamer el agua, que seguía centelleando, y dio un salto hacia atrás cuando una pequeña ola le salpicó el hocico.

A sus espaldas sonó un aullido furioso. Zarpa de Tórtola se volvió en redondo: Zarzoso iba hacia ellas, seguido de Leonado y Carbonera.

—¡Esto es una patrulla fronteriza, no una excursión para cachorros! —las riñó—. Con el ruido que estáis haciendo habréis ahuyentado a todas las presas de la zona. ¡No envidio a la patrulla de caza!

Cabizbaja, Zarpa de Tórtola siguió a su hermana ribera arriba para detenerse delante del lugarteniente.

—Lo siento.

Las orejas le ardían de vergüenza.

—Ya sé que es muy emocionante que hayamos recuperado el lago —maulló Leonado, más comprensivo—. Pero podréis jugar más tarde.

Zarzoso seguía mirándolas muy serio.

—¿Habéis renovado las marcas de esta zona?

Y señaló la línea olorosa que discurría a tres colas de distancia del agua.

—Ahora que el lago vuelve a estar lleno, tenemos que restablecer los límites antiguos —les explicó.

—¡Empezaré ahora mismo! —Zarpa Espinela echó a correr—. ¡Ay!

La joven gata se detuvo de golpe encogiendo una pata, con las orejas gachas y las pupilas dilatadas de dolor.

—¿Qué ocurre? —preguntó Carbonera, que corrió junto a su aprendiza para examinarle la pata.

Zarpa Espinela hizo una mueca e intentó retirarla.

—Estate quieta —le ordenó su mentora.

Agarrando con más fuerza la pata de Zarpa Espinela, le olfateó la almohadilla, vio que tenía clavada una astilla y comenzó a tirar de ella con los dientes.

—¡Ay, ay, ay! —chilló la joven, sin parar de retorcerse para soltarse.

—¡Espera! —le ordenó Carbonera, apretando los dientes—. Casi la tengo...

Y sujetándole con fuerza la zarpa, dio un último tirón y sacó una astilla ensangrentada.

—¡Por los cachorros del Clan Estelar, cómo duele! —gritó Zarpa Espinela mientras saltaba en círculos, maldiciendo y lamiéndose la zarpa.

Su hermana se le acercó.

—¿Estás bien?

La aprendiza atigrada se fue tranquilizando poco a poco. Sacudió la pata y luego inspeccionó el corte que se había hecho en la almohadilla, del que brotó una gota de sangre diminuta.

—Ya me siento mejor —suspiró.

Zarzoso olisqueó la astilla que Carbonera había escupido, y luego miró a su alrededor, en dirección a la hierba que cubría la parte superior del terraplén. Se le oscurecieron los ojos cuando localizó las dos mitades de un palo roto y medio enterrado entre la larga hierba.

—Debe de ser de ahí.

Zarpa de Tórtola lo reconoció al instante.

—Tropecé con ese palo la última vez que estuvimos aquí.

Sacó una de las dos mitades para dejarla a los pies de Zarzoso, y luego hizo lo mismo con la otra.

Leonado se quedó mirando los trozos rotos con expresión asombrada. Abrió la boca para decir algo, pero Zarzoso habló antes que él.

—Tiradlo al lago —ordenó el lugarteniente del Clan del Trueno—. No quiero más gatos heridos.

Zarpa de Tórtola agarró una de las mitades y la arrastró hasta la orilla. Luego la tiró todo lo lejos que pudo, disfrutando del sonido cuando atravesó la superficie, y regresó a por la segunda. Pero Zarpa Espinela ya había cargado con ella y la estaba lanzando a las profundas aguas.

Cuando el segundo trozo del palo se hundió en el lago, Zarpa de Tórtola oyó, resonando entre los árboles, el alarido agónico de un gato angustiado. Se quedó de piedra y aguzó el oído. ¿Se habría clavado él también una astilla? Se volvió hacia sus compañeros de clan, pero estaban contemplando tranquilamente cómo los dos pedazos de madera se alejaban flotando de la orilla. Ninguno de ellos parecía haber oído nada.

Zarpa de Tórtola frunció el ceño. Proyectó sus sentidos más lejos plantando las orejas, escuchando, intentando averiguar quién había aullado con tanta angustia. Y, de repente, con la brisa húmeda, le llegó un olor teñido del eco del dolor.

«¡Glayo!»

Oyó que el curandero se pasaba la áspera lengua por el costado. Sus movimientos eran urgentes, como si estuviera tratando de encontrar el origen de la herida.

Zarpa de Tórtola sintió miedo. Por su espantoso alarido, parecía que a Glayo le hubiesen clavado una garra en el corazón. Ahora Leonado estaba junto a ella, con el cuerpo tenso, observando las dos mitades del palo, que flotaban en el centro del lago. Al ver la preocupación que empañaba los ojos de su mentor, Zarpa de Tórtola se estremeció, aunque no habría sabido explicar la razón.



2

—¡Ay!

Glayo se tambaleó cuando un dolor punzante como la garra de un águila le atravesó el costado. Se lo lamió con furia, dando por hecho que iba a encontrar sangre, pero tenía la piel intacta.

Desconcertado, olfateó el aire, saboreando el olor de las hierbas extendidas frente a él, en el suelo de la guarida del curandero. Alargó con cautela una zarpa, palpando el espacio en busca de espinas.

No encontró nada.

Entonces, ¿de dónde provenía aquel pinchazo?

Tal vez se lo hubiera imaginado. Quizá la muerte de Estrella Leopardina había atravesado el aire mientras el Clan Estelar lamentaba su pérdida. Quizá la ceremonia de nombramiento de Vaharina le había afectado de algún modo, y el impacto de recibir nueve vidas había pasado de la mente de la nueva líder hasta él... Glayo frunció el ceño. Un cambio en el liderazgo de un clan era un acontecimiento importante. Probablemente fuera inevitable que le afectase de alguna forma.

Revisó una vez más las hileras de hierbas que había extendidas en el suelo, mientras el dolor de su costado se desvanecía poco a poco. Las hojas estaban secándose bien con la brisa que se filtraba entre las zarzas que cubrían la entrada de la guarida, y en la hondonada penetraba la suficiente luz como para caldear el ambiente. Lo único que podía hacer por su reserva de hierbas medicinales era esperar, así que tenía tiempo de sobra para ir a ver a Rosella y sus cachorros.

Saltó por encima de las hojas y cruzó la cortina de zarzas, que le acariciaron agradablemente el lomo cuando salió de la guarida.

Estrella de Fuego estaba dormitando en la Cornisa Alta, con la cabeza apoyada en el borde de la roca, y su aliento se condensaba en el fresco aire matinal. Tormenta de Arena yacía junto a él. Glayo detectó el roce del pelaje del uno contra el otro al ritmo de sus respiraciones. Seguro que habían vuelto a salir a cazar por la noche. Glayo sabía que al líder del clan y a su pareja les gustaba escabullirse a veces del campamento para recorrer el bosque mientras sus compañeros dormían. En ese momento, los sueños de Estrella de Fuego estaban llenos de imágenes de la caza con Tormenta de Arena, y el curandero percibió la alegría de su líder mientras disfrutaba de la libertad del bosque, acompañado de su pareja y con las preocupaciones del clan al otro lado de la barrera de espinos.

Glayo separó su mente de la del líder. Siempre lo incomodaba inmiscuirse en los pensamientos de sus compañeros de clan, aunque la tentación nunca lo abandonaba.

—¡Venga, Florina! —maulló Látigo Gris, dirigiéndose a su hija—. Se supone que tienes que ayudar, no ponerte a jugar.

La aprendiza se detuvo en seco, aferrando un puñado de hojas mohosas entre las zarpas.

—¡Ja! —exclamó Gabardeta, que se quitó de en medio a toda prisa.

Glayo pudo imaginarse la escena a la perfección: Florina estaba a punto de lanzarle un montón de hojas a su hermana, y su padre la había sorprendido con las zarpas en la masa.

—Lo siento.

Florina le acercó las hojas a Látigo Gris, que volvió a concentrarse en su tarea. El joven curandero podía oír claramente cómo el pelaje del guerrero se enganchaba en las espinas.

—Hay más agujeros aquí que en una madriguera de conejos —se lamentó Látigo Gris—. Quiero que estén todos cubiertos de hojas antes de que llegue el frío.

Bayo estaba examinando las zarzas del otro lado de la maternidad.

—Esta parte está igual de mal —informó.

El guerrero de color tostado empezó a insertar puñados de hojas entre las ramas. Al fin y al cabo, los que dormían en la maternidad eran sus cachorros y su pareja, Rosella.

En ese momento, Glayo estaba tan distraído con los guerreros que trabajaban en la maternidad que el bulto peludo que chocó contra sus patas le hizo pegar un salto.

—¡Lo siento, Glayo!

Grosellita volvió junto a su madre, que tomaba el sol delante de la maternidad.

—Vigila por dónde vas, hija —le dijo Rosella.

—¡Glayo! —exclamó Jerbillo, acercándose a él—. ¡Mira lo que puedo hacer!

El curandero percibió que Rosella se ponía tensa por el poco tacto del cachorro, pero le hizo un gesto con la cola para que supiera que no se había ofendido. Le gustaba que los cachorros no tartamudearan intentando no decirle algo inapropiado.

—Enséñamelo —le pidió a Jerbillo.

Oyó un sonido de pasos apresurados y un resoplido, seguidos de un ronroneo risueño por parte de Grosellita.

—¡Es el peor salto que he visto en toda mi vida! —chilló la cachorrita.

—¡Pues hazlo tú mejor! —la desafió su hermano.

Glayo oyó que la pequeña se preparaba para saltar. Al hacerlo, la rozó una hoja que caía, y la sorpresa la hizo patinar patosamente.

—¡Buen aterrizaje! —aulló Jerbillo, divertido.

—¡Cállate! —bufó Grosellita.

—¡Te has asustado de una hoja!

—¡De eso nada!

—¡Claro que sí!

—¡Jerbillo! —exclamó Rosella muy seria—. Grosellita es tu hermana. ¡Debes darle ánimos, no burlarte de ella! Los auténticos guerreros ayudan a sus compañeros de clan.

El cachorro arañó el suelo.

—Vale... —masculló.

Fronda salió de la maternidad. Aunque ya no tenía hijos pequeños, había preferido quedarse allí, junto con Dalia, para apoyar a las reinas que fueran ocupando la guarida. A aquellas alturas, las dos gatas habían ayudado a criar a tantos cachorros que los jóvenes visitaban más la maternidad que la guarida de los veteranos para pedir consejo. Sobre todo ahora que Puma residía debajo del arbusto de madreselva. En cuanto el antiguo solitario la emprendía con una de sus historias, podía ponerse el sol antes de que un joven hubiera podido meter una pregunta de refilón.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Glayo a Rosella, sintiendo una punzada de compasión al percibir su cansancio—. Los cachorros están muy bien.

Jerbillo iba corriendo detrás de su hermana.

—¡Cuidado! —los avisó Látigo Gris, tambaleándose, cuando los dos pequeños

pasaron a toda prisa por su lado.

Rosella ronroneó. Glayo se mordió la lengua para no preguntar qué tenían exactamente los hambrientos, inquietos y quejumbrosos cachorros para que las reinas les perdonaran de inmediato el agotamiento, las exigencias constantes y las peleas en las que se enzarzaban cada dos por tres.

—¿Ya comes y bebes lo suficiente? —le preguntó a la gata.

—Estoy bien —afirmó ella.

Junto a Rosella había una bola de musgo empapada de agua; tenía el olor de Bayo. Era evidente que la pareja de la reina se estaba asegurando de que tuviese todo lo que necesitaba. Y a juzgar por el aura de satisfacción que la envolvía, todos sus temores de que Bayo siguiera suspirando por Melada habían desaparecido.

El recuerdo de Melada, que había muerto por la picadura de una serpiente, seguía pesando en el clan. Glayo podía percibirlo como un olor persistente. Pero la vida continuaba, y Bayo parecía feliz con su nueva pareja. En realidad, todo el clan parecía contento, y el campamento vibraba con maullidos de satisfacción aquí y allá. Era casi como si la sequía no hubiera existido.

Hojarasca Acuática y Esquiruela entraron por el túnel de espinos envueltas en el aroma de las presas. Glayo soltó un resoplido y reprimió la oleada de rabia que le subía por las zarpas. Algunas cosas jamás podría olvidarlas. Y menos aún perdonarlas. Las mentiras y las traiciones que las dos hermanas habían tejido alrededor de su nacimiento y el de Leonado le dejaban en la boca un sabor tan repugnante como el de la carroña. Si las dos gatas no hubieran ocultado la verdad, conspirando como víboras, quizá su hermana, Carrasca, no habría desaparecido tras el derrumbe que taponó los túneles.

Glayo sintió la amargura de la traición en su garganta. A pesar de lo que sus hermanos y él creían desde su nacimiento, su padre no era Zarzoso, sino Corvino Plumoso. Y aunque los había criado Esquiruela, resultaba que su verdadera madre era Hojarasca Acuática.

«¡Madre!» Por lo que a él respectaba, ya no tenía madre.

La segunda patrulla de caza regresó poco antes de que el sol alcanzara su cénit. Acedera, que dormitaba debajo de la Cornisa Alta, se puso en pie cuando Nimbo Blanco, Centella y Candeal depositaron sus piezas en el montón de la carne fresca. Espinardo se desperezó a su lado, ronroneando de hambre al captar el olor de las presas.

Pero el olor que impulsó a Glayo a salir de su guarida era muy distinto. Llevaba esperándolo toda la mañana, desde que Zarpa de Tórtola lo había despertado con las novedades sobre Vaharina.

—¡El Clan del Río!

El grito de alarma de Fronda alteró a todo el campamento, y Estrella de Fuego descendió de la Cornisa Alta justo cuando Vaharina traspasaba el túnel de espinos seguida de Ala de Mariposa.

Glayo pudo oír cómo Fronda arrastraba la cola por el suelo, ordenándoles a Grosellita y Jerbillo que volvieran a la maternidad con su madre. Espinardo y Manto Polvoroso se mostraron hostiles, y Látigo Gris dejó de trabajar en las paredes de la maternidad, mirando curioso a las recién llegadas.

Estrella de Fuego cruzó el claro para recibir a las gatas del Clan del Río.

—¿Va todo bien? —les preguntó.

Vaharina se detuvo.

—Estrella Leopardina ha muerto.

De golpe, Glayo se encontró sumergiéndose en la marea de recuerdos que giraron en la mente de Estrella de Fuego: un incendio en el bosque; un cachorro rescatado en un río; montañas de cumbres nevadas y olor a peligro; valor y obstinación centelleando en los ojos ámbar de Estrella Leopardina... El curandero contuvo el aliento cuando sintió el dolor del líder del Clan del Trueno atravesándole el corazón.

Ala de Mariposa suspiró.

—Venimos de la Laguna Lunar —susurró—. Estrella Vaharina acaba de recibir sus nueve vidas.

Estrella de Fuego inclinó tanto la cabeza que rozó el suelo con los bigotes.

—Estrella Vaharina —maulló, saludando a la nueva líder del Clan del Río.

—Estrella Vaharina —repitió Látigo Gris respetuosamente.

—Estrella Vaharina, Estrella Vaharina...

El nombre de la nueva líder del Clan del Río resonó entre los gatos del campamento. La hostilidad se evaporó como el rocío matinal.

Estrella de Fuego tocó el hocico de la gata gris con el suyo.

—¿Cómo está el Clan del Río? —le preguntó.

—La estación de la hoja verde ha sido muy dura para nosotros —admitió Estrella Vaharina—. Dependemos demasiado del lago, y ha sido difícil sobrevivir sin él.

Rabo Largo salió con esfuerzo de la guarida de los veteranos, agitando los bigotes con curiosidad. Musaraña le puso la cola en el lomo, guiándolo hacia delante mientras Estrella Vaharina continuaba con su explicación:

—Tres de nuestros veteranos han muerto de hambre y de sed.

Musaraña se puso tensa.

—¿Quiénes? —preguntó.

—Prieto, Musgaño y Flor Albina.

La vieja gata del Clan del Trueno se apoyó en su compañero de guarida, y Estrella de Fuego se sentó junto a Estrella Vaharina.

—Llevaos hierbas tonificantes —le ofreció.

—Gracias, pero sólo si tenéis de sobra.

Glayo se preguntó si Estrella Leopardina habría aceptado ayuda con tanta facilidad.

—Ala de Mariposa. —Estrella de Fuego se volvió hacia la curandera del Clan del Río—. Ve con Glayo. Él te las dará.

Glayo le hizo una señal con la cola a su colega. Estaba contento de tener la oportunidad de quedarse a solas con ella. Ala de Mariposa no creía en el Clan Estelar, y lo intrigaba saber cómo se las había arreglado con la ceremonia de nombramiento de Estrella Vaharina. Apartó la cortina de zarzas para que la gata entrara en su guarida, y no pudo evitar colarse en sus pensamientos cuando pasó por su lado. No obstante, lo único que la joven curandera pensaba en ese momento era que le dolían las zarpas.

—Descansa aquí —le aconsejó Glayo mientras se dirigía a la grieta que hacía las veces de almacén, donde se dispuso a enrollar algunas de las hojas que acababa de secar.

Al volver, las depositó a los pies de la curandera y se la quedó mirando.

—También puedo darte un ungüento para aliviar el dolor de las almohadillas —le ofreció.

—No, gracias. —Ala de Mariposa cambió el peso del cuerpo de unas patas a otras—. Ya no estamos muy lejos de nuestro campamento.

—Pero la orilla del lago es pedregosa.

—Me trataré las almohadillas cuando llegue a casa. Ya te estoy privando de bastantes provisiones.

—Tengo de sobra.

«Aunque no tanto como debería», pensó para sus adentros. El bosque, que durante la estación de la hoja verde se había quedado reseco, había producido pocas hierbas, y la estación de la caída de la hoja acechaba como un zorro entre las sombras.

—Parece que a Rabo Largo le cuesta moverse más que nunca —señaló Ala de Mariposa—. ¿Has probado a hacer una cataplasma con semillas de adormidera machacadas, caléndula y consuelda?

Glayo la miró, sorprendido. ¿Por qué no se le había ocurrido? Las semillas de adormidera reducirían el dolor, mientras que la consuelda y la caléndula actuarían sobre la inflamación.

—¡Es una idea estupenda!

—Funcionaba muy bien con las articulaciones de Musgaño.

—Gracias por el consejo.

Glayo extendió las hierbas delante de la gata.

—Aquí tienes atanasia, hierbabuena y matricaria.

Su mente burbujeaba de curiosidad. ¿Cómo se habría sentido Ala de Mariposa al comprobar que Estrella Vaharina recibía sus nueve vidas? Ahora que lo había visto por sí misma, ¿creería por fin en el Clan Estelar?

Mientras la curandera formaba un fardo con las hierbas para poder cargar con ellas, Glayo movió la cola como si nada.

—¿Cómo ha ido la ceremonia de Estrella Vaharina?

—Bien —respondió la gata sin mostrar emoción alguna—. Va a ser una gran líder. ¿Tienes una brizna de hierba con la que pueda atar este paquetito?

Glayo fue hasta un extremo de la guarida para arrancar una brizna larga de la hierba que crecía al pie del muro rocoso. Mientras se la llevaba a Ala de Mariposa, respiró hondo y empezó hurgar en sus recuerdos más recientes.

Una luz pálida bañaba la Laguna Lunar, reflejando en ella el cielo despejado del alba. Glayo hizo una mueca ante las imágenes brillantes que refulgían en la mente de la curandera. En la Laguna Lunar, él estaba acostumbrado a las sombras de la noche. Probablemente, Estrella Vaharina había querido recibir sus nueve vidas cuanto antes.

Ala de Mariposa estaba observando a su compañera de clan. Cuando la lugarteniente del Clan del Río se acomodó en la orilla de la laguna con las patas debajo del cuerpo y tocó el agua con la punta de la nariz, Glayo percibió el dolor y la inquietud del clan que habían dejado atrás.

El curandero ladeó la cabeza. La distancia emocional que separaba a Ala de Mariposa de su compañera resultaba extraña. El vínculo de la gata con los miembros de su clan era tan fuerte como el que Glayo sentía por los suyos, pero la curandera del Clan del Río estaba presenciando la ceremonia como si fuera una forastera.

De repente, Estrella Vaharina, soñando, se sacudió y soltó un grito de dolor, y Ala de Mariposa se estremeció con una punzada de preocupación. «¿Es que duele?», pensó conmocionada.

Cuando Estrella Vaharina volvió a quedarse inmóvil, la curandera tuvo que contenerse para no acercarse a ella y comprobar si se encontraba bien.

¿Acaso a su compañera estaba sucediéndole algo real?

«No», se dijo Ala de Mariposa, rechazando esa idea.

«¡Sí!» Glayo deseaba que ella lo aceptara de una vez por todas. ¿Cómo podía no creer en el Clan Estelar? Qué testaruda era... Y, sin embargo, el curandero estaba impresionado con la determinación de la gata.

«A mí nunca me ha visitado el Clan Estelar. ¿Cómo va a ser real?» Ese pensamiento la abrasó como un rayo.

Estrella Vaharina estaba empezando a despertarse, y Ala de Mariposa se le acercó.

—¿Estás bien? —le preguntó a su nueva líder.

—¡Tú no estabas! —exclamó Estrella Vaharina.

La curandera se quedó paralizada. Luego la invadió la calma. Que descubrieran su secreto era un alivio, al fin y al cabo.

—No. —Negó con la cabeza, sosteniéndole la mirada a su líder sin sentir culpabilidad ni inquietud—. Al Clan Estelar siempre lo visitarás tú sola. Ellos no existen para mí del mismo modo que existen para ti.

—¿Tú... tú no crees en el Clan Estelar? —La gata de pelaje gris azulado se estremeció, conmocionada—. Pero ¡si llevas muchísimo tiempo siendo nuestra curandera! ¿Nunca has paseado con el Clan Estelar en tus sueños?

Ala de Mariposa notó bajo las patas la piedra fría que las incontables lunas habían erosionado.

—Tú tienes tus creencias; yo tengo las mías. Los gatos que ves en tus sueños te guían y te protegen de una forma que yo nunca he vivido. Soy una buena curandera, y eso ha sido suficiente para servir a mi clan.

Estrella Vaharina se la quedó mirando un largo instante y al final bajó la cabeza.

Glayo parpadeó, y la oscuridad volvió a engullirlo cuando salió de la mente de Ala de Mariposa. Percibió la mirada de la gata como una brisa que le alborotara el pelo. Ella lo estaba observando con curiosidad; había notado desde el principio que él se había colado en sus pensamientos para revivir la escena de la Laguna Lunar.

—Tú ya sabes que no tengo conexión con el Clan Estelar —le recordó Ala de Mariposa, deslizando la cola por el suelo—, pero eso no me convierte en menos curandera de lo que soy.

Terminó de atar el pequeño fardo de hierba.

—Aun así, veo que necesitabas confirmarlo.

A continuación, recogió con delicadeza el paquete, que emanó una leve fragancia entre sus dientes. Luego dio media vuelta y salió de la guarida.

Glayo se quedó escuchando el susurro de la cortina de zarzas y sintiendo un cosquilleo en las zarpas. Incluso sin el Clan Estelar para guiarla y darle fuerzas, Ala de Mariposa era una gata formidable. Instintivamente, inclinó la cabeza por ella, igual que lo había hecho Estrella Vaharina. Después de todo, el Clan Estelar había tomado una sabia decisión.



3

Glayo levantó la cabeza cuando las zarzas de la entrada de su guarida susurraron de nuevo.

Leonado asomó el hocico.

—Estrella Vaharina y Ala de Mariposa ya se han marchado.

El curandero notó la urgencia que se agitaba bajo el pelaje de su hermano.

—¿Qué ocurre?

El guerrero dorado vaciló.

—Será mejor que vayamos al bosque —sugirió Glayo.

Leonado respondió dando media vuelta para dirigirse al túnel de espinos. Mientras, el curandero dejó que los pensamientos y las emociones de sus compañeros de clan le inundaran la mente un instante, buscando señales de que alguien lo necesitara. Todo parecía estar bien, así que, satisfecho, siguió a su hermano fuera del campamento.

Leonado ya estaba trotando entre los árboles en dirección al lago. Cuando Glayo lo alcanzó, el olor del agua le bañó la lengua.

—Veo al Clan del Río pescando —le dijo Leonado.

Una brisa fresca y húmeda corría entre los árboles y hacía que algunas hojas de las ramas cayeran flotando sobre ellos hasta posarse en el suelo. A sus pies, el lago se ondulaba en un chapoteo tranquilo.

—Bueno, ¿qué ocurre? —Glayo quería ir directo al grano.

Antes de que su hermano pudiera responder, se oyó un crujido en los arbustos que crecían orilla abajo. Gabardeta y Abejorro salieron estrepitosamente entre la

vegetación, arrastrando un conejo carnoso.

Glayo percibió la felicidad que latía en los dos aprendices. Los hijos de Látigo Gris y Mili estaban creciendo deprisa. Se convertirían en guerreros en la estación sin hojas.

—Una presa magnífica —los alabó Leonado—. ¿Dónde habéis encontrado ese conejo?

—Estaba comiendo hierba junto al arroyo —le respondió Abejorro, casi sin aliento.

—Lo he cazado yo —alardeó Gabardeta.

—Sólo porque yo le he impedido escapar —replicó Abejorro con un sonoro ronroneo.

—Porque estabas en el lugar adecuado en el momento adecuado...

Los dos hermanos comenzaron a pelear en broma, aplastando las hojas del suelo del bosque mientras rodaban entre los altos árboles. Glayo percibía su fuerza. Los jóvenes tenían la mente llena de destellos verdes de tanto correr por el bosque, y desprendían una mezcla de olor a presas, hojas caídas y de su propio orgullo intrépido. De repente, el curandero sintió una alegría feroz. El Clan del Trueno era afortunado al contar con gatos como aquéllos.

—Serán unos guerreros estupendos —susurró Leonado, haciéndose eco de los pensamientos de su hermano.

—Sí —coincidió Glayo, recordando los largos y angustiosos días en los que había tenido que cuidar de Gabardeta y Mili durante un brote gravísimo de tos verde.

—¡No deberíais dejar la presa desatendida! —maulló Leonado, dirigiéndose a los dos aprendices—. Algún guerrero podría reclamarla.

Los jóvenes regresaron a la carrera, resollando.

—¡Quitadle las zarpas de encima! —exclamó Abejorro con simpatía.

—¡Eh! —gritó una voz malhumorada desde los árboles, y apareció Florina—. ¡Creía que ibais a esperarme! ¡Ahora todos pensarán que habéis atrapado ese conejo sin mí!

—Te hemos esperado durante lunas —protestó Abejorro—. Estábamos convencidos de que habías vuelto al campamento sin nosotros.

Florina llegó junto a ellos.

—¿Y por qué iba a hacer eso, cerebro de ratón?

—¿Para poder mirar a Tordo como una boba un poco más? —se burló Gabardeta.

—¡Yo no miro a Tordo como una boba! —replicó Florina—. ¿Por qué eres tan mala?

—¿Y tú por qué eres tan quejica? —replicó a su vez Abejorro, que no esperó su respuesta—. Será mejor que llevemos el conejo al campamento. Ratonero está esperando a que vuelva para entrenar.

Y comenzó a arrastrar a su presa entre los árboles. Gabardeta corrió tras él, patinando un poco sobre las hojas al ir a agarrar al conejo por la cola.

Florina los siguió sin parar de lamentarse.

—¡Me estáis dejando atrás otra vez!

Leonado removió las hojas del suelo con una zarpa.

—¿Nosotros nos peleábamos tanto?

Glayo sintió una punzada de pena al recordar cómo jugaban con Carrasca cuando eran cachorros y aprendices.

—Supongo que sí —respondió mientras la brisa le alborotaba el pelo.

Se dio cuenta de que su hermano tenía algo en la punta de la lengua y notó sus dudas por cómo respiraba. Por fin, el guerrero se decidió:

—Esta mañana, Zarpa Espinela ha pisado un palo roto.

Glayo asintió.

—Sí, le he aplicado un poco de ungüento en la herida...

De pronto, supo exactamente qué era lo que quería contarle Leonado. Zarpa Espinela no le había dicho que se había lastimado con un palo; de haberlo hecho, él podría haberse imaginado lo que inquietaba a su hermano.

—Era tu palo, ¿verdad? —le preguntó Leonado.

Glayo notó su mirada y sintió un hormigueo; su hermano estaba preocupado por él.

—¿Lo rompiste tú? —insistió el guerrero.

—Sí.

Un nudo de culpabilidad hizo que se le encogiera el estómago. Se había hecho muchas preguntas sobre la profecía —en realidad, seguía haciéndoselas—, pero Pedrusco nunca se las había respondido. La última vez que el gato antiguo desoyó sus súplicas, la frustración de Glayo se transformó en rabia, y el joven curandero acabó rompiendo el palo. Con un estremecimiento, recordó el chasquido de la madera al partirse. Las marcas del palo quedaron destrozadas para siempre; la conexión con los gatos del pasado se desvaneció por completo. El mero hecho de recordar ese momento apenas le permitía respirar.

—¿Y por qué lo hiciste? —Leonado parecía desconcertado.

Glayo tenía la sensación de que su pelo estaba lleno de piojos invisibles. Había destruido algo sagrado, algo que jamás había comprendido del todo. ¿Por qué había actuado así? Deseó con todo su corazón no haberlo roto.

—Yo... yo...

¿Cómo podía explicarlo?

—Nunca entendí por qué ese palo era tan importante para ti... —La voz de Leonado sonaba distante; estaba mirando de nuevo hacia el lago—. Pero sabía que solías acudir a él cuando estabas preocupado o angustiado. —Se acercó más a su hermano, ahora le rozaba el pelo—. ¿Estaba conectado de algún modo con el Clan Estelar?

«¡Ojalá fuera algo tan sencillo!», pensó el joven curandero.

—Hubo un tiempo antes del Clan Estelar... —empezó a decir Glayo.

Leonado lo miró tan sorprendido que su pelo pareció echar chispas.

—¿Antes?

—El palo procedía de esa época —continuó Glayo, preguntándose si Leonado podría entenderlo—. Los gatos que entonces vivían aquí, en el territorio del lago, se convertían en garras afiladas si lograban encontrar la salida de los túneles...

—¿Garras afiladas? —lo interrumpió su hermano.

—Sí, una especie de guerreros.

—¿Eran un clan?

Glayo frunció el ceño.

—No exactamente. Entonces no funcionaba así.

—Pero dices que tenían guerreros...

Leonado empezó a pasearse alrededor de Glayo.

—Garras afiladas —lo corrigió su hermano.

—¿Y qué tenía que ver el palo con ellos?

—El palo tenía unas marcas grabadas. Como una especie de registro de los gatos que habían conseguido salir vivos de los túneles... y también de los que habían quedado atrapados en ellos.

El joven curandero imaginó que a Leonado le resultaría fácil entender lo que eso suponía. Un día, cuando aún eran aprendices, él, Carrasca y Glayo estaban en los túneles justo en el momento en que una fuerte tormenta los inundó. Los tres se habrían ahogado de no ser porque Hojas Caídas, uno de los gatos antiguos, le había mostrado a Glayo la forma de salir de allí.

Leonado dejó de dar vueltas y se estremeció.

—¿Había gatos que morían al intentar convertirse en guerreros?

Glayo asintió.

—¿Y esos gatos estaban aquí antes que nosotros?

—Sí.

—¿Y siguen viviendo aquí?

—No.

«Aunque yo los he conocido», pensó Glayo. Pero no iba a intentar explicarle

que había vivido con ellos, que habían compartido comida y palabras, que había viajado al pasado para conocer su historia y ayudarlos a marcharse en busca de un nuevo hogar.

—Creo que algunos de ellos se fueron a vivir a las montañas.

—¿Como la Tribu de las Aguas Rápidas?

—Creo que, de hecho, se convirtieron en la Tribu de las Aguas Rápidas.

La mente de Leonado daba tantas vueltas intentando asimilar lo que acababa de explicarle que Glayo tuvo que bloquear los turbulentos pensamientos que le llegaban de su hermano.

—¿Y cómo supiste lo que significaba el palo? —preguntó el guerrero finalmente.

—Al principio lo percibí, y luego conocí a Pedrusco. —Y antes de que Leonado le preguntara quién era ese tal Pedrusco, añadió a toda prisa—: Un gato que vivía en los túneles hace muchísimo tiempo. Su espíritu sigue allí, justo debajo de nuestro territorio.

Leonado se quedó de piedra; de repente, su mente y sus patas estaban totalmente inmóviles. ¿Qué estaría pensando? «¿Me cree?», se preguntó Glayo.

No sin dudar, el curandero se coló en los pensamientos de su hermano. No le gustaba hurgar en la mente de los gatos a los que apreciaba, y menos aún en la de Leonado. Le parecía injusto, y había cosas que prefería no saber. Pero en ese preciso instante necesitaba entender qué pensaba su hermano, ya que, al fin y al cabo, él tenía sus propias conexiones con los túneles subterráneos. ¿Cómo se sentía sabiendo que aquellas cuevas no estaban tan desiertas como aparentaban?

Leonado se acordaba de Cola Brecina. Estaba en una gruta dividida por un arroyo subterráneo e iluminada por un rayo de la luz de luna que se colaba por el techo. Mirando a través de sus ojos, Glayo irguió la cabeza hacia el saliente en el que había visto a Pedrusco por primera vez.

Pedrusco no estaba allí, pero sí Cola Brecina, que observaba a Leonado con sus ojos azules, rebosantes de cariño.

—¡Soy la líder del Clan Oscuro! —anunció.

Glayo notó que una punzada de tristeza atravesaba a Leonado, y que éste se la sacudía de encima, enfadado.

En los recuerdos de su hermano no había ninguna imagen de Pedrusco, aunque Glayo podía percibir la presencia del gato antiguo en aquella cueva. Calvo, feo y ciego, permanecía muy quieto mientras los dos jóvenes jugaban; sin juzgarlos, apenas interesado, tan sólo a la espera, como si el desenlace fuera inevitable.

—¡Para ya! —bufó Leonado, sospechando que Glayo se estaba paseando por

sus recuerdos.

El curandero volvió al presente de golpe.

—Lo siento.

—Cola Brecina y yo nunca vimos a otros gatos ahí abajo. Sólo estábamos nosotros.

—Se marcharon hace mucho tiempo.

—Entonces, ¿por qué conservabas el palo grabado? —Leonado se le acercó un poco más—. ¿Y por qué lo rompiste?

Glayo apartó la cara, incapaz de describir la rabia que lo había impulsado a romper el palo. La profecía llevaba mucho tiempo agitándose en su mente, tenía que saber qué significaba. ¿Para qué servían sus poderes? ¿Por qué habían elegido a los tres? ¿Cuál era su destino? Pedrusco conocía las respuestas. Glayo lo notaba en lo más hondo de su corazón. Sin embargo, el gato antiguo había decidido guardar silencio.

El curandero se tragó la frustración que lo había empujado a partir el palo. La rabia no le había servido de nada en aquella ocasión, así que tampoco le serviría ahora.

—¿Por qué lo rompiste? —insistió Leonado.

Glayo se puso en pie y se sacudió el pelo.

—Debemos preocuparnos por lo que está ocurriendo ahora, no por lo que ocurrió en el pasado. Si somos más poderosos que las estrellas, entonces nadie puede ayudarnos. Tenemos que resolver las cosas por nuestra cuenta.

—Pues de momento no hemos tenido mucha suerte...

Leonado se acercó hasta el mismo borde del risco, y Glayo lo siguió. El viento procedente del lago soplaba allí con tanta fuerza que apenas pudo oír las siguientes palabras de su hermano:

—¿No deberíamos hacer algo?

—¿Como qué? —preguntó Glayo, alzando la voz.

—Ir en busca de algo, intentar averiguar qué se supone que debemos hacer. —Se volvió hacia su hermano—. En vez de quedarnos esperando a que sucedan las cosas.

El curandero se encogió de hombros. Él no conocía la respuesta. Había compartido lenguas con el Clan Estelar y con los gatos antiguos, y, aun así, seguía sin estar más cerca de entender nada.

Leonado soltó un bufido y se volvió en redondo.

—Me voy al campamento.

Glayo se quedó donde estaba, aspirando el olor del lago. La imagen del palo daba vueltas en su mente: los dos pedazos iban alejándose por la superficie del



agua, que se agitaba, y luego desaparecían bajo las olas, hundiéndose más y más, hasta desvanecerse en la oscuridad profunda.



4

—¡No, no! —le gritó Leonado a su aprendiza—. Si trepas por este lado del tronco, ¡te veré y sabré que estás ahí arriba!

Zarpa de Tórtola bajó deslizándose por la corteza. El roble estaba reluciente por la lluvia que había caído esa mañana y que había empapado el bosque. Las nubes de tormenta eran tan bajas que parecían rozar la copa de los árboles.

—¿Estás seguro de que este tiempo es el más adecuado para hacer una sesión de combate en los árboles? —le susurró Carbonera a Leonado.

La guerrera estaba sentada junto a su aprendiza, Zarpa Espinela. Con el pelo pegado al cuerpo, las dos gatas parecían más pequeñas de lo que eran.

—El tiempo es perfecto —respondió el guerrero—. Si pueden aferrarse a las ramas cuando están resbaladizas, les resultará mucho más fácil hacerlo cuando estén secas.

Los gatos del Clan del Trueno eran los mejores trepadores de los cuatro clanes, porque cazaban entre árboles frondosos que crecían muy juntos. Recientemente, Estrella de Fuego había decidido que era una insensatez no aprovechar esa habilidad en las batallas. Por eso, desde entonces, todos los entrenamientos de combate incluían prácticas de trepar a los árboles, además de técnicas para atacar desde las ramas.

—Ahora vuelve a subir —le ordenó Leonado a Zarpa de Tórtola—. Imagínate que soy una patrulla del Clan de la Sombra.

Zarpa Espinela agitó los bigotes, sin poder contener la risa.

—¿Una patrulla entera?

—¡Concentraos!

Leonado no estaba de humor para tonterías. Tenía hambre, estaba mojado y se sentía frustrado. ¿Qué tenía que ver el entrenamiento de aprendices con cumplir la profecía? «Espera», le había dicho Glayo, pero él estaba cansado de esperar.

Carbonera lo miró desconcertada.

—Yo las guiaré hasta las ramas del árbol y les diré cómo deben hacerlo —propuso la guerrera.

Leonado vaciló. No le gustaba la idea de que Carbonera trepara a los árboles después del accidente que casi la había dejado paralítica cuando era aprendiza.

La gata puso los ojos en blanco.

—¡Tendremos cuidado! —le aseguró.

Y empujó a Zarpa Espinela con el hocico hacia el tronco del roble, vigilándola mientras se izaba a la rama más baja. Luego se volvió hacia Zarpa de Tórtola.

—Ahora tú —le dijo.

La aprendiza gris corrió a ponerse detrás del tronco, y unos instantes después reapareció en una rama, por encima de la cabeza de su mentor.

—¡Esta vez no me has visto! —exclamó.

El guerrero levantó la cabeza de golpe, asombrado por su velocidad.

—¡Muy bien!

Carbonera trepó hasta donde estaban las aprendizas.

—Esta rama es excelente para abalanzarse sobre un rival —maulló, mirando a Leonado—. Si aterrizáis directamente sobre su lomo, amortiguaréis la caída y el efecto sorpresa os proporcionará el tiempo suficiente para hacer unos cuantos movimientos buenos antes de que él sepa siquiera qué está pasando.

—¿Puedo probar? —preguntó Zarpa Espinela, impaciente.

—Dudo mucho que Leonado se sorprenda —señaló su hermana—. Nos está mirando directamente.

—Probemos desde la siguiente rama —sugirió Carbonera.

—Yo me doy la vuelta —se ofreció el guerrero.

—Concentraos y mirad siempre dónde ponéis las patas —avisó Carbonera—. La corteza está resbaladiza. Usad las garras para sujetaros y... ¡Cuidado!

Su aviso llegó demasiado tarde. Zarpa Espinela resbaló de la rama con un alarido de sorpresa y cayó sobre el lomo de Leonado.

Él se tambaleó, esperando que su cuerpo hubiera amortiguado la caída de la joven.

—¿Te encuentras bien?

Zarpa Espinela se incorporó de un salto.

—¡Lo siento!

Al ver su cara de susto, a Leonado le subió un ronroneo por la garganta. Su frustración se evaporó al instante.

—¡Se suponía que quien tenía que sorprenderse era yo, no tú!

Con el pelo erizado por la vergüenza, Zarpa Espinela volvió a trepar al roble.

—¡Ten cuidado, Zarpa de Tórtola! —exclamó Carbonera—. ¡Esa rama es demasiado estrecha! ¡No aguantará tu peso!

Se oyó un crujido.

Con el corazón encogido, Leonado miró hacia arriba.

—¡Zarpa de Tórtola!

La aprendiza estaba agarrada a una rama que se había partido y colgaba a media altura del tronco.

—¡No puedo sujetarme! —chilló, mientras sus zarpas iban resbalando por la estrecha tira de madera.

—¡Intenta aterrizar en la rama de debajo! —le indicó Carbonera.

La joven gata descendió hasta el final de la rama y aterrizó en la siguiente, a la que trató de aferrarse lanzando un aullido cuando empezó a caer de nuevo.

—¡Mantén las uñas desenvainadas! —gritó Leonado.

—¡Ya lo hago! —chilló Zarpa de Tórtola, mientras iba resbalando de rama en rama, como una piedra rodando ladera abajo—. ¡No puedo agarrarme!

Leonado se relajó; las ramas fueron amortiguando la caída de su aprendiza, que acabó descendiendo del árbol como una paloma en un aterrizaje torpe. Una vez en el suelo, se puso en pie ahuecando el pelo.

Su mentor negó con la cabeza.

—Cuando Glayo me dijo que hoy iba a llover, ¡no imaginé que iban a ser gatos!

Zarpa de Tórtola se animó al ver el brillo risueño en los ojos del guerrero.

—Esta vez lo haré mejor —le prometió, corriendo de nuevo hacia el roble.

Leonado se alejó entre los árboles. Oía el susurro de las hojas por encima de su cabeza mientras Carbonera guiaba a las aprendizas de una rama a otra.

Como tenía que esperar su ataque «sorpresa», el guerrero decidió que era un buen momento para cazar algo. Con la llegada de la estación de la caída de la hoja, toda presa extra sería bien recibida en el campamento. Olisqueó entre las raíces empapadas del roble, y arrugó el hocico al encontrar excrementos frescos de ardilla. Rodeó con sigilo el ancho tronco, moviéndose como una serpiente en torno a las raíces que sobresalían del suelo. El olor se hundía entre ellas y discurría a lo largo del lecho seco de un arroyo que dividía el suelo del bosque.

Leonado se quedó inmóvil. Había una ardilla gris muy rolliza rebuscando debajo de las ramas del árbol, que aún goteaban. Estaba de espaldas a él, y tan

concentrada en mordisquear una bellota que ni siquiera se detuvo a olfatear el aire cuando el guerrero adoptó la postura del cazador.

Con los bigotes tensos, rozando apenas el suelo con la barriga, Leonado se fue acercando a ella. Se detuvo a una cola de distancia, balanceó las ancas y saltó. La ardilla se debatió un instante entre sus zarpas, hasta que el guerrero le partió el espinazo de una dentellada veloz. Complacido, Leonado se sentó con la presa colgándole de la boca.

Justo en ese momento, oyó un susurro por encima de la cabeza. Alzó la vista, con la boca llena de pelo de ardilla, y dos figuras se dejaron caer, aterrizando sobre él una tras otra. Leonado escupió la presa cuando las patas le fallaron, y se derrumbó bajo el peso de las aprendizas.

—¡Lo logramos! —chilló Zarpa de Tórtola, triunfante, muy cerca de la oreja de su mentor.

Él se la quitó de encima, mientras Zarpa Espinela resbalaba por su lomo.

—Dejar sordo al enemigo... —maulló el guerrero, con los oídos pitándole aún —. ¡Una estrategia magnífica!

Carbonera bajó por el tronco con expresión satisfecha.

—No tenías ni idea de que estábamos ahí arriba, ¿a que no? —dijo, y miró la ardilla que yacía a los pies del gato—. Buena caza, por cierto.

—¿Podemos probar otra vez? —suplicó Zarpa Espinela.

—¿Por qué no? —Carbonera señaló el tronco con la cola—. Venga, arriba.

Zarpa Espinela trotó hasta el árbol, pero su hermana se había puesto tensa y miraba hacia los árboles con las orejas plantadas.

«¡Ha oído algo!» Leonado vio la angustia que oscurecía los ojos de su aprendiza.

—Sube tú con Zarpa Espinela —le dijo a Carbonera—. Hay una técnica de caza que quiero enseñarle a mi aprendiza.

—¿Yo puedo aprenderla también? —le preguntó Zarpa Espinela.

—Es más fácil de uno en uno —mintió el guerrero—. Te la enseñaré en otro momento.

La joven se encogió de hombros.

—Vale.

Dicho eso, trepó por el tronco y desapareció entre las ramas con su mentora.

Haciéndole un gesto con la cola, Leonado guió a Zarpa de Tórtola lejos del roble.

—¿Qué has oído? —quiso saber en cuanto estuvo seguro de que no podían oírlos.

—¡Perros!

Al guerrero se le erizó el pelo a lo largo de la columna vertebral.

—¿En el bosque?

La joven negó con la cabeza.

—En el territorio del Clan del Viento.

—Tranquila. Los Dos Patas usan perros para pastorear a las ovejas allá arriba —le explicó Leonado.

Sin embargo, Zarpa de Tórtola seguía con los ojos dilatados.

—No están pastoreando ovejas... Están persiguiendo gatos. —Y miró a su mentor, alarmada—. ¡Tenemos que ayudarlos!

—No —respondió él con firmeza—. Los gatos del Clan del Viento están acostumbrados a eso. No olvides que, si quieren, pueden ser más rápidos que los conejos. Estarán bien.

—Pero... ¡Cañamera está entre ellos!

De repente, la joven se quedó de piedra, con los ojos llenos de pavor.

—¡Uno de los perros la ha alcanzado! ¡La está mordiendo!

Leonado se puso nervioso.

—¿Dónde están sus compañeros de clan?

Zarpa de Tórtola se concentró.

—Están... con ella... —hablaba despacio, describiendo la escena tal como se desarrollaba—. Están atacando al perro...

El guerrero soltó un suspiro de alivio.

—Entonces Cañamera estará a salvo.

—¿Cómo lo sabes? —bufó la aprendiza.

A Leonado se le cayó el alma a los pies. Imaginaba que sucedería algo así. Zarpa de Tórtola seguía aferrada a las amistades que había hecho durante el largo viaje. Cañamera había viajado con ellos para destruir el dique de los castores, y su aprendiza tenía que comprender que ahora cada uno estaba de vuelta en su propio territorio.

—Estamos en casa —le dijo—. Nuestra lealtad está del lado de nuestro clan. No puedes estar tan unida como antes a Cañamera y los demás.

Zarpa de Tórtola lo miró boquiabierta.

—¿Por qué no?

—Porque el código guerrero dice que no deberíamos hacer amigos fuera de nuestro clan.

Los ojos azules de la aprendiza centellearon.

—¿Cómo puedes ser tan frío?

—¡Yo no soy frío! —replicó Leonado—. Tienes que entender que las cosas han cambiado, Zarpa de Tórtola.

—¡Pues yo no he cambiado! —le espetó la joven—. Soy la misma gata que partió arroyo arriba. —Amasó el suelo con las zarpas—. ¿De qué sirve saber lo que está ocurriendo lejos si no puedo hacer nada al respecto?

—Quizá deberías averiguar cómo limitar tus sentidos al territorio del Clan del Trueno —le sugirió su mentor.

Zarpa de Tórtola lo miró como si le hubiera brotado una segunda cabeza.

—La profecía es más grande que el código guerrero, ¿no?

Leonado asintió, recelando de la dirección que había tomado la argumentación de su aprendiza.

—Entonces, mis poderes no son sólo para el bien del Clan del Trueno, ¿no es cierto? —continuó ella.

—Pero nosotros pertenecemos al Clan del Trueno —le recordó el guerrero—. Y es a nuestro clan a quien debemos mostrar lealtad.

Zarpa de Tórtola lo fulminó con la mirada.

—En ese caso, ¿debo ser leal a la profecía o al código guerrero? —preguntó con el pelo erizado alrededor de las orejas—. Será mejor que Glayo y tú os decidáis antes de que lo haga yo por mí misma.

Y, sin esperar una respuesta, corrió de nuevo hacia el roble y desapareció tronco arriba, tras Carbonera y Zarpa Espinela.

Leonado la vio marcharse, desolado. Él, que apenas estaba empezando a comprender las capacidades de Glayo, se enfrentaba ahora a otro gato cuyos poderes iban más allá de lo que podía imaginarse. Irguiendo las orejas, aguzó el oído todo lo que pudo, pero lo único que captó fue el repiqueteo de la lluvia sobre las hojas muertas.

La voz de Zarpa Espinela sonó desde lo alto del roble.

—Esta rama no para de balancearse por el viento…

—Tú sujétate con fuerza —le aconsejó Carbonera.

—¡Se me está revolviendo el estómago!

El poder de Leonado era mucho más sencillo. Podía pelear sin resultar herido y era más temerario y fuerte que cualquier adversario. ¿Les parecería eso raro y aterrador a sus compañeros de clan? Sabía que Carrasca siempre se había sentido incómoda con su atrevimiento y predisposición a luchar, como si ella no acabara de creerse que saldría ileso.

Pero eso era porque Carrasca no tenía ningún poder especial. Ella nunca había sido «una de los tres».

Aunque él había resultado herido en una ocasión. Estrella de Tigre lo había hecho sangrar en su último encuentro en sueños. Leonado miró hacia atrás, mientras sentía que se le erizaba el pelo del lomo. ¿Estaría el guerrero oscuro

observándolo en ese momento? Justo entonces, los helechos susurraron a su lado, y Leonado se volvió en redondo desenvainando las garras.

—¡Acedera! —El guerrero no pudo ocultar el alivio en su voz al ver a la guerrera parda—. ¿Estás buscando a Carbonera?

La gata negó con la cabeza.

—No, voy a unirme a la patrulla de caza de Látigo Gris. Glayo acaba de decirme que mi clavícula ya está curada.

Se la había dislocado unos días atrás, al meter una pata en una madriguera de conejos.

—¿Carbonera está contigo?

La guerrera siguió la mirada de Leonado y vio a su hija guiando a Zarpa de Tórtola a lo largo de una rama. Carbonera mantenía el equilibrio con destreza mientras la rama se balanceaba bajo sus patas.

Los ojos de Acedera brillaron de orgullo.

—Jamás creí que vería el día en que mi hija fuera lo bastante fuerte para trepar por los árboles como una ardilla. —Suspiró con delicadeza y se quedó mirándola un instante más. Luego bajó la vista—. Tuvo suerte de que fuera Hojarasca Acuática quien la cuidara. Era una curandera maravillosa.

Lo dijo con cierta crispación. ¿Acaso culpaba a Leonado de la decisión de Hojarasca Acuática de abandonar la guarida de los curanderos para convertirse en guerrera? Leonado notó un hormigueo en las zarpas. ¡No era culpa suya que Hojarasca Acuática lo hubiera arruinado todo al quebrantar el código guerrero! ¡Era ella la que había tenido hijos con un gato de otro clan y luego había mentido sobre su origen!

Se mordió la lengua mientras Acedera se alejaba. Luego, acordándose de Cañamera, le preguntó elevando la voz:

—¡¿Adónde vais a cazar?!

—A la frontera del Clan del Viento.

«Genial», pensó Leonado. Si los gatos del Clan del Viento realmente estaban en problemas, la patrulla de caza se daría cuenta y Látigo Gris podría decidir si ayudarlos o no.

Mientras Acedera desaparecía tras un muro de helechos que todavía goteaba, Leonado echó tierra sobre su presa y se acercó de nuevo al pie del roble.

—¿Cómo va? —les preguntó a sus compañeras de clan.

—Lo están haciendo muy bien.

Carbonera aterrizó ágilmente a su lado, y las dos aprendizas la siguieron.

—Creo que podemos probar algo más difícil —sugirió.

Zarpa Espinela plantó las orejas.

—Vamos a enseñarles a cruzar de un árbol a otro —propuso la guerrera.

—¡Como ardillas! —gritó Zarpa Espinela.

—Exacto, como ardillas.

A Leonado no le hizo mucha gracia. No era un trepador nato.

—En vez de eso, podríamos enseñarles más movimientos de combate —propuso, esperanzado—. Todavía hay muchos que no conocen.

—Estrella de Fuego quiere que practiquemos saltos en los árboles —le recordó Carbonera.

«¡Somos gatos, no pájaros!» Leonado siempre se sentía grandote y torpe en los árboles. Él prefería luchar en el suelo. No entendía por qué iba a ser mejor sentarse entre las ramas como un puñado de lechuzas a vigilar al enemigo, que enfrentarse a ellos de cara, como guerreros de verdad.

—Venga. Empecemos con este arce —los animó Carbonera, lanzando una mirada resuelta a Leonado, pues sabía que a él no le gustaba trepar—. Rabo Largo jura que, en el antiguo territorio de los clanes, una vez fue capaz de ir desde el Gran Sicomoro hasta el campamento del Clan del Trueno sin tocar el suelo.

—¿Y cuánta distancia había? —Zarpa de Tórtola parecía impresionada.

—Más o menos la misma que de aquí a la hondonada rocosa —respondió la gata.

Leonado soltó un resoplido. «¿Y cómo lo sabes?» Carbonera había nacido en el lago, como él. ¡Nunca había visto el antiguo territorio!

—Estoy segura de que yo podría hacerlo —alardeó Zarpa Espinela.

Y subió por el tronco del arce, con los ojos entornados para protegerse de las gotas que caían de las ramas. Carbonera la siguió, con Zarpa de Tórtola a la zaga.

El guerrero se quedó mirando hacia arriba, deseando que dejara de llover. Ya le iba a resultar bastante difícil subir sin que la corteza estuviera resbaladiza. Con un suspiro de resignación, saltó al tronco del árbol, clavando profundamente las garras en la corteza para no deslizarse.

Carbonera estaba esperándolo en el nudo que unía la rama más baja con el tronco, pero las aprendizas ya habían avanzado por ella y se dirigían hacia el siguiente árbol.

—Desde ésta no vamos a tener ni que saltar —anunció Zarpa de Tórtola por encima del hombro.

El extremo de la rama se había entrelazado con las más bajas del sauce vecino.

—Quizá deberíamos tomar una ruta distinta… —le dijo Leonado.

Desde donde estaba, las ramas del sauce le parecieron demasiado finas.

—No creo que esas ramas aguanten nuestro peso.

—¡Tu peso, querrás decir! —replicó su aprendiza, cortante.

Todavía estaba enfadada con él por no haber ayudado a Cañamera. A pesar del hormigueo de irritación que sintió en las zarpas, Leonado lo dejó pasar.

Carbonera señaló el sauce con la cabeza.

—Es un árbol viejo —maulló.

Las dos hermanas ya habían cruzado a sus ramas.

—Aguantará.

Tenía razón. Leonado avanzó por sus ramas sin dificultad, aliviado al descubrir que eran anchas y robustas.

—¡Más despacio! —ordenó.

Las aprendizas avanzaban muy deprisa, como si estuvieran compitiendo por ser la primera en llegar al campamento sin tocar el suelo del bosque.

Zarpa de Tórtola se hallaba en el extremo de la rama más larga del sauce. Más allá se alzaba un roble viejo, deformado y retorcido por los años.

—Voy a probar con éste —maulló la joven, mirando hacia sus compañeros.

—Tiene la corteza muy basta —le advirtió su mentor—. Parece vieja, y es posible que en las ramas haya grietas que no puedas ver.

Apretó el paso, adelantando a Carbonera.

—¡Espera a que yo la examine! —la advirtió.

¡Demasiado tarde!

Zarpa de Tórtola ya estaba saltando a una rama del roble, que crujió bajo su peso y se quebró como un palito seco. Con un chillido, la aprendiza cayó en picado.

Sólo había tres colas de distancia hasta el blando suelo, y la joven aterrizó de pie. Pero Leonado sabía qué iba a suceder a continuación.

—¡Cuidado!

El guerrero bajó del sauce de un salto, patinó por el suelo y agarró a su aprendiza por el pescuezo.

—¡¿Qué...?! —gritó la gata cuando él tiró de ella hacia atrás.

Al cabo de un instante, la vieja rama del roble se estrelló estrepitosamente contra el suelo.

Leonado cerró los ojos con fuerza, protegiendo a Zarpa de Tórtola con su cuerpo. Cuando la rama dejó de rodar, el guerrero se volvió hacia la joven, enfurecido.

—¡Por mucho que creas que sabes lo que haces, a veces yo tengo razón, ¿entendido?! —gruñó.

Zarpa de Tórtola levantó la cabeza y sorbió por la nariz. Luego dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas.



5

Zarpa de Tórtola estiró sus doloridas patas, dando vueltas en el lecho. Sus compañeros de guarida estaban profundamente dormidos. Habían caído redondos antes de que la luna se asomara por encima de la hondonada rocosa, agotados después del duro entrenamiento.

Sin embargo, ella se sentía completamente desvelada. Había «visto» a Cañamera: regresaba a su campamento cojeando, ayudada por sus compañeros de clan. Había captado el olor de la sangre reseca en una de las patas de la gata, había notado el calor que latía en su zarpa inflamada. ¡Necesitaba saber si su amiga del Clan del Viento estaba herida de gravedad!

—¿Te encuentras bien? —Zarpa Espinela le preguntó desde su lecho, con las pupilas dilatadas por la inquietud—. ¿Te has hecho daño en la caída?

—No —respondió la aprendiza gris con sinceridad.

Lo único que había resultado herido en aquella jornada de entrenamiento era su orgullo. ¡Leonado era un mentor de lo más mandón! Ahora incluso se atrevía a decirle cómo usar su propio poder! Debería mostrarle un poco más de respeto, como hacía Glayo, en vez de tratarla como a una aprendiza boba.

Su hermana se incorporó.

—¿No estás cansada?

Zarpa de Tórtola movió la cola.

—No.

—Venga, vayamos a dar una vuelta por el bosque.

Zarpa Espinela abandonó su lecho. Florina roncaba a su lado. Y a Zarpa de

Tórtola le dio un vuelco el corazón, esperanzada. Se incorporó de inmediato. ¿Qué estaba planeando su hermana?

Gabardeta rodó en su lecho y se quedó con las patas dobladas en el aire, como si fuera un conejo.

—No salimos de noche desde que te fuiste en busca de los castores.

Zarpa Espinela se dirigió de puntillas hasta la entrada y salió sin hacer ruido. Las ramas bajas del tejo que conformaba la guarida de los aprendices rozaron el pelaje de Zarpa de Tórtola cuando siguió ilusionada a su hermana. El claro, iluminado por la luz de las estrellas, resplandecía como una laguna en el centro de la hondonada oscura, y Zarpa de Tórtola pudo captar el olor del bosque en lo alto, húmedo por la estación de la caída de la hoja y por el rocío nocturno.

La joven proyectó sus sentidos más allá de la barrera de espinos, y detectó a Rosada vigilando la entrada del campamento; arañaba el suelo acompasadamente, mientras su aliento formaba nubecillas ante su hocico.

—Conozco una salida secreta —le dijo a Zarpa Espinela.

—¿Por el túnel del aliviadero?

—Mejor que eso.

Bordeó el claro con sigilo, pasando junto a la entrada de la guarida del curandero, y luego, retorciéndose, se coló por el enmarañado zarzal que crecía al lado, hasta que llegó a la pared rocosa. Estirándose entre los tallos enroscados, alcanzó un saliente bajo y se encaramó a él.

—¿Vienes? —le susurró a Zarpa Espinela.

El pelaje plateado y blanco de su hermana parecía emitir luz propia debajo de las zarzas.

—Voy.

Zarpa de Tórtola saltó a la siguiente cornisa, y luego a la otra, hasta que las guaridas del campamento parecieron pequeños matorrales a sus pies. Con un cosquilleo de emoción, trepó al borde de la quebrada y alcanzó la hierba blanda que crecía en lo alto.

Su hermana apareció tras ella poco después.

—¿Cómo descubriste esta ruta?

—Me la enseñó Leonado.

Su mentor se la había mostrado por si alguna vez necesitaba escapar del campamento sin ser vista. «¡Seguro que no esperaba que la usase tan pronto! —pensó con un fogonazo de satisfacción—. Yo tomo mis propias decisiones.»

Una media luna iluminaba la copa de los árboles, filtrándose entre las ramas desnudas y dibujando trazos plateados en el suelo del bosque. Aspirando los aromas húmedos de la noche, Zarpa de Tórtola echó a correr entre los helechos.

Su hermana la siguió.

—Me pregunto si habrá alguien más aquí fuera.

Zarpa de Tórtola proyectó sus sentidos más allá de los árboles, buscando señales de movimiento. Las olas del lago emitían un murmullo suave, muy parecido al de los lametones que su madre le daba en el pelo. Más allá de la frontera, un cachorro del Clan de la Sombra maulló, despertando de una pesadilla, y en el otro extremo del lago, en el límite más lejano del territorio del Clan del Río, unos Dos Patas aullaban en sus viviendas.

—¿Adónde vamos? —le preguntó Zarpa Espinela, devolviéndola al bosque—. ¿Quieres que nos acerquemos a la vivienda abandonada de los Dos Patas? Es de lo más espeluznante. ¡Seguro que no eres lo bastante valiente!

«No.» Zarpa de Tórtola sabía exactamente adónde quería ir. Percibía a Cañamera dando vueltas en su lecho, parpadeando como si el dolor de la pata no la dejara descansar.

—Vamos al páramo.

Zarpa Espinela frenó en seco.

—¿Al territorio del Clan del Viento?

—Justo hasta su campamento.

Zarpa de Tórtola se detuvo a su lado. Tenía que plantearle un desafío al que no pudiera resistirse. Pero su hermana la miraba con los bigotes temblorosos, como si hubiese olido una presa.

—¿Su campamento? —repitió con la voz estrangulada.

—No he visto a Cañamera ni a Cola Blanca desde que volvimos de la misión.

Zarpa Espinela dejó caer la cola.

—¿Y para qué quieres verlas? —preguntó, entre desconcertada y dolida—. No necesitas amigas en el Clan del Viento. Tienes amigos aquí —añadió, apuntando hacia la hondonada.

—Pero ¿no quieres ver si podemos lograrlo? —la tentó Zarpa de Tórtola.

No podía explicarle que Cañamera estaba herida sin desvelar su secreto.

—Si nos pillan, siempre podemos decir que nos hemos perdido. Sólo somos aprendizas. Nadie va a pensar que estábamos intentando invadir su territorio.

Tenía que comprobar si Cañamera estaba malherida. «Que a Leonado le tenga sin cuidado no significa que a mí también», se dijo.

—Oh, venga, Zarpa Espinela —le suplicó.

La joven atigrada entornó los ojos y finalmente asintió.

—Vale.

Y echó a andar entre los árboles, en dirección a la frontera del clan vecino. Cuando se agachó para pasar por debajo de un tejo, dijo:

—Si nos sorprende algún gato del Clan del Viento, podemos decir que estábamos persiguiendo a una ardilla y que no nos habíamos dado cuenta de que traspasábamos la frontera.

Zarpa de Tórtola se arrastró por debajo de las ramas del tejo, siguiendo a su hermana.

—Pensarán que somos idiotas por no advertir que habíamos entrado en el páramo —respondió.

—Bueno. —Zarpa Espinela se deslizó por un terraplén y añadió—: Pues entonces les diremos que somos sonámbulas.

—¿Qué? ¿Las dos?

Zarpa de Tórtola se preguntó si su hermana se lo estaba tomando en serio.

—No podemos decirles que nos apetecía visitar a Cola Blanca y Cañamera y ya está, ¿no?

«¿Por qué no?» Se habían embarcado juntas en una misión peligrosa.

—Será mejor que nos aseguremos de que no nos pillan —concluyó.

Ya casi habían dejado atrás el bosque cuando Zarpa de Tórtola captó el olor del páramo. Dejó que sus sentidos fuesen más allá de la turba y el brezo, y se sintió aliviada al no detectar nada más que la tenue respiración de los gatos ovillados en sus lechos en el campamento del Clan del Viento.

—¿Cómo crees que será el campamento?

Zarpa Espinela se detuvo en lo alto de la ribera empinada, pero no contestó. El viento le tiraba de los bigotes y se estremeció.

—Me alegro de no pertenecer al Clan del Viento.

El arroyo borboteaba a sus pies.

—Debe de ser muy raro dormir a la intemperie —concluyó.

—Seguro que tienen guaridas.

—Pero árboles no. Sólo el cielo abierto.

Zarpa Espinela se deslizó ribera abajo y, al llegar al fondo, se impulsó con las patas traseras y salvó la estrecha corriente de agua de un solo salto. Se volvió hacia su hermana, que se había detenido en lo alto.

—Imagínate cómo será cuando haya tormenta —dijo, y volvió a estremecerse.

Zarpa de Tórtola estaba mirando hacia el páramo que se abría ante ellas; era como un gato gigantesco dormido bajo el cielo nocturno.

—Date prisa —le dijo Zarpa Espinela—. Este sitio me pone los pelos de punta.

La aprendiza gris bajó a la orilla y cruzó el arroyo. El viento soplaba entre la hierba y el brezo, y la golpeó como una bandada de estorninos. La joven se estremeció, recordando el viaje arroyo arriba y los territorios expuestos que habían tenido que cruzar en busca de los castores.

—Era igual que esto cuando estuvimos en... —Se interrumpió de golpe.

—¿Qué?

—Nada —respondió Zarpa de Tórtola, negando con la cabeza.

Su hermana seguía disgustada por no haber podido participar en la misión. No era de extrañar que no le interesara nada visitar a Cola Blanca y Cañamera.

Zarpa Espinela examinó el páramo con los ojos abiertos de par en par, nerviosa. Las marcas olorosas del Clan del Viento llenaban el aire.

—¿Crees que tendrán patrullas nocturnas?

Zarpa de Tórtola plantó las orejas, buscando patrullas del Clan del Viento. Unas ovejas balaron en la ladera y un monstruo gruñó en la distancia; su olor grasiento y penetrante le resultaba familiar del viaje, de cuando tuvo que esconderse entre las patas apestosas y embarradas de aquellas criaturas.

Se sacudió de encima ese recuerdo. Seguía sin haber rastro de gatos rondando por el páramo.

—Nada —tranquilizó a su hermana, y, para que no le preguntara cómo podía estar tan segura, añadió—: Con el viento soplando en nuestra dirección, será fácil detectar a cualquier patrulla.

Zarpa Espinela saboreó el aire con la boca abierta.

—Vamos.

Su pelaje plateado y blanco resplandecía bajo la luz de la luna cuando empezó a subir por la pequeña colina, con los ojos entornados contra el viento.

Zarpa de Tórtola siguió a su hermana y traspasó la línea olorosa. Sentía un hormigueo en el estómago y no se atrevía a hablar ahora que ya estaban en el territorio del Clan del Viento. Ascendieron la loma, con el viento azotándolas con más fuerza. Una oveja baló cerca de ellas, y las dos pegaron un salto y se metieron corriendo en un arbusto de aulaga. Luego se agacharon más aún para seguir entre matas de brezo.

Zarpa Espinela redujo el paso.

—¿Estás segura de que quieres llegar hasta el campamento del Clan del Viento? —preguntó con cierto temblor en la voz.

Zarpa de Tórtola ya podía oler el campamento justo al otro lado de una pequeña loma. Oyó la respiración calmada de los gatos en sus guaridas y en su mente se formó una imagen de la zona: arbustos leñosos que resguardaban las guaridas excavadas en el suelo arenoso; un claro hollado por muchas zarpas; un hueco protegido por una aulaga, lleno del olor de las hierbas medicinales.

—Ya falta poco —le respondió, intentando animarla.

Ahora podía percibir a Cañamera con claridad. La atigrada estaba tumbada en una guarida junto a Cola Blanca. Las rodeaban sus compañeros guerreros, un

revoltijo de pelajes, cálidos y protegidos del viento. Cañamera era la única que se movía sin parar. No dejaba de olfatearse la herida con cautela. «No puede encontrarse tan mal, si no estaría en la guarida del curandero», pensó Zarpa de Tórtola, aunque seguía sintiendo un hormigueo de inquietud. ¡Tenía que asegurarse!

Pero ¿cómo, en el nombre del Clan Estelar, iba a llamar la atención de Cañamera sin despertar al resto de sus compañeros de guarida?

«Ya me preocuparé de eso cuando lleguemos.»

Ascendieron la loma y, al llegar a lo alto, vieron que el suelo se hundía ante ellas: una hondonada profunda en mitad del páramo. Estaba bordeaba de una ladera herbosa ribeteada por un muro de arbustos achaparrados. En el centro relucía un claro arenoso, tal como Zarpa de Tórtola había imaginado.

—¡Ahí está! —Apenas logró convertir su maullido de entusiasmo en un susurro—. ¡El campamento!

—Seguro que Abejorro o Gabardeta jamás harían algo así —susurró Zarpa Espinela casi sin aliento, tapándole la boca con la cola—. ¿En serio vas a bajar ahí a buscar a Cola Blanca y Cañamera?

—¡Pues claro! —gritó, y comenzó a descender por la ladera.

—¡No... no puedes hacerlo! —protestó su hermana—. Es demasiado peligroso.

Zarpa de Tórtola la miró por encima del hombro.

—¡Quédate ahí si quieres! —siseó.

La joven atigrada corrió tras ella.

—¡De eso nada! Si tú vas, ¡yo también! Estamos juntas en esto, ¿no?

Zarpa de Tórtola sabía exactamente dónde estaba la guarida de los guerreros, y se dirigió con sigilo hacia allí, notando bajo las zarpas la hierba resbaladiza del páramo.

Su hermana la seguía casi sin respirar.

—¿Están todos dormidos?

La aprendiza gris sacudió la cola.

—Casi todos.

—¿Qué quieres decir?

—Tranquila. Sólo hay un gato montando guardia. No nos verá.

Reconoció la silueta de un guerrero en el claro, encorvado de cansancio. Estaba de espaldas a ellas, mirando hacia el lago.

Zarpa Espinela se puso tensa al distinguirlo, y se agazapó más a medida que avanzaban entre las sombras que rodeaban el muro de vegetación. Se colaron por un hueco entre las ramas y fueron de puntillas hasta una extensa maraña de arbustos. «Ahí está la guarida de los guerreros...»

Al deslizarse hasta la oscuridad que reinaba debajo de las ramas, Zarpa de Tórtola sintió cierto alivio.

Su hermana temblaba junto a ella.

—¿Qué hacemos ahora?

—Cañamera está dormida justo al otro lado de esta zona de la guarida.

Zarpa de Tórtola rozó las espinosas ramas, percibiendo a su amiga a sólo una cola de distancia.

—¡Cañamera! —siseó.

—¿Qué estás haciendo? —protestó su hermana.

Zarpa de Tórtola no le hizo ni caso.

—¡Cañamera! —siseó de nuevo, esta vez un poco más alto.

Unas hojas susurraron al otro lado de la pared. Cañamera se había incorporado.

—¡Ya viene! —musitó Zarpa de Tórtola, oyendo cómo la guerrera serpenteaba entre los lechos cojeando, con la pata herida levemente elevada para protegerla.

La atigrada de pelaje claro apareció junto a las hermanas como un rayo de luna en la oscuridad.

—¡Por el gran Clan Estelar, Zarpa de Tórtola! ¿Qué estás haciendo aquí?

La aprendiza ladeó la cabeza. La guerrera del Clan del Viento sonaba enfadada, no parecía muy contenta de ver a su vieja amiga de aventuras.

—¡Seguidme! —bufó Cañamera.

Atravesó renqueando el muro de arbustos del campamento y subió por la cuesta herbosa. Rebasó la cima y se agazapó al otro lado, haciendo una mueca de dolor.

Las dos hermanas fueron tras ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Zarpa de Tórtola, mirando angustiada la pata trasera de su amiga, que estaba cubierta de telarañas y apestaba a hierbas curativas.

Cañamera la miró frunciendo el ceño.

—¿Por qué habéis venido hasta aquí?

La joven aprendiza pegó las orejas a la cabeza. ¿Es que no se alegraba de verla?

—Yo… yo estaba preocupada —tartamudeó—. Oí que os perseguía un perro.

No se atrevió a decir nada más para no revelar su secreto, pero, al parecer, ya había dicho demasiado. A Cañamera le subió un gruñido por la garganta.

—¿Nos has estado espiando? —le espetó.

Zarpa Espinela se volvió de golpe hacia su hermana, con un brillo de alarma y confusión en los ojos.

—¡En ningún momento has mencionado a un perro!

Cañamera se acercó más a ellas.

—¿Cómo sabes eso, Zarpa de Tórtola?

La joven se encogió.

—Lo... lo he oído mientras entrenaba.

Zarpa Espinela parpadeó.

—¿Cuándo? ¡No has dicho nada!

Cañamera las estaba observando con los ojos entornados.

Zarpa de Tórtola sintió una punzada de decepción.

—Me preocupaba que estuvieras herida, eso es todo —masculló.

—Podemos cuidar de nosotros mismos, ¿sabes? —se sulfuró la guerrera—. ¡No necesitamos que una aprendiza del Clan del Trueno nos proteja!

Una voz rezongó desde las sombras del muro de arbustos:

—¿Qué está pasando? ¿Con quién hablas, Cañamera?

Las dos hermanas se quedaron de piedra. ¡No tenían donde esconderse! Oyeron unos pasos ascendiendo la ladera. Zarpa Espinela desenvainó las garras y Zarpa de Tórtola se esforzó por ralentizar su respiración. Aquello no estaba yendo como se suponía que tenía que ir.

Una figura esbelta y rojiza apareció por el borde de la hondonada.

«Turón.»

El guerrero miró de arriba abajo a las dos aprendizas del Clan del Trueno, y luego se detuvo en Cañamera.

—¿Qué estás tramando ahora? —le preguntó con la voz cansada—. ¿No has causado ya bastantes problemas, al enredar a tu patrulla con ese perro?

Cañamera se indignó.

—¡Yo soy la única que ha resultado herida!

Turón giró la cabeza hacia el campamento:

—¡Invasores! —exclamó, aunque sin urgencia en la voz—. ¿Por qué no has alertado al clan? —le preguntó a su compañera, sin prestar apenas atención a las dos hermanas.

—Ya me estaba ocupando yo —gruñó.

Zarpa Espinela se irguió, con los bigotes temblando.

—No necesitamos que nadie se ocupe de nosotras —replicó, malhumorada.

Turón se volvió hacia ella, erizando el pelo.

—¡Silencio!

Los gatos del Clan del Viento comenzaron a salir por los huecos del muro de vegetación y ascendieron por la loma.

Una atigrada de ojos azules dio vueltas alrededor de las jóvenes, saboreando el

aire.

—¡Clan del Trueno!

—¿Es una invasión? —preguntó un gato marrón y blanco, mostrando los colmillos.

Un atigrado sacudió la cola.

—Yo no capto el olor de más gatos.

—A lo mejor han camuflado su olor… —gruñó una gata negra.

—¿De verdad crees que son tan listos, Nube Negra? —se mofó el atigrado.

Ventolero apareció con el pelo erizado.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Sus ojos brillaban en la oscuridad, amenazantes.

Zarpa de Tórtola parpadeó esperanzada cuando llegó Estrella de Bigotes y se colocó delante del joven guerrero.

—¡Lebrón! —El líder del Clan del Viento le hizo una señal con la cabeza al gato marrón y blanco—. Llévate a Hojoso y a Cárabo e inspeccionad la zona.

Los tres guerreros se marcharon corriendo, con la cola gacha y el pelo erizado.

La atigrada de ojos azules se los quedó mirando mientras se alejaban, clavando las garras en la hierba.

—¿Puedo ir yo también?

—Tranquila, Cola Brecina —replicó Estrella de Bigotes—. Ya nos avisarán si necesitan refuerzos.

Zarpa de Tórtola tenía el corazón desbocado.

—Hemos venido solas —aseguró, rodeando a su hermana con la cola e intentando mantener la cabeza alta.

Estrella de Bigotes las miró con severidad.

—¿Por qué habéis venido? —quiso saber—. ¿Os ha enviado Estrella de Fuego?

Zarpa de Tórtola negó con la cabeza.

Cañamera miró a sus compañeros de clan.

—Sabe lo del perro. Sabe que nos ha perseguido. —Le lanzó una mirada a la joven—. Aunque no es nada de lo que no podamos encargarnos nosotros.

Estrella de Bigotes miró sorprendido a la aprendiza del Clan del Trueno.

—¿Cómo lo has sabido?

Zarpa de Tórtola estaba preparada para esa pregunta.

—Lo he oído desde el bosque, mientras estaba entrenando.

Cola Brecina lanzó un gruñido.

—¿Y cómo has podido saber que estaba persiguiendo a nuestros guerreros?

—Yo… bueno… me… lo he imaginado —respondió la joven entrecortadamente.

—¿Te lo has imaginado? —El líder del Clan del Viento no sonó muy convencido.

Sus compañeros de clan intercambiaron miradas de recelo, y Ventolero rodeó a su líder y miró ceñudo a las dos aprendizas del Clan del Trueno.

—¿Qué más te has imaginado sobre nosotros?

Una pequeña gata blanca rebasó el borde de la hondonada.

«¡Cola Blanca!»

La guerrera, sin embargo, erizó el pelo en cuanto reconoció a Zarpa de Tórtola. La joven aprendiza miró al suelo. Con la desaprobación de Cañamera había tenido bastante, no quería enfrentarse también a la de Cola Blanca. ¿Qué había sucedido con la amistad que habían forjado?

La pequeña guerrera blanca se acercó a las dos hermanas del Clan del Trueno.

—La misión ya ha terminado —maulló—. Debéis respetar las fronteras. Vuestra lealtad debería estar del lado de vuestro clan.

Lo dijo con cierta amabilidad, como si ella, al menos, entendiera la decepción de Zarpa de Tórtola.

Un joven aprendiz que estaba paseándose detrás de Cola Blanca se adelantó con el ceño fruncido:

—¿Es que en el Clan del Trueno no enseñan a sus aprendices a respetar las marcas olorosas?

—Por supuesto que sí —le respondió Zarpa Espinela, acalorada.

Estrella de Bigotes deslizó la cola por encima del brezo.

—Regresad a las guaridas —les ordenó a sus compañeros de clan—. Cola Brecina y Ventolero se llevarán a estas aprendizas descerebradas al lugar que les corresponde.

Zarpa de Tórtola sintió una oleada de calor.

—¡No somos unas descerebradas!

Estrella de Bigotes la miró.

—Entonces, ¿por qué estáis aquí, en vez de ovilladas en vuestros lechos?

Zarpa de Tórtola fue incapaz de sostenerle la mirada. «¡Creía que mis amigas estaban metidas en problemas!» Tenía el estómago revuelto por la rabia y la tristeza. ¡Su estúpido poder tenía toda la culpa! Si hubiera sido una gata cualquiera, nunca habría oído a ese perro atacando a Cañamera. Ella sólo estaba intentando ser una buena guerrera. Y una buena amiga. Pero por lo visto la amistad no contaba para nada. Estaba con la cabeza gacha cuando Cola Brecina le dio un empujoncito para que bajara la loma.

—Vamos a llevaros a casa —maulló la guerrera de ojos azules.

Zarpa de Tórtola se la sacudió de encima y echó a andar entre el brezo. Su

hermana, que iba junto a ella, le susurró:

—Por lo menos no nos han hecho trizas.

Los remordimientos apagaron la rabia de Zarpa de Tórtola.

—Siento mucho haberte metido en este lío.

—¡Tú no me has metido en nada! —replicó Zarpa Espinela, indignada.

Las dos gatas cruzaron el páramo flanqueadas por los dos guerreros del Clan del Viento. Ninguno de ellos dijo nada, pero, de vez en cuando, Ventolero emitía un gruñido ronco.

Cola Brecina se volvió hacia él, fulminándolo con la mirada.

—¡Deja ya de hacer ese ruido! —le espetó.

—¿Quieres que se sientan bien recibidas? —bufó él.

—Creo que ya han captado el mensaje de Estrella de Bigotes —señaló Cola Brecina—. No necesitan que les vayas gruñendo todo el camino hasta su territorio. ¡Sólo son aprendizas!

—Así aprenderán a no volver a hacerlo.

—¡Cierra el pico! —resopló la guerrera—. Nadie ha muerto y te ha nombrado líder.

Ventolero soltó un bufido de desprecio, pero luego guardó silencio.

Los cuatro gatos avanzaron por el páramo hacia la línea olorosa del Clan del Trueno, donde el arroyo gorgoteaba a través del barranco que dividía los dos territorios.

—A partir de aquí ya conocemos el camino, gracias —les dijo Zarpa de Tórtola a los guerreros del Clan del Viento.

Cola Brecina la miró fijamente.

—Vamos a llevaros hasta vuestro campamento.

—¡No podéis hacer eso! —protestó Zarpa Espinela.

¿Qué diría Estrella de Fuego si metían a dos gatos del Clan del Viento en el corazón de su propio territorio? A Zarpa de Tórtola se le erizó el pelo hasta la punta de la cola, pero los guerreros parecían decididos. Ellas dos no podían enfrentarse a ellos, y no pensaba hacer más humillante aquella situación suplicándoles que no las acompañaran hasta la hondonada rocosa.

Ventolero ya había cruzado el arroyo de un salto. De mala gana, Zarpa de Tórtola bajó con su hermana hasta la orilla y pasó al otro lado. Cola Brecina fue la última en cruzar.

La aprendiza gris se dirigió hacia el campamento como si le pesaran las patas.

—Estrella de Fuego nos va a matar —le susurró Zarpa Espinela al oído.

Zarpa de Tórtola no quería pensar en eso. No podía explicar por qué se había llevado a su hermana al campamento del Clan del Viento sin desvelar su secreto,

y ahora todo el clan pensaría que eran unas imprudentes y unas cabezas de chorlito.

Los dos guerreros iban delante de ellas, recorriendo senderos y atravesando arbustos como si conocieran bien el bosque. Cola Brecina tomó una senda de zorros que rodeaba una extensa franja de zarzales.

Zarpa Espinela sacudió la cola.

—¿Cómo es que sabéis adónde vais?

Cola Brecina contestó sin mirarla siquiera por encima del hombro:

—Ya hemos estado aquí.

—Pero eso no... —comenzó a protestar la joven atigrada.

—¡Acaba de decirte que ya hemos estado aquí! —la cortó Ventolero, con un gruñido que puso fin a la conversación bruscamente.

Cuando ya estaban cerca de la barrera de espinos, Zarpa de Tórtola captó el olor de Rosada, que corría hacia ellos.

—¿Qué estáis haciendo en nuestro territorio? —les espetó la gata a los guerreros del Clan del Viento, erizando el pelo.

Ventolero se detuvo.

—Esto no es un ataque.

Cola Brecina se colocó a su lado.

—Sólo hemos venido a devolver a un par de descarriadas.

Rosada se quedó mirando a las dos aprendizas con incredulidad.

—¿Qué hacéis vosotras fuera de la hondonada? ¿Y por qué estáis con ellos? —añadió, señalando a los guerreros del Clan del Viento.

Una nube tapó la luna, y Zarpa de Tórtola se sintió aliviada en la sombra repentina. Se quedó mirándose las patas, sin saber cómo explicar lo sucedido.

—Las hemos encontrado junto a nuestro campamento —le explicó Cola Brecina a la desconcertada guerrera.

Rosada clavó sus garras en la hierba y le sostuvo la mirada.

—Gracias por traerlas a casa. Las acompañaré a su guarida.

Ventolero dio un paso adelante.

—Nosotros vamos con ellas —anunció—. Queremos hablar con Estrella de Fuego.

Rosada se sulfuró.

—¡Nuestro líder está durmiendo!

—¡Igual que el Clan del Viento antes de que esta pareja nos despertara en plena noche! —gruñó Cola Brecina.

Zarpa de Tórtola sintió que se encogía.

—No creía que las cosas pudieran empeorar —susurró Zarpa Espinela a su

lado, dejando caer la cola.

Ventolero la fulminó con la mirada.

—No quiero que nos acuséis de haber hecho prisioneras a dos aprendizas del Clan del Trueno.

Zarpa Espinela se indignó.

—¡Nosotras no mentiríamos con algo así!

Rosada suspiró, inclinando la cabeza.

—De acuerdo, seguidme.

Y dicho eso, guió a los guerreros del Clan del Viento por el túnel de espinos.

Zarpa de Tórtola siguió al grupo, y se le aceleró el pulso al oír los pasos de Rosada por las rocas desprendidas.

«Ha ido a despertar a Estrella de Fuego.»

El resto del clan también estaba despertándose, y los muros de las guaridas se estremecían mientras los gatos iban saliendo para ver qué ocurría. Unos pasos diminutos cruzaron el claro desde la maternidad.

—¡¿Qué está pasando?! —chilló Grosellita.

Rosella iba detrás de su cachorrita.

Zarpa de Tórtola intentó no escuchar lo que iban diciendo los demás. Sus compañeros de clan se estaban reuniendo para presenciar su humillación. ¿Cómo iba a explicar lo ocurrido? Con una oleada de frustración que le atenazó la garganta, deseó con todas sus fuerzas que la profecía no existiese y que ella no tuviese ningún tipo de poder.

«¿Por qué no puedo ser simplemente una gata normal?»



6

Glayo se despertó sobresaltado. La humedad de la noche aún flotaba en el aire, y sin embargo oía voces susurrando en el claro. Un gato descendía de la Cornisa Alta.

«Estrella de Fuego está despierto.»

El curandero se incorporó.

Saboreó el aire.

«El Clan del Viento.»

Se levantó de un salto y traspasó la cortina de zarzas al mismo tiempo que Leonado y Carbonera salían de la guarida de los guerreros.

—¿Qué está pasando?

Leonado rodeó a su aprendiza.

Zarpa de Tórtola no respondió, pero se arrebujó junto a su hermana, tan incómodas las dos como un par de mochuelos sorprendidos a la luz del día.

Gabardeta salió de la guarida de los aprendices, agitando los bigotes con curiosidad.

—Venid a ver esto —les susurró por encima del hombro a sus hermanos, mientras Zarzoso se reunía con Estrella de Fuego en el claro.

Desde la entrada de su guarida, Candeal y Betulón observaban la escena moviendo levemente las ramas con la cola.

Manto Polvoroso pasó ante ellos.

—¡¿Qué están haciendo aquí esos dos?! —exclamó el atigrado marrón oscuro.

Su voz resonó contra las paredes rocosas del campamento, aunque su rabia iba

dirigida como una espina a los guerreros del Clan del Viento.

Ventolero y Cola Brecina ni se inmutaron.

—Baja la voz, Manto Polvoroso —le ordenó Estrella de Fuego—. No queremos despertar a todo el mundo.

—¿Por qué no? —Dalia salió de la maternidad con el pelo erizado—. ¡Hay gatos del Clan del Viento en el campamento!

—No es un ataque —la tranquilizó Candeal.

—¿Estáis seguros?

Manto Polvoroso bordeó el lindero del claro; la desconfianza crepitaba en cada uno de sus pasos.

La guerrera del Clan del Viento deslizó la cola por el suelo.

—Parece que habéis perdido a dos aprendizas —maulló—. Sólo hemos venido a devolvéroslas.

Glayo percibió una llamarada de culpabilidad procedente de Zarpa de Tórtola y Zarpa Espinela.

—Yo me encargaré de esto —dijo Estrella de Fuego, paseando la mirada por todo su clan—. Todos los que no estéis directamente involucrados podéis regresar a vuestras guaridas.

Manto Polvoroso se detuvo. Los aprendices se metieron debajo de su tejo. Candeal y Betulón volvieron a entrar en la guarida de los guerreros.

—Leonado y Carbonera, vosotros quiero que os quedéis —ordenó Estrella de Fuego—. Y tú también, Glayo.

—¿Y yo? —preguntó Zarzoso.

—Asegúrate de que todos se acuestan y tranquiliza a las reinas.

El líder se dirigió hacia la barrera de espinos.

—Seguidme —añadió por encima del hombro—. No quiero más alboroto en el campamento.

Glayo fue tras el grupo formado por las dos hermanas, Leonado, Carbonera y los guerreros del Clan del Viento, que obedecieron al líder del Clan del Trueno sin rechistar. El curandero notó el peso del aire nocturno, y su mente ardió con la tensión que centelleaba entre los gatos.

Una vez fuera del campamento, Estrella de Fuego se sentó. Leonado arañó las hojas caídas. Un búho ululó en lo alto, y luego se alejó volando entre los árboles. Ventolero y Cola Brecina se plantaron muy rígidos el uno junto al otro, mientras las dos aprendizas cambiaban el peso de una pata a otra. Carbonera estaba tensa y disgustada, y sentía un nudo en el estómago. Glayo lo percibió y se estremeció bajo la fría brisa.

Estrella de Fuego carraspeó.

—Y bien, ¿qué ha sucedido, exactamente?

—Hemos pillado a estas dos aprendizas en nuestro campamento —respondió Ventolero.

Las hermanas se apretujaron más la una contra la otra.

—¿Zarpa Espinela? —Estrella de Fuego centró su atención en ella—. ¿Es eso lo que ha pasado?

—Nosotras... —La joven vaciló—. Sólo estábamos explorando.

—¿En mitad del territorio del Clan del Viento? —preguntó el líder con una voz siniestramente suave.

—¡Ha sido culpa mía! —intervino Zarpa de Tórtola—. Yo... he oído un perro en el páramo cuando estábamos entrenando, y estaba preocupada...

Glayo curvó las garras. «¡Oh, no, Zarpa de Tórtola! ¡Tienes el cerebro de un ratón!» Y notó cómo Leonado se ponía tenso.

Ventolero gruñó desde lo más hondo de la garganta.

—¿Que estabas preocupada? —Sacudió las hojas caídas con la cola—. ¿Por el Clan del Viento? Estrella de Fuego, ¿es que no les enseñáis el código guerrero a vuestros aprendices?

El líder ignoró la pregunta, y luego se dirigió con calma a los guerreros del Clan del Viento:

—Gracias por traerlas de vuelta. Lamento mucho las molestias que han ocasionado a vuestro clan. No volverá a suceder.

Glayo percibió la irritación que irradiaba Zarpa de Tórtola, pero la joven tuvo la sensatez de morderse la lengua.

—Nosotros vivimos de acuerdo con el código guerrero —le aseguró Estrella de Fuego a Ventolero con voz tensa—. Y nos encargaremos de que estas jóvenes comprendan lo importante que es.

El líder del Clan del Trueno estaba furioso y al mismo tiempo avergonzado de sus aprendizas, pero Glayo también captó que su mente burbujeaba con preguntas. ¿Qué estaban haciendo en realidad las dos hermanas en el territorio del Clan del Viento?

Cola Brecina asintió:

—Así lo esperamos, Estrella de Fuego.

Cuando la guerrera dio media vuelta para salir del territorio del Clan del Trueno, Glayo percibió la tensión entre ella y Leonado, que chisporroteó como un rayo. La gata le lanzó un último dardo al guerrero dorado:

—De ahora en adelante, deberías tener más vigilada a tu aprendiza.

Ventolero la siguió a través de la vegetación.

—¡El Clan del Viento puede cuidar de sí mismo sin vuestra ayuda! —exclamó,

antes de desaparecer entre los helechos.

Estrella de Fuego esperó a que sus pasos se apagaran.

—¡En el nombre del Clan Estelar! Pero ¿qué creíais que estabais haciendo? —exclamó, volviéndose hacia las dos hermanas.

—¡Ha sido idea mía! —declaró Zarpa de Tórtola.

—¡Zarpa Espinela no está pegada a ti como un trozo de telaraña! —replicó el líder—. Puede decidir por sí misma perfectamente.

—¡No iba a dejar que mi hermana se fuera sola! —protestó Zarpa Espinela.

—¡Aun así, eso no explica qué estabais haciendo en el territorio del Clan del Viento! —bufó Estrella de Fuego—. ¿Qué es esa tontería del perro?

Ninguna de las aprendizas respondió.

—Muy bien —suspiró él—. Sea cual sea la razón, ¡ha sido una insensatez!

¿De verdad iba a dejarlo así? Glayo ladeó la cabeza, pero Estrella de Fuego aún no había acabado:.

—Dejaré el castigo en manos de vuestros mentores, aunque espero que se aseguren de que mejoráis en vuestra comprensión del código guerrero. Parece ser que, de momento, el entrenamiento os ha dejado poca huella. Si vais a comportaros como cachorritas, entonces deberías ser tratadas como tales. ¡Volved a vuestra guarida!

Las dos aprendizas empezaron a alejarse.

—¡Zarpa de Tórtola! —la llamó Estrella de Fuego—. Quiero tener unas palabras contigo.

Zarpa Espinela se detuvo, confundida.

—¿Y conmigo no?

—No importa. —Carbonera le dio un empujoncito para que siguiera adelante —. ¡Haz lo que te dicen!

La joven trotó cabizbaja junto a su mentora, que se la llevó de allí.

Glayo se dispuso a marcharse también, pero el líder le ordenó que se quedara.

—Quiero que Leonado y tú estéis presentes.

Estrella de Fuego empezó a dar vueltas alrededor de Zarpa de Tórtola, con la mente afilada como una espina.

—¿Cómo has sabido lo de ese perro? —le preguntó a la aprendiza.

—¿Qué... qué qui... quieres decir? —tartamudeó ella.

La atención de Estrella de Fuego se desvió hacia Glayo, que percibió el crepitar de su recelo.

—¿Y tú? ¿El Clan Estelar te ha enviado algún sueño o una señal sobre el perro?

El curandero negó con la cabeza. Le habría gustado poder mentir para ocultar

el estúpido error de Zarpa de Tórtola, pero su líder no le habría creído.

—He soñado con perros en el páramo en otras ocasiones —musitó—. Pero recientemente no.

Estrella de Fuego devolvió su atención a la aprendiza.

—Entonces, ¿cómo lo has sabido tú? ¿Lo has soñado?

—Ya os lo he dicho. ¡Lo he oído!

Un gruñido de frustración retumbó en la garganta de Estrella de Fuego.

—¿Y qué me cuentas tú, Leonado? Estabas entrenando en los árboles con Zarpa de Tórtola. ¿Has oído a ese perro?

Leonado arañó la tierra.

—Yo estaba en el suelo —masculló—. Estaba lloviendo y hacía viento. Era muy difícil oír nada...

—Entonces, sólo lo ha oído Zarpa de Tórtola, ¿no? —lo interrumpió Estrella de Fuego.

A Glayo se le encogió el estómago. ¿Adónde quería llegar el líder?

—¿Y has oído alguna otra cosa que los demás no puedan oír? —preguntó Estrella de Fuego de pronto—. Como castores bloqueando un curso de agua, por ejemplo. Aquello no fue un sueño, ¿verdad?

Glayo se quedó de piedra. La conmoción que irradió Leonado lo abofeteó como un viento gélido.

El líder del clan suspiró.

—Zarpa de Tórtola, he llegado a la conclusión de que sabes cosas que otros gatos no saben, y no creo que las descubras en los sueños. De modo que, ¿cómo lo haces? —La punta de su cola tamborileaba sobre el suelo—. Necesito saberlo. Es importante. Eso ayudó a salvar al lago, pero por lo que veo también acaba de meterte en un problema muy serio. Peor aún: podría haber provocado una batalla con el Clan del Viento, y eso lo convierte en mi responsabilidad.

La joven aprendiza estaba sumida en la confusión. Su mente no dejaba de dar vueltas mientras intentaba encontrar algo que decir.

Estrella de Fuego soltó un bufido y se volvió hacia Glayo y Leonado.

—Bueno, pues parece que voy a tener que ser yo quien lo diga, ¿no?

Leonado contenía la respiración.

—Creo que vosotros tres tenéis algo en común —continuó el líder—. Algo de lo que quizá tendríamos que haber hablado antes.

A Glayo se le erizó el pelo de toda la columna.

—¿Jamás te has preguntado cómo puedes colarte con tanta facilidad en los sueños de los demás, Glayo? Eso no es algo que puedan hacer todos los curanderos. Y, Leonado, ¿crees que no me he dado cuenta de cómo luchas? No

sólo eres valiente, es que eres absolutamente temerario. Sin duda eres consciente de que no corres peligro, de que ningún gato mortal puede herirte. Y luego tenemos a Zarpa de Tórtola, que es capaz de saber lo que está ocurriendo a muchísima más distancia de lo que nadie puede ver u oír.

Se detuvo para tomar aire.

«¡Estrella de Fuego lo sabe! ¡Sabe que nosotros somos los tres!» A Glayo se le aceleró el corazón.



7

—Hace muchísimo tiempo, me fue revelada una profecía… —empezó a decir el líder del Clan del Trueno.

—¡Lo sabemos! —lo interrumpió Glayo; el curandero se había paseado por ese recuerdo en uno de los sueños de Estrella de Fuego—. Nosotros somos los tres. Sangre de tu sangre, con el poder de las estrellas en nuestras manos.

El líder lo miró conmocionado, pero ese sentimiento se transformó enseguida en aceptación resignada.

—De modo que ya lo sabéis. —Suspiró—. Llevo esperándoos mucho tiempo, desde que nacieron Hojarasca Acuática y Esquiruela.

A Glayo no le interesaban los recuerdos de Estrella de Fuego.

—Pero ¿qué significa la profecía?

—¿Que qué significa? —repitió el líder, sorprendido.

«¿Es que no lo sabe?»

Antes de que Glayo pudiera decir nada, Zarpa de Tórtola recuperó el habla.

—¿Pensabas que serían Hojarasca Acuática y Esquiruela?

—Sí, al menos durante un tiempo —respondió Estrella de Fuego despacio—. Pensaba que serían ellas y Nimbo Blanco. Pero no sucedió nada. Después nacieron Glayo, Leonado y Carrasca. —Hizo una pausa, y luego preguntó con curiosidad—: ¿Desde cuándo lo sabéis?

Glayo se encogió de hombros.

—Desde que éramos aprendices.

—¿Os lo contó el Clan Estelar?

—No exactamente.

Glayo quería hurgar en la mente de Estrella de Fuego, descubrir todo lo que supiera sobre la profecía. Pero él era sólo uno de los tres. Leonado y Zarpa de Tórtola también necesitaban saber. Debía averiguarlo con palabras.

—Además, el Clan Estelar tampoco podía contarnos mucho, ¿verdad? —prosiguió el curandero—. La profecía no es suya.

El líder del Clan del Trueno arañó la tierra húmeda, perplejo.

—No, no es suya… —respondió—. Entonces, ¿no sabéis cuál es vuestro destino?

Zarpa de Tórtola lo miró boquiabierta.

—¿Tú tampoco? Es decir, si conoces la profecía, ¿cómo es que no sabes qué significa?

—¿El viejo gato no te lo contó? —preguntó Leonado.

Se produjo un instante de silencio mientras Estrella de Fuego asimilaba el hecho de que los tres supieran quién le había revelado la profecía.

—No creo que él entendiese siquiera qué significaba —admitió el líder—. Sólo estaba… transmitiendo un mensaje.

Un escalofrío de miedo atravesó la columna de Glayo. «¡Nadie lo sabe!» Estaban pataleando entre sombras, ¿para ir adónde?

Estrella de Fuego le tocó la cabeza con el hocico.

—Vigía del Cielo me prometió que vendríais, y así ha sido. Debemos tener fe. No hay nada que podamos hacer, excepto esperar —murmuró.

Glayo sintió un zarpazo de rabia en el estómago. ¿Es que a Estrella de Fuego no le importaba qué peligros podían estar acechando a su clan?

El líder se volvió hacia Zarpa de Tórtola.

—Cuéntame. ¿Cuál es exactamente tu poder?

La joven se puso tensa como un ratón acorralado. Leonado y Glayo siempre le decían que lo mantuviera en secreto.

—Tranquila —maulló su mentor—. A Estrella de Fuego puedes contárselo.

—De acuerdo… —La aprendiza vaciló un instante—. Soy capaz de percibir cosas —empezó—. Cosas que están muy lejos.

—¿Y cómo las percibes? —quiso saber el líder.

—Las oigo… y también las huelo. Y digamos que veo… retazos.

—¿Lo oyes todo, todo el tiempo?

—Sí, es como si estuvieran ahí… a mi alrededor, de fondo. —Se rebulló, nerviosa—. Estoy acostumbrada. Es como… —Hizo otra pausa—. Es como cuando no ves todos los árboles que te rodean, pero sabes que están ahí; sabes cómo son; recuerdas cuál es cuál. Puedes concentrarte en uno y verlo claramente, y si hay

algo fuera de lugar o insólito, ese algo acaba captando tu atención… te empuja a fijarte más.

—Entiendo —respondió Estrella de Fuego con calidez—. Ahora sé por qué eres tan buena cazadora. —Movió la cola—. Los tres han llegado por fin. —Sonaba satisfecho—. A partir de ahora dormiré un poco mejor. Aun así, tened cuidado… Vuestros poderes os hacen distintos de los demás, pero seguís siendo parte de este clan. Seguís estando sujetos al código guerrero, al menos mientras se mantenga vigente.

Glayo se inclinó hacia delante, con el corazón desbocado.

—Pero ¡no sabemos para qué estamos aquí!

—Y no podemos hacer nada hasta que lo descubramos —dijo Estrella de Fuego, echando a andar hacia el campamento—. El Clan del Trueno es afortunado: habéis llegado por fin, y formáis parte de él. No pidamos también las estrellas. Informadme si algo cambia —maulló por encima del hombro—. Tendréis todo mi apoyo.

Los espinos susurraron cuando el líder desapareció en el túnel.

Leonado soltó el aire despacio.

—¿Por qué no nos había dicho nada?

Glayo se sentó.

—Supongo que sólo esperaba a estar seguro.

—El secreto se ha descubierto por mi culpa. —La joven aprendiza sonaba arrepentida—. No debería haber ido al territorio del Clan del Viento.

—Quizá haya sido lo mejor, Zarpa de Tórtola —la tranquilizó el curandero.

—Sí —coincidió Leonado—. Y ahora nos será más fácil pedir más tiempo de entrenamiento lejos de los demás aprendices.

—Pero seguimos sin saber para qué estamos entrenando —señaló la joven, sin poder evitar un largo bostezo.

De repente, Glayo notó el agotamiento de la gata.

Le hizo un guiño a Leonado, pero su hermano ya estaba acercándose a su aprendiza.

—Venga —maulló, rozándola—. Volvamos a las guaridas. Necesitas descansar un poco antes del entrenamiento de mañana.

Al ver que su hermano no los seguía, se volvió hacia él.

—¿Tú te quedas aquí, Glayo?

—Necesito pensar un poco.

El guerrero dorado bostezó.

—¿Y no puedes pensar en tu lecho?

—No tardaré mucho —prometió el curandero.

—De acuerdo.

Leonado estaba demasiado cansado para discutir, así que siguió a Zarpa de Tórtola por el túnel de espinos y dejó a su hermano a solas debajo de los árboles.

«Estrella de Fuego no sabe más que nosotros», se dijo el curandero soltando un suspiro. Luego bajó hasta el lago, siguiendo el olor del agua y la brisa. Al salir de entre los árboles, el viento le pegó los bigotes a la cara.

Se imaginó el lago, amplio, negro y silencioso, con su palo partido en las profundidades.

«¿Por qué lo rompí de esa forma?»

Notó los guijarros debajo de las zarpas cuando se acercó a la orilla, y un aullido le brotó desde las entrañas:

—¡Lo lamento, Pedrusco! ¡No pretendía hacerlo!

Paladeó el aire húmedo de la noche con la lengua, intentando captar algún rastro del olor del gato antiguo, pero sólo le llegó el sabor de las hojas muertas y del agua. Sintió que una oleada de miedo lo invadía desde lo más profundo del estómago. Pedrusco conocía la profecía desde antes de que el Clan Estelar habitara en el Manto Plateado, y Glayo había roto el único vínculo que tenía con el anciano ciego.

—¡Pedrusco! ¡Por favor! ¡Necesito saber!

El viento le devolvió sus súplicas. Pero el curandero sabía que Pedrusco lo oía, que podía responder si lo deseaba.

Enfadado, Glayo echó a andar a lo largo de la orilla, hacia donde desembocaba el arroyo. Subió por la ribera, avanzando con cuidado entre la maraña de raíces, y siguió corriente arriba entre los árboles. Al llegar al punto en que el arroyo se estrechaba, saltó a la otra orilla, procurando no meter la cola en el agua, fría y cantarina a esas horas.

La humedad de la tierra era agradable, y Glayo aceleró el paso. Aguzó los sentidos al máximo para poder correr entre los árboles, consciente del espacio que lo rodeaba, trazando su ruta con los bigotes y la nariz, y con las orejas plantadas para detectar cualquier sonido que indicara que la vegetación se volvía más densa.

De repente, crujió una hoja. Un olor amargo se le coló en las fosas nasales.

«¡El Clan de la Sombra!»

¿Tan cerca estaba ya de la frontera? Glayo redujo el paso y continuó con más cautela, olfateando el aire. Había marcas olorosas en los árboles de más adelante. Eran recientes. ¿Es que el Clan de la Sombra había empezado a patrullar de noche? El curandero olfateó de nuevo. El olor pertenecía a un único gato, un macho. ¿Por qué estaba marcando el territorio él solo?

De pronto, un alarido desgarró la noche y unas uñas desenvainadas se abatieron sobre el lomo de Glayo, lanzándolo al suelo cubierto de hojas. Escupiendo, el curandero se incorporó, con la rabia incendiando sus músculos. Se quitó de encima a su atacante y reconoció su olor de inmediato.

—¡Corazón de Tigre!

Era el hijo de Trigueña.

El joven guerrero del Clan de la Sombra se levantó.

—¡Lo… lo siento!

Glayo percibió la vergüenza que irradiaba Corazón de Tigre tras descubrir que había atacado a un curandero.

—No me había dado cuenta de que eras tú —añadió, envainando las garras—. Creía que ibas a cruzar la frontera.

—Los curanderos podemos ir a donde nos haga falta —le recordó Glayo.

—Lo… lo sé —tartamudeó Corazón de Tigre—. ¿Qué estás haciendo aquí? En plena noche, quiero decir… ¿Necesitas algo del Clan de la Sombra? Puedo llevarte hasta Estrella Negra. ¿Ibas de camino a algún sitio?

Mientras el guerrero hablaba atropelladamente, Glayo se alisó el pelo alborotado y saboreó el aire, tratando de averiguar dónde se hallaba exactamente. Detectó el sonido de las olas de la orilla y el silbido de la brisa entre los árboles. Estaba lejos del lago, cerca de la frontera del Clan de la Sombra, lo bastante como para que lo derribara un joven guerrero en un ataque torpe. Al darse cuenta de que las marcas olorosas estaban justo detrás de él, retrocedió con cuidado hasta asegurarse de que sus patas volvían a ocupar su propio territorio. Un curandero podía vagar por donde quisiera, pero no sin una buena razón.

—¿Qué estás haciendo tú aquí a estas horas de la noche? —Glayo ocultó su incomodidad interrogando a Corazón de Tigre—. ¿Estás patrullando?

—Bueno… más o menos. —El joven guerrero arañó el suelo—. En cualquier caso, eso no es asunto tuyo —añadió con más dureza.

«Se ha puesto a la defensiva.»

Glayo se le acercó un poco más.

—El Clan de la Sombra no suele organizar patrullas de un solo miembro en mitad de la noche.

—El Clan del Trueno no suele mandar a curanderos solos por ahí —replicó Corazón de Tigre.

«¡Jovenzuelo insolente!»

—Deberías regresar a tu guarida —maulló Glayo—. Probablemente tengas una sesión de entrenamiento por la mañana, ¿no?

Para su sorpresa, Corazón de Tigre cedió.

—Sí, tal vez sea lo mejor.

Dio media vuelta y se alejó entre los árboles.

Mientras Glayo se quedaba oliendo el rastro que Corazón de Tigre dejaba tras él, otro olor llegó hasta su nariz. Le resultó extrañamente familiar, pero fue incapaz de ubicarlo.

Sintió un hormigueo en el lomo. Tenía la impresión de que lo estaban observando, y se puso tenso. Se volvió en redondo, saboreando el aire con las orejas plantadas y sintiéndose frustrado por su ceguera. ¿Había alguien espiándolo desde las sombras? No se oía nada. De repente no percibió ningún olor, excepto el que había dejado Corazón de Tigre.

Glayo se sacudió de arriba abajo. «¡No seas cabeza de chorlito!», se reprendió a sí mismo. Al notar que se acercaba el alba, decidió atravesar el avellano y dirigirse a casa.

«¿Quién iba a estar vigilándome a estas horas de la noche?»



8

Zarpa Espinela cruzó la entrada sin miramientos y se abalanzó sobre su lecho, con tal fuerza que hizo que temblara toda la guarida y que del techo cayera una rociada de gotas frías de lluvia.

—¡Eh! —protestó Florina, incorporándose para sacudirse el agua de encima.

Zarpa de Tórtola abrió los ojos parpadeando. ¿Ya había amanecido? Se sentía aletargada tras la larga sesión de entrenamiento del día anterior con Leonado. Su mentor la había empujado a llevar sus sentidos al límite, insistiendo en que mantuviera la mente desplegada hasta los confines del territorio mientras cazaba para el clan.

—¿Has dormido bien? —le preguntó su hermana, malhumorada.

Una luz grisácea se filtraba entre las ramas del tejo. Por encima de la hondonada, el bosque rugía bajo el viento. Zarpa Espinela tenía el pelo pegado a su cuerpo menudo, ahora empapado y goteante.

Otro día de tormenta.

Zarpa de Tórtola se desperezó con un bostezo.

—¿Ya has salido del campamento?

—Patrulla del alba —resopló la joven atigrada—. No entiendo por qué Zarzoso me ordena ir de patrulla mientras que a ti te deja dormir.

Zarpa de Tórtola plantó las orejas. ¿Acaso Estrella de Fuego le había contado al lugarteniente lo de su poder para que también fuera más comprensivo con ella? ¿Por qué no podían tratarla como a cualquier aprendiza? Se puso tensa cuando su hermana masculló:

—Qué tienes tú de especial, ¿eh? Me he fijado en cómo te observa Estrella de Fuego cuando cree que nadie lo mira. Y ahora Zarzoso ha empezado a tratarte como si acabaras de bajar del Manto Plateado.

—Supongo que sólo quieren asegurarse de que seguimos las normas —la tranquilizó Zarpa de Tórtola, esperando que la creyera.

—¿Ah, y la norma es que tú te quedas acostada y calentita en la guarida mientras yo me arrastro bajo la lluvia? —le espetó.

Florina, que estaba limpiándose las gotas del pelo, señaló:

—Todos tenemos que salir en las patrullas del alba alguna vez, ¿no?

—Sí, pero, por lo visto, algunos de nosotros más a menudo que otros —gruñó Zarpa Espinela.

—Probablemente, Zarzoso tenga algo planeado para mí esta mañana —maulló Zarpa de Tórtola.

—¿Qué? ¿Un conejo extra para desayunar?

La aprendiza atigrada se ovilló en su lecho, dándole la espalda a su hermana.

—Lamento que hayas tenido que salir a patrullar sin mí.

Zarpa de Tórtola empezó a lamerle las gotas de lluvia que aún le resbalaban por el pelo.

«Ojalá nos hubieran mandado juntas en las mismas patrullas, para que fuera más justo.»

—Al menos ahora ya nos permiten salir del campamento —añadió entre lametazos.

—¡Buf! —rezongó su hermana, aunque ya estaba empezando a relajarse.

—No pueden castigaros eternamente —maulló Florina.

Las dos aprendizas habían estado confinadas en el campamento durante un cuarto de luna como parte de su castigo por internarse en el territorio del Clan del Viento. Zarpa de Tórtola estaba convencida de que la guarida de los veteranos y la maternidad jamás habían estado tan limpias. Las hermanas se habían pasado los días sacando las frondas de las guaridas y cambiándolas por nuevas, hasta que Zarpa Espinela estuvo segura de que habían renovado los lechos de todos los miembros del Clan del Trueno.

—¡Zarpa de Tórtola! —la llamó Leonado desde el otro lado del tejo.

Su hermana soltó un bufido.

—Vaya, qué oportuno —se lamentó—. Justo cuando estabas llegando al sitio que me pica.

—Lo siento —se disculpó Zarpa de Tórtola—. Tengo que irme.

Al salir al claro azotado por la lluvia, vio a Leonado sentado en el suelo embarrado, con los bigotes goteantes.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a su mentor.

—¿Has oído algo?

La aprendiza suspiró. Aquél se había convertido en su saludo de rigor. ¿Es que Leonado sólo la veía como un par de gigantescas orejas andantes?

—No —bufó, y su irritación aumentó al ver que Estrella de Fuego salía de su guarida y la miraba fijamente.

Justo en ese instante, un pelaje oscuro captó su atención. Gabardeta corría hacia ella, con su pelo marrón pegado al cuerpo, empapado por la lluvia. Su mentor, Espinardo, la seguía más despacio.

—¡Nos vamos en una patrulla fronteriza! —gritó Gabardeta, que frenó en seco junto a Zarpa de Tórtola, salpicándola de agua fangosa.

El viento que soplaba en la hondonada le tironeó de los bigotes.

Zarpa de Tórtola ronroneó, animada por el entusiasmo de su amiga. Era como si Gabardeta no hubiese reparado siquiera en que estaba lloviendo.

Era obvio que Espinardo sí lo había hecho. El guerrero llegó hasta ellos, sacudió la cabeza con enojo, soltando un montón de gotitas a su alrededor, y lanzó una breve mirada a Zarpa de Tórtola.

—¿Estás listo? —le preguntó a Leonado—. Zarzoso quiere que revisemos las marcas olorosas de la frontera con el Clan de la Sombra.

Zarpa de Tórtola sintió una oleada de emoción. Una buena carrera por el bosque la ayudaría a entrar en calor.

—¡Vamos!

Salió corriendo hacia el túnel de espinos, haciéndole una señal a Gabardeta con la cola, y desapareció por él, contenta de poder librarse por un rato de la mirada vigilante de Estrella de Fuego.

Espinardo y Leonado las alcanzaron en el pequeño claro del exterior.

—¿Por dónde vamos a ir? —preguntó Zarpa de Tórtola.

Espinardo miraba hacia el barranco.

—Por el viejo roble —decidió.

Y echó a andar entre los árboles, avanzando sobre las hojas mojadas.

Mientras se internaban en el bosque, que seguía goteando, Zarpa de Tórtola hizo una mueca. El barro se le pegaba a las zarpas y se le metía entre los dedos. Y cada vez que atravesaban un matorral, una nueva rociada de agua le calaba el pelo.

De repente, unos pasos sonaron a sus espaldas.

—¡Esperadme! —Látigo Gris corría tras ellos—. Estrella de Fuego me ha pedido que me una a vosotros —explicó, resollando.

Su pelaje de la estación sin hojas, normalmente largo y espeso, se le pegaba

ahora al cuerpo por la lluvia y le hacía parecer insólitamente delgado.

Espinardo sacudió la cola.

—¿Es que el Clan de la Sombra ha estado cruzando nuestra frontera otra vez?

—No han robado ninguna presa. —Leonado entornó los ojos—. Pero han detectado algunos rastros olorosos leves.

Látigo Gris se sacudió el agua, y se quedó tan erizado que parecía que en lugar de pelos tuviera pinchos.

—Estrella de Fuego quiere que evaluemos la situación.

Gabardeta miraba al corpulento guerrero con los ojos abiertos de par en par.

—¿Crees que Estrella de Fuego lo mencionará en la Asamblea de mañana?

—No veo por qué no —respondió Látigo Gris.

Espinardo miró hacia arriba, entre las copas de los árboles.

—Si es que mañana hay Asamblea.

Unas nubes oscuras se arremolinaban en el cielo, cargadas con más lluvia.

—También sopla el viento —observó Látigo Gris—. Creo que mañana ya habrá barrido todas las nubes.

Justo entonces, una potente ráfaga se coló entre los troncos y azotó el sotobosque. Látigo Gris hundió las garras en el suelo mientras el viento le alborotaba los bigotes.

—¡Eso si no se nos lleva volando también a nosotros! —gritó.

El arroyo cargaba más agua que nunca, y a Espinardo le costó un buen rato encontrar el sitio más estrecho por donde cruzarlo. Fue el primero en saltar sobre la revuelta agua marrón, y una vez en la otra orilla se volvió para asegurarse de que Gabardeta saltaba también sin problemas. Zarpa de Tórtola fue la siguiente, y le dio un vuelco el corazón cuando le resbalaron las patas al aterrizar en la fangosa ribera. Espinardo la agarró por el pescuezo mientras ella se afianzaba. Látigo Gris y Leonado cruzaron tras ella con facilidad.

—Cuesta creer que el lago llegó a estar casi vacío —comentó Látigo Gris, contemplando el agua que corría con un rugido arroyo abajo.

Leonado se subió de un brinco a un árbol caído. La corteza estaba verde y reluciente, cubierta de musgo mojado, y el guerrero patinó en el tronco y se deslizó directamente por el otro lado.

—¡Uf!

Zarpa de Tórtola lo oyó rezongar mientras aterrizaba en la vegetación empapada. El aire se llenó con el olor del ajo silvestre. La joven apoyó las patas delanteras en lo alto del tronco y se asomó por el otro lado.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó a su mentor.

El guerrero pataleaba en medio de una mata de hojas verde oscuro, que iban

desprendiendo un olor amargo a medida que las aplastaba.

La aprendiza se tragó un ronroneo de risa cuando Leonado consiguió incorporarse por fin, con todo el pelaje desgreñado.

—Estoy bien —le espetó el guerrero.

—¿Nosotros también deberíamos disimular nuestro olor? —le preguntó Zarpa de Tórtola con toda la inocencia que pudo.

—¡Ésa no era mi intención, y lo sabes!

Sacudiendo la cola, Leonado echó a andar mientras Espinardo y Látigo Gris saltaban el tronco caído para seguirlo.

—Cuidado —la avisó Gabardeta con un brillo en los ojos cuando Zarpa de Tórtola subió al tronco tras ella—. Está un poco resbaladizo.

Zarpa de Tórtola resopló, risueña.

Gabardeta ronroneaba sonoramente cuando alcanzaron a sus mentores, pero enmudeció de golpe al ver que Espinardo la miraba con severidad. Aunque acto seguido se volvió hacia su amiga, arrugando el hocico.

—Al menos no lo perderemos… —susurró, mirando a Leonado.

El guerrero dorado apestaba a ajo, pero iba en cabeza como si ni siquiera lo hubiese notado.

Zarpa de Tórtola empezó a captar marcas olorosas del Clan de la Sombra, tan fuertes que ni el hedor de Leonado podía disimularlas. Se mezclaban con las marcas del Clan del Trueno, que igualaban las de sus vecinos. La aprendiza se preguntó si debería proyectar sus sentidos para intentar detectar movimientos del Clan de la Sombra, pero la práctica del día anterior la había dejado agotada.

La luz se colaba entre los árboles cuando se acercaron al lindero del bosque. Zarpa de Tórtola reconoció el espacio herboso que se extendía más allá. En aquel prado, durante la expedición arroyo arriba, ella se había metido por accidente en una de las guaridas de manto verde de los Dos Patas. Por suerte, ahora el lugar estaba vacío. Ni siquiera un Dos Patas sería tan idiota como para estar por allí con aquel tiempo tan espantoso.

Leonado se detuvo en la línea de árboles, que estaba salpicada de marcas olorosas del Clan de la Sombra. Espinardo y Látigo Gris empezaron a zigzaguear entre la maleza de su lado de la frontera, olfateando todos los arbustos y las matas de helechos.

—¿Algún rastro? —preguntó Leonado.

Látigo Gris negó con la cabeza, pero Espinardo se había detenido junto a un avellano bajo, a unas pocas colas de distancia de la frontera.

Gabardeta corrió hacia su mentor.

—¿El Clan de la Sombra?

La joven olisqueó el arbusto, y se le erizó todo el pelo de la columna al detectar un rastro.

—¡Han estado aquí! —exclamó alarmada.

Leonado y Látigo Gris rodearon a la aprendiza, pero Zarpa de Tórtola se quedó donde estaba: el olor era tan claro para ella que parecía que estuviese al lado del avellano.

«¡Corazón de Tigre!»

Aquel rastro espoleó su memoria. El joven guerrero del Clan de la Sombra había viajado arroyo arriba en busca de los castores, igual que ella. Conocía su olor tan bien como el de cualquiera de sus compañeros de guarida.

—Apártate, Leonado —le ordenó Espinardo al guerrero dorado—. Ese tufo a ajo lo está contaminando todo.

«¡Por eso no ha reconocido el olor de Corazón de Tigre!», pensó Zarpa de Tórtola. La aprendiza se quedó mirando cómo Espinardo olfateaba de nuevo, y se sorprendió al darse cuenta de que no quería que su compañero de clan identificara al intruso.

Látigo Gris se acercó a la frontera y empezó a pasearse de un lado a otro sacudiendo la cola.

—¡Patrulla! —avisó.

Cuatro gatos del Clan de la Sombra se aproximaban por el prado. Leonado y Espinardo se cuadraron junto a Látigo Gris para encararse a ellos, con las patas en su lado del territorio, pero mostrando los colmillos.

Cuando Gabardeta corrió a unirse a sus compañeros de clan, Zarpa de Tórtola se acercó a olfatear el avellano. No cabía la menor duda de que se trataba de Corazón de Tigre. ¿En qué estaría pensando al traspasar la frontera, en el nombre del Clan Estelar? ¿Había sido un accidente? A lo mejor estaba persiguiendo a una presa y no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde...

—¿Qué estáis haciendo en nuestra frontera? —Un gato blanco y negro se plantó, desafiante, ante la patrulla del Clan del Trueno.

Zarpa de Tórtola reconoció a Grajo de las Asambleas. El guerrero se había detenido a pocos pasos de los gatos del Clan del Trueno. Junto a él estaban Lomo Rajado, Pinosa y Corazón de Tigre.

Látigo Gris frunció la boca.

—Estamos comprobando las marcas del Clan de la Sombra que hay a nuestro lado de la frontera.

Grajo erizó el pelo.

—¿Qué?

—Ahí hay un avellano que apesta a vuestro clan —gruñó Leonado.

—¿Qué nos importan a nosotros un montón de viejos árboles empapados? —replicó Corazón de Tigre, devolviéndole el gruñido.

Látigo Gris hundió las garras en el suelo embarrado.

—Entonces, ¿por qué habéis cruzado nuestra frontera?

—Ningún gato del Clan de la Sombra ha cruzado vuestra frontera —bufó Lomo Rajado.

Zarpa de Tórtola observaba a Corazón de Tigre, pero sus ojos ámbar no delataban nada.

Espinardo se hizo a un lado.

—¡Venid a comprobarlo vosotros mismos! —los retó.

—¡No nos digas qué hacer! —Pinosa estaba arrancando la hierba con las zarpas, recelosa—. No estáis al mando de todos los gatos, por mucho que fuera el Clan del Trueno quien tuviera la idea de ir arroyo arriba para encontrar el agua.

—¡Pasad a este lado y oledlo de una vez! —repitió Espinardo.

—¡No seas absurdo! —mascullό Grajo—. Si cruzamos vuestra frontera, entonces sí que habría marcas de nuestro olor en vuestro territorio.

Lomo Rajado frunció el ceño.

—¿Es que intentáis engañarnos para empezar una pelea?

—¿Por qué íbamos a hacer algo así? —Leonado se quedó mirándolo fijamente.

Corazón de Tigre dio un paso adelante.

—De acuerdo —maulló—. Yo lo comprobaré. Pero ¡recordad que me habéis invitado a cruzar la frontera! —Y pasó por encima de la línea olorosa con la cola bien alta—. ¿Dónde está ese avellano?

Zarpa de Tórtola entornó los ojos. Si Corazón de Tigre se acercaba al arbusto, disimularía su antiguo rastro con el nuevo, y la prueba quedaría anulada. «¡Qué listo!» Sintió admiración por su astucia, aunque estaba claro que ocultaba algo. ¿De qué podría tratarse? Permaneció junto al avellano mientras él se acercaba.

—¿Aquí? —preguntó el guerrero atigrado, hundiendo el hocico entre las hojas marrones—. Aquí hay un leve olor, pero es demasiado viejo para saber si pertenece al Clan de la Sombra o al Clan del Trueno. —Al darse la vuelta, rozó las puntiagudas ramas, donde quedaron prendidos unos mechones de su pelo—. Debéis de tener abejas en el cerebro, como de costumbre.

Y, con la cabeza muy alta, se dispuso a regresar con sus compañeros de clan. Las dos patrullas seguían frente a frente, como desafiando a sus rivales a hacer el primer movimiento, y cuando Corazón de Tigre pasó junto a Zarpa de Tórtola, ella aprovechó para susurrarle:

—Has sido tú, ¿verdad?

Él se volvió de golpe, mirándola con asombro.

—¡No lo niegues! —siseó la aprendiza, sin quitarles el ojo a los otros gatos, aunque todos ellos estaban demasiado ocupados lanzándose miradas asesinas—. He reconocido tu olor antes de que cruzaras la frontera.

—No se lo cuentes a nadie, por favor —susurró Corazón de Tigre, agachando la cola y mirando nervioso a su patrulla—. Te lo explicaré todo mañana, en la Asamblea.

Zarpa de Tórtola sintió una oleada de compasión. No quería meterlo en problemas. Él la había ayudado a vencer a los castores. Como mínimo, tenía que darle la oportunidad de explicarse.

—De acuerdo —accedió.

—Gracias —maulló el atigrado.

Y, alisándose el pelo, Corazón de Tigre regresó junto a sus compañeros y se acercó a Grajo para informarlos:

—No son más que imaginaciones suyas.

—¿Lo veis? —Lomo Rajado olfateó el aire—. Probablemente el olor venía de nuestro lado de la frontera.

Látigo Gris dio un paso adelante.

—¡Ese avellano olía al Clan de la Sombra!

Grajo se inclinó hacia él, hasta que los bigotes de los dos guerreros llegaron casi a tocarse. Sólo los separaba la frontera invisible que los clanes habían establecido.

—¿Por qué os asusta tanto una pizca de olor del Clan de la Sombra?

Gabardeta hinchó el pecho y gritó:

—¡No estamos asustados!

Ninguno de los gatos se movió.

—¿Os vais, o qué? —gruñó finalmente Espinardo.

—¿Por qué tenemos que irnos? —replicó Lomo Rajado—. Estamos en nuestro propio territorio.

Látigo Gris soltó un resoplido.

—Venga, volvamos al campamento —les ordenó a sus compañeros de clan—. Si quieren que se les pudran las zarpas, ahí plantados en mitad del barro, que se les pudran.

Y se volvió en redondo, pasando la cola por encima de la frontera hasta que rozó el hocico de Grajo.

El guerrero gruñó, erizando el pelo, pero no se movió y dejó que la patrulla del Clan del Trueno siguiera a Látigo Gris entre los árboles.

Zarpa de Tórtola los miró por encima del hombro. Lomo Rajado y Grajo estaban hablando en voz baja, con las cabezas muy juntas. Pinosa se paseaba a lo

largo de la línea fronteriza, todavía con el pelaje de punta, pero Corazón de Tigre estaba contemplando con total tranquilidad cómo la aprendiza se marchaba.

Cuando sus ojos se encontraron, Zarpa de Tórtola apartó la vista, sintiéndose cohibida de repente.

«¿Qué le pasa?» Durante la misión, Corazón de Tigre se había mostrado muy abierto y sincero. Ella nunca lo habría considerado un tramposo. Por lo menos, el guerrero le había prometido que se lo explicaría todo en la Asamblea.

Cuando ya estaban cerca de la hondonada, Zarpa de Tórtola desplegó sus sentidos para localizar a su hermana, como solía hacer siempre que regresaba. No estaba en el campamento, así que aguzó el oído hasta captar su voz.

—¡Te lo he dicho!

Zarpa Espinela estaba en la hondonada de entrenamiento, con Florina.

—¡Esta vez no ibas a pillarme!

Reconfortada al saber que su hermana se había recuperado y estaba bien, Zarpa de Tórtola siguió a la patrulla por el túnel de espinos. Al llegar al claro, vio que Estrella de Fuego estaba dando vueltas, con el pelo chorreando por la lluvia. Se volvió de golpe en cuanto apareció la patrulla.

—¿Y bien? —quiso saber, yendo hacia Látigo Gris.

Su viejo amigo se sacudió el agua de los bigotes.

—Hemos detectado más rastros olorosos en nuestro lado de la frontera —informó.

Estrella de Fuego frunció el ceño. Manto Polvoroso, que estaba resguardado debajo de unos helechos en el lindero del claro, se acercó a ellos bajo la lluvia.

—¿El Clan de la Sombra sigue cruzando la frontera?

Nimbo Blanco, de repente con el pelaje gris por el agua, se sentó con las orejas erguidas y las pupilas dilatadas. Tormenta de Arena se asomó desde la guarida que compartía con Estrella de Fuego; sus ojos verdes brillaron desde la penumbra mientras miraban al grupo de guerreros. Mili salió de la guarida de los guerreros, rozó a Látigo Gris con el hocico y luego acarició a su hija, Gabardeta. Las zarzas que cubrían la entrada de la guarida del curandero temblaron cuando salió Glayo, que se sentó mirando fijamente a la patrulla con sus ojos ciegos.

—Creo que siempre es el mismo guerrero el que traspasa la frontera —explicó Látigo Gris, para tranquilizar a sus compañeros.

Tormenta de Arena descendió por las rocas desprendidas.

—¿Sabes de quién se trata?

Zarpa de Tórtola miró el suelo. A su alrededor se elevaban los murmullos furiosos de su clan, que especulaban con las distintas posibilidades, y ella dejó que sus sentidos regresaran al territorio del Clan de la Sombra: Corazón de Tigre

estaba entrando en el campamento con su patrulla, y mientras Lomo Rajado informaba a Estrella Negra, el joven guerrero tomó una rata del montón de la carne fresca, la llevó al borde del claro y comenzó a comérsela sin quitarle ojo a su líder.

—¡¿Qué vamos a hacer al respecto?!

El bufido de Manto Polvoroso devolvió a Zarpa de Tórtola al claro del Clan del Trueno.

Estrella de Fuego levantó la cabeza.

—Como todavía no sabemos quién está traspasando la frontera, no hay nada que podamos hacer.

Espinardo soltó un gruñido ronco y apagado.

—Aun así —continuó el líder—, reforzaremos las patrullas en la frontera del Clan de la Sombra, y, con suerte, sorprenderemos a ese guerrero y descubriremos qué está tramando.

—Me encantaría ser yo quien lo atrape —bufó Leonado.

—O la atrape —replicó Mili—. Podría ser una gata.

—Sea lo que sea —prosiguió Estrella de Fuego—, no sabemos si actúa bajo las órdenes del Clan de la Sombra o por su cuenta, y hasta que lo descubramos es mejor que no tomemos ninguna decisión precipitada.

—¿Lo mencionarás en la Asamblea? —preguntó Tormenta de Arena.

—Si es necesario...

—¿Si es necesario? —masculló Manto Polvoroso.

Látigo Gris se interpuso entre el atigrado marrón y su líder.

—¿Por qué provocar hostilidades cuando no las hay?

Leonado sacudió la cola.

—¡Porque el Clan de la Sombra pensará que somos débiles!

Estrella de Fuego se sentó y enroscó la cola alrededor de sus patas delanteras.

—No necesitamos demostrar lo fuerte que somos —maulló, lanzándole una mirada al joven guerrero—. Recuerda que puede que se trate de un único gato, no del Clan de la Sombra al completo.

—Entonces, ¡deberíamos contárselo a su líder! —replicó Espinardo—. Si no pueden controlar a propios guerreros, el clan debería saberlo.

—Lo sé, Espinardo.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza hacia el guerrero atigrado.

—Pero a veces —prosiguió el líder—, antes de compartir nuestros problemas, es mejor esperar un poco. No quiero que los clanes piensen que no somos capaces de proteger nuestras fronteras.

Espinardo se sacudió el agua del pelo.

—Supongo que tienes razón... —masculló.

Estrella de Fuego y Tormenta de Arena ascendieron de nuevo por las rocas desprendidas, de vuelta a su guarida. Manto Polvoroso siguió a Espinardo, y ambos se resguardaron debajo de la Cornisa Alta, mientras que Látigo Gris, Mili y Gabardeta se fueron a olisquear las maltrechas presas del montón de la carne fresca.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Leonado a Zarpa de Tórtola.

Antes de que ella pudiera responder, Glayo los llamó desde el otro extremo del claro y corrió hacia ellos.

—¿Y bien? ¿Sabéis quién es? —El curandero miró nervioso a Leonado antes de continuar—. Hace unas cuantas noches sorprendí a Corazón de Tigre merodeando alrededor de nuestra frontera.

—¿En serio?

Zarpa de Tórtola no pudo disimular su sorpresa. En ese caso, no cabía duda de que el guerrero del Clan de la Sombra estaba tramando algo. Aun así, se mordió la lengua. Le había prometido a Corazón de Tigre que primero dejaría que se explicase, y no iba a romper su promesa. Al fin y al cabo, la Asamblea se celebraría al día siguiente. No tendría que guardar su secreto durante mucho tiempo.

—¿Corazón de Tigre? —Leonado sonó igualmente sorprendido—. ¿Por qué iba a estar rondando por nuestra frontera? ¡Hace media luna era nuestro aliado! Nos ayudó a recuperar el agua del arroyo.

—Eso fue hace media luna —replicó el curandero, ceñudo—. No todos los gatos creen que una sola aventura forje amistades eternas.

Zarpa de Tórtola se sulfuró. ¿Acaso el curandero la estaba criticando por haber ido a ver si Cañamera se encontraba bien? Sintió una punzada de culpabilidad. ¡Y encima ahora había accedido a guardar el secreto de Corazón de Tigre! Quizá Glayo hiciera bien al recordarle a quién debía sus lealtades.

Una gota de lluvia le resbaló desde la punta de la oreja y le hizo cosquillas en el suave vello del interior. La joven sacudió la cabeza con brusquedad. Guardaría silencio hasta que el guerrero del Clan de la Sombra le dijera lo que tenía que decirle en la Asamblea.



9

Zarpa de Tórtola daba vueltas, impaciente, junto a la barrera de espinos, deseosa de ponerse en marcha.

Su hermana la observaba, agitando la cola con irritación.

—¿Me lo contarás todo? —volvió a preguntarle.

—Por supuesto —le prometió Zarpa de Tórtola—. En cuanto regresemos.

Zarpa Espinela ya casi había superado los recelos por la forma en que los guerreros más experimentados parecían tratar a su hermana, hasta que Zarzoso había decidido que sólo Zarpa de Tórtola acudiría a la Asamblea de esa noche.

La joven atigrada fulminó con la mirada al lugarteniente del Clan del Trueno al verlo pasar. Él se detuvo a su lado.

—No te enfurruñes —le dijo—. No eres una cachorrita. No necesitas tener a tu hermana junto a ti en todos los momentos del día.

Candeal, que había estado dormitando tras la cena, se incorporó.

—Por lo que yo recuerdo, Zarzoso —maulló burlona—, a ti nunca te hacía gracia perderte una Asamblea.

Y miró a sus hijas afectuosamente. Zarzoso se quedó observando a la guerrera blanca con una severidad que apenas duró un momento, antes de transformarse en diversión.

—Bueno, al menos yo tenía la cortesía de enfurruñarme en la intimidad de mi guarida.

Zarpa Espinela bajó la cabeza con el ceño fruncido y sacudió la cola.

—No te preocupes. —Su hermana la rodeó mientras Zarzoso iba a sentarse con

Látigo Gris—. Cuando seamos guerreras, iremos juntas a todas las Asambleas.

Esquiruela salió de la guarida de los guerreros y cruzó el claro. Su mirada se desvió un instante hacia Zarzoso antes de unirse a Hojarasca Acuática junto al montón de la carne fresca.

—¿Tú crees que Zarzoso las perdonará algún día? —susurró Zarpa de Tórtola, mirando a las dos hermanas.

¿Cómo podía el lugarteniente ser tan frío con la que había sido su pareja? Con un estremecimiento, la joven se preguntó cómo era posible que dos gatos que habían estado tan unidos pudieran comportarse de repente como si pertenecieran a clanes distintos. Eso nunca les ocurriría a Zarpa Espinela y a ella.

«Por lo menos Hojarasca Acuática y Esquiruela siguen estando igual de unidas», pensó mientras observaba a las dos hermanas, que permanecían juntas, apretujadas la una contra la otra, como dos cachorritas recién salidas de la maternidad.

Luego restregó el hocico contra el pelo de Zarpa Espinela.

—Me aseguraré de que Pétalo me cuente algún cotilleo jugoso —maulló, esperando que la tímida gata del Clan del Río no actuara como si jamás hubieran compartido una aventura.

De repente, Estrella de Fuego bajó de la Cornisa Alta. Y mientras las piedras entrechocaban bajo sus zarpas, el resto de la patrulla se apresuró a ir hacia el túnel de espinos. Tormenta de Arena, Espinardo y Fronde Dorado empezaron a pasearse impacientes junto a la entrada, y Raposo, Rosada y Centella salieron de la guarida de los guerreros. Leonado ya estaba preparado, relamiéndose después de comer a toda prisa, y esperaba impaciente a Glayo, que llegó enseguida. Juntos, se unieron a sus compañeros de clan mientras Mili apareció trotando por el túnel del aliviadero para colocarse al lado de Látigo Gris. Betulón se unió a Candeal, y Florina y Gabardeta llegaron atropelladamente desde la guarida de los aprendices, con los ojos relucientes de emoción.

Abejorro apareció tras ellas y les gritó:

—¡Quiero saber todo lo que pasa!

Él iba a quedarse en el campamento con Zarpa Espinela.

Cuando Esquiruela se separó de Hojarasca Acuática para sumarse a la patrulla, Estrella de Fuego hizo una señal con la cola y se internó en el túnel de espinos. Los demás lo siguieron. Mientras se dirigían al lago en silencio, Zarpa de Tórtola percibió desazón en todos los miembros de la patrulla. Látigo Gris no se había equivocado: el viento había barrido las nubes y el Manto Plateado titilaba alrededor de una luna llena reluciente. Sin embargo, el bosque seguía goteando por las abundantes lluvias, y la aprendiza gris no tardó en quedar empapada al

atravesar la mojada vegetación.

La fría humedad hacía que todos pareciesen erizar el pelo con irritación.

—¡Será mejor que no encontremos el olor del Clan de la Sombra en nuestro territorio! —gruñó Raposo.

—No seas ridículo —le espetó Zarzoso—. Vamos hacia el lado del Clan del Viento. ¡Ni siquiera los gatos del Clan de la Sombra serían tan descerebrados como para llegar tan lejos!

Espinardo se detuvo a saborear el aire.

—Del Clan de la Sombra me esperaría cualquier cosa —masculló.

Raposo sacudió la cola.

—Deberíamos internarnos en su territorio y dejar nuestras marcas olorosas. ¡A ver si eso les gusta!

—¡Exacto! —coincidió Rosada—. Seguro que no les haría mucha gracia.

Últimamente, la gata de color tostado parecía estar de acuerdo con todo lo que decía su compañero de guarida.

«Cabeza de chorlito», pensó Zarpa de Tórtola, sintiéndose culpable al instante. Rosada era una buena guerrera, pero la aprendiza esperaba no estar nunca tan embobada por un gato como para dejar de pensar por sí misma.

—Deberíamos hacerlo —gruñó Leonado—. Aunque fuera sólo para darles una lección. De todos modos, lo más probable es que tengan el hocico demasiado lleno del olor a pino como para darse cuenta.

Esquiruela adelantó al guerrero dorado cuando ascendían la ladera.

—Deja de buscar problemas —le advirtió.

Zarzoso alcanzó la cima de la loma y se volvió hacia ella.

—A veces es necesario mostrarse agresivo. El Clan Estelar nos dio garras por una razón.

Los ojos de la gata rojiza brillaron conmocionados, como si las palabras del lugarteniente le hubieran arañado el hocico, y Leonado la miró, un tanto afligido. La patrulla se reagrupó en la orilla y continuó la marcha bordeando el lago, a tres colas de distancia del agua.

A medida que avanzaban, Zarpa de Tórtola dejó que sus sentidos examinaran las colinas. No percibió ni rastro de los demás clanes, y tampoco ningún olor fresco en el árbol caído que salvaba el espacio entre la ribera y la isla. Mientras lo cruzaba, con las garras desenvainadas para avanzar por la resbaladiza corteza, la aprendiza aguzó el oído más allá del agua que ondeaba debajo del tronco y del viento que mecía los árboles de la isla.

El claro estaba vacío.

Zarpa de Tórtola dio un salto para bajar del árbol puente, y los guijarros

crujieron bajo sus zarpas y el agua le empapó las patas.

—Venga —le susurró a Florina—, vamos a explorar.

—Pero...

Dejándola con la palabra en la boca, Zarpa de Tórtola echó a correr entre los árboles.

—¡No pasa nada! —exclamó por encima del hombro—. ¡Hemos sido los primeros en llegar!

Florina emergió ruidosamente entre los helechos un momento después de que Zarpa de Tórtola hubiera frenado en seco en el centro del claro de la isla. El aire apestaba a las algas que se pudrían en la orilla encharcada, y la aprendiza gris arrugó el hocico. ¿Cómo lo soportaba el Clan del Río?

—¡Esperadme!

Gabardeta llegó en estampida tras ellas y se detuvo en el claro, mirando a su alrededor. Sus compañeros de clan seguían entre los arbustos, avanzando despacio, a varios árboles de distancia de las tres aprendizas.

—¡Vamos a subir al árbol grande!

Florina ya estaba corriendo hacia el Gran Roble que se alzaba en el claro. En un abrir y cerrar de ojos, había trepado por el tronco y estaba sentada en una de las ramas más bajas, moviendo la cola majestuosamente delante de las patas e hinchando el pecho como si estuviese a punto de dirigirse a los clanes.

—Yo, Estrella Florina, os doy la bienvenida...

—¡Baja de ahí!

Al oír el estridente grito de Esquiruela, Florina resbaló de la rama y cayó al suelo. Zarpa de Tórtola se volvió en redondo, sorprendida por la ferocidad de la guerrera. Los ojos de la gata rojiza llameaban mientras Florina se ponía en pie y volvía sobre sus pasos, avergonzada.

—¿Cómo te atreves? —la riñó Esquiruela—. ¿Qué debe de estar pensando el Clan Estelar?

—Ups —susurró Gabardeta, arrimándose a Zarpa de Tórtola.

Mili salió entre los helechos, y sus ojos se desplazaron de Esquiruela a Florina.

La aprendiza cojeaba ligeramente, y la guerrera gris corrió junto a su hija.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, olfateándole la pata.

—Estoy bien —la tranquilizó la joven—. Sólo he aterrizado mal.

—¿Qué estabas haciendo?

—Quería saber qué sienten los líderes de clan cuando se sientan en el Gran Roble —respondió cabizbaja—. Pero, cuando Esquiruela me ha reñido, me he asustado y me he caído.

Mili se volvió hacia la guerrera, enfadada.

—¡No tenías por qué gritar de ese modo! Se podría haber hecho daño.

—Para empezar, no debería haberse subido a ese árbol —replicó Esquiruela.

—No es más que una aprendiza —le recordó Mili.

—¡Es lo bastante mayor para saber esas cosas! —respondió la guerrera en el instante en que Glayo aparecía entre los helechos—. ¿Podrías examinar a Florina, por favor? —le pidió al curandero—. Se ha caído.

—¿Quién se ha caído? —preguntó Estrella de Fuego, surgiendo de las frondas.

—No ha sido nada —maulló Florina mientras Glayo le examinaba la pata—. Estoy bien.

La mirada de Estrella de Fuego se posó en Esquiruela y luego en Mili; las dos tenían el pelo erizado.

Látigo Gris sobrepasó al líder saboreando el aire.

—¡Puaj! —maulló, arrugando el hocico—. No sé si este sitio huele peor cuando está vacío o cuando el olor de los demás clanes llena el aire.

Zarpa de Tórtola agradeció la broma del guerrero gris tras la pequeña riña. Esquiruela y Mili se habían retirado a diferentes partes del claro, y Zarzoso fue a sentarse debajo de un haya, lejos de las dos gatas. Candeal entró en el claro y miró a Esquiruela y a Mili, con los ojos velados por la incertidumbre, y luego escogió un lugar oscuro junto a una mata de helechos, a la misma distancia de la una y de la otra. Glayo ocupó su sitio entre las raíces del Gran Roble, donde se acomodarían los demás curanderos a medida que fueran llegando, y Betulón se paseó por el lindero del claro, olfateando con recelo, mientras el resto de la patrulla se sentaba a un lado, moviendo la cola en silencio.

El aire olía a lluvia a pesar de que el cielo estaba despejado. Zarpa de Tórtola se estremeció cuando la brisa arrastró un revoltijo de hojas hasta el claro. Casi se sintió aliviada al detectar un susurro en la vegetación del extremo más distante de la isla y al captar el olor a pez del Clan del Río, que estaba saliendo de su campamento para dirigirse a la Asamblea.

La joven advirtió que Estrella de Fuego seguía su mirada hacia los lechos de juncos que crecían más allá de los árboles, para contemplar la llegada de las lustrosas siluetas de los gatos del Clan del Río. El líder elevó la cola y saludó a Estrella Vaharina, que guió a su clan dentro del claro. Pétalo rompió filas enseguida para cruzar a la carrera el claro alfombrado de hojas, y frenó en seco al lado de Zarpa de Tórtola mientras sus compañeros se mezclaban con los gatos del Clan del Trueno y comenzaban a compartir lenguas.

—¡Hola! —dijo la guerrera blanca y gris del Clan del Río, hinchando el pecho y levantando la cabeza.

Parecía haber crecido al menos una cola de ratón desde la misión de los

castores.

—¿Cómo va el entrenamiento?

—¡Genial!

Zarpa de Tórtola se alegró de verla, y más todavía de que la tratara como a una amiga. Al menos uno de los gatos que habían ido arroyo arriba a recuperar el agua se mostraba afable con ella.

Sin embargo, aún le dolían las palabras de Glayo: «No todos los gatos creen que una sola aventura forje amistades eternas.» La aprendiza apartó aquel pensamiento. ¡Podía ser amistosa sin ser desleal a su clan!

—¿No te parece que todo es muy aburrido después de nuestra aventura? —le preguntó Pétalo con los ojos centelleantes.

«¡Ojalá fuera así!», pensó Zarpa de Tórtola. Leonado la presionaba tanto para que afinara sus poderes que apenas tenía tiempo de aburrirse.

—Mi mentor es muy bueno —respondió, consciente de que Leonado la estaba mirando.

¿Acaso temía que fuera a revelarle algún secreto a su amiga? Su incomodidad aumentó al captar que el Clan del Viento estaba cruzando el árbol caído para entrar en el claro.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Pétalo con cara de preocupación.

—¿Qué?

La aprendiza estaba mirando por encima del hombro, nerviosa ante la llegada de Estrella de Bigotes y sus guerreros, que la habían devuelto a casa sin contemplaciones desde su campamento. Se puso tensa cuando Pétalo siguió su mirada.

—Pero ¡si sólo es el Clan del Viento! —gritó, y señaló con la cola al ver una cara conocida—. ¡Hola, Cañamera!

Al verlas a las dos juntas, la guerrera del Clan del Viento se alejó de ellas intencionadamente.

—¿Qué mosca le ha picado? —maulló Pétalo con expresión dolida.

A Zarpa de Tórtola le habría gustado explicarle que la frialdad de Cañamera era culpa suya, pero se sintió incapaz de confesarle su desafortunada expedición al territorio del Clan del Viento. Además, se dio cuenta de que en ese momento Zarzoso la estaba mirando fijamente con los ojos entornados. «¡Seguro que está pensando en lo que dirá Estrella de Bigotes sobre mi intrusión en el territorio del Clan del Viento!» Deseó que Zarpa Espinela estuviera con ella.

—Anímate. —La voz de Pétalo la sobresaltó—. El Clan del Viento siempre ha sido muy picajoso. Si no quiere hablar con nosotras, no hay mucho que podamos hacer al respecto.

Zarpa de Tórtola sacudió la cola. Pétalo tenía razón. Si los miembros de su clan querían discutir y el Clan del Viento quería enfadarse, ¿qué podía hacer ella? Además, no debía olvidar lo más importante de esa noche: Corazón de Tigre le había prometido contarle qué estaba haciendo en el territorio del Clan del Trueno. La aprendiza buscó su olor, y se sorprendió al descubrirlo fresco y cercano en la fría brisa nocturna. El Clan de la Sombra había llegado a la isla.

Cuando la patrulla del clan vecino entró en el claro, con Estrella Negra en cabeza, Estrella de Fuego miró la luna. Unas nubes se arremolinaban en el horizonte. El líder del Clan del Trueno subió al Gran Roble de un salto y se aposentó en la misma rama baja de la que había caído Florina. Estrella de Bigotes y Estrella Negra treparon tras él. Estrella Vaharina, por su parte, dirigió la vista hacia el ancho tronco, como buscando asideros, y finalmente ascendió para acomodarse entre los demás líderes.

Zarpa de Tórtola observó a los gatos que se habían congregado al pie del árbol, buscando el pelaje atigrado oscuro de Corazón de Tigre. Lo entrevió entre sus compañeros de clan, pero un grupo de guerreros del Clan del Río se interpuso entre ellos, tapándoselo por completo.

—¡Corazón de Tigre! —siseó la joven.

Él no pareció oírla, y justo en ese momento notó que unas garras afiladas se le clavaban en la cola.

—¡Ay!

Miró por encima del hombro. Tormenta de Arena la observaba muy seria.

—Es hora de sentarse. Los líderes están a punto de hablar.

Frustrada, Zarpa de Tórtola buscó a Corazón de Tigre en el revoltijo de pelajes y orejas. El pelo blanco de Aguzanieves resplandecía junto al pelaje oscuro del joven guerrero. Intentó captar su atención, pero Manto Ruano se deslizó entre los dos, y Corazón de Tigre desapareció tras la ancha cabeza de su compañero de clan. De mala gana, la aprendiza se volvió hacia los líderes.

Estrella de Bigotes fue hasta el centro de su rama, y Zarpa de Tórtola contuvo el aliento, angustiada. «¡Por favor, no me menciones!»

—La recuperación del lago ha sido una bendición para los clanes —empezó el líder del Clan del Viento.

—Supongo que los gatos que fueron a buscar el agua no tuvieron nada que ver con eso —masculló Florina.

—Los valientes guerreros que desbloquearon el arroyo han vuelto sanos y salvos y están de nuevo con sus clanes.

Estrella de Bigotes paseó la mirada por los gatos del Clan del Trueno, y Zarpa de Tórtola se encogió un poco más mientras él continuaba:

—El Clan del Viento estará siempre agradecido por el coraje y la fuerza que mostraron sus valerosos guerreros.

Gabardeta se arrimó a Zarpa de Tórtola.

—¡Habla como si el Clan del Viento lo hubiera hecho todo solo! —susurró—. ¿Qué pasa contigo y con Leonado, con Corazón de Tigre y...?

—Chist. —Esquiruela les lanzó una mirada asesina y se volvió de nuevo hacia el Gran Roble.

—A medida que se aproxima la estación sin hojas —prosiguió Estrella de Bigotes—, es importante que aseguremos nuestras fronteras. Los conejos abundan, pero, si la estación sin hojas es dura, deberemos proteger lo que es nuestro más que nunca. —Bajó la mirada hacia el Clan del Trueno—. Cualquiera que cruce la frontera será tratado con severidad.

Zarpa de Tórtola curvó las garras, esperando que el líder mencionara su nombre y el de su hermana en cualquier momento, y sintió un alivio enorme cuando se limitó a asentir con la cabeza y retrocedió en la rama, dejándole sitio a Estrella Vaharina. Los clanes se sumieron en un silencio inquietante cuando la nueva líder del Clan del Río tomó la palabra por primera vez.

—A estas alturas —empezó la gata—, todos sabéis que soy la nueva líder del Clan del Río.

Sonaron vítores.

—¡Estrella Vaharina! ¡Estrella Vaharina!

Estrella de Fuego se puso en pie para inclinar la cabeza ante la gata gris, con los ojos relucientes de orgullo. Zarpa de Tórtola plantó las orejas. El líder del Clan del Trueno parecía sentir un afecto sincero por Estrella Vaharina. «Supongo que la conoce desde hace mucho», pensó la aprendiza. Además, a juzgar por las aclamaciones que brotaban de todos los clanes por igual, era evidente que la guerrera era muy popular entre los gatos, tal como había predicho Glayo.

Estrella Vaharina saludó con la cabeza, mirando a los clanes con sus ojos azules e imperturbables hasta que volvió el silencio.

—Estrella Leopardina fue una líder noble —continuó, y sus palabras fueron acogidas con murmullos de aprobación—. Era valiente y leal, y habría hecho cualquier cosa para proteger a sus compañeros de clan.

—O a Estrella de Tigre —murmuró alguien con acritud por detrás de Zarpa de Tórtola.

La aprendiza se volvió de golpe, desconcertada. Un guerrero del Clan del Viento le susurraba al oído a una compañera de clan. Zarpa de Tórtola frunció el ceño. Como todos los demás, cuando era una cachorrita en la maternidad, había oído historias sobre el guerrero oscuro. Pero ¿qué tenía que ver él con Estrella

Leopardina?

—Estrella de Tigre era el líder del Clan de la Sombra, ¿verdad? —preguntó, inclinándose hacia Florina.

Tormenta de Arena le lanzó una mirada de reprobación.

—Sí —respondió con un bufido—. Pero es un poco más complicado que eso. ¡Ahora, silencio!

La joven gata se mordió la lengua mientras Estrella Vaharina continuaba:

—... Nos complace tener a Pétalo de vuelta, y lamentamos la pérdida de Torrentero, que murió luchando valerosamente contra los castores.

A Zarpa de Tórtola se le encogió el corazón. Hacía días que no pensaba en el guerrero del Clan del Río. No quería olvidarlo, jamás.

—Estoy segura —prosiguió Estrella Vaharina— de que ahora él y Estrella Leopardina pasean por el Manto Plateado y vigilan a sus viejos compañeros de clan.

Entre los gatos se oyeron murmullos de asentimiento cuando la líder se sentó de nuevo.

Estrella Negra ocupó su lugar.

—Echaremos de menos a Estrella Leopardina. —El líder del Clan de la Sombra parecía hablar con auténtica tristeza, y sus ojos centellearon en la oscuridad—. La pérdida de un líder es una pérdida para todos los clanes —continuó—, pero la sangre nueva trae nueva energía, y le deseamos a Estrella Vaharina un liderazgo largo y feliz.

Zarpa de Tórtola se quedó mirándolo boquiabierta, sorprendida por su compasión. ¿Por qué los clanes no podían mostrarse amistosos más a menudo? Quizá el liderazgo de Estrella Vaharina acabara marcando una nueva época, una en la que predominaría la confianza más que el recelo.

Sin embargo, mientras la joven se dejaba llevar por aquella breve oleada de esperanza, la mirada de Estrella Negra se endureció.

—En cualquier caso, las fronteras siguen siendo fronteras —añadió el líder del Clan de la Sombra—, y deben mantenerse bien claras.

Látigo Gris se puso tenso cuando el líder miró ceñudo a los gatos del Clan del Trueno.

—Últimamente ha habido demasiada actividad en la frontera del Clan del Trueno —bufó Estrella Negra—. Las marcas olorosas se están volviendo confusas.

Espinardo se puso en pie de un salto con el pelo erizado.

—¡Cómo te atreves! ¡Es el Clan de la Sombra el que ha dejado rastros olorosos en nuestro territorio!

Los gatos del Clan del Río y el Clan del Viento se volvieron para observar, con

los ojos refulgiendo de interés, a los guerreros del Clan de la Sombra, que empezaron a levantarse uno a uno. Zarpa de Tórtola reparó en que Látigo Gris desenvainaba las uñas.

—¡La tregua! —le bufó Tormenta de Arena al oído al guerrero gris.

Pero él se limitó a hundir las garras en el suelo, dejando que se le erizara el pelo del lomo.

—No provoquéis problemas que no podáis manejar —avisó.

—¡Siéntate! —le gruñó Zarzoso.

Látigo Gris se detuvo y dejó que se le alisara el pelo con un bufido, pero mantuvo las uñas desenvainadas.

Los ojos de Estrella Negra centellearon.

—No estamos provocando problemas —replicó, mientras Látigo Gris sacudía la cola—. Fue el Clan del Trueno el que empezó con las acusaciones, pero uno de mis guerreros inspeccionó el supuesto rastro oloroso que habíais encontrado en vuestro territorio y no supo distinguir a qué clan pertenecía. Como de costumbre, el Clan del Trueno busca la más mínima ocasión para decirles a los demás clanes qué deben hacer.

Tormenta de Arena se arrimó a Látigo Gris, como recordándole que controlara su genio.

Zarpa de Tórtola se estiró para poder ver a Corazón de Tigre. El atigrado oscuro tenía la cabeza gacha. «Sabe que es culpable —pensó la joven—, pero ¿también lo saben sus compañeros de clan?»

Mientras lo miraba detectó el olor de la sangre, y de repente comprendió que procedía del que había sido su compañero de patrulla en la expedición contra los castores. El joven guerrero no tenía el pelo alborotado por la vergüenza, sino por las heridas de unos zarpazos, y también tenía una oreja desgarrada. Tal vez sus compañeros de clan sí que sabían quién había dejado su rastro en el territorio del Clan del Trueno y habían decidido castigarlo.

La aprendiza frunció el ceño, dejando que su mente se perdiera en sus pensamientos. «¡Pobre Corazón de Tigre!» Los guerreros del Clan de la Sombra debían de ser tan crueles como contaban los relatos de la maternidad.

Un fuerte codazo le hizo pegar un salto.

—¡Deja de mirar tan fijamente a Corazón de Tigre! —le espetó Tormenta de Arena—. Pareces una lechuza.

«¿Lo estaba mirando fijamente?» Zarpa de Tórtola devolvió su atención al Gran Roble, donde Estrella Negra seguía sermoneando a los clanes.

—Si el Clan del Trueno es incapaz de mantener sus fronteras marcadas y permanecer dentro de esos límites, entonces el Clan de la Sombra actuará en

consecuencia. —Y con un suspiro lleno de dramatismo, añadió—: ¿Por qué el Clan del Trueno parece pensar siempre que los demás clanes estamos en deuda con él cuando participamos todos en una misma misión?

Deslizó una mirada afligida por el Clan del Río y el Clan del Viento, como si los tres clanes compartieran una carga común.

Zarpa de Tórtola se estremeció. ¿Se habría enterado Estrella Negra de su incursión en el territorio del Clan del Viento?

Florina le dio un empujón.

—¡Estate quieta de una vez!

—¡Lo siento!

Zarpa de Tórtola no se había dado cuenta de que no había parado de moverse.

—¡Silencio! —les ordenó Tormenta de Arena con un bufido—. ¡Si seguís así, os mandaré a casa antes de hora!

La aprendiza gris juntó las zarpas y apretó la mandíbula, jurándose no decir ni una palabra más. ¿Qué pensaría el Clan Estelar si la echaran de una Asamblea?

Estrella Negra dejó de lamentarse por fin, y Estrella de Fuego se situó en el centro de la rama, con la cabeza y la cola bien altas.

—Bienvenida, Estrella Vaharina —empezó, como si el discurso de Estrella Negra no se hubiera producido—. Te has ganado tu liderazgo, y el Clan del Trueno te desea lo mejor. —Le dedicó un guiño afectuoso a la guerrera gris—. Todos echaremos de menos a Estrella Leopardina. La recuerdo desde que me convertí en aprendiz del Clan del Trueno —añadió con un ronroneo—. Siempre la respeté, y, aunque su lealtad hacia el Clan del Río nunca vaciló, fue una líder que entendía la importancia de que todos los clanes permanecieran fuertes. —Al pronunciar aquellas palabras, le lanzó una mirada a Estrella Negra; luego continuó—: Poseía el corazón, el valor y la fuerza de los poderosos felinos que le dieron su nombre.

Mientras el líder inclinaba la cabeza, Zarpa de Tórtola captó murmullos a su espalda. Los gatos del Clan del Viento estaban rezongando de nuevo.

—¡Estrella de Fuego siempre actúa como si todo el mundo fuese un aliado!

—Intenta hacer amigos para evitar batallas.

—Nunca le ha gustado el olor de la sangre.

—Típico de un minino doméstico.

Zarpa de Tórtola se volvió en redondo.

—¡Que Estrella de Fuego sea amistoso no significa que él o el Clan del Trueno sean débiles!

«¡Ups!» Al recordar la advertencia de Tormenta de Arena, cerró la boca de inmediato y se volvió de nuevo hacia el Gran Roble.

—Estrella Negra... —Estrella de Fuego se dirigió al líder del Clan de la Sombra con su voz más dulce—, somos muy conscientes de las fronteras y su importancia para mantener la paz entre los clanes, y sabemos muy bien que vale la pena pelear por ellas.

De repente, su voz cobró un matiz amenazante y sostuvo la mirada del líder del clan vecino, pero, justo cuando éste abrió la boca para replicar, Estrella de Fuego se volvió de nuevo hacia los gatos del claro:

—También tenemos buenas noticias en el Clan del Trueno —anunció, radiante—: Grosellita y Jerbillo, los hijos de Rosella, han nacido en esta nueva luna. —Esperó a que los cálidos murmullos de felicitación que resonaron en el claro se apagaran, y finalmente concluyó—: A este paso, tendremos que ampliar todavía más la guarida de los guerreros. —Inclinó la cabeza—. Con la bendición del Clan Estelar.

Dicho eso, bajó del roble de un salto.

Zarpa de Tórtola alzó la cabeza, sintiéndose muy orgullosa de su líder. A su alrededor, los gatos comenzaron a moverse por el claro. Los aprendices se mezclaban entre ellos para compartir chismes sobre los entrenamientos, los guerreros se reunían en grupos, y los veteranos intercambiaban noticias.

Florina y Gabardeta se dirigieron hacia un grupo de aprendices del Clan de la Sombra y el Clan del Río.

—¿Vienes? —le preguntó Gabardeta a Zarpa de Tórtola.

Ella parpadeó. Estaba buscando a Corazón de Tigre.

—Enseguida —respondió.

¿Dónde se había metido el guerrero del Clan de la Sombra? Aguzanieves y Manto Ruano estaban charlando con dos gatos del Clan del Viento, pero a Corazón de Tigre no se lo veía por ninguna parte. Zarpa de Tórtola respiró hondo, intentando analizar la mezcla de olores en su lengua.

«¡Ahí está!»

Por fin había captado su olor. Miró hacia un zarzal en el extremo más alejado del claro. Corazón de Tigre estaba agazapado entre las sombras de debajo del arbusto.

—¿Te escondes? —le preguntó Zarpa de Tórtola al llegar junto a él.

El guerrero se incorporó.

—¿De qué?

—De mí. —La joven lo miró con audacia—. Me prometiste que me explicarías qué estabas haciendo en nuestro territorio.

A Corazón de Tigre se le desorbitaron los ojos.

—¡Baja la voz! —exclamó en un susurro, mirando a su alrededor con

nerviosismo—. Sígueme.

Y agazapado, con las orejas y la cola gachas, el guerrero empezó a atravesar el zarzal hasta alcanzar una pequeña zanja que había detrás de un sauce agrietado. Zarpa de Tórtola parpadeó mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. El sauce ocultaba la luz de la luna y la mitad del Manto Plateado.

—Mira —susurró Corazón de Tigre—, no puedo contarte qué estaba haciendo exactamente, pero no estamos planeando una invasión, te lo prometo.

La aprendiza ladeó la cabeza. Esas palabras no hacían más que confirmarle que Corazón de Tigre se traía algo entre zarpas.

—Estabas en nuestro territorio —le recordó—. Tengo derecho a saber por qué, y si no me lo cuentas, ¡me veré obligada a informar a Estrella de Fuego!

El guerrero bajó la mirada.

—Sí, tienes derecho a saberlo —maulló en tono de disculpa—. Pero, por favor, necesito que confíes en mí.

Irguió la cabeza para mirarla fijamente. Tenía las pupilas dilatadas, y sus ojos refulgían con un destello de inquietud.

Zarpa de Tórtola sintió una oleada de compasión. Era evidente que Corazón de Tigre estaba angustiado. Había algo que lo incomodaba. La joven asintió, distrayéndose un instante con el suave pelo que enmarcaba el rostro del gato, que parecía desesperado por que ella lo entendiera. Zarpa de Tórtola enroscó la cola para tocar la punta de la de él. El joven guerrero se puso tenso al notar su contacto, pero no se apartó; en vez de eso, se inclinó para rozarle la oreja con el hocico.

—Gracias.

La aprendiza se estremeció al percibir la calidez de su aliento en la oreja. Para ser un gato del Clan de la Sombra, olía dulce.

—De acuerdo —dijo, haciendo un esfuerzo por concentrarse en la razón por la que quería hablar con él—. Pero, si algo está amenazando el bosque, necesito saberlo.

—Nada está amenazando el bosque —afirmó Corazón de Tigre—. De ser así, te lo diría.

Sus ojos se dilataron más aún, hasta que Zarpa de Tórtola notó cómo se clavaban en los suyos.

—En el viaje para liberar el agua éramos casi... amigos.

La joven se encontró asintiendo vigorosamente. El guerrero suspiró.

—Si perteneciéramos al mismo clan, sería mucho más fácil...

«¡No!» Zarpa de Tórtola se separó de golpe, de pronto consciente de que estaba acercándose demasiado a aquel atractivo y joven guerrero del Clan de la Sombra.

¡Tenía que cambiar de tema!

—¿Cómo... cómo te has hecho esos arañazos? —Miró el pelo de su omoplato, todavía con sangre apelmazada—. Ése tiene muy mala pinta.

Corazón de Tigre se encogió de hombros.

—Entrenamiento de combate.

La aprendiza se estremeció. ¿Acaso los guerreros del Clan de la Sombra entrenaban mordiéndose de verdad y con las garras desenvainadas?

—¿Te lo ha tratado Cirro? Podría infectarse...

Corazón de Tigre se volvió de modo que la herida quedara oculta por las sombras.

—No está tan mal, en serio. Sólo me duele cuando... —Se interrumpió.

El zarzal susurró tras ellos. Corazón de Tigre se agazapó, agachando las orejas. Zarpa de Tórtola retrocedió hacia el profundo hueco que había entre las raíces del sauce.

—Malditos pinchos —rezongó de repente una voz vieja y cascada.

La aprendiza captó el olor del Clan del Viento. Debía de ser un veterano en busca de un lugar tranquilo donde hacer sus necesidades.

Corazón de Tigre dio marcha atrás.

—Tengo que irme —susurró, y desapareció por encima de las raíces.

Zarpa de Tórtola se quedó mirándolo. ¿Por qué actuaba de un modo tan extraño? Desconcertada, salió de la zanja y saltó a lo alto de una raíz.

—¡Allí hay un sitio discreto! —le dijo al gruñón veterano del Clan del Viento, señalando con la cola un lugar despejado a poca distancia.

El viejo salió entre las zarzas.

—¡Y ahora me lo dices! —replicó con voz áspera—. Tengo una oreja hecha trizas y la mitad del pelo se me ha quedado enganchado en este arbusto con colmillos de zorro.

Agitando los bigotes divertida, la aprendiza fue a reunirse con su clan. Al verla, Tormenta de Arena avisó a Candeal.

—¿Zarpa de Tórtola? —Candeal estaba llamándola, desazonada—. ¡Estás aquí!

—No estaba lejos.

La joven pasó entre Espinardo y Látigo Gris, mientras Estrella de Fuego rodeaba a su clan con los músculos tensos.

—¿Qué ocurre?

—¡Florina! ¡Gabardeta! ¡La he encontrado! —Candeal avisó a las dos aprendizas, que la estaban buscando entre los arbustos que bordeaban el claro—. ¿Dónde te habías metido?

—Por ahí. —Señaló vagamente hacia el sauce—. ¿Por qué ya no hay nadie

compartiendo lenguas?

Los clanes se habían separado, y los guerreros se miraban unos a otros con recelo.

Tormenta de Arena sacudió la cola.

—El Clan del Viento y el Clan de la Sombra han empezado otra vez a ponerse pesados con las fronteras —bufó.

Lomo Rajado se paseaba alrededor de sus compañeros de clan, y sus ojos llameaban a la luz de la luna, clavados en el Clan del Trueno.

Ventolero se incorporó de golpe con los ojos entornados, deslizando la cola por el suelo.

—¡Las fronteras son fronteras! —le gruñó furioso a Leonado, que no le quitaba los ojos de encima.

—¡Compartes una misión con el Clan del Trueno, y ellos se creen que son los dueños de todo el lago! —bufó Grajo.

Raposo arañó el suelo.

—Pero ¡salvamos el lago!

—¡Todos salvamos el lago! —bufó Estrella de Bigotes—. La patrulla estaba formada por gatos de todos los clanes. Así que, ¿por qué cruzáis las fronteras como si ahora todos los territorios fueran vuestros?

El claro se sumió en la oscuridad, y Zarpa de Tórtola alzó la vista. Las nubes que se arremolinaban en el horizonte habían empezado a deslizarse por delante de la luna. Aún se filtraba una tenue luz blanquecina, pero el viento estaba cobrando fuerza, y los nubarrones iban engullendo el Manto Plateado estrella a estrella.

El líder del Clan del Trueno sacudió la cola.

—Vayámonos antes de que el Clan Estelar ponga fin a esta Asamblea.

Lanzó una mirada furibunda a Estrella de Bigotes y Estrella Negra.

—El Clan del Trueno no está buscando problemas, y lo sabéis de sobra.

Zarpa de Tórtola se sintió arrastrada por sus compañeros de clan, que comenzaron a salir del claro. Florina la empujó para que avanzara, mientras Mili, Centella y Fronde Dorado la presionaban por detrás.

Estrella de Fuego permaneció en el claro unos instantes más.

—¡Pensadlo bien antes de acusarnos de algo que no hemos hecho! —les advirtió a los líderes del Clan del Viento y el Clan de la Sombra.

Dio media vuelta frunciendo el hocico y siguió a su clan entre los árboles.



10

Unas coloridas flores cabeceaban alrededor de la aprendiza, que, esbelta como una marta, serpenteaba entre la hierba. De repente estornudó, con la nariz llena de polen, y, acto seguido, disfrutando del calor del sol en el lomo, levantó las patas delanteras y se asomó por encima de los curvados tallos. Asombrada, se quedó mirando el extenso prado verde y aspiró el aroma dulce de la reluciente hierba.

Una yegua gigantesca y gris pasó muy despacio junto a ella, pisando sonoramente la tierra con sus grandes pezuñas y dejando un rastro en la hierba. La gata retrocedió y fue a resguardarse debajo de las hojas frondosas de una mata de romaza. Mientras la yegua se alejaba, unas mariposas revolotearon en el aire. La aprendiza saltó tras ellas, que se alborotaron en la brisa y se dispersaron por el cielo azul como pétalos barridos por el viento.

El aire estaba cargado con el olor de la estación de la hoja verde, y, al saborearlo, la gata detectó el matiz almizclado de las presas. Dilatando las narinas, siguió el olor con la cola baja y las orejas pegadas a la cabeza. Lo rastreó a través de tréboles de un verde oscuro, y finalmente rodeó una mata de flores blancas, donde captó un leve movimiento.

«¡Un campañol!»

Mientras mordisqueaba las jugosas raíces de una prímula, el roedor ni siquiera se dio cuenta de que la aprendiza había comenzado a balancear las ancas. La joven saltó con seguridad, pero cuando despegó las patas delanteras del suelo rozó con el lomo el tallo de una amapola. Los pétalos rojos centellearon a la luz

del sol, y el campañol desapareció entre los tréboles, escondiéndose tan profundamente que la gata perdió de vista su cuerpecillo marrón. Empezó a escarbar el suelo, furiosa, pero no encontró nada más que tierra y raíces.

«¡Cagarrutas de ratón!»

—Mala suerte.

La aprendiza se volvió en redondo al oír una voz profunda a su espalda, y se quedó mirando al gato corpulento que la observaba. Tenía cicatrices en el hocico, y cuando alzó una zarpa para ahuyentar a una mosca, sus ganchudas garras refulgieron al sol.

—¿E... este prado es tuyo? —le preguntó, nerviosa.

—Vengo de visita, igual que tú —respondió él, ladeando la cabeza.

—Ésta es la primera vez que vengo —admitió la aprendiza.

—Bueno, pues me alegro de que lo hayas hecho —ronroneó el gato—. A veces es un sitio un poco solitario.

—¿Vives por aquí cerca?

Él no contestó, pero señaló con la cabeza la franja de tréboles por la que había desaparecido el campañol.

—Qué lástima que lo hayas perdido —comentó—. Si quieres, yo podría enseñarte a saltar sin arquear el lomo.

La joven asintió con timidez. Aquel gato no olía a ningún clan, aunque tenía el pelaje tan lustroso y los músculos tan desarrollados como cualquier guerrero. Su olor era un tanto extraño, y le recordaba a sus paseos nocturnos por el bosque.

—Fíjate en esto.

El gato se agazapó y luego saltó hacia delante sin separarse casi del suelo, con el lomo liso y recto, y aterrizó de tal modo que sólo su costado rozó los tallos inclinados sin moverlos siquiera.

La joven se quedó mirándolo, boquiabierta.

—Ahora prueba tú. —El gato señaló una bola de musgo—. Apunta ahí.

Ella asintió y se agazapó, lista para saltar. Moviendo las ancas, tensó los músculos y saltó, pero se separó muy poco del suelo y terminó derrapando antes de que sus patas delanteras alcanzaran el musgo.

—Pruébalo otra vez —la animó el gato.

La aprendiza saltó de nuevo, en esta ocasión despegándose más del suelo, pero cuando intentó enderezar el lomo perdió el equilibrio y aterrizó con torpeza, trastabillando de lado y agitando la hierba.

—Una vez más —la alentó el gato con voz queda.

La joven se detuvo a pensar. Luego retrocedió, clavó la mirada en la bola de musgo y tomó conciencia de todos los músculos de su cuerpo. Cuando finalmente

saltó, rozando el suelo e inclinando el cuerpo para bordear los tallos antes de aterrizar a la perfección, la bola de musgo cayó entre sus zarpas con la misma naturalidad que si el Clan Estelar la hubiese depositado allí.

—¡Uau! —exclamó al incorporarse, orgullosa—. Le enseñaré este movimiento a mi hermana.

El gato miró a su alrededor.

—¿Está por aquí?

La aprendiza negó con la cabeza.

—No, estoy sola.

La aprendiza frunció el ceño al darse cuenta de lo raro que era estar allí a solas, sin la compañía de su hermana.

—Quizá pueda traerla la próxima vez.

El gato la miró, burlón.

—¿Es que no te gusta hacer cosas por tu cuenta?

Ella negó con la cabeza.

—Es mucho más divertido si somos dos.

—Bueno, aquí somos dos. —La miró intensamente con sus ojos azules—. ¿Te parece bien?

La joven asintió.

—Podría enseñarte una técnica de acecho, si te apetece —se ofreció el gato.

—Conozco todas las técnicas básicas.

—Estoy convencido de que nunca has visto ésta.

El musculoso gato se agazapó y comenzó a avanzar con el cuello estirado y los bigotes pegados al hocico, zigzagueando como una serpiente. De repente, lanzó el morro hacia delante y atrapó el tallo de una flor con los dientes a tal velocidad que la aprendiza se quedó pasmada.

—¡Qué rápido has sido!

—Es genial para atrapar peces.

—¿Peces?

—También ratones o campañoles —añadió él—. Cualquier presa que sea veloz.

—¿Puedo probar?

—Por supuesto.

Mientras la aprendiza se agazapaba, el gato se sentó y enroscó su peluda cola alrededor de las patas.

—¿Cómo es tu hermana? —preguntó.

La joven se estaba concentrando en una larga brizna de hierba a una cola de distancia.

—Lista —maulló, adelantándose despacio—. Y divertida.

Se acercó un poco más a su objetivo.

—Y la criatura más valiente que conozco.

De repente, se abalanzó sobre la brizna de hierba y la atrapó con los dientes, pero enseguida la escupió entre toses.

—¡Puaj! Pero ¡qué amarga es!

El gato ronroneó.

—Supongo que te refieres a la hierba, no a tu hermana.

—¡Por supuesto!

Sonó un aullido lejano procedente del otro lado del prado. Había un gato llamando.

La joven aprendiza alzó la cabeza.

—Lo siento, tengo que irme —anunció la gata.

Y echó a andar hacia la voz, dejando que la hierba le acariciara el lomo.

—¿No quieres saber cómo me llamo? —le preguntó el gato.

Ella se volvió, parpadeando.

—Me llamo Alcotán.

—Adiós, Alcotán.

Aquel nombre pareció resonar de un modo extraño en su boca.

—¿Es que no vas a decirme cómo te llamas?

—Claro. Me llamo Zarpa Espinela.

Zarpa Espinela se despertó de golpe, sorprendida por el aire frío que notaba en el hocico después de la calidez de su sueño. Carbonera se había asomado a la guarida de los aprendices.

—¡Zarpa Espinela! —bufó la guerrera.

Zarpa de Tórtola seguía durmiendo, exhausta tras la Asamblea, y era evidente que Carbonera estaba intentando no despertarla, aunque los lechos de Florina, Gabardeta y Abejorro ya estaban vacíos.

Aturdida por su sueño, Zarpa Espinela se puso en pie trabajosamente.

—¡Voy!

Con las patas entumecidas, pasó junto a su hermana y salió al húmedo aire del alba. Gabardeta y sus hermanos estaban dando vueltas por el claro. Florina mascullaba para sí como si estuviera repasando respuestas, y Abejorro no paraba de agazaparse y saltar.

Medio adormilada aún, Zarpa Espinela recordó que aquella mañana los tres

hermanos iban a enfrentarse a su evaluación final. El campamento estaba cubierto por una niebla que difuminaba las guaridas, de tal modo que parecían sumidas en un espacio misterioso y distante. Unas nubes negras oscurecían el cielo del alba.

Zarpa Espinela se estremeció.

—¿Qué querías? —le preguntó a Carbonera.

Su mentora ya había cruzado medio claro para reunirse con Pinta, Ratonero y Espinardo, que permanecían inmóviles como rocas, observando a sus aprendices con interés y muy nerviosos.

Zarpa Espinela levantó la vista, más allá de los muros rocosos de la hondonada y de los árboles que coronaban la cima. Los nubarrones eran más oscuros que nunca. No tardaría mucho en llover. La joven aprendiza se estremeció. ¡Ojalá la hubieran dejado quedarse más tiempo retozando en el prado de su sueño con Alcotán!

—Esta vez la evaluación se hará por parejas —le explicó Carbonera a su aprendiza—. Te necesitamos para que formes pareja con Florina.

—¡De eso nada! —El grito horrorizado de Florina sorprendió a Zarpa Espinela—. ¡Ella no está lo suficientemente entrenada! ¿No puedo hacerlo con Zarpa de Tórtola? Al menos ella sabe cazar.

La joven atigrada la fulminó con la mirada.

—¡Y yo también!

¡Alcotán acababa de enseñarle dos movimientos nuevos!

—¡Tú apenas has cazado un par de ratones! —se lamentó Florina—. ¡Zarpa de Tórtola, en cambio, es buenísima! ¡Es capaz de oír a las presas en cualquier parte!

Cohibida y decepcionada, Zarpa Espinela notó que se iba encorvando.

«Eres igual de buena que tu hermana.»

Esas palabras resonaron en su cabeza. Las había pronunciado una voz que no estaba allí, aunque no podía ubicarla. La joven se incorporó, elevando la barbilla.

—Lo haré lo mejor que pueda —prometió—. Además, a quien van a evaluar es a ti, no a mí.

—Bien dicho, Zarpa Espinela.

Pinta se acercó a través de la niebla.

—Zarpa Espinela te está haciendo un favor, Florina —maulló, riñendo a su aprendiza—. Eres tú quien debería hacer el trabajo, no ella.

Manto Polvoroso y Zancudo salieron de la guarida de los guerreros.

—¿Estamos listos para irnos? —preguntó Zancudo con un bostezo.

Carbonera asintió.

—Tú evaluarás a Abejorro con Pinta —le informó—. Y yo ayudaré a Ratonero

con Gabardeta. Manto Polvoroso, Espinardo y tú evaluaréis a Florina.

Pinta se mostró sorprendida.

—Entonces, ¿no seremos los mentores quienes evaluemos a nuestros propios aprendices?

—Estrella de Fuego quiere que probemos algo distinto —le recordó Carbonera.

—Últimamente, Estrella de Fuego opta por una técnica de entrenamiento distinta cada media luna —se quejó Espinardo mientras se dirigía hacia la entrada—. Esto es absurdo. Para cuando dominemos esta forma de entrenamiento, a Estrella de Fuego se le habrá ocurrido otra cosa.

Y desapareció por el túnel, engullido por la niebla.

—Vamos —instó Carbonera a los demás.

Zarpa Espinela se apresuró a seguir a Florina y a sus hermanos fuera del campamento.

—Vosotros dos cazaréis junto al lago —anunció Carbonera, señalando a Gabardeta y Abejorro con la cola.

Los dos aprendices salieron disparados hacia la orilla, y la guerrera miró entonces a Zarpa Espinela.

—Ten cuidado —le advirtió—. No olvides que sólo vas a ayudar. No tienes que demostrar nada.

«Excepto que soy tan buena cazadora como mi hermana. ¡Esperad a ver lo que he aprendido en mi sueño!»

Zarpa Espinela hundió las garras en la tierra mojada, mientras veía cómo su mentora se dirigía al lago con Ratonero, Pinta y Zancudo. Los aprendices se habían marchado a la carrera, claramente impacientes por cobrar su primera pieza.

—¿Dónde vamos a cazar nosotros? —le preguntó Florina a Manto Polvoroso.

El atigrado marrón miró a Espinardo.

—¿Qué tal la vivienda abandonada de los Dos Patas?

Espinardo asintió.

—A mí me parece bien.

Florina tocó a Zarpa Espinela con la punta de la cola.

—Vamos.

Y salió disparada entre los árboles. Zarpa Espinela corrió tras ella, deseando tener las patas tan largas como su compañera, que iba ganando terreno y saltaba sobre los surcos y las zanjas con zancadas ágiles.

Cuando la joven atigrada alcanzó las piedras agrietadas de la ruinosa vivienda de los Dos Patas, estaba sin resuello. Florina la esperaba sobre el murete que rodeaba la casa.

—Ni siquiera puedes seguirme el ritmo —se mofó.

—Se supone que tenemos que demostrar a los guerreros que podemos trabajar juntas —replicó Zarpa Espinela.

—No pienso permitir que me retrases.

Florina se bajó del murete de un brinco y pasó junto a las plantas que Glayo cuidaba con esmero. A Zarpa Espinela se le hizo la boca agua al aspirar su aroma, pero recordaba la advertencia que les habían hecho a todos los miembros del clan: «No os acerquéis a la nébeda.» Era la única hierba que curaba la tos verde, y era más valiosa que las semillas de adormidera.

Mientras desaparecía por la esquina, Florina exclamó por encima del hombro:

—¡Apártate de mi camino!

A Zarpa Espinela se le aceleró el corazón de rabia. ¿Por qué todo el mundo pensaba que su hermana era genial y que ella no era más que una cabeza de chorlito? «¡Les voy a enseñar lo que es bueno!»

Rebasó el murete y se internó en la vivienda de los Dos Patas.

Una pendiente de piedras escalonadas se elevaba hasta un agujero en el techo. La joven aprendiza subió hasta allí y se asomó por un hueco en la pared de lo alto. Florina estaba rastreando algo en la enmarañada hierba de abajo. Zarpa Espinela no podía ver de qué se trataba, pero su compañera se estaba desplazando con cautela entre los enredados hierbajos.

De repente, Zarpa Espinela captó un movimiento al pie de la pared. Al intentar distinguir qué era se mareó un poco, pero se recuperó enseguida y bajó a toda velocidad por la pendiente escalonada. Pisando con ligereza pero deprisa, salió de la casa y dobló la esquina. ¡Allí estaba! Una ardilla rebuscaba entre las plantas que crecían al pie del muro.

Recordando las instrucciones de Alcotán, Zarpa Espinela se agazapó al máximo, manteniendo el lomo muy bajo para que no rozara las ramas que se arqueaban desde las rocas.

La ardilla estaba muy entretenida atiborrándose con las semillas que había conseguido de una mata de flores secas. Zarpa Espinela se quedó inmóvil, preparándose, tomando conciencia de todos sus músculos, y luego saltó enderezando el lomo mientras viraba alrededor de las plantas. Sus garras alcanzaron a la ardilla antes de que ésta pudiera verla, y la joven aprendiza la inmovilizó y la despachó de una sola dentellada.

«¡Gracias, Alcotán!»

—¡Impresionante!

El maullido de Espinardo la sobresaltó, y la pequeña gata se volvió en redondo con la ardilla colgando de la boca. El guerrero iba hacia ella seguido de Manto

Polvoroso.

—¿Dónde has aprendido ese movimiento? —le preguntó Manto Polvoroso con los ojos desorbitados por la impresión—. ¡Parecía que estuvieras sacando un pez del agua!

La joven le sostuvo la mirada con inocencia. No había ninguna razón para desvelar su secreto.

—Supongo que sólo ha sido… puro instinto.

Los altos hierbajos se estremecieron, y Florina apareció echando chispas.

—¿Por qué hacéis tanto ruido? —bufó—. ¡Estaba acechando una rata y la habéis espantado!

Manto Polvoroso ladeó la cabeza.

—¿Tú no estabas ayudando a cazar esta ardilla?

—Pensaba que estabais trabajando en pareja… —añadió Espinardo.

Florina se sulfuró aún más.

—Se supone que es ella la que tiene que ayudarme a mí, no al contrario.

«¡Me has dicho que me apartara de tu camino!» Zarpa Espinela le lanzó una mirada asesina a su compañera, pero no abrió la boca.

—Entonces, ¿por qué Zarpa Espinela estaba aquí mientras tú rastreabas en medio de la vegetación? —quiso saber Manto Polvoroso—. Eres tú la que tiene que organizar la caza en pareja. Deberías haberle dicho dónde querías que se pusiera.

—De acuerdo —resopló Florina, haciéndole una señal a Zarpa Espinela con la cola—. Ven conmigo.

Y, dando media vuelta, se internó de nuevo en la maleza.

Zarpa Espinela dejó la ardilla y les lanzó una mirada compungida a los guerreros antes de seguir a la otra aprendiza.

—¿Por qué has tenido que dejarme en ridículo? —le espetó Florina en cuanto los guerreros ya no podían oírlas—. Ésta es mi evaluación, ¿recuerdas?

—Está bien, ¿qué quieres que haga? —preguntó Zarpa Espinela, aún eufórica por la magnífica pieza que había cobrado.

Florina señaló los pinos que crecían en el extremo más alejado de la vivienda abandonada.

—Cazaremos allí.

Avanzaron entre los troncos. Los árboles estaban muy juntos y bloqueaban la luz diurna, que ya era escasa de por sí. Zarpa Espinela notó que estaba a punto de llover. Aún quedaban retazos de niebla, pero en aquella zona había poca maleza y era más fácil ver a las presas.

—Allí —susurró Florina.

Un mirlo picoteaba el suelo alfombrado de pinaza. Las jóvenes no tenían donde esconderse para que no las viera acercarse, pero, si trabajaban en equipo, podrían atraparlo.

—Perfecto —maulló Florina en voz baja—. Tú ve por ahí, y yo me aproximaré por el otro lado. —Le hizo una señal a Zarpa Espinela para que se fuera, y añadió—: Mantente agachada y no arrastres las zarpas por el suelo.

—¡No soy una cachorrita! —replicó la joven.

Antes de que Florina pudiera darle más instrucciones innecesarias, Zarpa Espinela se alejó con ligereza entre los árboles, agazapada, pero sin dejar que la barriga o la cola rozaran el suelo. Clavó los ojos en el mirlo, y no permitió que su mirada se desviara ni siquiera cuando los árboles se interponían entre ella y su presa. El pájaro había atrapado una lombriz y estaba tirando de ella para sacarla del suelo.

Zarpa Espinela captó el pelaje de Florina con el rabillo del ojo, pero no vaciló. Se fue acercando más y más, hasta quedarse a apenas unas pocas colas del mirlo. Entonces se detuvo. «Es la evaluación de Florina», se recordó, reprimiendo el impulso de atacar. Sabía que, con la lección de Alcotán todavía fresca, podría atraparlo con facilidad.

¿Dónde se había metido Florina? El mirlo estaba ganando la pelea con la lombriz. Echaría a volar en cualquier momento. La aprendiza entornó los ojos. Quizá debería cazarlo ella, sólo para no perderlo, así que comenzó a balancear las ancas, lista para saltar.

De pronto, un rayo de pelaje tricolor voló hacia el pájaro, y Zarpa Espinela se quedó paralizada. Florina se abalanzó sobre el mirlo con las zarpas extendidas y, aunque tocó tierra con las patas traseras un poco demasiado pronto, logró inmovilizar a su presa con las delanteras. No había sido un movimiento muy elegante que digamos, pero el mirlo se debatió, batiendo las alas desesperadamente contra el suelo y esparciendo pinaza por todas partes, mientras Florina recuperaba el equilibrio lo suficiente para lanzarle una dentellada mortal.

Alcotán se habría mofado de aquella captura tan torpe. Por un instante, Zarpa Espinela notó en la lengua el olor de la noche, rememorando una vívida imagen del guerrero y el almizcle del Bosque Oscuro que desprendía su pelaje.

¿Era un miembro del Clan Estelar? ¿Había acudido expresamente para enseñarle cosas nuevas a ella?

«¡A Zarpa de Tórtola nunca la ha visitado el Clan Estelar! —La joven atigrada sintió un cosquilleo de satisfacción—. Me lo habría contado.»

La lluvia comenzó a caer sobre el dosel vegetal de lo alto cuando Espinardo y Manto Polvoroso aparecieron. El atigrado marrón llevaba la ardilla de Zarpa

Espinela y la dejó en el suelo antes de señalar al mirlo.

—Buena caza.

Espinardo se encogió de hombros.

—Diga lo que diga Estrella de Fuego, yo no le veo sentido a lo de cazar por parejas. Florina habría atrapado a ese mirlo aunque Zarpa Espinela hubiera estado cazando sus propias presas en otro sitio. —Soltó un bufido—. A mí me parece un desperdicio de guerreros.

Alzó la vista cuando la lluvia comenzó a arreciar y a colarse entre las ramas, y justo en ese momento una gota le cayó en la nariz, provocándole un estornudo.

—Vamos —maulló, negando con la cabeza—. Creo que ya hemos visto bastante. Regresemos al campamento antes de que empiece a diluviar.

Florina sacudió la cola.

—Pero ¡yo sólo he cazado un pájaro!

La lluvia comenzó a caer intensamente entre los árboles, y las agujas de pino empezaron a rebotar en el suelo del bosque.

—Ya hemos visto bastante —repitió Espinardo, y, señalando la ardilla con la cola, añadió—: Puedes llevar tú misma la pieza que has cobrado, Zarpa Espinela.

Complacida con la idea de entrar en el campamento con semejante presa, la joven aprendiza agarró la ardilla con los dientes y echó a andar entre los árboles.

Para cuando llegaron a la barrera de espinos, el bosque ya estaba chorreando. Zarpa Espinela apenas podía ver a sus compañeros de clan a través de la cortina de lluvia. Las zarpas se le pegaban al barro, y las huellas que iba dejando se llenaban de agua inmediatamente. Después de tantas lunas de sequía, los veteranos no se quejarían más: había agua suficiente para abastecer el lago aunque se secaran todos los arroyos.

Florina adelantó a Zarpa Espinela, apretando el paso para entrar la primera en el campamento, pero tropezó con una de las alas del mirlo.

—¡Cagarrutas de zorro! —masculló con la boca llena de plumas—. ¡Un maldito pájaro, y tú tenías que cazar una ardilla precisamente hoy! —Miró ceñuda a su compañera—. Si suspendo la evaluación, será culpa tuya.

Dicho eso, desapareció por el túnel, dejando a Zarpa Espinela totalmente desconcertada. Al principio de la jornada, Florina se quejaba de que ella no le sería de gran ayuda. Ahora se enfadaba porque la había ayudado demasiado.

Zarpa Espinela arrastró la ardilla por el túnel de espinos, y Candeal y Mili corrieron a recibir a las dos aprendizas.

—¡Sois las primeras en regresar! —maulló Mili.

A Candeal le brillaron los ojos de orgullo al ver la ardilla que colgaba de la boca de su hija.

—¡Bien hecho, Zarpa Espinela!

Mili miró el mirlo de Florina.

—Es evidente que formáis un buen equipo.

«¡Sí, claro!», pensó Zarpa Espinela, levantando la cabeza para que la ardilla no se llenara de barro mientras la llevaba al montón de la carne fresca.

Zarpa de Tórtola salió de la guarida de los aprendices y se encorvó al instante bajo la intensa lluvia.

—¡Menuda pieza! —exclamó—. ¡Es casi tan grande como tú!

—Gracias.

Zarpa Espinela sintió una oleada de orgullo al dejar la ardilla junto al mirlo de Florina. Quería explicarle a su hermana lo de Alcotán, pero había demasiados gatos alrededor. Mili y Látigo Gris estaban con Florina, preguntándole cómo había ido la evaluación, y Espinardo y Manto Polvoroso se habían resguardado debajo de la Cornisa Alta y estaban hablando con Estrella de Fuego.

—Ven conmigo.

Zarpa Espinela le hizo una señal con la cola antes de ir hacia el túnel de espinos.

—¿Por qué? —Su hermana la siguió, desconcertada—. ¿Ha pasado algo?

«¡Ya verás cuando le diga que un guerrero del Clan Estelar me ha enseñado a cazar!» Zarpa Espinela estaba entusiasmada. Salió por el túnel y esperó en el claro, golpeando el suelo embarrado con impaciencia hasta que su hermana la alcanzó, con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué ocurre?

La joven atigrada miró a su alrededor para asegurarse de que nadie podía oírlas.

—Ha venido a verme un gato del Clan Estelar —susurró.

—¿Qué? ¿Cuándo? —Zarpa de Tórtola parpadeaba constantemente para librarse del agua.

—¡En sueños! ¡Me ha enseñado a cazar!

—Cuéntame más —le pidió, inclinándose hacia ella.

De repente, Zarpa Espinela se sintió cohibida. ¿Su hermana la creía o se estaba burlando de ella? A lo mejor sólo había tenido un sueño común y corriente.

—Ese gato... —Buscó las palabras adecuadas—. Me ha enseñado nuevos movimientos de caza...

Su hermana la miraba ahora sin pestañear.

—¿Quién era?

—Me dijo que se llamaba...

La vegetación se estremeció.

—¿Qué estáis haciendo aquí fuera?

Centella surgió de pronto entre una mata de helechos, resollando. Era evidente que estaba corriendo para cobijarse en la hondonada.

—¡Os vais a poner enfermas! —gritó, y las rodeó, empujándolas hacia el túnel de espinos—. ¡Adentro, las dos! ¿Qué diría Candeal? ¿O Glayo? ¡No queremos empezar la estación sin hojas con la guarida del curandero llena de aprendices acatarrados!

Echando chispas de frustración, Zarpa Espinela se dejó guiar hasta el campamento. Con la esperanza de que la guarida de los aprendices estuviese vacía, fue hacia allí tras hacerle una señal a su hermana. Ésta la siguió al interior de la guarida y se sacudió el agua de lluvia del pelo.

Zarpa Espinela comenzó a explicarle lo de Alcotán.

—Era un guerrero…

—¡Zarpa de Tórtola! —llamó Leonado desde el otro lado de la barrera de espinos.

Zarpa Espinela desenvainó las garras. «¿Es que no puede esperar?»

—Lo siento —dijo su hermana, mirándola pesarosa mientras acudía a la llamada de su mentor.

Zarpa Espinela arrancó un puñado de frondas de su lecho y lo echó a un lado. ¡Zarpa de Tórtola siempre estaba saliendo disparada a hablar con guerreros! ¿Es que ella no le importaba nada? ¿Y desde cuándo los gatos con menos experiencia dirigían el clan? ¿Acaso Leonado no sabía estar ni un solo instante sin su preciosa aprendiza?

El tejo se estremeció con la llegada de Florina, Gabardeta y Abejorro, que entraron saltando y esparciendo gotas de lluvia.

—¡Hemos superado la evaluación! ¡Hemos superado la evaluación!

—¡Genial! —Zarpa Espinela se dejó caer en su lecho—. ¡Felicidades!

Cerró los ojos y bloqueó los maullidos de emoción de sus compañeros de guarida, que no paraban de felicitarse unos a otros. Si se dormía, quizá Alcotán le enseñara alguna técnica de caza más, hasta que ella fuese no sólo tan buena como su hermana… sino mucho mejor. Tal vez así el clan empezara a prestarle más atención.



11

La lluvia goteaba en la boca de la guarida de Estrella de Fuego. Glayo entró acompañado de una rociada de gotas, y Leonado se arrimó más a Zarpa de Tórtola para dejarle sitio.

—¿Alguna novedad? —preguntó el líder, mirando inquieto hacia la entrada, como si temiera que alguien fuera a molestarlos.

Leonado, Glayo y Zarpa de Tórtola negaron con la cabeza.

—Ni una palabra del Clan Estelar —respondió el curandero.

—Tampoco hay más rastros del Clan de la Sombra en nuestro lado de la frontera —informó el guerrero.

El líder del Clan del Trueno miró a la aprendiza gris.

—¿Y tú, Zarpa de Tórtola? ¿Has percibido algo?

La aprendiza clavó la vista en el suelo.

—No —musitó.

Leonado supuso que la incomodaba que la utilizaran como espía. Daba la impresión de que, mientras que Glayo siempre disfrutaba de poder colarse en secreto en la mente de otros gatos, Zarpa de Tórtola no parecía acostumbrarse a seguir sus sentidos más allá de lo que podría hacerlo cualquier gato obedeciendo órdenes.

«¡Pues será mejor que se vaya acostumbrando!», se dijo Leonado. A la aprendiza le habían concedido aquel poder por una razón.

—El Clan de la Sombra trama algo —los avisó Estrella de Fuego—. Las incursiones fronterizas ya son bastante malas, pero mentir al respecto es de lo

más rastrero, incluso para ellos.

—Siempre han sido muy mezquinos —le recordó Leonado.

—Debemos estar más atentos que nunca.

—¿Aumentamos las patrullas fronterizas? —sugirió Glayo.

El líder negó con la cabeza.

—Lo verían como una provocación.

En el claro, el aguacero que había oscurecido el campamento durante toda la mañana estaba amainando y la luz del sol comenzaba a colarse de refilón en la hondonada. Pero ahora el vendaval que se había llevado las nubes rugía por todo el bosque, azotaba las guaridas y aullaba en la entrada de la cueva.

Leonado reparó en que Zarpa de Tórtola se ponía tensa.

—Sólo es el viento —le susurró.

Ella negó con la cabeza, con las pupilas dilatadas.

—Hay algo más.

El guerrero se le acercó. Había reconocido la expresión ausente de su aprendiza.

—¿De qué se trata?

—Una especie de crujido. —Sus ojos centellearon de miedo—. Raíces. —Se le aceleró la respiración—. Raíces arrancadas. —Miró a su mentor—. ¡Va a caer un árbol! ¡Uno de lo alto de la hondonada! —Su maullido resonó por toda la cueva—. ¡Desalojad el campamento!

Estrella de Fuego se puso en pie de inmediato.

—¿Crees que está ocurriendo de verdad? —le preguntó a Leonado.

—Está ocurriendo de verdad.

El guerrero no tenía la menor duda de que Zarpa de Tórtola estaba describiendo algo real.

—Hay que sacar a todo el mundo de aquí —ordenó, salió disparado de la cueva y bajó por las rocas desprendidas en tres saltos—. ¡Abandonad el campamento! ¡Todos! —bramó.

El viento aullaba a su alrededor, ahogando casi sus palabras.

Varios rostros asomaron por las entradas de las guaridas. Manto Polvoroso y Centella, que estaban escogiendo algo para comer del montón de la carne fresca, se volvieron en redondo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el guerrero, alarmado.

—¡Va a caer un árbol! —gritó Leonado, levantando la vista hacia lo alto de la hondonada para intentar localizar el árbol que estaba perdiendo agarre en el suelo empapado por la lluvia.

Pero todo el bosque se sacudía bajo el vendaval, era imposible saber cuál

estaba a punto de precipitarse sobre el campamento.

—¡Desalojad las guaridas!

Zarzoso salió derrapando de la guarida de los guerreros justo cuando Estrella de Fuego bajaba de la Cornisa Alta.

—¡Ya lo habéis oído! —aulló el líder—. ¡Todo el mundo fuera del campamento!

El lugarteniente del Clan del Trueno se fue directo a la maternidad.

—¡Guarida de los aprendices! —le ordenó Estrella de Fuego a Manto Polvoroso, y luego se volvió hacia Centella—: ¡Guarida de los veteranos!

Glayo apareció corriendo.

—La guarida del curandero está vacía.

—¡Verifícalo! —exclamó el líder—. Y tú revisa la guarida de los guerreros —le dijo a Leonado—. Yo me ocuparé del resto del campamento.

Y echó a correr mientras los guerreros comenzaban a salir.

Leonado se abrió paso entre Espinardo, Raposo y Tordo, que, en su precipitación por escapar, estaban ensanchando la entrada. En cuanto consiguió pasar, comenzó a inspeccionar frenéticamente el oscuro interior del zarzal.

—¡Date prisa! —le espetó a Nimbo Blanco, que estaba desperezándose en su lecho.

El guerrero lo miró soñoliento.

—¿Qué pasa?

—¡Fuera de aquí! —le ordenó Leonado—. ¡Tenemos que salir todos del campamento!

Antes de marcharse, Leonado comprobó que los lechos estuvieran vacíos. El clan se apiñaba en la entrada del túnel, junto a la barrera de espinos.

Zarzoso tiraba de Fronda para sacarla de la maternidad, y Dalia los seguía. Luego, el lugarteniente del clan volvió a entrar haciendo temblar las zarzas y un instante después reapareció.

—¡Maternidad despejada! —anunció.

Rosella corría ya hacia el túnel con Jerbillo colgando de la boca. Grosellita estaba despatarrada en el suelo, gimiendo y con los ojos empañados de pavor. Dalia la agarró por el pescuezo y siguió a Rosella.

—¡La guarida de los aprendices está despejada! —El alarido de Manto Polvoroso resonó por todo el claro.

—¡La guarida de los guerreros está vacía! —exclamó Leonado.

—¡No hay nadie en la guarida del curandero! —confirmó Glayo, con el pelo lleno de pinchos de la cortina de zarzas.

Estrella de Fuego apareció por detrás de la maternidad.

—¡Perímetro despejado!

Entonces corrió hacia Zarzoso, que estaba guiando a sus compañeros de clan por el túnel de espinos.

—¡Más despacio, no os precipitéis! —ordenó cuando Fronde Dorado tropezó con Rosada, que había resbalado.

Leonado miró hacia la guarida de los veteranos. Centella aún no había informado desde allí.

Puma estaba arañando el suelo en la entrada de la guarida, nervioso.

—¡Daos prisa! —bufó a través de la madreselva.

«¿Por qué se están demorando?»

—¡Zarpa de Tórtola!

Leonado vio que su aprendiza estaba dando vueltas por el claro, mirando hacia lo alto de la hondonada.

—¿Qué árbol es? —le preguntó.

—¡No lo sé! —respondió ella, aterrorizada—. Oigo las raíces resbalando por el suelo. Es por la lluvia. ¡Ha llovido demasiado! ¡Las raíces han perdido agarre!

Zarpa Espinela se detuvo junto a la roca partida y se quedó mirando a su hermana, desconcertada.

—¡Sal del campamento! —le gritó.

—¡No puedo hasta que esté segura!

Zarpa Espinela parpadeó.

—¿Segura de qué?

—¡De cuál está cayendo!

—En el nombre del Clan Estelar, ¿para qué necesitas saber eso?

Leonado sacudió la cola.

—¡Da igual cuál sea! —gritó—. ¡Salid del campamento! ¡Las dos!

Mientras las dos aprendizas echaban a correr, Leonado se volvió de nuevo hacia la guarida de los veteranos. Seguía sin haber rastro de Rabo Largo, Musaraña y Centella. Salió disparado hacia allí, pasó junto a Puma y entró.

—¿Qué pasa aquí? —quiso saber.

Centella estaba mirando a Musaraña, presa del pánico.

La anciana miraba a la guerrera con indignación.

—Si abandono mi lecho, ¡se mojará todo el musgo! —espetó la vieja gata, malhumorada.

Rabo Largo hundía el hocico en el costado de su compañera de guarida.

—¡Levántate de una vez! —maulló alarmado—. Tendremos musgo seco cuando volvamos.

—Y dónde vamos a encontrar musgo seco, ¿eh? —replicó la anciana—. ¡Lleva

lloviendo toda esta luna!

Leonado sintió una oleada de furia.

—¡Fuera de aquí! —bramó.

Su orden restalló como la madera al partirse, y Musaraña se incorporó de un salto, mirándolo conmocionada.

—¡Fuera! —repitió el guerrero, desenvainando las garras.

¡No iba a permitir que aquella vieja obstinada muriese por conservar el lecho seco!

Centella puso los ojos en blanco, agradecida, cuando la veterana se dirigió hacia la salida. Luego guió a Rabo Largo, y todos salieron al claro.

Leonado corrió tras ellos. Aparte de los veteranos que cruzaban el claro renqueando, el campamento estaba vacío. El guerrero miró hacia lo alto de la hondonada, preguntándose de nuevo qué árbol estaría a punto de caer y deseando que Zarpa de Tórtola hubiese exagerado, aunque sentía en las entrañas que su aprendiza estaba en lo cierto.

Mientras Centella y Puma conducían a Rabo Largo y Musaraña por el túnel, Estrella de Fuego y Zarzoso volvieron a entrar apresuradamente. Zarpa de Tórtola se coló tras ellos con el pelo erizado.

—¿El campamento está desalojado? —quiso saber el líder.

Leonado asintió.

Zarzoso corrió a asomarse a todas las guaridas.

Zarpa de Tórtola plantó las orejas.

—No queda nadie —anunció.

—En ese caso, salgamos ahora mismo —ordenó Estrella de Fuego—. Vamos a reunirnos con el clan. Están todos cobijados en el barranco que hay de camino al lago. —Miró a Zarpa de Tórtola—. ¿Estás segura de que allí estarán a salvo?

La aprendiza estaba mirando por encima de la Cornisa Alta.

—¡Está cayendo! —exclamó en un susurro.

«Sabe qué árbol es.» Leonado siguió su mirada hasta una haya alta que aún conservaba casi todas las hojas. Entonces pudo ver el peligro con claridad: el viento no dejaba de tirar de las pesadas ramas del árbol, que había comenzado a deslizarse por la tierra y a acercarse al borde de la hondonada.

—¡Vamos! —ordenó Estrella de Fuego.

El líder empujó a Zarpa de Tórtola hacia la entrada. Leonado cruzó el claro a la carrera y siguió a su aprendiza, con Zarzoso y Estrella de Fuego a la zaga. El joven guerrero entrevió el pelaje de sus compañeros de clan entre los árboles, apretujados en el barranco que había a poca distancia de la hondonada. Entonces vio a Musaraña, que iba a trompicones hacia él. La veterana pretendía volver a

entrar en el campamento.

Rabo Largo se plantó ante ella.

—¡Olvídate de ese ratón! Podemos cazar otro —maulló.

—¡No pienso desperdiciar una presa! —gruñó la anciana—. ¡Es un insulto al Clan Estelar!

—¡Entonces iré yo a por él!

Antes de que Leonado pudiera detenerlo, Rabo Largo desapareció por el túnel de espinos.

Gabardeta siguió al veterano, gritando:

—¡Vuelve! ¡No es seguro!

Leonado dio media vuelta y salió disparado tras Rabo Largo y Gabardeta.

—¡El árbol está a punto de caer! —chilló, y atravesó el túnel de espinos justo a tiempo de ver cómo los dos desaparecían en la guarida de los veteranos—. ¡Salid de ahí!

Su alarido quedó ahogado por un rugido descomunal procedente de lo alto de la hondonada. Con un chasquido ensordecedor, el haya se desplomó por el borde y comenzó a caer por la pared rocosa. Sus ramas arañaron los muros como garras, regando el campamento con una lluvia de piedras afiladas. Leonado se encogió contra la barrera de espinos, rodeado por las esquirlas de roca que volaban por todas partes. Sintió que el pulso se le desbocaba cuando el claro desapareció ante él bajo una tormenta de ramas furiosas. Pegó las orejas a la cabeza para protegerse de las astillas y, paralizado por el horror, vio cómo la guarida de los veteranos era aplastada por una maraña de ramas.

Notó que alguien temblaba a su lado. Zarpa de Tórtola, boquiabierta, con los ojos casi fuera de las órbitas.

—Gabardeta... —susurró la joven con la voz estrangulada.

Leonado corrió hacia la guarida, se deslizó por el revoltijo de ramas y trepó por la madera partida. Apenas logró ver la madreselva debajo del haya. El árbol estaba medio apoyado en el extremo más lejano de la hondonada, y sus raíces embarradas se curvaban como garras alrededor de la maternidad. La mitad de la guarida de los guerreros había desaparecido, y algunas de las ramas taponaban la entrada de la guarida del curandero.

—¡Espera!

Leonado se detuvo al oír el alarido de Estrella de Fuego. Se volvió, manteniendo el equilibrio sobre la punta de una rama rota.

El líder del Clan del Trueno estaba trepando tras él, seguido por Zarpa de Tórtola, a la que le temblaban las patas.

—¿Puedes oír algo? —le preguntó Estrella de Fuego a Leonado.

—No —respondió él, mirando a su aprendiza.

Ella negó con la cabeza.

—Nada.

—Pero podrían estar vivos...

El líder lo adelantó y comenzó a retorcerse entre las hojas doradas, buscando lo que quedaba de la guarida. El guerrero lo siguió, haciendo muecas cuando la madera astillada le arañaba la piel.

El árbol crujió.

—¡No es seguro! —chilló Zarpa de Tórtola a sus espaldas.

Leonado notó que el haya se movía a su alrededor.

—¡Está acabando de resbalar, sigue cayendo...! —los avisó la aprendiza.

—Veo a alguien —anunció Estrella de Fuego desde el interior del caótico revoltijo de hojas.

Leonado se internó más entre las ramas retorcidas, sintiendo una oleada de esperanza al ver un zarcillo de madreselva delante del hocico.

—¿Quién es?

—No sabría decirlo. Pero creo que se está moviendo.

—¡El árbol se está deslizando de nuevo! —gritó Zarpa de Tórtola—. ¡Salid de ahí!

Con un crujido áspero, el haya comenzó a descender por el muro de la hondonada.

—¡Fuera! —ordenó Estrella de Fuego bruscamente.

Leonado vaciló. ¡No podía abandonar a sus compañeros de clan! Soltó un chillido cuando unos dientes se cerraron sobre su cola.

—¡Se está hundiendo!

Zarpa de Tórtola tiró de él mientras el árbol se estremecía bajo sus patas. Estrella de Fuego estaba saliendo también.

—¡Saltad! —aulló la aprendiza.

Los tres se lanzaron a un espacio despejado junto a la guarida de los aprendices. Tras ellos, el haya lanzó un chirrido sordo y terminó de caer, arqueando las ramas mientras se derrumbaba al pie del muro rocoso.

Zarpa de Tórtola soltó un gemido.

Leonado entornó los ojos, tratando de ver la guarida de los veteranos. Zarcillos de madreselva temblaban entre las ramas. Aún cabía la posibilidad de que parte de la guarida no hubiese sido aplastada.

—¿Estrella de Fuego?

Zarzoso se dirigía hacia ellos a través del desastre.

Entonces, Leonado vio que los demás miembros del clan, aterrados, estaban

volviendo a entrar en el campamento. Irrumpieron por la barrera de espinos hasta dejarla tan maltrecha y destrozada como el resto de su hogar.

—¡Alto! —bramó Estrella de Fuego.

Se detuvieron en el acto, contemplando las ruinas. Hojarasca Acuática cerró los ojos, como si estuviera dirigiéndose al Clan Estelar.

—¿Dónde está el campamento? —maulló Grosellita.

Dalia se inclinó a consolarla, mientras Rosella miraba demudada el árbol caído.

—Ya no está —dijo sin aliento.

—Sigue estando aquí —gruñó Estrella de Fuego—. Sólo debemos mantener la calma.

—¿Dónde está Rabo Largo? —preguntó Puma con voz temblorosa.

—¿Y Gabardeta? —A Mili se le quebró la voz.

—¡Voy a encontrarlos! —prometió Leonado, preparándose para abrirse camino por las ramas aplastadas.

Si pensaba en el árbol como en un enemigo en la batalla, ¿evitaría salir herido?

Estrella de Fuego se volvió hacia su lugarteniente.

—Zarzoso, que una patrulla despeje el paso hasta la guarida de los veteranos, y quiero al resto del clan fuera de la hondonada y atendido.

El lugarteniente examinó el árbol.

—Tendremos que apartar las ramas que podamos mover y apuntalar las que sean demasiado grandes. —Se volvió hacia Manto Polvoroso—. ¿Cuántos guerreros necesitarás?

El atigrado entornó los ojos.

—Cuatro —maulló finalmente—. Si fueran más, se estorbarían unos a otros.

Leonado recordó cómo habían destruido el dique.

—Podríamos usar leños como palanca para mover las ramas más pesadas —propuso.

Esquiruela dio un paso adelante.

—Organizaré un equipo para ir a buscar leños y puntales. —Miró a sus compañeros de clan—. Mili, Fronde Dorado, Betulón y Espinardo, podéis ayudarme vosotros.

—Acedera, Látigo Gris, Nimbo Blanco y Bayo. —Manto Polvoroso les hizo una señal—. Venid conmigo.

Leonado se puso tenso al oír un tenue maullido procedente de la desaparecida guarida de los veteranos.

—No cabe duda de que ahí dentro todavía hay alguien vivo.

Estrella de Fuego asintió.

—Entonces, no hay tiempo que perder. —El líder señaló a Candeal con la cola—. Llévate a todos los demás de vuelta al barranco. Glayo, haz todo lo posible por atender a los gatos que estén más conmocionados. Dalia, te pongo a cargo de los veteranos, las reinas y los cachorros. Que estén tranquilos. —Le hizo un gesto a Zarzoso—. Tú coordinarás el trabajo de Manto Polvoroso y Esquiruela, ¿de acuerdo?

Musaraña se paseaba arriba y abajo, maullando desde lo más profundo de su garganta.

—¡Esto es culpa mía! Debería ser yo la que estuviera enterrada ahí debajo, no Rabo Largo.

Puma daba vueltas a su alrededor, alejándola de las espinas.

—Lo encontrarán, Musaraña —le prometió.

Zarpa de Tórtola temblaba del hocico a la punta de la cola.

—¿Por qué no lo he oído antes? ¡Podría haber impedido todo esto!

Estrella de Fuego miró a la aprendiza, que parecía horrorizada, y llamó a Candeal.

—Llévate contigo a Zarpa de Tórtola y asegúrate de que esté bien.

La guerrera blanca se llevó con cuidado a su hija fuera del campamento.

A Leonado le latía la sangre en los oídos. Deseaba abalanzarse entre la maraña de ramas y sacar a rastras a Rabo Largo y Gabardeta. Pero ¿cómo iba a hacerlo? Aunque consiguiera encontrarlos, ¿cómo los iba a sacar entre las ramas astilladas sin hacerles daño?

Manto Polvoroso ya estaba inspeccionando el haya. Tras elevarse sobre las patas traseras, el atigrado partió la primera rama para ir abriendo camino. Esquiruela corrió junto a él para ayudarlo a agarrarla.

—Podemos usarla como puntal.

El guerrero se internó más en el árbol, arqueando el lomo para elevar lo suficiente otra rama, de modo que Esquiruela pudiera apuntalarla con la que acababa de recoger.

—¡Gabardeta! —aulló Mili, metiendo la cabeza por el hueco—. ¿Rabo Largo?

Acedera y Espinardo la obligaron a retirarse para seguir a Manto Polvoroso, partiendo ramitas cuando podían y llevándose las que estaban rotas para quitarlas de en medio. Látigo Gris fue tras ellos, dejándose las uñas al arañar la enmarañada madera del haya.

—¡Gabardeta!

Fronde Dorado empujó un leño por debajo de una pesada rama, y mientras Betulón y Nimbo Blanco hacían palanca con una cuña de madera larga, colocó el

leño a modo de puntal. El árbol crujió, pero permaneció quieto. Estaban haciendo progresos.

—¿Rabo Largo? ¿Me oyes?

Leonado miró por el túnel que estaban empezando a formar. No hubo respuesta.

Unos zarcillos de madreselva se estremecían burlones más allá del revoltijo de ramas que seguían impidiendo el paso. Leonado se volvió al notar la presencia de su hermano. Glayo lo miraba con un brillo de inquietud en sus ciegos ojos azules.

—Necesito llegar a mi guarida —maulló el curandero—, pero las ramas bloquean la entrada. Rosella está conmocionada y Ratonero está muy nervioso. Además, si sacáis con vida a Rabo Largo y Gabardeta, tendré que tratarles las heridas.

—¿No puedes recolectar hierbas frescas? —sugirió Leonado.

—¡Estamos en la estación de la caída de la hoja! —replicó Glayo con ojos llameantes—. ¡No hay hierbas frescas!

Estrella de Fuego, que estaba ayudando a Manto Polvoroso a empujar un leño, se volvió hacia el curandero.

—Pídeselo a Rosada. Es tan delgada como su padre.

Eso era cierto. Tenía el cuerpo tan esbelto como Zancudo.

—Quizá pueda encontrar un modo de acceder a tu guarida —le sugirió, lanzando una mirada a las ramas que taponaban la entrada—. Es un desastre, pero tal vez haya huecos suficientes.

Glayo dio media vuelta y se alejó a toda prisa.

—¡Leonado!

Esquiruela estaba intentando usar una horcadura como cuña. El guerrero la ayudó a empujar. El árbol pareció suspirar cuando encajaron la rama debajo del tronco.

—Ya estamos casi en la guarida de los veteranos —anunció Manto Polvoroso; tenía el pelaje moteado de astillas y le sangraban las zarpas.

Leonado se agazapó en el túnel y clavó la mirada en el último par de ramas que entorpecía el paso.

—Puedo meterme por ahí.

—Hazlo —le ordenó Estrella de Fuego—. Mientras estás dentro, nosotros apartaremos las ramas para que puedas sacar a Rabo Largo y Gabardeta.

Mili y Látigo Gris permanecían juntos, presenciando la operación de rescate en la aplastada madreselva. Su hija estaba en algún sitio en medio de aquel caos.

—Por favor, Clan Estelar —susurró Mili—, que Gabardeta esté bien.

—Lo estará —le prometió Estrella de Fuego, lanzándole una mirada sombría.

Glayo regresó con Rosada. Al pasar junto a Mili y Látigo Gris, el curandero se puso tan tenso como si hubiera pisado una espina. Leonado se dio cuenta. «Glayo puede percibir el dolor de Mili», pensó.

Rosada comenzó a inspeccionar las ramas partidas que taponaban la guarida del curandero.

—Podría colarme por ahí —anunció, y retorciéndose entre la madera astillada, gruñendo un poco, desapareció tras las hojas doradas—. ¿Qué quieres que saque? —le preguntó a Glayo.

Mientras el curandero le describía a la guerrera las hierbas que iba a necesitar, Leonado avanzó por el túnel y se internó hacia lo que quedaba del arbusto de madreselva. Le martilleó el corazón al notar en el pelaje las miradas de preocupación de Látigo Gris y su compañera. ¿Y si sólo encontraba cadáveres? Rechazó esa idea y empujó las dos ramas que quedaban. La corteza le magulló la piel al colarse a la fuerza entre ellas, pero se sintió esperanzado cuando pisó los zarcillos blandos de la madreselva. Internándose en la parte derruida, llegó a los restos de la guarida de los veteranos.

Ante él se abría un espacio pequeño. Sólo quedaba el lecho de Musaraña; los otros estaban sepultados bajo ramas destrozadas.

Y entonces vio el cuerpo.

Retorcido. Desmadejado. Inerte.

Mientras lo contemplaba, bloqueado por el dolor, Manto Polvoroso apareció a su lado.

—Hemos retirado las dos últimas ramas —le informó el atigrado, pero enmudeció al ver el cadáver—. Rabo Largo. —El nombre se le atascó en la garganta.

Con una sensación extraña de asfixia, Leonado tomó el cuerpo del veterano por el pescuezo y lo sacó a rastras de la guarida devastada. El viejo gato era tan ligero como una ardilla. El guerrero cargó con él a lo largo del túnel y al salir lo depositó en el suelo.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza mientras Látigo Gris se apretaba contra Mili.

—¿Has visto a Gabardeta? —le preguntó el guerrero gris a Leonado.

Justo cuando el joven guerrero negaba con la cabeza, Manto Polvoroso aulló desde el interior de la guarida:

—¡Está viva! ¡Rápido!

Leonado regresó a toda prisa, con Látigo Gris pisándole los talones. Mientras recorrían el túnel improvisado, un crujido siniestro restalló en el aire. Un puntal se partió junto a ellos, disparando astillas en todas direcciones. Un instante

después, el árbol se estremeció de nuevo al romperse otra cuña.

—¡No va a aguantar! —aulló Mili a sus espaldas, aterrorizada.

Ignorándola por completo, Leonado volvió a entrar en lo que quedaba de la guarida de los veteranos, con Látigo Gris siguiéndolo de cerca. Manto Polvoroso estaba agachado en el lecho de Musaraña, tanteando una rama con el hocico allí donde el tronco del árbol había convertido la madreselva en un amasijo de zarcillos. Cuando Leonado se situó junto al atigrado, vio a Gabardeta mirándolo con la cara crispada.

—No puedo moverme —maulló la aprendiza con la voz entrecortada.

Tenía las patas traseras atrapadas, y chilló de dolor cuando el árbol se estremeció de nuevo.

Leonado se puso tenso al oír que otro puntal se resquebrajaba tras ellos.

—¡Tenemos que sacarla de inmediato!

—¡¿Cómo?! —exclamó Manto Polvoroso—. Los puntales están cediendo, y Gabardeta está atrapada.

—¡Yo la sacaré! —dijo Látigo Gris, y la agarró por el pescuezo.

Cuando la aprendiza aulló de pánico y dolor, Leonado apartó al guerrero de un empujón.

—Vas a matarla —le advirtió.

Y sin pararse a pensarlo, apretó el lomo contra una rama gruesa que atravesaba la guarida. Clavando las patas en el suelo con firmeza, arqueó la columna, obligando a su cuerpo a elevarse hasta que notó todo el peso del árbol. Las ramas se estremecieron, crujieron y comenzaron a alzarse levemente.

—Lo... lo estás moviendo —susurró Manto Polvoroso.

—¡Tirad ahora de Gabardeta! —resolló Leonado al notar que el haya se movía un bigote más.

Látigo Gris se inclinó hacia delante y aferró a su hija por el pescuezo.

—¡Con delicadeza! —lo avisó Leonado.

El peso que estaba soportando era atroz, pero no iba a dejar morir a su compañera de clan.

Fuera de la guarida, la madera se astillaba entre chasquidos.

—¡Los puntales están cediendo! —chilló Mili de nuevo.

Poco a poco, con cuidado, Látigo Gris sacó a Gabardeta de debajo de la rama.

—La tengo —masculló.

Gabardeta gimió cuando su padre se la llevó a rastras.

Manto Polvoroso se quedó mirando mientras los dos desaparecían por el túnel.

Leonado sentía que le ardían los pulmones al respirar. Además, empezaban a temblarle las patas.

—¡Ya están a salvo! —anunció Manto Polvoroso.

—¡Vete tú también! —bramó Leonado.

El guerrero echó a correr entre las ramas mientras el haya gemía y la madera se partía por encima de él.

Con un último empujón, Leonado se agachó de golpe y salió disparado siguiendo a su compañero. El árbol empezó a desmoronarse a su alrededor, pero el joven guerrero consiguió alcanzar el claro justo antes de que fallara el último puntal y de que el haya se derrumbara con un temblor brusco. Las raíces chocaron contra la maternidad, y, con un sonoro crujido, las ramas cayeron al suelo como cadáveres.

A Leonado se le nubló la vista mientras luchaba por recuperar el aliento. Aún le temblaban las patas, pero se negó a permitir que le fallaran. Esperó, dejando que la fuerza se recompusiera en su interior y se extendiera por sus extremidades. Luego se estiró parpadeando y finalmente dejó de verlo todo negro.

Alguien le acarició el lomo con la cola.

—Bien hecho, Leonado.

Estrella de Fuego estaba a su lado. Látigo Gris y Mili se inclinaban sobre Gabardeta. Glayo tomó un puñado de hojas del montón que le había pasado Rosada entre las ramas. Luego las dejó junto al cuerpo desmadejado de la aprendiza y comenzó a olfatearla.

—¿Se pondrá bien? —quiso saber Mili con la voz rota.

La joven respiraba entrecortadamente y tenía los ojos vidriosos.

—No creo que pueda vernos —se lamentó Látigo Gris.

—¡Quitaos de en medio!

Glayo rodeó a Gabardeta, olisqueándola ceñudo.

—¿Rabo Largo? —preguntó una voz temblorosa; era Candeal.

Leonado se dio la vuelta. El clan estaba volviendo a entrar con cautela en la hondonada. Avanzaban despacio, bordeando lo que quedaba del claro y olfateando los restos del campamento arrasado. Florina y Abejorro se separaron del grupo para ir corriendo hacia Látigo Gris y Mili y apretujarse contra ellos.

—¿Gabardeta se pondrá bien? —sollozó Abejorro.

Musaraña se separó a toda prisa de Candeal y comenzó a dar vueltas alrededor del cadáver de Rabo Largo.

—No, no, no, no, no —gimió desconsolada.

Puma se pegó a ella cuando la anciana gata se derrumbó en el suelo para hundir el hocico en el pelaje frío de su compañero de guarida.

Zarpa de Tórtola y Zarpa Espinela se quedaron mirando horrorizadas el cuerpo inmóvil de Gabardeta.

—¿Está muerta? —susurró Zarpa Espinela.

—No os quedéis ahí como conejos —les soltó Leonado—. Id a buscarle algo de musgo. ¡Procurad que esté cómoda!

Las hermanas se apresuraron a salir de la hondonada y se cruzaron con Hojarasca Acuática, que acababa de aparecer por el túnel y se detuvo en seco; con los ojos entornados, la antigua curandera se quedó observando a Glayo, que se afanaba sobre la aprendiza herida.

El curandero irguió la cabeza en su dirección.

—¿Qué? ¿Piensas ayudarme o no? —gruñó.

Hojarasca Acuática parpadeó, y un destello de dolor cruzó sus ojos. Luego se le endureció la mirada.

—¿Qué quieres que haga?

Se colocó junto a Glayo y olfateó a Gabardeta.

—La conmoción le está haciendo mella —informó él.

—Necesita tomillo. Prepararé una papilla.

Hojarasca Acuática tomó un bocado de hojas del montón y comenzó a mascarlas.

—No localizo la herida. —Glayo se incorporó—. No tiene ni un solo rasguño. —Parecía desconcertado.

Gabardeta parpadeó.

—No... no noto las patas traseras —tartamudeó.

Glayo le agarró una de las patas delicadamente, la levantó y la soltó. La pata cayó al suelo como una presa muerta.

—¿Está listo el tomillo? —le preguntó a Hojarasca Acuática

—Sí.

La guerrera empezó a extender la pasta alrededor de la boca de la aprendiza, que, instintivamente, la fue lamiendo.

Mili se paseaba dando vueltas a su alrededor, con los ojos empañados de tristeza.

—¿Qué le pasa? —quiso saber.

Glayo no respondió. En vez de eso, miró a Leonado.

—Consuelda, por favor —le pidió.

Leonado corrió a la entrada bloqueada de la guarida del curandero y gritó:

—¡Glayo necesita consuelda!

—Tengo montones —respondió Rosada, y empezó a pasarle varios puñados entre las ramas.

Leonado se las llevó a su hermano.

—¿Se pondrá bien? —le preguntó al oído.

—Su pulso se está estabilizando, pero sus patas… —Se interrumpió con un gruñido de frustración, y le hizo una señal a Leonado con la cola para que se apartara.

Fronda estaba intentando consolar a Látigo Gris y Mili.

—Si alguien puede salvarla es Glayo —susurró mirando al curandero, que había empezado a frotar la pata trasera de Gabardeta con una cataplasma verde —. Y además cuenta con la ayuda de Hojarasca Acuática —añadió esperanzada.

Estrella de Fuego se irguió.

—¡Manto Polvoroso, ve a comprobar si la maternidad es segura! —ordenó—. Al menos debemos garantizar que las reinas y los cachorros tengan donde cobijarse.

Miró a su alrededor: el campamento estaba medio oculto por el árbol caído.

—La guarida de los aprendices parece estar bien —continuó el líder, y les hizo una señal a Nimbo Blanco y Esquiruela—. Comprobad que sea segura y luego id a recoger relleno para los lechos. Todo el que podáis encontrar. Los veteranos, las reinas y los cachorros dormirán resguardados esta noche, pero los demás vamos a necesitar lechos.

Esquiruela asintió y formó un grupo con Bayo, Espinardo y Fronde Dorado antes de salir del campamento.

—¿Voy con ellos? —se ofreció Leonado.

Estrella de Fuego se volvió hacia él.

—Hoy ya has hecho bastante por el clan —murmuró—. Gracias. Y agradezco al Clan Estelar tenerte entre nuestros guerreros. De no ser por ti, Gabardeta habría muerto ahí dentro.

Leonado miró a la aprendiza, tendida sobre el suelo mojado. Hojarasca Acuática le estaba masajeando el pecho con firmeza, y sus ojos mostraban más concentración de la que habían mostrado en lunas.

Gabardeta abrió los ojos y se quedó contemplando a sus padres.

—¿Dónde están mis patas traseras? ¿Siguen ahí?

Mili soltó un chillido estrangulado, y a Látigo Gris se le erizó el pelo a lo largo de toda la columna. Gabardeta tenía las patas traseras estiradas hacia atrás, y parecían las mismas de siempre, fuertes y lustrosas. Pero la joven no las notaba… y si no podía notarlas, no podría ponerse en pie, andar ni correr…

Leonado sintió una oleada de tristeza y, durante unos instantes que se le hicieron insoportables, se preguntó si la alegre aprendiza también le agradecería que le hubiese salvado la vida.



12

Glayo levantó la cabeza para olfatear la brisa del alba. La savia del árbol caído le daba un matiz fresco, pero también le pareció mohoso y húmedo, por las hojas mojadas y el barro. Notó la calidez del pelaje de Mili contra el suyo. La guerrera gris estaba ovillada en torno a su hija.

Gabardeta seguía durmiendo. En la profundidad de su respiración se notaba la semilla de adormidera que el curandero le había dado por la noche. Glayo percibía el peso de las extremidades de la joven y la ausencia de sensibilidad en las patas traseras.

Dolorido por la tensión que le había provocado el desastre del día anterior, olfateó a su paciente, rozando a Mili con los bigotes al inclinarse sobre el lecho.

La guerrera alzó la cabeza.

—¿Cómo está?

—Ha superado la conmoción —respondió él.

El corazón de Gabardeta latía con firmeza bajo su pelaje húmedo.

—¿Y qué pasa con sus patas? —A Mili le tembló la voz.

—Aún no lo sé. —Glayo reprimió un gruñido; detestaba sentirse tan impotente.

En el exterior, los guerreros se movían por lo que quedaba del claro. El curandero oyó a Zarzoso dando órdenes.

—Las patrullas saldrán como de costumbre —maulló el lugarteniente—. Tenemos que cazar. Manto Polvoroso, ¿cuántos gatos necesitas para retirar los escombros?

Glayo plantó las orejas. El haya caída amortiguaba el sonido. Los maullidos de sus compañeros de clan ya no resonaban contra los muros rocosos, ahora se hundían en la masa blanda de ramas y hojas empapadas.

—Para el primer turno bastará con cuatro o cinco. —Manto Polvoroso contestó con resolución, pero Glayo percibió el dolor de sus zarpas, magulladas por el esfuerzo del día anterior—. Betulón y Fronde Dorado podrían empezar con las ramas más grandes. Rosada y Pinta podrían ayudar con las más pequeñas.

Habían abierto una senda hasta la guarida del curandero. La maternidad estaba a salvo, envuelta por las enmarañadas raíces del árbol. La guarida de los aprendices había sobrevivido intacta.

Gabardeta empezó a moverse. Cuando Glayo se agachó para olfatearle el hocico, notó que la aprendiza abría los ojos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó con dulzura.

Pero entonces captó el pánico de Mili, y le dio un toquecito con la cola para transmitirle sin palabras: «No dejes que Gabardeta huela tu miedo.»

—No lo sé —respondió la aprendiza, un tanto aturdida.

—¿Te duele algo?

—No. Sólo tengo sueño.

—Es por la semilla de adormidera.

—¿Por eso no puedo notar las patas traseras?

Glayo sintió que la mirada de Mili le abrasaba la piel. La guerrera deseaba que él dijera que sí, deseaba que ésa fuese la verdad.

Y quizá lo fuera. Quizá, una vez superado el trauma del accidente, Gabardeta pudiera ponerse en pie y andar, y sus patas traseras estuvieran bien. Al fin y al cabo, él no había detectado que tuviera ningún hueso roto. No había razón para que las patas no la sostuvieran.

—¿Es por eso? —insistió la aprendiza.

—Creo que se están recuperando del accidente un poco más despacio que el resto del cuerpo, sólo eso. Así que vamos a esperar a ver. Si el Clan Estelar lo quiere, no tardarán mucho en despertar.

Gabardeta clavó las garras en las frondas de su lecho.

—Pues espero que sea pronto. Acabo de aprobar mi evaluación. ¡Ya soy una guerrera!

Mili tragó saliva a duras penas.

—Duerme un poco más —le susurró a su hija—. Cuanto más descanses, antes recuperarás las fuerzas.

La aprendiza apoyó la cabeza en las zarpas delanteras, y al cabo de unos instantes su respiración adquirió el ritmo del sueño.

Mili siguió a Glayo fuera de la guarida del curandero.

—¿Qué le pasa a mi hija? —quiso saber en cuanto traspasaron la cortina de zarzas.

Glayo hizo una mueca al pisar una ramita atravesada en el camino a su guarida. El campamento había cambiado de forma, el árbol caído lo había distorsionado, y él tenía que recorrerlo con cuidado porque no sabía con qué iba a encontrarse aquí o allá, esperando a ponerle la zancadilla. Soltó un resoplido de frustración. Hasta el día anterior, el campamento era el único lugar por el que podía moverse con soltura y sin tener que concentrarse. Ahora le resultaba tan ajeno como el territorio del Clan del Río.

—¿Qué le pasa en las patas? —insistió Mili, mientras él se lamía la zarpa para aliviar el dolor.

Glayo se detuvo, clavando los ojos en los de la gata. Sabía que los demás prestaban más atención cuando los miraba, aunque para él no hubiese ninguna diferencia.

—No lo sé.

—Pero ¡tienes que saberlo, eres el curandero! —replicó ella con miedo y frustración.

Glayo se sintió aliviado al oír los pasos de Látigo Gris. El guerrero podría reconfortar a su pareja.

Látigo Gris se restregó contra Mili.

—¿No ha habido cambios? —preguntó con inquietud.

—Vamos a tener que esperar —le contestó el curandero—. Al menos no le duele nada.

Y echó a andar con la cabeza llena de preguntas. ¿Por qué Gabardeta no notaba las patas? Estaban magulladas, pero no rotas. Glayo frunció el ceño. Jamás se había encontrado con un caso semejante.

—¿Podemos quedarnos con ella? —le preguntó Látigo Gris.

—No le hará daño que estéis a su lado, pero necesita descansar —respondió por encima del hombro—. Es vuestra hija. Vosotros sabéis mejor que nadie cómo animarla.

A Glayo le rugió el estómago. El montón de la carne fresca olía a recién abastecido, y se dijo que pensaría mejor si antes comía algo. La noche anterior no había tenido tiempo para eso. Cuando se dirigió hacia el montón de comida, percibió el familiar olor de Leonado mezclado con el de la tierra mojada.

Escogió un campañol del montón.

—¿Has ido a enterrar a Rabo Largo? —le preguntó a su hermano.

A Glayo la pérdida de un compañero de clan no le dolía tanto como a los

demás. Él volvería a ver a Rabo Largo, liberado de su ceguera y de sus achaques, disfrutando de la calidez de los terrenos de caza del Clan Estelar, o sentado con sus viejos amigos entre las filas de los gatos estelares que visitaban la Laguna Lunar.

Pero sí lo entristecía el problema de Gabardeta. Si sus patas no recuperaban la movilidad, la joven se enfrentaría a un sufrimiento que Glayo ni siquiera era capaz de imaginar.

Leonado azotó el suelo con la cola.

—He ayudado a Puma y Musaraña. Estaban agotados después de pasar toda la noche velándolo. —Toqueteó el mirlo que había escogido—. Los he mandado a descansar a la guarida de los aprendices, pero no creo que Musaraña pueda dormir. Sigue muy alterada.

—Le llevaré una semilla de adormidera después de comer —le prometió Glayo—. ¿Zarpa de Tórtola está más tranquila?

—Un poco —respondió con un dejo de preocupación—. Debería estar orgullosa de haber salvado tantas vidas al avisarnos.

—Creo que siente más que nunca el peso de la responsabilidad de cuidar del clan.

—Es muy joven —suspiró Leonado—. Y ser una de los tres supone un gran compromiso.

Glayo asintió. Su hermano y él eran mayores, estaban más seguros de sus capacidades, y, aun así, les resultaba difícil.

—Me la llevaré a cazar con Zarpa Espinela esta mañana —decidió Leonado—. Quiero que recuerde cómo es la vida normal del clan.

—Buena idea.

Cuando Glayo se inclinó a recoger su campañol, Florina y Abejorro se le acercaron a toda prisa.

—¿Podemos ver a Gabardeta? —le preguntó Abejorro, ansioso.

—Ahora mismo está durmiendo —respondió Glayo—. Pero no veo por qué no. No le duele nada, así que la compañía es una medicina tan buena como cualquier otra.

Los dos aprendices se marcharon corriendo a la guarida del curandero, mientras Leonado se dirigía a la maltrecha barrera de espinos. Glayo se inclinó de nuevo hacia la presa que había escogido.

—¿Cómo está Gabardeta?

La voz de Hojarasca Acuática lo pilló por sorpresa. Ella era la única que podía acercarse a él silenciosamente sin que la detectara. Quizá porque su olor era demasiado familiar; demasiado parecido al suyo. Glayo desechó ese pensamiento.

—¿Por qué no vas a verlo por ti misma? —le propuso, intentando mantener el pelo liso.

—Ahora soy guerrera —le recordó ella, huraña.

Decepcionado, Glayo recogió su campañol y comenzó a alejarse.

—Yo iría a ver a Cirro.

La sugerencia de Hojarasca Acuática lo hizo frenar de golpe.

—¿En serio? —Se volvió hacia la gata—. Creía que ya no eras curandera.

—Quiero decir que, si yo fuera tú, sería lo que haría.

—Pero ¡tú no eres yo!

Hojarasca Acuática tomó aire para no perder la calma.

—Cirro se ha enfrentado a una lesión como la de Gabardeta —le explicó—: un gato con las patas aplastadas. Quizá sepa cómo ayudarla.

Glayo no respondió.

—No es que no confíe en tu criterio —añadió Hojarasca Acuática—. Es sólo lo que haría yo.

El curandero había perdido el apetito, así que soltó el campañol y se alejó. Subió hasta la guarida de Estrella de Fuego, tratando de sacarse de la cabeza todos los pensamientos que no tuvieran que ver con Gabardeta.

Tormenta de Arena estaba compartiendo lenguas con el líder del Clan del Trueno, mientras le lamía el lustroso pelaje. Se detuvo al ver entrar a Glayo.

—¿Alguna novedad? —La voz de Estrella de Fuego estaba cargada de inquietud.

El curandero negó con la cabeza.

—Quiero ir al campamento del Clan de la Sombra para hablar con Cirro. Hojarasca Acuática dice que él ya se ha enfrentado a lesiones parecidas a las de Gabardeta.

—Muy bien. —Estrella de Fuego no vaciló—. Pero llévate contigo a Esquiruela.

A Glayo se le cayó el alma a los pies.

—Puedo arreglármelas solo.

—Lo sé —coincidió el líder del clan—. Pero, si puede caer un árbol en la hondonada debido a las lluvias, puede caer otro en medio del bosque. No quiero correr el riesgo de perderte, así que prefiero que Esquiruela te acompañe.

Glayo comprendió que era inútil protestar, pero ¿por qué precisamente Esquiruela? No se le ocurría a nadie con quien le apeteciera menos viajar. Excepto Hojarasca Acuática, claro.

¿Estrella de Fuego los estaba obligando a ir juntos a propósito?

El curandero regresó al claro. El aire estaba cargado de pesadumbre; los gatos

sólo hablaban cuando era necesario.

Raposo y Nube Albina estaban arrastrando una rama por delante de la guarida de los aprendices, pero se detuvieron al ver pasar a Glayo.

—¿Cómo está Gabardeta? —le preguntó Nube Albina.

—Igual.

Algo más adelante encontró a Espinardo mordisqueando una ramita para separarla del tronco.

—¿Cómo está Gabardeta?

Glayo ni siquiera redujo el paso.

—Igual.

—¿Cómo está Gabardeta? —le preguntó Centella, interponiéndose en su camino.

—Igual —gruñó el curandero.

—Sólo te lo preguntamos porque nos importa.

La guerrera tuerta irradiaba compasión.

—No me gusta sentirme impotente —confesó él, encorvándose.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

—La verdad es que sí —respondió Glayo.

Centella estaba acostumbrada a colaborar con el curandero.

—Tengo que salir. ¿Puedes darle semillas de adormidera a Gabardeta si se queja de dolor? No más de una cada vez. No quiero embotarle los sentidos más de lo necesario.

—De acuerdo.

—Y llévale una a Musaraña en cuanto tengas ocasión —añadió—. Todavía está muy alterada.

—Vale.

Centella se dirigió a la guarida del curandero.

Antes de marcharse, Glayo quiso ir a ver cómo estaba la veterana. Entró en la guarida de los aprendices, donde Puma y Musaraña estaban acostados en unos mullidos lechos.

—Ha sido culpa mía —mascullaba la anciana gata—. Todo, culpa mía.

Puma se obligó a ronronear.

—Seguro que ahora Rabo Largo está paseando con el Clan Estelar. Cazando en un bosque exuberante, calentito y feliz.

—¿Cómo se las arreglará sin mí para guiarlo por allí? —se angustió Musaraña.

—Ojalá lo hubiera conocido más —continuó Puma—. Sé que hizo el Gran Viaje cuando ya era ciego.

—Nunca parecía cansarse. —La veterana se distrajo un momento con los

recuerdos—. Siempre era el primero en despertarse y en estar listo para ponerse en marcha. Jamás temía lo que pudiera haber por delante.

—¿Cómo era antes de perder la vista?

—¡Tenía ojos de halcón! —rememoró la gata—. Podía localizar una presa debajo de una roca a un árbol de distancia.

Glayo notó la mirada de Puma. Por primera vez, dio gracias al Clan Estelar por el viejo y parlanchín solitario.

—Cuéntame su mejor caza —le pidió Puma a Musaraña—. He oído que una vez atrapó un águila.

—Bueno, no fue un águila exactamente, aunque se enfrentó a un búho que intentaba llevarse a un cachorro.

Un poco más aliviado, Glayo salió de la guarida. Al acercarse a la barrera, oyó un susurro de ramas. Nimbo Blanco y Fronde Dorado estaban apilándolas contra los maltrechos espinos.

—¡Espera, Glayo! —Esquiruela corrió tras él—. Tormenta de Arena me ha dicho que te acompañe al campamento del Clan de la Sombra.

—Voy a hablar con Cirro.

El curandero ni siquiera se volvió a mirar a la guerrera de color rojizo antes de colarse por un agujero en la barrera.

La gata lo siguió, pero se mantuvo a unos pasos de distancia mientras se internaban en el bosque. El viento era frío: la primera promesa de la estación sin hojas. Glayo se estremeció, y luego se sobresaltó al oír que un árbol crujía a su lado. Hasta ahora, nunca había tenido en cuenta la fragilidad de los árboles. Siempre le habían parecido altos y fuertes. ¿Cómo podía haber derrotado la lluvia a uno tan imponente?

Esquiruela apretó el paso hasta situarse junto al curandero.

—No está bien temer al bosque.

—Lo que no está bien es que un árbol aplaste el campamento —gruñó él—. Pero ha pasado.

Esquiruela se separó un poco de Glayo y continuó en silencio. El curandero disfrutó de la tensión que crepitaba entre ambos, ya que eso implicaba que la guerrera mantuviese las distancias. No había estado a solas con la gata que lo había criado desde que la verdad había salido a la luz: ella no era su madre, sino la hermana de su verdadera madre, y les había mentido al respecto a sus hermanos y a él toda la vida.

—Recuerdo cuando Leonado, Carrasca y tú erais cachorros —maulló Esquiruela de repente.

Glayo se puso tenso.

—A Carrasca le cayó una hoja en la cabeza y creyó que el bosque se estaba hundiendo, así que se escondió en la maternidad y estuvo tres días sin querer salir.

«Cállate.» Glayo pegó las orejas a la cabeza.

—No podría haberos amado más —susurró Esquiruela.

Glayo sintió una oleada de rabia.

—¡Si de verdad nos hubieras amado, no nos habrías mentido! —le espetó.

—Bueno, la verdad tampoco es una gran maravilla, ¿no te parece? —replicó ella, erizando el pelo y sacudiendo la cola—. Mira a Hojarasca Acuática. Ha perdido todo lo que le ha importado en la vida.

—Fue su elección —mascculló el curandero.

Esquiruela ignoró su comentario.

—Te perdió a ti, y perdió a Leonado y a Carrasca.

—Ella renunció a nosotros.

—¡También han sufrido otros gatos, Glayo! —le espetó—. Esto no te afecta sólo a ti, y ya estoy harta de verte batir las alas como un gorrión herido, sintiendo tantísima lástima de ti mismo. Tú no eres el único que está sufriendo. Tu dolor no es el más difícil de soportar. Supongo que esperaba más de ti porque eres el curandero; ¡supongo que he olvidado lo joven que eres!

Mientras la gata lo sermoneaba, la rabia de Glayo se enrolló en una espiral con la de ella.

—Hojarasca Acuática es la culpable de todo esto —bufó—. No soy yo quien fue a buscar pareja a otro clan. ¡No soy yo quien tuvo hijos y luego los abandonó! ¡Yo no mentí, dejando que todos creyeran que las cosas eran muy distintas a como eran en realidad!

Esquiruela respiró hondo y soltó el aire lentamente.

—Si lo pensaras bien, te darías cuenta de que hicimos lo que consideramos mejor para vosotros —maulló con voz queda—. Recuerda que siempre os hemos amado.

«¡Oh, sí, por supuesto!»

Alcanzaron las marcas olorosas de la frontera.

Glayo las traspasó.

—Espera —le ordenó Esquiruela.

El curandero clavó las garras en el suelo. ¿Acaso Esquiruela iba a discutir todo lo que él hiciera o dijera? ¡Tenían que hablar con Cirro lo antes posible! Pero esperó mientras la gata saboreaba el aire e inspeccionaba el bosque, moviéndose por el suelo cubierto de pinaza.

—Patrulla —anunció.

Al olfatear el aire, Glayo captó el rastro fresco de dos guerreros del Clan de la Sombra. Robledo y Zarpa de Hurón se estaban acercando.

Esquiruela llamó al guerrero:

—¡Robledo!

Sorprendidos, los dos gatos corrieron hacia la frontera.

—¡Así que Estrella Negra tenía razón! —gruñó Robledo—. ¡Intentáis invadirnos!

—¡No te sulfures! —Glayo se dio cuenta de que se encontraba al otro lado de la frontera—. Sólo quiero ver a Cirro.

Zarpa de Hurón se puso a dar vueltas alrededor del curandero, agitando los bigotes. Glayo permaneció inmóvil, dejándolo hacer.

—¿Acaso parecemos una patrulla de combate? —preguntó Esquiruela.

—Quizá seáis más. —Robledo sonó receloso.

—¿Hueles a algún gato más?

Zarpa de Hurón soltó un resoplido.

—Podrían estar escondidos.

Esquiruela suspiró.

—En serio, no hemos venido a invadiros. ¿Podéis llevarnos a ver a Cirro, por favor?

Robledo vaciló.

—De acuerdo —aceptó al cabo—. Pero ¡Estrella Negra enviará una patrulla completa a inspeccionar el resto del área!

Su maullido resonó en todo el bosque, dirigido claramente a la patrulla invasora que él creía oculta detrás de los árboles que crecían a lo largo de la frontera.

Esquiruela traspasó la línea olorosa y siguió a Robledo. Glayo hizo lo mismo, aunque su irritación por Zarpa de Hurón no dejaba de aumentar, porque el aprendiz se movía a su alrededor como si escoltara al guerrero más peligroso de todos los clanes.

—¿Qué ocurre? —masculló el curandero—. ¿Te preocupa que pueda darte alguna medicina?

—¡Cierra el pico! —se enojó Zarpa de Hurón.

Glayo reconoció el campamento del Clan de la Sombra al aproximarse a él. El curandero ya había estado allí con Solo. Cruzó el claro con la seguridad de que estaba despejado, y empezó a notar la presencia de varios gatos. Pelosa y Yedra se asomaron desde la maternidad, Trigueña y Carbón salieron de la guarida de los guerreros, y Chirlero y Pinosa se incorporaron de un salto en el lindero del claro, donde habían compartido una musaraña.

Robledo soltó un alarido de advertencia que hizo salir a Estrella Negra de su guarida.

—¿Qué ocurre? —quiso saber el líder del Clan de la Sombra.

Esquiruela arañó el suelo.

—¿Podríamos hablar contigo en privado, por favor?

Robledo se adelantó.

—Quieren ver a Cirro.

Estrella Negra se sorprendió.

—Entonces, ve a buscarlo —le ordenó a su guerrero.

Luego volvió a meterse en su guarida.

—¡Adelante! —exclamó desde el interior.

Glayo siguió a Esquiruela, arrugando el hocico por el intenso olor del Clan de la Sombra.

Estrella Negra se sentó.

—¿Qué sucede?

—Ha caído un haya en la hondonada —le explicó Esquiruela—. Tenemos a una gata herida, y esperábamos que Cirro pudiera aconsejarnos un tratamiento.

—¿Sólo una gata herida? —preguntó el líder, con la voz ronca por el asombro —. El Clan Estelar debía de estar vigilándoos de cerca.

—Sí. Conseguimos desalojar el campamento antes de que el árbol cayera.

—Rabo Largo ha muerto —dijo Glayo sin rodeos.

Estrella Negra suspiró, pero su compasión sólo se reveló durante un breve instante, como un rayo de sol entre las nubes.

—El Clan Estelar acogerá con agrado a un viejo amigo, aunque sus compañeros de clan lo echarán de menos.

Cirro se asomó por la entrada de la guarida.

—¿He oído bien? ¿Ha caído un árbol? —preguntó pasmado.

—Sí. —Esquiruela estaba respondiendo con pocas palabras—. En la hondonada. Gabardeta está herida y Rabo Largo ha muerto.

—Gracias al Clan Estelar que no ha sido peor... —maulló Cirro.

—Ya es bastante malo. —Glayo sacudió la cola—. Gabardeta no puede mover las patas traseras.

Dejó que los pensamientos de Cirro inundaran los suyos. Vio imágenes de un guerrero aullando de dolor y luego tendido en un lecho, desmadejado de miedo, incapaz de moverse y con los ojos vidriosos de angustia.

—Una vez traté un caso como ése. —La mente del curandero del Clan de la Sombra se despejó cuando empezó a hablar—. Todavía era aprendiz de Nariz Inquieta. El hundimiento de una madriguera le aplastó las patas a Greñudo.

—Sí, Hojarasca Acuática me lo ha contado. —Glayo quería conocer la cura de la lesión, no su causa—. Pero Gabardeta no tiene las patas aplastadas. No hay huesos rotos.

—Igual que en el caso de Greñudo. Sólo tenía las patas magulladas; lo que se le había roto era la columna vertebral.

Glayo sintió una leve náusea. De pronto tomó conciencia del arco de su propia columna vertebral. De su fuerza. De su fragilidad.

—¿Greñudo llegó a recuperarse?

—Murió —respondió Cirro en voz baja.

—Pero Gabardeta está viva y no siente ningún dolor.

—A Greñudo le pasaba lo mismo, al menos al principio. Pero no creo que lo matara su lesión en la espina dorsal.

Glayo se inclinó hacia delante.

—Entonces, ¿qué lo mató?

—No podía caminar.

—¿No le dabais comida? —preguntó Esquiruela con la voz ahogada.

—Por supuesto que sí —contestó Cirro, mirándola ceñudo—. Pero no dejaba de pillar un catarro tras otro. Cada vez que se lo curábamos, desarrollaba otro. Y cada vez le costaba más respirar.

—¿La pérdida de sensibilidad se le extendió hasta el pecho? —quiso saber Glayo.

—No. Yo creo que acabó muriendo porque nunca salía de la guarida —respondió Cirro despacio, meditabundo—. Es como si no hubiera tenido la oportunidad de sacudirse la enfermedad de encima. De algún modo, su dolencia se fue adueñando de su pecho, como un estanque llenándose de agua, hasta que no le quedó aire.

Glayo se estremeció al imaginarse a Gabardeta ovillada en su lecho. ¿Había tosido aquella mañana? ¿Estaría tosiendo en ese instante, mientras él estaba lejos, en el campamento del Clan de la Sombra? De pronto se sintió impaciente por regresar a la hondonada.

Esquiruela rozó el techo de la guarida con la cola.

—Entonces debemos mantener a Gabardeta en movimiento.

Glayo parpadeó.

—¿Crees que eso funcionaría? —le preguntó a Cirro.

—Si puedes conseguirlo, vale la pena que lo intentes —susurró el curandero—. Y también podrías probar a hacerle un lecho que le permita dormir un poco incorporada. Quizá eso la ayude a llenarse el pecho de aire. —Su voz sonaba dubitativa—. Pero será incómodo. Y obligarla a moverse le resultará duro, a ella

y al resto del clan. —Hizo una pausa—. Os deseo suerte.

—La suerte no tiene nada que ver con esto. —Glayo bufó.

Cirro deslizó la cola por el suelo.

—Deja que te traiga unas hierbas para el pecho y el estómago. Ahí es donde debes concentrar el tratamiento. Con las patas de Gabardeta no vas a poder hacer nada.

Y dicho eso, salió de la guarida del líder del Clan de la Sombra. Esquiruela y Glayo esperaron junto a Estrella Negra sumidos en un silencio incómodo, hasta que el joven curandero captó un olor fuerte a hierbas y salió a reunirse con Cirro.

—La fárfara suavizará su respiración. —El curandero del Clan de la Sombra empujó un fardo de hojas hacia él—. Las bayas de enebro le calmarán el estómago.

—Ya tenemos esas hierbas.

—Necesitarás todas las que puedas conseguir. Vuelve si te hacen falta más. O si quieres compartir alguna idea. Todos podemos aprender de esto.

Glayo recogió el paquete, y cuando Esquiruela salió de la guarida de Estrella Negra, se dirigieron a la salida del campamento.

—¡Que el Clan Estelar cuide de vosotros y de Gabardeta! —exclamó Cirro.

«Que nos cuide —pensó Glayo—, pero yo no voy a permitir que se la lleven tan pronto.»

Mientras seguía a Esquiruela hacia la hondonada, Glayo no dejaba de pensar en distintas formas de mantener a Gabardeta sana y activa.

Esquiruela se detuvo antes de entrar en el campamento.

—Estoy orgullosa de ti. Si hay alguien que puede ayudar a Gabardeta, ése eres tú.

Glayo se volvió hacia ella, buscando las palabras para responder. Deseaba creerlo. Que Esquiruela se sentía orgullosa. Que él podía ayudar a Gabardeta.

—Gracias —masculló al cabo, sin soltar el fardo de hierbas.

Y desapareció por lo que quedaba del túnel de espinos.

Nimbo Blanco y Fronde Dorado seguían amontonando ramas contra la maltrecha barrera, pero iban más despacio, desgastados ya por el cansancio.

Estrella de Fuego estaba en la zona despejada del claro, hablando con Zarzoso y Manto Polvoroso.

—¿Cuánta parte del árbol creéis que podremos retirar? —les preguntó a los experimentados guerreros.

Glayo percibió el peso de la inquietud en el pecho de Manto Polvoroso.

—Quizá haya que esperar a que el viento y la lluvia hagan mella en las ramas más grandes.

—Podríamos aprovecharlas para construir guaridas nuevas —sugirió Zarzoso—. Y viendo todos los escombros que hemos limpiado ya, creo que podríamos reconstruir la mayor parte del campamento en menos de una luna.

—Pero no podemos descuidar la caza ni las patrullas fronterizas —recordó Manto Polvoroso.

La atención de Estrella de Fuego se desvió hacia Glayo.

—¿Qué ha dicho Cirro? —preguntó desde lejos.

El curandero se acercó al líder y dejó el fardo en el suelo.

—Me ha dado algunos consejos buenos, pero primero quiero compartirlos con Látigo Gris y Mili.

—He enviado a Látigo Gris con una patrulla —le dijo Zarzoso—. Quería que estuviese ocupado.

Glayo asintió, recogió las hierbas y se dirigió a su guarida. Al acercarse, oyó a Centella y a Mili al otro lado de la cortina de zarzas. Las dos estaban nerviosas, y Glayo percibió que Gabardeta ya estaba un poco harta del exceso de atención de las gatas.

—¡Come sólo un poquito! —suplicó Mili, con una musaraña entre las zarpas.

—¡No tengo hambre! —protestó la aprendiza.

Glayo cruzó la cortina.

—Déjala tranquila —ordenó.

Mili se le encaró.

—¡Es mi hija!

—¡Y yo su curandero!

Gabardeta arañó su lecho.

—¡Sólo quiero ayudar a mis compañeros de clan a reconstruir el campamento! —aulló.

Centella se acercó a Glayo.

—Le hemos contado lo de Rabo Largo... —le susurró al oído—. Todavía está alterada, pero no he querido darle otra semilla de adormidera después de lo que me has dicho.

Él asintió.

—Bien hecho. Va a tener que aprender a lidiar con el sufrimiento —maulló en voz alta, y notó que Centella se quedaba de piedra por su comentario—. Debemos enfrentarnos a la verdad. Gabardeta tiene un camino muy difícil por delante, pero yo haré todo lo que pueda por salvarla.

—¿Salvarla? —Mili se coló entre ambos con el pelo erizado—. ¿Qué te ha dicho Cirro?

Glayo aún no estaba preparado para comentar lo que había averiguado.

—Espera.

Primero necesitaba confirmar la teoría de Cirro. Aún existía una posibilidad de que las patas de Gabardeta sólo estuviesen magulladas. De que su espina dorsal no se hubiese dañado. Se acercó a la aprendiza.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Mili, angustiada, al verlo inclinarse sobre el lecho de su hija.

—Necesito estar seguro… —respondió él, deslizando las zarpas por la columna vertebral de Gabardeta, que se retorció para ver qué hacía.

—¿Seguro de qué? —insistió Mili, desesperada.

El curandero no respondió, y Centella la apartó con delicadeza.

—Sabe lo que está haciendo —le susurró al oído.

Tenía la espina dorsal lisa; no había nada fuera de lugar. Glayo sintió una chispa de esperanza. Olfateó las patas de la joven. No cabía duda de que estaban inflamadas. Quizá, cuando se rebajara la hinchazón… Agarró una pata entre los dientes, como había hecho el día anterior. Al soltarla, la extremidad volvió a caer, todavía inerte. A lo mejor con un poco más de consuelda se aceleraba la curación.

Una última prueba.

Inclinándose más sobre el lecho, Glayo dio un mordisquito en la columna de Gabardeta, justo en el inicio.

—¡Ay!

La aprendiza se tensó, alarmada.

—Estoy probando una cosa —la tranquilizó Glayo—. Notarás un leve pinchazo, pero no te haré daño.

Acercó el hocico al de ella, hasta que sus bigotes se rozaron.

—¿Confías en mí?

—Sí —respondió Gabardeta en un susurro.

—Necesito que seas valiente mientras hago esto.

—De acuerdo.

Mili intentó aproximarse más al lecho.

Centella se lo impidió.

—Déjale espacio para trabajar.

El curandero volvió a morder la espina dorsal de Gabardeta, esta vez un poco más abajo.

—Ay.

Él siguió mordiendo, bajando cada vez un poco más, hacia la cola.

Con cada mordisco, la joven se ponía tensa, pero reprimía un maullido.

Glayo mordió más abajo.

—¿Ya has acabado? —quiso saber Gabardeta.

A Glayo se le heló la sangre al oír la pregunta. Inclinándose más, clavó una garra en el mismo sitio.

—¿Lo has notado?

—¿El qué?

La aprendiza se volvió para mirar.

—No, no mires… —Glayo la detuvo y le pinchó un poco más fuerte—. ¿Y ahora?

Gabardeta comenzó a temblar.

—No noto nada —maulló, despavorida.

—Pero ¿qué haces?

Mili se abalanzó sobre Glayo mientras éste seguía clavándole las uñas a su hija con fuerza.

—¡La estás haciendo sangrar!

—¿Ah, sí?

Gabardeta intentó mirar.

Glayo apenas las oía.

—¿No has notado mis garras? —preguntó, aturdido.

—No —musitó la joven.

—Tienes rota la espina dorsal. No sientes dolor porque, a partir de la rotura, has perdido la sensibilidad. —Le apretó el costado delicadamente con una zarpa—. Lo lamento, Gabardeta.

—¡¿Por qué?! —preguntó ella con un gritito—. Es bueno que no pueda sentir el dolor, ¿verdad?

—Nunca volverás a sentir dolor en las patas traseras —le explicó Glayo despacio—. Jamás volverás a sentir nada en absoluto.

Mili soltó un grito estrangulado.

—¿Qué quieres decir? Los huesos rotos se sueldan.

—La espina dorsal, no.

—¿Cómo lo sabes?

—Cirro tuvo un guerrero con la misma lesión.

Gabardeta se había medio incorporado para mirar al joven curandero.

—¿Y qué le pasó? —maulló.

Glayo no respondió.

—Murió, ¿verdad? —sollozó la aprendiza.

Mili empujó al curandero una y otra vez, hasta sacarlo de la guarida por la fuerza.

—¿Cómo has podido decirle a mi hija que va a morir? —bufó la gata—. ¡No nota las patas, eso es todo! ¡¿Es que no sirves para ser curandero?! ¡Haz algo!

—¿Qué ocurre? —Esquiruela cruzó el claro a la carrera y se interpuso entre Glayo y la furiosa guerrera.

—¡Glayo dice que Gabardeta va a morir!

Esquiruela se puso tensa.

—¿Has dicho eso, Glayo?

Él negó con la cabeza.

—Yo no lo creo —añadió Esquiruela, con voz más calmada—. El paciente de Cirro murió, pero eso no significa que vaya a pasar lo mismo con Gabardeta.

—Podemos alimentarla y ayudarla a moverse para que conserve la salud —explicó el curandero—. Si consigo que se mantenga activa, tal vez pueda salvarse.

Mili jadeaba entrecortadamente.

—¿Se recuperará?

—Sus patas, no. Pero ella no tiene por qué morir.

Esquiruela ondeó la cola.

—Debemos mantenerla lo más activa posible para que no se le cargue el pecho. Si conseguimos que se mueva, Gabardeta estará bien.

—¿Bien? —sollozó Mili—. Nunca cazará. ¡Nunca será guerrera! ¡Nunca tendrá hijos!

Látigo Gris entró en el campamento.

—¿Qué está pasando? —preguntó, frenando en seco junto a Mili.

—¡Nuestra pobre hija!

La guerrera hundió el hocico en el lomo de su pareja.

La cortina de zarzas que cubría la entrada de la guarida del curandero se movió.

—¡Gabardeta puede oíros! —bufó Centella—. Glayo, creo que deberías entrar para explicarle exactamente lo que sucede.

Esquiruela acarició al curandero en el hocico.

—Yo me encargaré de Mili y Látigo Gris —le dijo.

Con el corazón tan pesado como una piedra, Glayo volvió a entrar en su guarida y se sentó junto al lecho de la aprendiza, que irradiaba oleadas de pánico.

—No volveré a andar nunca más, ¿verdad? —le preguntó ella.

Glayo apoyó el hocico en su temblorosa cabeza.

—No —susurró—. No sabes cuánto lo lamento.



13

—El Clan Estelar se ve honrado con tu valor y tu temple.

Estrella de Fuego tocó la cabeza de Gabardeta con el hocico, y Zarpa de Tórtola sintió una oleada de emoción mientras presenciaba la escena.

—Tu nombre de guerrera será Gabarda.

Abejorro Negro y Floresta, recién nombrados guerreros, fueron los primeros en vitorear a la nueva guerrera del Clan del Trueno.

—¡Gabarda! ¡Gabarda!

Las voces del clan reverberaron en la fría brisa de la estación sin hojas y resonaron por la hondonada hasta un despejado cielo azul. Mili y Látigo Gris se apretaron el uno contra el otro, con un orgullo teñido de dolor.

Gabarda se irguió más apoyándose en las patas delanteras y elevó la barbilla. Zarpa de Tórtola intentó no mirarle las patas traseras, despatarradas inútilmente tras ella.

Había transcurrido un cuarto de luna desde la caída del árbol, y Zarpa de Tórtola estaba tan cansada como el resto del clan. El trabajo de despejar el campamento de escombros, sumado a las patrullas habituales, había dejado exhaustos a todos los gatos. Y con los días acortándose cada vez más, las presas habían comenzado a escasear y a adelgazar.

Zarpa de Tórtola se moría de ganas de disfrutar de una larga noche de sueño profundo. Las pesadillas la asediaban. Ojalá hubiera sido capaz de avisar a sus compañeros de clan con más antelación; así Rabo Largo se habría salvado y ahora Gabarda estaría corriendo con sus hermanos. La noche anterior la había

despertado un mal sueño: el árbol volvía a caer en el campamento, y una gata aullaba atrapada.

«¡Zarpa Espinela!»

En todos sus sueños era Zarpa Espinela la que quedaba atrapada debajo del haya, no Gabarda; y en todos sus sueños, ella luchaba en vano por alcanzar a su hermana.

—¿Zarpa de Tórtola? —Candeal la devolvió a la realidad—. ¿Te encuentras bien, hija?

La joven se sacudió.

—Sí, sólo estoy contenta de que Gabarda haya recibido su nombre guerrero.

—Su corazón es el de una guerrera... —murmuró Candeal.

Eso era cierto. Gabarda no había dejado de luchar ni un instante. Glayo había ideado algunos ejercicios para mantenerle el pecho despejado y fortalecerle las patas delanteras, y Gabarda nunca desaprovechaba la ocasión para practicarlos; se estiraba y se retorcía, alargando las patas delanteras hasta que temblaba por el esfuerzo y su pelaje se alborotaba. En los últimos días, había insistido en ir a recoger su propia comida al montón de la carne fresca, aunque sus compañeros de clan solían atropellarse entre sí en su afán de ser los primeros en llevarle los bocados más deliciosos a su lecho en la guarida del curandero.

—Yo iré a por mi propia comida —le había dicho a Grosellita, que había intentado darle su ración.

Grosellita se quedó mirándola mientras la joven gata se impulsaba con las patas delanteras hasta el montón de las presas.

—¡Mira, Jerbillo! —exclamó la cachorrita—. ¡Lo está haciendo sola!

Jerbillo llegó corriendo.

—¡Venga, Gabarda, tú puedes hacerlo! —la animó él.

En su fuero interno, Zarpa de Tórtola creía que los dos cachorros y Glayo habían sido los mejores aliados de Gabarda; sólo ellos la habían aceptado por completo tal como era ahora. La mirada de Mili seguía empañada de dolor, y todos los guerreros la observaban con pena cuando la veían arrastrándose por el campamento. Musaraña ni siquiera podía mirarla. Seguía culpándose por la tragedia que había matado a su mejor amigo y lisiado a la joven guerrera.

A pesar de la conmoción, la mayor parte del clan se estaba acostumbrando a la lesión de Gabarda. Ya no miraban pasmados hacia la guarida del curandero cuando ella aullaba bajo las órdenes de Glayo.

—Te ayudará a mantener el pecho despejado —la animaba Glayo—. Aúlla hasta que se te salten los ojos si es necesario. A tus compañeros de clan no les importará.

El tratamiento parecía estar funcionando. Las patas traseras de Gabarda no estaban mejor, pero tenía el pelaje lustroso y los ojos más brillantes cada día, y las patas delanteras tan fuertes como las de cualquier guerrero.

Ni siquiera le temblaron cuando Jerbillo le trepó por el lomo para encaramarse a ella.

—¡Gabarda! —ovacionó el pequeño a la flamante guerrera.

Mili lo empujó, enfadada.

—¡Ten cuidado!

—No pasa nada —la tranquilizó Gabarda—. Estoy segura de que podría cargar con los dos cachorros a la vez.

—¿En serio?

A Grosellita se le iluminaron los ojos.

—¡No os atreváis siquiera a probarlo! —les bufó Mili a los pequeños.

Látigo Gris apartó a su pareja delicadamente.

—Deja que se diviertan...

—¡Nosotros también seremos guerreros dentro de poco!

Jerbillo derribó a su hermana con un ataque sorpresa.

—Pero ¡si no sois ni aprendices! —se rió Gabarda.

Zarpa de Tórtola miró a su vieja compañera de guarida. ¿Cómo podía estar tan alegre?

Candeal se inclinó a lamerle la oreja.

—Zarpa de Tórtola, no olvides que vamos a recoger musgo para la nueva guarida de los veteranos.

¿Cómo iba a olvidarlo? Durante días había estado ayudando a enrollar la madreselva alrededor de las ramas del haya que se alzaban en lo que había sido la antigua guarida. La nueva era espaciosa y resistente. Puma y Musaraña se instalarían allí en cuanto los aprendices dispusieran los nuevos lechos.

Zarpa de Tórtola miró a su alrededor. Ya se había acostumbrado al nuevo aspecto del campamento. La guarida de los guerreros se había perdido sin remedio, aplastada por el tronco principal del haya, pero las ramas gruesas que se arqueaban tupidamente sobre la mitad del claro proporcionaban un buen cobijo. Tenían planeado construir una nueva y flamante guarida para los guerreros alrededor de las ramas más grandes, y ya habían amontonado las que podrían resultar más útiles, listas para ser colocadas. La maternidad parecía más segura que una madriguera de tejones, rodeada por una maraña densa de raíces que los gatos habían entretejido para conformar una coraza protectora alrededor del viejo zarzal.

—Venga.

Candeal le tocó el lomo a Zarpa de Tórtola con la punta de la cola, y luego les hizo una señal a Tordo y Rosada.

—¿Estáis listos?

Los dos guerreros corrieron a reunirse con ellas.

—¿Dónde está Zarpa Espinela? —Zarpa de Tórtola miró a su alrededor, y vio que su hermana estaba saliendo del túnel que llevaba al aliviadero.

—¡Ya voy! ¡Nos vemos luego, Gabarda! —se despidió la aprendiza atigrada alegremente.

Gabarda se había tumbado en una zona bañada por los débiles rayos del sol, y Jerbillo y Grosellita estaban trepando por ella, juguetones. La guerrera levantó la cabeza y respondió con un ronroneo:

—¿No puedes llevarte a estos dos contigo?

—Me temo que vas a tener que aguantarlos una luna más —se rió Zarpa Espinela.

—¡Oye! —protestó Jerbillo—. ¡Si nos dejaran ir con vosotros, iríamos!

Zarpa Espinela se situó junto a Tordo.

—Gato que se entretiene no recoge musgo... —bromeó con el guerrero.

Zarpa de Tórtola los rodeó.

—Seguro que yo recojo más que nadie —maulló retadora.

Su hermana se encogió de hombros.

—Si tú lo dices.

La joven aprendiza se puso tensa. Últimamente, su hermana se comportaba de un modo muy extraño. Desde la caída del árbol. ¿Habría descubierto lo de su poder? ¿La culpaba por no haber avisado antes al clan? La joven desechó esas ideas sacudiendo la cabeza. «Es imposible.»

Se quedó mirando cómo Zarpa Espinela corría tras Tordo y Rosada hacia la salida del campamento, no muy segura de si se estaba imaginando su frialdad.

—¡Mira esto! —le dijo Zarpa Espinela a Tordo al llegar a la ladera que descendía hasta la orilla del lago.

Y se deslizó con la barriga por la hierba.

—¡Pareces un pato! —resopló Tordo, divertido.

Rosada los observó entornando los ojos. ¿Acaso ella también había notado el cambio de su hermana?

—Muy bien. —Candeal paseó la vista por la orilla—. Vamos a ver si encontramos plumas de cisne. Después de todo lo que han pasado, espero que Puma y Musaraña agradezcan tener lechos mullidos.

—Y Gabarda —añadió Zarpa de Tórtola.

Zarpa Espinela puso los ojos en blanco.

—Sí, por supuesto, y Gabarda.

Candeal le lanzó una mirada severa.

—Como veo que últimamente Tordo y tú os lleváis muy bien…

—¡No tanto! —maulló Tordo, arañando el suelo y con el pelo erizado por la vergüenza.

—Bueno, pues como sea de bien —continuó Candeal—, podríais recoger musgo juntos.

Zarpa Espinela le dio un empujoncito a Tordo, disfrutando de la incomodidad del joven guerrero.

—Venga —maulló con ojos centelleantes—, te echo una carrera hasta el agua.

Salió disparada ribera abajo, y los guijarros crujieron cuando aterrizó elegantemente en la orilla.

Zarpa de Tórtola sacudió la cola. Su hermana incluso se movía como si fuera una gata diferente.

—Rosada y tú podéis trabajar juntas —le dijo Candeal—. Yo estaré en lo alto de la orilla, por si me necesitáis —añadió, señalando hacia el territorio del Clan del Viento.

Dicho eso, echó a andar.

—¿Por dónde quieres empezar? —preguntó Rosada.

—Tú eres la guerrera —replicó Zarpa de Tórtola, irritada con su hermana.

—Sí —coincidió Rosada—, pero esperaba que tuvieras tan buen olfato para el musgo como el que tienes para las presas.

La aprendiza se miró las patas.

—Supongo que los árboles que crecen alrededor del arroyo tendrán más musgo, y quizá también haya plumas atrapadas por allí.

—De acuerdo.

Rosada empezó a trotar por la orilla, dirigiéndose hacia los árboles que flanqueaban el arroyo.

Zarpa de Tórtola se quedó un poco rezagada, y cuando alcanzó a la guerrera, ella ya estaba arrancando musgo de las raíces de un árbol.

—Tú ve arroyo arriba —le ordenó a la aprendiza.

Zarpa de Tórtola asintió, internándose en la fría sombra de los árboles. El arroyo borboteaba a su lado mientras buscaba las raíces con más musgo.

De repente captó un destello blanco con el rabillo del ojo. Una pluma flotaba en el viento y rodaba perezosa por el suelo del bosque, y Zarpa de Tórtola empezó a perseguirla. Era larga y suave, y sería magnífica para un lecho. La joven zigzagueó tras ella entre los árboles, y finalmente saltó y la atrapó con las zarpas delanteras.

—¡Te tengo!

—¡Aquí estás! —Leonado surgió de una mata de helechos—. Candeal me ha dicho que estarías por esta zona.

Zarpa de Tórtola se incorporó, sobresaltada.

—¿Qué ocurre?

Una ráfaga de viento susurró a través de los helechos y elevó la pluma, llevándosela entre los árboles.

—¡Cagarrutas de ratón! —exclamó la joven, que saltó tras ella.

—¡Las plumas pueden esperar! —maulló Leonado.

—¿Y qué pasa con el lecho de Musaraña?

A Leonado se le erizó el pelo del lomo.

—¡Vuelve a haber rastros olorosos del Clan de la Sombra en nuestro lado de la frontera! —gruñó—. Algo está pasando. Y cuanto antes averigüemos de qué se trata, mejor. Quizá estén planeando invadirnos. Saben lo de la caída del árbol. Probablemente piensen que eso nos ha debilitado.

Zarpa de Tórtola se sentó, malhumorada. El Clan de la Sombra sabía lo del árbol desde hacía un cuarto de luna. Y aún no los habían invadido. Vio cómo la pluma desaparecía de su vista.

«Lo más probable es que sólo se trate de Corazón de Tigre, otra vez.»

Sólo el Clan Estelar sabía qué se traía entre patas el joven guerrero, pero él le había prometido que el Clan del Trueno no corría ningún peligro. ¿Por qué iba a traicionarla? Ellos dos eran amigos.

—¿Y bien? —Leonado la miró sin pestañear—. ¿Has oído algo en el territorio del Clan de la Sombra? ¿Qué están planeando?

—¿Cómo voy a saberlo? —respondió ella, cerrándose en banda.

El guerrero puso los ojos en blanco.

—¿Gracias a tu poder, quizá?

Zarpa de Tórtola golpeó el suelo con la cola.

—Si hubiera oído algo importante, ¿no crees que ya te lo habría contado?

—¡Quizá tú no sepas qué es importante!

La joven se encaró a su mentor.

—¡Es mi poder! —bufó—. Yo no te digo a ti cómo luchar, ¿verdad?

Una zarza susurró a unos árboles de distancia, y apareció Zarpa Espinela.

—Hola —maulló, mirando alternativamente a Leonado y a su hermana—. Yo... yo acabo de encontrar una franja de musgo magnífica.

Leonado fulminó con la mirada a su aprendiza y se internó en el bosque sin decir nada.

—¿Qué quería? —le preguntó Zarpa Espinela.

Hacía días que no se dirigía a ella con tanta delicadeza.

—Es mi mentor, sólo ha venido a comprobar qué estoy haciendo —le soltó Zarpa de Tórtola, todavía molesta con Leonado.

—Pero parecía importante. ¿Por qué cree que tú sabes lo que está ocurriendo en el Clan de la Sombra?

Zarpa de Tórtola se puso tensa. ¿Cuánto había oído su hermana?

—No lo sé —se apresuró a responder.

—¡Mientes!

La joven aprendiza se estremeció, y Zarpa Espinela se acercó a ella hasta casi tocarle los bigotes.

—¿Qué pasa contigo? ¿Por qué siempre estás yendo a hablar con Estrella de Fuego? ¿Por qué Leonado siempre te está llamando aparte para tener conversaciones secretas contigo?

—Sólo se interesan por mi entrenamiento.

Zarpa de Tórtola detestaba aquella situación. Con cada nueva mentira, sentía que otra barrera de espinos se elevaba entre ella y su hermana.

La pequeña atigrada frunció la boca.

—¡A mí Estrella de Fuego nunca me pregunta por mi entrenamiento! ¿Qué te hace tan especial a ti?

—¡No es eso, en serio!

El miedo se enroscó como una culebra en el corazón de Zarpa de Tórtola.

—No creo que yo sea especial. Es que... —Enmudeció—. Es complicado —dijo al fin.

Zarpa Espinela dio un paso atrás.

—¿Demasiado complicado para contárselo a tu propia hermana? ¡Pensaba que éramos las mejores amigas del mundo! —Apartó la mirada y sus ojos se oscurecieron—. Bueno, si tú tienes tus secretos, ¡yo tendré los míos!

«¿Secretos? ¿De qué está hablando?»

De repente, Zarpa de Tórtola recordó lo que le había contado su hermana sobre la visita de un gato del Clan Estelar. Hundió las garras en el suelo, enfadada consigo misma. ¿Por qué no había mostrado más interés?

—¿Has tenido otro sueño? ¿Otra visita del Clan Estelar?

—¿Ahora estás celosa? —se burló Zarpa Espinela—. No te pareció muy interesante cuando intenté explicártelo. Estabas demasiado ocupada chismorreando con Leonado. ¿Por qué habría de contártelo ahora? ¿Te preocupa que yo pueda ser más especial que tú? ¿Te preocupa que los guerreros más experimentados puedan empezar a interesarse por mí en vez de por ti?

Lo dijo con toda crudeza, y Zarpa de Tórtola se sintió abatida. No se había

dado cuenta de que su hermana se sentía así.

—Lo… lo lamento, Zarpa Espinela… —empezó.

Pero su hermana ya corría hacia los árboles y la miró por encima del hombro.

—¡Está claro que no lo lamentas lo suficiente!

«¡Algún día te lo explicaré todo! —le juró Zarpa de Tórtola en silencio—. ¡Entonces lo comprenderás!»

De vuelta en la hondonada, Rosada y Tordo dejaron el musgo en la nueva guarida de los veteranos y corrieron a buscar a Zarzoso para saber qué otras tareas les tenía preparadas.

—¿Podrás extenderlo sin problema? —le preguntó Rosada a Zarpa Espinela por encima del hombro.

—Tranquila —le respondió la aprendiza sin soltar la pluma que llevaba en la boca.

A continuación se deslizó por debajo de la rama que se arqueaba sobre la entrada.

Zarpa de Tórtola la siguió al interior, y las dos hermanas trabajaron en silencio, disponiendo el musgo sobre las frondas que Nube Albina y Betulón habían colocado ya en un extremo de la guarida. La última luz del sol se colaba a través del techo de madreselva, de modo que parecía que la guarida estuviera debajo del agua.

Sin decir una sola palabra, Zarpa Espinela deshizo el fardo y dejó un puñado de musgo en el lecho que su hermana estaba preparando.

—¿Es que no piensas hablarme? —le preguntó Zarpa de Tórtola en tono suplicante.

Zarpa Espinela no le hizo ni caso. La madreselva susurró tras ellas, y Puma y Musaraña entraron en la guarida.

—Mira —ronroneó el solitario—. Ya te había dicho que tendríamos los lechos preparados. —Saludó con la cabeza a las dos aprendizas—. Tienen un aspecto muy acogedor. Gracias.

Musaraña miró a su alrededor, totalmente inexpresiva.

—Es muy grande —murmuró.

Zarpa de Tórtola esperaba que empezara a quejarse de las corrientes de aire, pero la anciana no dijo ni una palabra más. Se limitó a enroscarse en uno de los lechos, apoyando el hocico en las patas delanteras.

La joven aprendiza deseó haber metido un par de semillas de abrojo entre el

musgo; cualquier cosa con tal de que la vieja veterana se quejara de nuevo. No le gustaba verla tan triste.

—¿No está demasiado húmedo? —le preguntó.

—Prefería los lechos antiguos —suspiró Musaraña—. Olían a Rabo Largo.

Puma miró de reojo a las aprendizas, y Zarpa de Tórtola supuso que quería que se marcharan. Al ir hacia la salida, la joven vio que el veterano se ovillaba en su lecho y se arrimaba a Musaraña, y con una punzada de amargura se preguntó si ella y su hermana volverían a acurrucarse juntas alguna vez. Por la forma en que Zarpa Espinela se alejaba, a grandes zancadas resueltas, cualquiera habría dicho que eso no volvería a ocurrir.

—¡Eh! —las llamó Rosada cuando salieron al claro.

Estaba junto al montón de la carne fresca.

—¿Os apetece un ratón?

—¡Sí, por favor! —Zarpa Espinela se dirigió hacia la guerrera a toda prisa, como si su hermana no existiera.

Zarpa de Tórtola estaba demasiado apenada para tener hambre. Quizá Gabarda quisiera compañía. Se fue a la guarida del curandero, pisando las hojas de haya que alfombraban la entrada, y al llegar a la cortina de zarzas oyó a Glayo y a Gabarda practicando algunos ejercicios.

—Eso es —maulló Glayo—. Estírate un poquito más.

—¡Uf! —resopló la joven guerrera—. ¡Unos cuantos ejercicios más como éstos, y podré luchar contra Espinardo!

—¡Bien! —ronroneó el curandero—. ¡Me encantaría ver su cara! Tres estiramientos más, y luego la medicina.

En la guarida olía a hierbas frescas.

—¿No puedo salir a disfrutar un poco de lo que queda de sol? —le suplicó la gata—. El clan no tardará en ponerse a compartir lenguas, y no quiero quedarme aquí metida.

—Primero cómete esas hierbas —insistió él—. Luego puedes ir a compartir un campañol con tus hermanos.

—¿Crees que ya habrán vuelto de patrullar?

Zarpa de Tórtola miró hacia el claro. Abejorro Negro y Floresta estaban entrando en la hondonada, cargados con varias presas. Ella debería haberlo sabido tan bien como Glayo. Pero la preocupación por su hermana la tenía tan absorta que se había olvidado de mantener los sentidos abiertos a los movimientos en los alrededores del campamento.

—¡Puaj! —protestó Gabarda por el sabor de las hierbas.

Zarpa de Tórtola oyó cómo se arrastraba, y se apartó un poco de la cortina de

zarzas, por la que asomó la cabeza de la guerrera.

—¿No puedes hacer que sepan mejor? —maulló por encima del hombro.

—Haré lo que pueda —le prometió él.

Gabarda salió a rastras de la guarida. Los ojos le brillaban, pero tenía los dientes apretados por el esfuerzo. Entonces vio a Zarpa de Tórtola.

—¡Hola! —La voz le salió ahogada—. Lo siento —gruñó—. ¡Esto es duro! Pero me resultará más fácil cada vez.

Se dirigió al montón de la carne fresca, donde Abejorro Negro y Floresta estaban dejando las presas. A los dos se les iluminó la cara al verla.

—¡Gabarda! —Floresta corrió a saludar a su hermana y dejó un campañol a sus pies—. ¿Quieres compartir esto?

Zarpa de Tórtola entró en la guarida de Glayo.

—Hola —lo saludó apesadumbrada.

Necesitaba consejo. Quería volver a llevarse bien con Zarpa Espinela. Quería compartir un campañol con ella, como Floresta y Gabarda.

Glayo, que estaba apartando trozos de hierbas con la cola y formando un montoncito polvoriento, dirigió los ojos hacia la entrada cuando percibió a la aprendiza.

—¿Tú qué preferirías? ¿Hierbas endulzadas con néctar o con sangre de ratón?

—Con sangre de ratón —respondió ella, distraída.

El curandero se detuvo.

—¿Qué ocurre?

Sus ojos azules relucían en la penumbra de la guarida.

—Por favor, ¿puedo contarle a Zarpa Espinela lo de la profecía?

Glayo suspiró y siguió barriendo.

—No.

—Pero es que cada vez me resulta más difícil seguir llevándome bien con ella.

—¿Y eso por qué?

—Cree que estoy recibiendo un trato especial.

—¿Está celosa?

—¡No! —exclamó, saliendo en defensa de su hermana, pero luego suspiró y añadió—: Bueno, tal vez sí, más o menos. Supongo.

—Leonado y yo no se lo hemos contado a nadie, jamás.

—Pero ¡os teníais el uno al otro!

—Al principio no.

Glayo empezó a sacar los trocitos más limpios del montón.

—Yo fui el primero en descubrirlo, y no pude compartirlo con Leonado y Carrasca hasta que estuve seguro de que éramos los elegidos.

—Pero Carrasca no era una de los tres.

—Yo creía que sí.

Glayo sacudió otro pedazo de hierba, y su mirada se ensombreció.

—Y ella también lo creía.

Dejó el trocito en el suelo cuidadosamente.

—Al final, no ser parte de los tres fue lo más duro que tuvo que aceptar en su vida.

—Pues Carrasca no sabía lo afortunada que era —susurró Zarpa de Tórtola. De pronto, le picó la curiosidad y preguntó—: ¿Qué le ocurrió?

—Se fue. No podía quedarse aquí.

Glayo recogió otro trozo.

—¿Porque no formaba parte de la profecía?

La aprendiza frunció el ceño. A veces intentaba imaginarse cómo sería ser un guerrero común y corriente. Más fácil, seguro.

—En parte —maulló el curandero.

—¿En parte?

«¿Cuál es la otra razón?»

Glayo recogió el montón de trocitos con la boca y se lo llevó a la gruta donde almacenaba sus provisiones. Era evidente que no pensaba darle más información.

«¡Secretos! ¡Siempre secretos!» Enfadada, Zarpa de Tórtola salió de la guarida.

Floresta, Abejorro Negro y Gabarda estaban tumbados en una zona iluminada por el sol poniente, compartiendo su campañol. Zarpa Espinela estaba junto a Rosada, compartiendo con ella un mirlo.

Zarpa de Tórtola miró a su hermana.

«Si pudiera, te lo contaría.»

Zarpa Espinela engulló el último bocado y comenzó a acicalar a Rosada.

«Pero tendré que guardarme el secreto. Aunque eso signifique perder a mi mejor amiga.»



14

Zarpa Espinela se estremeció. Un viento frío había arrancado las flores del prado y había llenado el cielo de nubes grises. El suelo tembló bajo sus patas. Los caballos corrían y se apiñaban en el lindero del prado, con los ojos desorbitados y las orejas hacia atrás.

¿Dónde se había metido Alcotán?

La joven aprendiza se sentía nerviosa. No quería estar sola en aquel amplio pasto. La brisa gemía entre la hierba, seca y descolorida, alborotándole el pelaje a contrapelo.

«¡Allí!» Un bulto oscuro y corpulento asomó por encima de la hierba, sacudiendo la poblada cola.

La joven corrió hacia el guerrero del Clan del Río.

—¡Al fin! —resopló, aliviada, cuando él clavó su peculiar mirada azul en ella —. ¡Pensaba que no ibas a venir! Llevo esperándote una eternidad.

Alcotán se sentó, mirándola perezosamente con los ojos entornados.

—Entonces estás de suerte.

—¡Enséñame algo nuevo! —le suplicó.

Carbonera estaba impresionada con lo mucho que estaba progresando en la hondonada de entrenamiento, y Zarpa Espinela quería volver a complacer a su mentora cuando practicaran movimientos de combate.

Alcotán bostezó, desperezándose y estirando las patas delanteras.

—Sólo un movimiento —le rogó la joven.

—¿No te he enseñado ya suficientes cosas?

—Las he practicado todas. Necesito algo nuevo… —Zarpa Espinela abrió mucho los ojos, esperanzada—. ¡Por favor!

Alcotán se incorporó con desgana.

—¿Sueles ser tan latosa con tus compañeros de clan? —murmuró.

—Ellos no me enseñan cosas tan interesantes…

—Está bien, observa con atención.

Alcotán se lanzó hacia ella, le enganchó las patas traseras por debajo y la hizo rodar con las delanteras, hasta que la joven se encontró despatarrada boca arriba.

—¡Uau! —chilló, incorporándose de un brinco—. Déjame probar.

Saltó hacia el guerrero, le rodeó las patas traseras con una zarpa y tiró de ellas.

No ocurrió nada. Alcotán se volvió.

—¿Has empezado?

Frustrada, la aprendiza retrocedió y lo intentó de nuevo.

El guerrero del Clan del Río siguió sin moverse.

Zarpa Espinela ladeó la cabeza.

—¿Cómo lo has hecho, exactamente?

—Desliza la zarpa a lo largo de mis patas traseras —le ordenó Alcotán—. ¿Notas el tendón que recorre la parte de atrás de la articulación?

Zarpa Espinela palpó una especie de cordón duro, como una cola de ratón agarrotada.

—Apunta ahí y pincha con fuerza —la instruyó el guerrero—. Intenta propinar el golpe en las dos patas al mismo tiempo.

Entusiasmada, Zarpa Espinela se agazapó, concentrándose más que nunca, y luego saltó. Introdujo la zarpa por debajo del cuerpo del gato, atacando la zona del tendón, y a Alcotán se le doblaron las patas. Aprovechando la ventaja, lo empujó hacia un lado. Él perdió el equilibrio y ella se le subió encima, inmovilizándolo contra el suelo.

—Bien —gruñó Alcotán, poniéndose en pie de inmediato y zafándose de la aprendiza—. Pero saca más partido de tu ventaja. El efecto sorpresa durará sólo unos instantes. Debes aprovecharlos. Prueba otra vez.

Zarpa Espinela intentó de nuevo el movimiento, pero en esta ocasión también le despegó las patas del suelo, y en cuanto lo tuvo tumbado aprovechó que su garganta quedaba expuesta para marcarlo con los colmillos antes de que él pudiera reaccionar.

El guerrero se la quitó de encima con un bufido.

—No está mal.

La joven sintió una oleada de orgullo.

—Después de todo, quizá podamos hacer algo contigo —concedió.

Ella levantó la cabeza.

—¡Por supuesto!

Una sombra se onduló entre la hierba a cierta distancia. Zarpa Espinela se irguió y vio que unos ojos relucientes la miraban. Un gato los observaba. La aprendiza se puso tensa.

—¿Quién es ése?

En cuanto hizo la pregunta, el gato se agazapó más entre la hierba y se escabulló.

Alcotán se encogió de hombros.

—Les he hablado de ti a un par de amigos. Probablemente fuera uno de ellos. Seguro que quería ver a la aprendiza que no deja de acosarme para que le dé sesiones extra de entrenamiento.

Zarpa Espinela sacudió la cabeza.

—Probablemente quería aprender de mí.

—Sí, seguro. —Alcotán le dio un manotazo suave en la oreja—. Venga, prueba el movimiento de nuevo. A ver si eres capaz de repetirlo.

—¡Vale! Quiero perfeccionarlo antes de enseñárselo a Zarpa de Tórtola.

Alcotán parpadeó.

—¿Quién es Zarpa de Tórtola?

—Mi hermana. —La joven balanceó las ancas, lista para saltar—. Ya te hablé de ella, ¿recuerdas?

Saltó, golpeando los tendones traseros con más fuerza, y sintió un torrente de triunfo cuando el corpulento guerrero se derrumbó y ella lo hizo rodar por el suelo.

Sentándose en la hierba, Zarpa Espinela se pasó una zarpa por los bigotes mientras recuperaba el aliento.

—Todos los guerreros creen que mi hermana es la mejor aprendiza de la historia —explicó, encogiéndose de hombros—. Siempre están preguntándole cosas, como si ella supiera algo que nadie más sabe.

Alcotán se sentó y empezó a lamerse el pecho.

—¿Y eso es verdad? —preguntó entre lametazos.

—Bueno, está claro que hay algo que no me cuenta, pero no tengo ni idea de qué puede ser. —Zarpa Espinela ladeó la cabeza—. Me encantaría que no se comportara como si fuera de lo más especial. Siempre tiene las orejas plantadas y se mantiene alerta; como si fuera la única del clan que puede mantenernos a salvo.

Alcotán dejó de acicalarse y deslizó una zarpa por una hoja de trébol. El tejido

verde y blando se partió y se oscureció bajo su contacto.

—¿Le has hablado a tu hermana de mí?

—Iba a hacerlo —respondió la aprendiza, enfadándose al recordar la conversación que Leonado había interrumpido—. Pero no tuve ocasión. —Frunció levemente el hocico—. Y ahora no quiero contárselo —añadió, agitando la punta de la cola—. ¿Por qué tendría que hacerlo? Ella tiene sus secretos, así que yo tendré el mío.

Alcotán arrancó otra hoja.

—Me parece buena idea. Yo creo que... —Hizo una pausa—. ¿Cómo has dicho que se llama tu hermana? ¿Zarpa de Tórtola?

La joven aprendiza asintió.

—Yo creo que Zarpa de Tórtola se pondría celosa y querría aprender todos tus movimientos.

Zarpa Espinela desenvainó las garras.

—Es tu hermana —añadió Alcotán—, no tu eco, ¿no crees?

—¡Exacto! —exclamó la joven—. ¿Por qué tendría que darle la oportunidad de copiarme?

El guerrero estiró las patas traseras.

—Se acabaron los ecos. Vamos a probar algo nuevo.

Zarpa Espinela se despertó. Tenía los hombros agarrotados, y se retorció sobre el blando musgo de su lecho preguntándose si habría dormido en una mala postura. Entonces se acordó: había trabajado duro con Alcotán; tan duro que le dolían todos los músculos. Se incorporó, sorprendida. ¡Uau! ¡Qué sueño tan realista!

Un poco más allá, Zarpa de Tórtola estaba roncando. Ovillada en su lecho y con los ojos cerrados, parecía pequeña y esponjosa. Más semejante a la cachorrita inocente que había sido que a la aprendiza sabelotodo en la que se había convertido. Con una oleada de afecto, Zarpa Espinela deseó contarle su sueño, como solían hacer cuando compartían lecho en la maternidad con Candeal.

«No. —La atigrada rechazó la nostalgia—. Ella tiene un secreto, yo también tendré el mío.» Además, lo más probable era que el suyo fuese muchísimo mejor. ¡A ella la estaba entrenando un guerrero del Clan Estelar! Iba a ser la mejor guerrera del mundo. ¡Sería incluso mejor que Leonado!

—¡Zarpa Espinela! —La voz de Carbonera le llegó desde el otro lado de la pared de la guarida.

La joven aprendiza salió sigilosamente a la fría luz del amanecer. Floresta y

Abejorro Negro se estaban desperezando en sus lechos provisionales, debajo del arco de una de las ramas del árbol caído. Carbonera les hizo un gesto con la cola.

—Hoy vosotros tres vais a entrenar juntos —les informó.

Floresta se sentó bostezando.

—¿Quieres que entrenemos a Zarpa Espinela?

Carbonera negó con la cabeza.

—No, he dicho que entrenaréis juntos.

—¡Ya no somos aprendices!

Abejorro Negro se sacudió, esponjando el pelo contra la fría brisa.

Carbonera miró en dirección a las rocas desprendidas, por las que estaba bajando Estrella de Fuego.

Floresta puso los ojos en blanco.

—Déjame adivinar... —rezongó—. Una nueva idea para los entrenamientos.

Zarpa Espinela detectó la irritación de Espinardo resonando en las palabras de Floresta. Era evidente que la joven guerrera estaba repitiendo las palabras de su compañero de guarida.

Estrella de Fuego se detuvo junto a ellos.

—No hay nada de malo en probar cosas nuevas —maulló.

Floresta se miró las patas.

—Supongo que no.

Estrella de Fuego alzó la cola.

—No queremos que el clan se acomode. Y a los guerreros no les hace ningún daño practicar sus habilidades. ¿O acaso preferirías que provocáramos alguna batalla de vez en cuando para mantenerte ágil y fuerte?

—No, claro que no —concedió Floresta.

Zarpa Espinela miró hacia la guarida de los aprendices.

—¿Y qué pasa con Zarpa de Tórtola? ¿No entrena con nosotros?

Carbonera negó con la cabeza.

—No, ella va a entrenar con Leonado.

—Oh, sí, por supuesto. —A Zarpa Espinela se le erizó el pelo del lomo—. ¿Por qué habría ella de practicar con guerreros normales y corrientes?

—¿Cómo dices? —Carbonera plantó las orejas.

—Nada —se apresuró a responder la joven, que se acaloró al notar que Estrella de Fuego la miraba fijamente—. Es sólo que hace tiempo que no entrenamos juntas.

Manto Polvoroso, Betulón y Hojarasca Acuática comenzaron a salir de sus lechos, debajo del haya caída.

—He oído que Estrella de Fuego te ponía al mando hoy, Carbonera —bostezó

Manto Polvoroso, pasando por debajo de una rama retorcida—. ¿Estamos listos para salir?

Betulón y Hojarasca Acuática se unieron a ellos; ninguno parecía entusiasmado ante la idea de una sesión de entrenamiento.

—Sí, estamos listos —maulló Carbonera—. Venga, seguidme.

Salieron de la hondonada y se dirigieron a un claro donde los helechos bordeaban una extensión cubierta de hojas. Hojarasca Acuática sacudía la cola, inquieta, mientras Carbonera serpenteaba entre los guerreros. Zarpa Espinela se sentó junto a Abejorro Negro y le susurró al oído:

—Es raro entrenar con guerreros experimentados.

—La verdad es que es diferente. —Al joven guerrero le brillaban los ojos—. Me pregunto si seré capaz de vencerlos.

—Es posible.

La aprendiza estiró las patas. La carrera por el bosque la había hecho entrar en calor y le había relajado los músculos. Estaba preparada para probar alguno de los movimientos nuevos de Alcotán.

—Hoy vamos a hacer un simulacro de batalla —empezó Carbonera—. Voy a dividiros en dos patrullas... —Señaló con la cola el avellano que crecía en un extremo del claro, y luego una mata de helechos en el otro—. Manto Polvoroso, tú dirigirás a Hojarasca Acuática, Floresta y Zarpa Espinela. Yo dirigiré a Abejorro Negro, Pinta y Betulón. Si a ti te parece bien, Betulón... —añadió, mirando al atigrado marrón, y él asintió con la cabeza—. Nosotros intentaremos tomar el avellano, y vosotros trataréis de tomar la mata de helechos, ¿entendido, Manto Polvoroso?

Zarpa Espinela se situó al lado de Floresta en el centro del claro y se agazapó, preparándose para el ataque, mientras Hojarasca Acuática y Manto Polvoroso las flanqueaban. La patrulla de Carbonera se alineó en frente, tan cerca de ellos que sus bigotes casi se tocaban.

Abejorro Negro entornó los ojos, concentrándose en el avellano, a un árbol de distancia de sus oponentes. Pinta y Betulón pegaron la barriga al suelo.

—Recordad: las uñas, envainadas —ordenó Carbonera—. No somos el Clan de la Sombra.

Los guerreros asintieron, y Zarpa Espinela se apresuró a esconder las uñas entre el suave pelo de sus zarpas blancas.

—¡Adelante!

Al grito de Carbonera, Zarpa Espinela rodó hacia un lado y oyó las patas de su mentora resonando sobre el espacio que ella acababa de dejar.

—¡Muy bien! —la alabó Carbonera, pero enmudeció de golpe porque Manto

Polvoroso la embistió y la lanzó al borde del claro.

Zarpa Espinela miró a derecha e izquierda a toda prisa, lista para atacar. Abejorro Negro estaba enzarzado con Floresta.

La joven guerrera acababa de zafarse del ataque de su hermano con una hábil maniobra:

—¡No olvides que aprendí todos tus movimientos antes de que salieras de la maternidad, hermanito!

—¡Seguro que no te acuerdas de éste!

El joven guerrero saltó por el aire y aterrizó con la barriga sobre el lomo de la gata.

A Floresta se le doblaron las patas y se derrumbó.

—¡Oye! ¡Eso no es justo! ¡Es un truco de cachorro!

—Pero todavía funciona —se burló Abejorro Negro, negándose a moverse mientras su hermana se debatía debajo de él.

Zarpa Espinela se puso tensa. Betulón estaba avanzando hacia el avellano. Si lo alcanzaba, su patrulla ganaría. La aprendiza corrió tras él, levantando una nube de tierra con las patas traseras. Saltó y estiró una zarpa, apuntando hacia los tendones de las patas traseras del guerrero. Betulón cayó de bruces, y la joven se le subió encima, luchando por sujetarse con las uñas envainadas mientras él se retorcía.

Con un potente empujón, Betulón la lanzó por los aires. Zarpa Espinela cayó pesadamente y se quedó sin aliento, pero se incorporó de un salto con los ojos entornados. ¡No iba a defraudar a Alcotán tan fácilmente! Betulón se había puesto en pie, pero parecía desconcertado y le temblaban las patas, así que Zarpa Espinela aprovechó la ocasión y se deslizó por debajo del guerrero arqueando el cuerpo y enganchándose a su barriga. Usando las dos zarpas, le dobló una pata delantera y otra trasera, y salió disparada antes de que el guerrero se derrumbara en el suelo.

¿Dónde estaba el resto de la patrulla? ¡No podía defender el avellano ella sola sin ayuda!

Lanzó una mirada al claro.

Hojarasca Acuática la estaba observando con los ojos desorbitados. «Debe de estar impresionada por mis movimientos», pensó la aprendiza.

Justo en ese momento, Pinta atacó por sorpresa a Hojarasca Acuática. Rodando de costado, la guerrera intentó escapar, pero Pinta la inmovilizó contra el suelo y ella no pudo hacer otra cosa que sacudir la cola.

—¡Me rindo! —aulló Hojarasca Acuática.

—¡Habéis perdido igualmente! —Carbonera estaba plantada junto al avellano

—. ¡Reclamo este arbusto para el Clan del Carbón!

Betulón se puso en pie con esfuerzo e inclinó la cabeza ante Zarpa Espinela.

—Buenos movimientos para una aprendiza.

Hojarasca Acuática se zafó de Pinta y cruzó el claro.

—Sí —coincidió—. Muy buenos. ¿Dónde los has aprendido?

Zarpa Espinela no pensaba revelar su secreto.

—Se... Se me han ocurrido a mí —tartamudeó.

¿Por qué sus compañeros no deberían creer que era tan talentosa como Zarpa de Tórtola?

—El último parecía del Clan del Río —comentó Manto Polvoroso, acercándose.

Zarpa Espinela se encogió de hombros, dilatando los ojos con toda la inocencia que pudo. Manto Polvoroso se equivocaba. ¡Era un movimiento del Clan Estelar!

—Sea como sea, ha sido un movimiento muy eficaz —maulló Betulón—. Lo tendré en cuenta en el futuro.

Hojarasca Acuática seguía mirando inquisitivamente a la aprendiza.

—Vuelve a hacerlo —le propuso—. Podríamos aprenderlo todos.

Zarpa Espinela titubeó:

—No... no me acuerdo exactamente de lo que he hecho.

No quería compartir su movimiento secreto con nadie. Y tampoco quería que Manto Polvoroso lo analizara más. Hojarasca Acuática ya parecía que sospechaba. Tal vez habían conocido a Alcotán cuando aún estaba vivo, y se habían dado cuenta de que se trataba de su técnica.

Manto Polvoroso sacudió la cola.

—Qué lástima. —Y luego se volvió hacia Carbonera, que seguía custodiando con orgullo el avellano capturado—: ¿Vas a darnos la oportunidad de empatar?

—Vale —accedió la guerrera—. Pero esta vez empezaremos todos desde los helechos que bordean el claro. Vuestra patrulla en ese lado; la nuestra, en el otro.

Aliviada por que la atención se desviara de ella, Zarpa Espinela siguió a Floresta, Hojarasca Acuática y Manto Polvoroso hasta los helechos de un lado del claro. Se agazapó entre las frondas resecas y se asomó al exterior.

Las ramas del lado opuesto temblaron cuando la patrulla de Carbonera se escondió entre los helechos, preparándose para el ataque.

—Floresta —susurró Manto Polvoroso—, eres rápida. Quiero que corras hacia la mata que ellos defienden mientras nosotros les impedimos a los demás alcanzar el avellano.

Floresta se preparó tensando los músculos.

—¿Listos? —susurró Manto Polvoroso.

Antes de que ninguno pudiera responder, las frondas del extremo opuesto del claro se abrieron y la patrulla de Carbonera salió en estampida.

—¡Adelante! —aulló Manto Polvoroso.

Floresta salió disparada hacia los helechos mientras Zarpa Espinela echaba a correr con Manto Polvoroso y Hojarasca Acuática para bloquear el paso al avellano. Betulón y Abejorro Negro corrieron a toda prisa hacia el arbusto, y Carbonera y Pinta se desviaron a interceptar a Floresta para que no llegara a la zona que ellos defendían.

La joven guerrera intentó esquivarlas zigzagueando, pero las dos rivales la detuvieron.

—¡Ayúdala! —le gritó Manto Polvoroso a Hojarasca Acuática.

Mientras ésta iba hacia allí, Zarpa Espinela corrió junto a Manto Polvoroso, alargando las zancadas para avanzar al mismo ritmo que el guerrero. Abejorro Negro ya casi había alcanzado el avellano.

«¡No vais a ganar otra vez!» Zarpa Espinela saltó hacia delante estirando las zarpas para atrapar la cola de Abejorro Negro. Tiró de ella, y el guerrero trastabilló. La joven le mordió las patas traseras.

—¡Ay!

Abejorro Negro se separó de ella, y luego se volvió en redondo para lanzarle un manotazo torpe en el hocico.

Zarpa Espinela se agachó y viró, enganchándole una pata con la zarpa y derribándolo.

—¡Demasiado fácil! —chilló, saltando sobre él.

Abejorro Negro ni siquiera se defendió, y los ojos se le ensombrecieron de tristeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó la aprendiza, sorprendida.

Y se apartó para dejar que se pusiera en pie. Tras ellos sonó un alarido. Manto Polvoroso estaba enzarzado con Betulón, pero la batalla podía esperar. A Abejorro Negro le pasaba algo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Zarpa Espinela.

El guerrero estaba mirando el avellano, ensimismado. ¿Acaso sólo pretendía engañarla? ¿Estaba a punto de echar a correr repentinamente hacia el objetivo? Zarpa Espinela entornó los ojos, poniéndose tensa.

—A Gabarda le habría encantado esto... —maulló el joven guerrero en voz baja. Sus ojos centelleaban ahora de rabia—. ¡Es que no es justo! —gruñó—. Ella sólo intentaba ayudar a Rabo Largo. ¿Por qué el Clan Estelar tuvo que castigarla de ese modo?

A la aprendiza le habría gustado tener una respuesta.

—A veces ocurren cosas malas...

Sabía que esas palabras apenas servirían de nada. El joven guerrero parecía completamente derrotado.

—Entonces, ¿para qué sirve el Clan Estelar?

Zarpa Espinela apoyó la cabeza en su lomo.

—Gabarda no permitirá que esto acabe con ella —maulló en voz baja.

—Es verdad —suspiró Abejorro Negro—, pero esto no tendría que haber pasado.

Al notar el dolor de su compañero en su respiración temblorosa, Zarpa Espinela se imaginó a Zarpa de Tórtola arrastrándose por la hondonada como una presa herida y medio muerta. Comprendía la rabia de Abejorro Negro. Era muy injusto.

—¡Hemos vencido!

Hojarasca Acuática había capturado los helechos y apretaba una fronda contra el suelo, mientras Pinta daba vueltas a su alrededor, resoplando. Carbonera agachó la cabeza, aceptando la derrota con elegancia, y luego miró hacia Abejorro Negro. Al ver a los dos jóvenes sentados tan juntos, entornó los ojos, intentando adivinar qué sucedía.

Entonces parpadeó, asintiendo.

Lo había entendido.

—¡Eh! ¡Vosotros dos!

Carbonera se volvió hacia Manto Polvoroso y Betulón, que seguían peleando. Manto Polvoroso se libró de su rival empujándolo con fuerza con las patas traseras, pero Betulón aterrizó de pie y se revolvió, listo para atacar de nuevo.

Carbonera carraspeó.

—¡Detesto interrumpiros! —exclamó—. Pero ¡la batalla ha terminado!

Los dos guerreros se detuvieron, mirando sorprendidos a la gata gris.

Betulón se sentó, todavía con el pelo de punta.

—Sólo estábamos practicando movimientos de combate... —maulló, un tanto azorado.

—Sí —coincidió Manto Polvoroso—. En eso consiste el entrenamiento, ¿no?

Carbonera agitó los bigotes.

—Y supongo que, si resulta que disfrutamos y todo, al Clan Estelar no le importará demasiado —se burló.

El sol estaba elevándose por encima de los árboles, iluminando el cielo.

—Parece que va a ser un buen día para cazar —comentó Hojarasca Acuática.

Carbonera asintió.

—Volvamos al campamento, a ver si Zarzoso quiere que nos unamos a alguna

patrulla.

Manto Polvoroso se mostró de acuerdo.

—El clan necesita engordar antes de la estación sin hojas.

Betulón encabezó la marcha a través de los helechos y desapareció entre los árboles. Carbonera, Floresta y Manto Polvoroso lo siguieron.

Abejorro Negro se separó de Zarpa Espinela; aún tenía el pelo liso allí donde ella se había apoyado.

—Gracias —maulló en voz baja, y corrió a alcanzar a su hermana para marcharse con ella.

La aprendiza los siguió, sintiéndose desplazada mientras los dos jóvenes guerreros caminaban juntos, hablándose en susurros.

—Zarpa Espinela —maulló Hojarasca Acuática.

La joven se sobresaltó, y la guerrera se situó a su lado. Las hojas crujían al pisarlas, brillando como el pelaje de Fronde Dorado.

—Me he dado cuenta de que tus movimientos son bastante avanzados.

La aprendiza la miró de soslayo, pero la gata tenía los ojos clavados en el camino.

—Supongo que me han salido por casualidad —respondió.

—Pues menuda suerte…

—Sí, imagino que sí… —Zarpa Espinela sintió un hormigueo de culpabilidad.

—¿Y estás segura de que no podrías volver a hacerlos? —insistió Hojarasca Acuática.

«¡Déjame en paz!» La aprendiza apretó el paso y se molestó al ver que la guerrera adoptaba su mismo ritmo. ¡Todos los demás gatos del clan tenían secretos, incluida Hojarasca Acuática! ¿Por qué ella no podía tener los suyos?



15

—¿Por qué no has querido que Zarpa de Tórtola viniera con nosotros?

Leonado se sentó junto al muro bajo; la vivienda abandonada de los Dos Patas se alzaba junto a ellos, destacando en el bosque sin hojas.

—No quería asustarla —respondió Glayo.

Apretó la tierra alrededor de su preciada nébeda, reforzando los delicados tallos para que soportaran el peso de la nieve que pronto caería.

—Tendremos que contárselo tarde o temprano —señaló su hermano.

«Pero todavía no», pensó Glayo.

El joven curandero se puso tenso.

«¡Pisadas!»

Elevó el hocico para saborear el aire.

Leonado se volvió de golpe.

—¿Qué ocurre? —preguntó, erizando el pelo—. Ah, sólo es la patrulla de Tormenta de Arena.

Los arbustos susurraron cuando Nimbo Blanco y Tormenta de Arena atravesaron zigzagueando los árboles cercanos. Esquiruela y Zancudo los seguían a toda prisa.

—Bueno, ¿qué querías saber?

Leonado deslizó la cola sobre el frío suelo.

—¿Has soñado con Estrella de Tigre últimamente?

—No.

Glayo suspiró.

—¿Qué te ronda por la cabeza? —le preguntó Leonado, amasando la tierra.

—No creo que Estrella de Tigre se dé por vencido con tanta facilidad... —dijo Glayo, olisqueando una mata de borraja silvestre que había descubierto junto al muro de los Dos Patas—. Ayúdame con esto.

Las hojas más grandes se habían marchitado, pero el curandero percibió el olor a brotes nuevos cerca de la base, y quería recolectarlos. Aquella planta era buena para tratar la fiebre. Apartó los tallos marchitos para que Leonado pudiera ver las hojas nuevas.

—¿Puedes recogerlas? —le preguntó.

—Claro.

El guerrero comenzó a arrancarlas, llenando el aire con el intenso olor de la savia.

—Bueno, ¿y a quién crees que está visitando Estrella de Tigre?

—Sin la menor duda, a Ventolero. ¿Por qué si no se atrevería a atacarme?

Leonado arrancó otro puñado de brotes. Guardó silencio, aunque su mente no dejaba de dar vueltas.

—Yo me consideraba especial... —maulló por fin, en un susurro suave—. Creía que por eso me visitaba Estrella de Tigre; porque éramos parientes y él pensaba que yo sería el mejor de los guerreros.

—Eres especial —replicó Glayo.

—Pero Estrella de Tigre jamás creyó en la profecía.

—No.

—Y en realidad no estamos emparentados con él. Estrella de Tigre sabía desde el principio que Zarzoso no era nuestro padre.

—Ya.

Leonado se sentó.

—Entonces, ¿por qué me visitaba?

Glayo soltó los tallos que mantenía apartados, y las viejas hojas volvieron a su sitio con un susurro.

—Incluso sin parentesco ni profecía, eres uno de nuestros guerreros más fuertes —razonó.

—¿Eso es lo único que quiere Estrella de Tigre? ¿Guerreros fuertes?

—Es evidente que necesita guerreros que luchen por él...

El joven curandero empezó a rodear con tierra los tallos rotos para protegerlos.

—Ya está utilizando a Ventolero con ese objetivo. ¿Y recuerdas al guerrero fantasmal que peleaba junto a él en la Laguna Lunar? Estrella de Tigre debe de haber encontrado aliados en el Bosque Oscuro.

—¿Aliados? —gruñó Leonado.

—No todos los gatos van al Clan Estelar —le recordó su hermano—. Pero ¿por qué está haciendo esto ahora?

—Porque aborrece a Estrella de Fuego. Todos los clanes lo saben. ¿Qué podría ser mejor que sublevar a un ejército contra él cuando menos se lo espera?

—Supongo que tienes razón.

Leonado se lamió el pecho.

—De todos modos, me parece raro que haya reclutado a Ventolero. No tiene ningún parentesco con Estrella de Tigre.

—Pero está resentido con nosotros porque somos hijos de Corvino Plumoso —dijo Glayo, mientras amontonaba los brotes—. Estrella de Tigre es listo. Sabe que la mayoría de los guerreros son demasiado leales para quebrantar el código, así que tiene que explotar los puntos débiles.

—¡No pudo explotar los míos!

Glayo sintió una oleada de afecto por su hermano.

—Por supuesto que no, pero lo intentó. ¿Quién sabe a quién más puede estar intentando manipular?

Leonado arañó el suelo.

—Pues hay que averiguar qué gatos tienen debilidades que Estrella de Tigre pueda utilizar, ¿no?

—O algún parentesco con él...

Glayo notó que su hermano se ponía tenso.

—¿Qué ocurre?

—¡Por eso ha captado a Corazón de Tigre! —El guerrero sacudió la cola—. ¿Recuerdas que te conté que los movimientos de combate que usó con los castores eran puro Estrella de Tigre?

—¡Por supuesto!

A Glayo se le encogió el estómago. Las cosas estaban empezando a tener sentido.

—Y yo lo encontré en la frontera la noche que el Clan del Viento trajo a Zarpa de Tórtola al campamento, ¿te acuerdas?

—Entonces, ¿crees que los rastros del Clan de la Sombra que hemos estado detectando podrían ser de Corazón de Tigre, porque está explorando la frontera siguiendo órdenes de Estrella de Tigre?

—Es más que probable —respondió Glayo—. Corazón de Tigre es una elección obvia, empezando por su nombre. Lo que significa que debemos dar por hecho que, para reclutar gatos, Estrella de Tigre está explotando tanto el parentesco como las debilidades.

—¿Y cómo lo detenemos? —gruñó Leonado.

—No podemos hacer nada. Todavía no. Tendremos que limitarnos a permanecer alerta. No podemos demostrar nada de esto, y ningún gato admitirá que su lealtad reside fuera de su propio clan.

—Al menos podríamos intentar descubrir si Estrella de Tigre está entrenando a más gatos.

Glayo volvió a olfatear la borraja.

—Mantente atento en las Asambleas —le aconsejó el curandero—. Y vigila bien las fronteras, es posible que haya más gatos que las estén cruzando sin ser vistos. Yo averiguaré lo que pueda esta noche, en la Asamblea de los curanderos.

—De acuerdo —accedió Leonado—. Por el momento podemos estar seguros de que ha reclutado a un guerrero del Clan de la Sombra y a otro del Clan del Viento. ¿Qué me dices del Clan del Río?

Glayo entornó los ojos, pensativo.

—¿Hay algún guerrero del Clan del Río que nos odie tanto como Ventolero? ¿Uno cuya debilidad pudiera aprovechar Estrella de Tigre?

—No se me ocurre ninguno, pero...

Leonado se quedó callado y Glayo se inclinó hacia delante.

—¿Qué?

—Estrella de Tigre tenía un hijo, ¿no?

—¿Alcotán?

El curandero soltó un respingo. Nunca lo había visto en el Clan Estelar. Había muchas posibilidades de que se paseara por el Bosque Oscuro con Estrella de Tigre.

—Sí, pertenecía al Clan del Río. Él sabría perfectamente a qué gato acercarse.

—De modo que es posible que Estrella de Tigre no sea el único que está entrenando guerreros en sus sueños.

Glayo se encogió de hombros.

—Genial —gruñó Leonado.

—Volvamos al campamento. Quiero descansar antes de ir a la Laguna Lunar.

El joven curandero se dirigió hacia los árboles, notando la caricia de los helechos al atravesarlos.

Leonado lo siguió.

—¿Las hierbas estaban bien?

—Eso parece. —Glayo le lanzó un ruego silencioso al Clan Estelar—. Me alegra saber que tengo provisiones frescas.

—Diría que disfrutas cuidándolas.

—Las plantas hacen lo que les dicen —replicó el curandero—. ¡Al contrario

que los aprendices!

Leonado ronroneó.

—¿Acaso estás pensando en tomar un aprendiz?

Glayo se puso tenso.

—No mientras... —Le costaba pronunciar aquellas palabras—. No mientras Hojarasca Acuática viva.

—¿Es que esperas que vuelva a convertirse en curandera?

Su hermano agitó una oreja.

—Tal vez... —reconoció, aunque no se estaba poniendo sentimental—. A mi parecer, Hojarasca Acuática está desperdiciando su experiencia al darle la espalda a la curandería. Ella sabe mucho, y a veces siento que yo sé muy poco. El clan todavía la necesita, Leonado. Y ahora quizá más que nunca.

—¡Glayo! —lo llamó Acedera desde el claro—. Cirro está aquí.

—¡Voy!

El joven curandero olfateó a Gabarda, que estaba profundamente dormida en su lecho. Ni rastro de enfermedad. Luego salió a toda prisa por la cortina de zarzas de su guarida y percibió la frágil media luna flotando sobre la hondonada. El aire olía a fresco, con un matiz de escarcha. El tiempo de las heladas estaba cada vez más cerca. Cruzó el claro a la carrera, seguro ya de que no tropezaría ni se engancharía con nada.

—Creía que solías encontrarte con los demás curanderos en la frontera para ir a la Laguna Lunar —le susurró Acedera cuando pasó por su lado.

—Creo que Cirro quiere ver los daños que ha sufrido nuestro campamento con sus propios ojos.

El curandero del Clan de la Sombra estaba justo en la boca del túnel de espinos, mirando el campamento conmocionado.

—Me asombra que sólo hayáis perdido a un gato —comentó cuando Glayo llegó a su lado—. ¿Cómo está Gabardeta?

—Ahora se llama Gabarda.

—¿En serio?

Sonó sorprendido, pero Glayo no hizo ningún comentario mientras lo seguía por el túnel de espinos. Rosero, el aprendiz de Cirro, esperaba al otro lado de la barrera.

«¡Genial!», pensó Glayo. Rosero era hermano de Corazón de Tigre. Si podía haber pistas sobre las intenciones del guerrero en los sueños de algún gato, sería

en los de Rosero.

A menos que Estrella de Tigre también lo estuviese entrenando a él.

«¿A un curandero? ¡Imposible!»

Glayo intentó sacarse esa idea de la cabeza, pero se le quedó fijada como una garrapata en un rincón, por lo que tuvo mucho cuidado de no decir demasiado.

Cirro dejó que Glayo encabezara la marcha hacia la frontera del Clan del Viento. Allí se encontrarían con el resto de los curanderos.

—¿Así que Estrella de Fuego ha nombrado guerrera a Gabarda igualmente? —preguntó Cirro, retomando el tema.

—Es tan valiente como cualquier guerrero —respondió Glayo, fijándose en la reacción del aprendiz.

¿Cuánto interés estaba mostrando Rosero en la conversación?

—¿Ha enfermado de algo? —quiso saber el joven, acercándose un poco más a Glayo.

—No, al menos de momento. Pero nos hemos encargado de que se mueva. Hace ejercicios a diario y recoge su propia comida del montón de la carne fresca. Parece que eso está sirviendo para que su pecho y su estómago funcionen bien.

—¿Qué haces para que esté animada?

¿Acaso Rosero buscaba signos de debilidad?

—No necesito hacer nada. Es una gata muy positiva.

Glayo se sintió aliviado cuando salieron entre los árboles y captó el olor de Azor, Ala de Mariposa y Blima, que los esperaban en la frontera del Clan del Viento. Apretó el paso para reunirse con ellos, y salvó el arroyo de un solo salto.

—¡Qué frío hace! —maulló a modo de saludo.

Un viento gélido soplaba desde el páramo, alborotándoles el pelo a todos.

—Dejaremos de notarlo en cuanto nos pongamos en marcha —contestó Azor, que estaba pateando el suelo para entrar en calor y echó a andar arroyo arriba.

—Ala de Mariposa. —Glayo saludó formalmente a la curandera del Clan del Río, y notó la frialdad de su mirada en la piel.

—Glayo —le respondió ella, con cierta crispación en la voz.

¿Acaso temía que él revelara su secreto? Pues se equivocaba del todo. ¿Qué ganaría Glayo contándoles a los demás que Ala de Mariposa no tenía ninguna conexión con el Clan Estelar?

—Con un poco de suerte, en la hondonada nos libraremos de este viento —rezongó Cirro.

—Suenas como un veterano —bromeó Azor.

—¡De hecho, casi lo es! —intervino Rosero.

—¡Menudo insolente!

Cirro pretendió sonar ofendido, pero todos ellos irradiaban una corriente de afecto mutuo.

Cualquier otra luna, Glayo habría disfrutado con la ausencia de fronteras y recelos. Pero esa noche estaba preocupado. La antigua confianza que le inspiraban sus camaradas curanderos parecía amenazada por el espectro de Estrella de Tigre. Ahora caminaba tras el pequeño grupo, siguiendo el arroyo que los llevaría hasta la cascada. Mientras se concentraba en avanzar entre las rocas, notó que la distancia entre ellos era cada vez mayor.

—¿Quieres que vayamos más despacio? —le preguntó Cirro, mirándolo por encima del hombro.

—No hace falta, os alcanzaré enseguida —respondió Glayo, que estaba trepando entre dos peñascos.

Volvió a preguntarse si Estrella de Tigre y sus compañeros del Bosque Oscuro visitarían a alguno de los curanderos esa noche.

«¡Eso es absurdo!», se dijo, pero ¿lo era de verdad? Estaban acostumbrados a que los visitaran miembros del Clan Estelar. ¿Por qué no podía ocurrir lo mismo con los gatos del Bosque Oscuro, el Lugar Sin Estrellas...?

Una de sus patas patinó al pisar una roca resbaladiza.

—Ten cuidado —le dijo Cirro, sujetándolo con una pata.

El curandero del Clan de la Sombra lo había esperado, y se quedó mirándolo mientras él echaba a andar de nuevo.

—¿Cómo está Hojarasca Acuática? —preguntó cuando reanudó la marcha tras él.

Glayo detectó preocupación en la voz del viejo curandero. Hojarasca Acuática había sido su amiga.

—Me refiero a cómo se las está arreglando como... guerrera.

Cirro pronunció la última palabra como si aún no se creyera la decisión que había tomado la gata.

—Está bien.

Glayo apretó el paso.

¿Por qué tenía que dar explicaciones precisamente sobre el comportamiento de Hojarasca Acuática?

—¿No echa de menos la curandería?

—¡Nadie la obligó a abandonarla! —maulló con irritación, volviéndose hacia él.

«Pero ¿cómo iba a seguir siendo curandera después de quebrantar el código?» Glayo rechazó la punzada de tristeza que notó en el corazón. No quería compadecerla.

Cirro seguía a lo suyo.

—Todos cometemos errores... Y algunos de esos errores tienen ecos que duran eternamente.

Rosero ya estaba ascendiendo hacia la cascada, a pocas colas de distancia. Cuando Glayo llegó a lo alto, el aprendiz del Clan de la Sombra y Ala de Mariposa estaban acomodados junto a la Laguna Lunar. Blima seguía buscando un sitio.

Cirro bajó a reunirse con los demás.

—¡Tenías razón, Cirro! —exclamó Azor—. Aquí estamos mucho más resguardados.

Glayo siguió las huellas en la roca que descendían en espiral hasta la laguna, los huecos que las pisadas habían ido dejando a lo largo de incontables lunas. Esperaba oír los susurros que siempre lo llamaban para que compartiera espacio con los ancestros de los gatos del lago, pero sólo oyó el gemido del viento por encima de las rocas.

Un abismo de desolación pareció abrirse en el estómago del curandero. ¿Ningún pelaje antiguo iba a rozar el suyo? ¿No habría susurros de bienvenida? ¿Ningún olor familiar?

¿Estaban enfadados porque había roto el palo de Pedrusco?

«¡Lo siento!», se lamentó en silencio.

Cuando se sentó junto a la Laguna Lunar, la respiración de Ala de Mariposa ya había adquirido la profundidad del sueño. Sería inútil colarse en los sueños de la gata. Si el Clan Estelar no la visitaba, era poco probable que algún gato del Bosque Oscuro fuera capaz de traspasar la barrera de su incredulidad.

Rosero era el gato con el que tenía más probabilidades de obtener pistas sobre Estrella de Tigre. Aunque los sueños de Cirro o Blima bien podrían revelarle información nueva. Quizá también tuvieran sus preocupaciones al respecto, y tal vez habían visto a algún compañero de clan actuando de forma extraña o habían tenido que tratar heridas inexplicables.

No, mejor sería que se dejase llevar y se paseara a solas entre sus propios antepasados.

Glayo tocó con el hocico el agua fría y clara, y cerró los ojos.

Ante él se desplegó un mundo verde y exuberante. Lo envolvió una brisa cálida, y notó el olor a presas. El sol se filtraba entre los árboles cuando empezó a trotar entre la alta hierba.

El conocido pelaje desgreñado de una gata se movió entre la vegetación, un poco más adelante. Glayo la reconoció al instante. Apretó el paso, y estaba ya a punto de llamarla cuando otro gato saltó entre la alta hierba y saludó a la

desaliñada guerrera del Clan Estelar.

—¡Fauces Amarillas!

—¡Hola, Rosero!

Glayo se detuvo y plantó las orejas.

—Nariz Inquieta me ha dicho que quiere hablar contigo —le dijo Fauces Amarillas a Rosero.

«¿Qué querrá contarle el antiguo curandero del Clan de la Sombra a un aprendiz como él?», se preguntó Glayo.

El joven curandero se agazapó entre los helechos y comenzó a seguir a Rosero, pero justo en ese momento Fauces Amarillas aterrizó delante de él.

—¡¿Es que tú nunca aprendes?!

Glayo se incorporó, tan irritado como sorprendido.

—¡Ha sido él quien se ha metido en mi sueño! —se quejó.

—¿Y también te ha pedido que lo sigas?

Los ojos ámbar de la gata lo miraban con reproche.

—¡Tú no lo sabes todo! —gruñó el joven curandero, viendo cómo Rosero desaparecía entre la vegetación.

—Sé que tienes que confiar en él —le espetó Fauces Amarillas—. Es un curandero, como tú.

—Ya, y Hojarasca Acuática también lo era —replicó él con un resoplido.

Fauces Amarillas entornó los ojos, y Glayo se puso tenso, esperando una reprimenda. Pero la guerrera parecía más interesada en otra cosa.

—Acabas de decir que no lo sé todo —susurró—. Cuéntame, ¿qué es lo que no sé?

—¿Por dónde empiezo? —bufó él.

Fauces Amarillas soltó un gruñido.

—No hay tiempo para réplicas ingeniosas. —Se le ensombreció la mirada—. Varios miembros del Clan Estelar están intranquilos. Se avecina algo malo. Y eso podría ser para lo que necesitamos a los tres.

Glayo se puso tenso.

—¿Algo malo? ¿Sabes qué es?

La anciana negó con la cabeza.

—Esperábamos que lo supieras tú.

—Lo único que sabemos es que Estrella de Tigre está entrenando a guerreros de distintos clanes mientras duermen. Incluso Alcotán podría estar colaborando con él.

A Fauces Amarillas se le desorbitaron los ojos.

—¿Entrenando a guerreros? ¿Para qué?

—El Bosque Oscuro se está preparando para alzarse. —Al oír las palabras que salían de su propia boca, a Glayo se le desbocó el corazón—. El Bosque Oscuro se está alzando contra nosotros.

—¿Qué quieres decir?

A Fauces Amarillas se le había erizado el pelo.

—Creemos que Estrella de Tigre está entrenando a gatos para enfrentarse a nosotros. Ya ha adiestrado a Ventolero. Me vi obligado a luchar con él junto a la Laguna Lunar. Pero Ventolero no estaba solo. Había otro gato peleando a su lado. Un gato del Bosque Oscuro.

—¿Quién?

La gata se le acercó más.

—No lo sé —respondió Glayo—. Era grande y de pelaje oscuro. No lo reconocí.

—¿Y crees que está trabajando con Estrella de Tigre?

—Y Alcotán también. —Glayo sintió un escalofrío repentino—. No sé cuántos son, pero están metiéndose en los sueños de gatos que sienten algún rencor hacia nosotros o que tienen algún parentesco con Estrella de Tigre. Los están entrenando para combatir.

Fauces Amarillas lo miró horrorizada.

—¿Y sospechas que Rosero es uno de sus reclutas? Pero ¡si es curandero!

—No sabemos en quién podemos confiar —se alteró Glayo—. Corazón de Tigre ha estado traspasando nuestra frontera de noche. Y puede que no sea el único. Le prometí a Leonado que intentaría averiguar si hay alguno más. Quizá algún miembro del Clan del Río. Parientes de Alcotán.

Fauces Amarillas se sentó, obligándose a alisar el pelo.

—Entonces tenían razón al preocuparse… —masculló para sí misma.

—¿Quiénes? —Glayo sintió un hormigueo de temor en las zarpas—. ¿El Clan Estelar?

¿Cómo iba a estar preocupado el Clan Estelar? ¡Era el Clan Estelar! El miedo comenzó a bajarle por la columna vertebral como un reguero de agua helada.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó.

Fauces Amarillas dejó que su mirada se perdiera en la distancia y, muy seria, contestó:

—Debemos ir al Bosque Oscuro.



16

Los árboles cargados de hojas susurraban suavemente al compás de la brisa. Fauces Amarillas saltó un estrecho arroyo que serpenteaba entre la larga hierba, y Glayo la siguió, disfrutando de la cálida vegetación que iba pisando tras caminar por el suelo cubierto de hojas muertas del territorio del lago. La gata lo condujo por unos arbustos en flor que les moteaban el pelo de rocío y polen al pasar, y poco después llegaron a un prado que se extendía hasta el horizonte. Había árboles aquí y allá, y la hierba estaba salpicada de flores, radiante bajo la luz sesgada del sol.

Unos guerreros lustrosos y satisfechos se paseaban entre la hierba alta, o se desperezaban en huecos soleados, relajados al sol. Un atigrado adoptó la postura del cazador, balanceando las ancas, antes de saltar sobre un ratón rollizo. Una gata blanca con las almohadillas rosadas se estiró contra el tronco agrietado de un fresno, arañando alegremente la corteza mientras observaba a una ardilla que se movía por una rama alta. Con un salto repentino, la gata trepó por el tronco y desapareció entre las hojas.

Glayo saboreó el aire. Unos olores ligeramente familiares flotaban en la brisa: el Clan del Viento, el Clan de la Sombra, el Clan del Trueno y el Clan del Río.

—Hola, Corriente Plateada. —Fauces Amarillas saludó con un ronroneo a una atigrada gris que surgió de una franja de helechos.

—Fauces Amarillas —la saludó a su vez la atigrada—. ¿Has visto a Plumosa?

—Antes estaba descansando en las Rocas Cálidas.

—Gracias.

Corriente Plateada desapareció entre la hierba, agitando la punta de la cola.

Glayo entornó los ojos.

—Ni peleas, ni estación sin hojas, ni hambre... —maulló—. No es extraño que todos parezcan tan contentos.

A Fauces Amarillas se le ensombreció la mirada.

—Nunca dejamos de vigilar a los que dejamos atrás, ni de preocuparnos por ellos.

El joven curandero se encogió de hombros.

—Si es aquí donde vamos a terminar, ¿de qué hay que preocuparse?

—Ningún gato puede dejar de lado el sufrimiento de otro. Además, no todos los caminos llegan aquí —respondió la vieja curandera.

Con un estremecimiento, Glayo recordó adónde se dirigían.

Otro pelaje familiar atrajo su atención. Tan familiar, de hecho, que lo dejó horrorizado. Un guerrero esbelto y de pelo rojo llameante, orejas plantadas y mirada esmeralda zigzagueó entre los arbustos que tenían delante. Parecía más desdibujado que los demás, casi invisible. Y, sin embargo, estaba allí.

—¿Estrella de Fuego? —maulló Glayo con la voz estrangulada.

—No del todo —respondió Fauces Amarillas con dulzura—. Cinco de sus nueve vidas están aquí, pero no podrá ni oír ni hablar hasta que la novena se una a nosotros.

El joven curandero se quedó mirando cómo el espectro fantasmal del líder del Clan del Trueno se alejaba hasta desaparecer detrás de un roble. ¿Notaría Estrella de Fuego cómo menguaban sus vidas? «No, eso no es posible...» Glayo se sacudió esa idea de encima. De lo contrario, no podría seguir siendo un líder tan fuerte.

Entonces comenzó a advertir que había más gatos levemente difuminados. Algunos eran tan espectrales que apenas parecían estar allí. Eran más bruma que carne y hueso.

—¿Esos gatos también están medio muertos? —le preguntó a Fauces Amarillas cuando una gata fantasmal tricolor se cruzó en su camino, sin reparar apenas en el saludo de la anciana.

La vieja curandera negó con la cabeza.

—No, ésos llevan aquí muchísimo tiempo —le explicó—. Tanto que ya los han olvidado.

—¿Los ha olvidado todo el mundo?

Esa idea hizo que Glayo se estremeciera.

—No hay que tener miedo de que te olviden. Ni siquiera las estrellas duran eternamente. Todos los gatos se apagan y terminan por desvanecerse. Se han ganado la paz.

Glayo se imaginó a Fauces Amarillas desapareciendo para siempre, y le sorprendió sentir una punzada de tristeza en el pecho.

—No te preocupes —ronroneó la gata, como si le hubiera leído el pensamiento—. ¿Quién podría olvidarse de un vejestorio cascarrabias como yo?

—¡Hola, Fauces Amarillas!

Una preciosa gata parda los llamó desde las rocas de lo alto de una cascada que caía en una rivera centelleante. Bajó de un salto y desapareció unos instantes entre la alta hierba antes de reaparecer ante ellos.

Glayo reconoció a Jaspeada al momento.

—Hola. —El joven curandero inclinó la cabeza mientras ella se sacudía algunas semillas del pelaje moteado.

—¿Adónde vais?

Los ojos de la gata brillaban como estrellas, pero se ensombrecieron al encontrarse con la dura mirada de la anciana.

—Al Bosque Oscuro.

—¡No podéis ir allí!

—Tenemos que ir.

Glayo escuchaba la conversación con la cabeza ladeada. Era difícil saber cuál de las dos estaba más asustada, aunque ambas se esforzaban por ocultarlo.

—Estrella de Tigre está conspirando contra nosotros —maulló el joven curandero—. Tenemos que descubrir qué planea y cómo pretende llevarlo a cabo.

A Jaspeada se le erizó el pelo al oír aquel nombre.

—¿Y os parece inteligente ir hasta allí los dos solos?

—Nos tenemos el uno al otro —replicó Fauces Amarillas.

—Voy con vosotros —decidió Jaspeada.

Fauces Amarillas hizo una mueca.

—No quiero atraer demasiada atención.

Jaspeada le sostuvo la mirada.

—Si le pasara algo a Glayo, Estrella de Fuego jamás me lo perdonaría.

El joven curandero alzó la cabeza.

—No soy un gato desvalido —protestó.

Jaspeada se volvió hacia él.

—Vas en busca de Estrella de Tigre —le recordó—. Contra ese demonio, todos estamos desvalidos.

—Entonces, ¡quizá sea hora de que las cosas cambien! —maulló Glayo, sacudiendo la cola.

Retomaron la marcha entre los árboles, y la exuberancia de la vegetación fue disminuyendo con cada paso. Los troncos eran cada vez más delgados y lisos, las

ramas, demasiado altas de alcanzar. El sol se esfumó del cielo, dejando tras de sí una luz blanquecina y escalofriante que impregnaba el bosque de una atmósfera turbia como el agua que inunda un banco de juncos. Glayo aspiró el aire, frío y húmedo, y apenas pudo contener un escalofrío: el único olor que le llegaba era el de la descomposición. La hierba había desaparecido por completo. La niebla que se ondulaba sobre el suelo pelado fue elevándose a medida que avanzaban, y acabó siendo tan espesa e impenetrable que Glayo advirtió, estremecido, que ya no podía ver el pelo desgreñado de Fauces Amarillas ni oír los suaves pasos de Jaspeada.

El joven curandero tomó una bocanada de aire, tan espeso que lo hizo toser, y apretó el paso con la esperanza de alcanzar a las gatas. Estaba demasiado asustado para llamarlas, no sabía si habría otros oídos al acecho.

El suelo se tornó turboso bajo sus patas.

«¿Dónde se han metido?»

El corazón empezó a martillearle, y la sangre a rugirle en los oídos. Echó a correr.

«¡Fauces Amarillas! ¡Jaspeada!»

No podía ver nada. La niebla lo estaba asfixiando. Aquello era peor que recorrer a ciegas el territorio del Clan del Trueno. Volaba entre los árboles, y tropezó con una raíz retorcida que se interponía en su camino. Sintió un dolor lacerante, pero no dejó de correr. Un alarido resonó a través de la bruma, y comenzaron a retumbar pisadas tras él.

Alguien lo perseguía.

Aumentó la velocidad, zigzagueando entre los árboles, esquivándolos por tan poco que le enganchaban el pelo. Los pasos lo estaban alcanzando, rítmicos, potentes, estremeciendo el suelo del bosque a su estela.

Presa del pánico, Glayo apenas podía respirar, sólo corría.

«¡Plof!»

Se quedó aturdido al chocar contra un árbol y, tambaleándose, cayó de bruces en un charco. Al rodar para ponerse boca arriba, vio una figura cerniéndose sobre él. Una cara ancha lo miró con desdén entre la niebla.

—¡No! —La voz se le quebró en un quejido.

—¡Soy Fauces Amarillas, cabeza de chorlito!

La gata lo alzó agarrándolo por el pescuezo.

Jaspeada frenó en seco junto a ellos.

—Lo has encontrado... —resopló.

Fauces Amarillas temblaba de rabia.

—¡Tenemos que mantenernos juntos! —bufó.

Glayo la había visto malhumorada, pero jamás tan enfurecida. Entonces se dio cuenta de lo asustada que estaba.

Asintió, tomando aire a bocanadas.

—Venga.

Fauces Amarillas echó a andar, pero unos pasos más allá volvió a detenerse para asegurarse de que Glayo y Jaspeada la seguían. Avanzaron por el viscoso barro, hasta que la niebla empezó a disiparse.

Glayo reconoció los árboles, la luz escalofriante, el silencio resonante. Allí se había encontrado una vez con Estrella de Tigre. En aquella ocasión, Jaspeada había acudido a su rescate para llevarlo a casa. Estaba claro que a la gata no le gustaba nada haber tenido que regresar al Lugar Sin Estrellas; tenía el pelo erizado y los ojos dilatados. Pero la que de verdad parecía asustada era Fauces Amarillas.

Nervioso, el joven curandero miró de reojo a la desgreñada anciana. Jamás se habría imaginado que ella pudiera temerle a algo, pero la rigidez de sus movimientos delataba un pavor auténtico.

Glayo se coló en su mente.

Y, de pronto, lo inundó un destello de pánico. Un gato grande y de pelo oscuro merodeaba por los pensamientos de la anciana. El brillo de unas bayas de color rojo intenso, como gotas de sangre… Un dolor y una furia atroces…

La curiosidad lo empujó a internarse más en sus pensamientos. «¡No!» Debía concentrarse en el lugar donde se encontraba. Ya había peligros de sobra sin que se perdiera en las pesadillas de otros gatos.

Levantó la cabeza de golpe al oír un susurro y unos pasos entre la escasa vegetación, y miró interrogativo a Jaspeada.

Ella negó con la cabeza.

—Aquí no hay presas —maulló.

A Glayo se le erizó el pelo, estremeciéndose al percibir miradas vigilantes en las sombras. Inspeccionó los árboles. Había ojos brillando en la penumbra.

El joven curandero se acercó más a Jaspeada.

—¿Quiénes son? —susurró.

—Gatos muertos y olvidados desde hace mucho —respondió ella en un murmullo—. Lo mejor es ignorarlos.

«¿Ignorarlos?» Glayo podía percibir la amenaza que despedían aquellas miradas, y también sus mentes, acosadas por el mal, más allá del alcance de ningún recuerdo excepto los suyos propios.

El joven curandero se detuvo a saborear el aire.

—Tenemos que encontrar a Estrella de Tigre y descubrir qué está tramando.

Jaspeada parpadeó.

—¿Acaso crees que vamos a sorprenderlo conspirando? —maulló, entornando los ojos—. Conoce este bosque demasiado bien. Sabrá que estamos aquí mucho antes de que lo encontremos.

Glayo tomó una senda que discurría entre los grises árboles susurrantes.

—Pero ¡tenemos que intentarlo! Si no, ¿para qué hemos venido?

De repente captó el rastro de un gato. El olor le resultó oscuramente familiar, pero no supo decir a qué clan pertenecía. Miró por encima del hombro para comprobar que Fauces Amarillas y Jaspeada seguían detrás de él.

La pequeña gata tenía la boca abierta y las narinas dilatadas.

—¿Hueles eso? —le susurró Glayo.

—¡Esperad! —Fauces Amarillas miraba hacia los árboles con desesperación—. Será mejor que nos vayamos, de aquí no vamos a sacar nada bueno.

El curandero se preguntó qué estaría aterrorizando a la anciana.

—Hola. —Un gruñido profundo sonó en el camino.

Glayo se volvió en redondo.

Un gato enorme marrón oscuro le bloqueaba el paso.

—¿Qué estás haciendo aquí?

El joven curandero se quedó de piedra. El olor del recién llegado le evocaba algún recuerdo. ¿Dónde había conocido a ese guerrero...? Irguió la cabeza valerosamente, preparándose para responder a su pregunta, pero entonces se dio cuenta de que el gato no estaba hablando con él. Sus duros ojos ámbar estaban clavados en Fauces Amarillas.

Al momento, Glayo se vio arrastrado por un torrente de recuerdos. Fauces Amarillas aullando mientras daba a luz, retorciéndose en las sombras, escondiéndose de su clan. Un pequeño bulto peludo depositado en el lecho de otra gata. Una reina que no se preocupó de su nueva responsabilidad, que mordía al cachorro y lo privaba de leche como castigo por haber nacido. Luego, el mismo cachorro ya convertido en adulto. «Estrella Rota.» El nombre llameó en la mente de Glayo. Un guerrero corpulento y musculoso, que había conseguido crecer sano y fuerte gracias a sus propias habilidades como cazador, tan hambriento de poder como un zorro de conejos. La muerte de un líder y la oscuridad que descendió sobre un clan sumido en el caos. Entonces, de repente, Glayo vio a Fauces Amarillas de nuevo, poderosa y ágil ahora; y al guerrero, débil, ciego, vapuleado, preso, pero todavía con un brillo asesino en los ojos. A través de la mirada de Fauces Amarillas, Glayo vio cómo el gato se debatía mientras ella lo forzaba a tragar bayas mortales, lo vio convulsionarse y morir, jurando odio y venganza. El joven curandero sintió que una culpabilidad ardiente le partía el corazón: la

culpabilidad de una gata que había traído al mundo a un monstruo semejante. La culpabilidad de una madre que había librado al mundo de él.

«¡Maté a mi propio hijo!»

Estremeciéndose y respirando hondo, Glayo luchó por escapar de aquella pesadilla y regresar a la realidad.

Aquel gato era Estrella Rota. ¡El hijo de Fauces Amarillas!

El guerrero observaba a su madre con desprecio y frialdad, mostrándole unos colmillos que resplandecían amarillentos bajo la inquietante luz del Bosque Oscuro.

Glayo retrocedió, apretándose contra el cuerpo de la anciana.

—¿Tú eres su madre? —le preguntó casi sin voz—. Pero ¡si eras curandera!

Fauces Amarillas apenas consiguió despegar los ojos de su hijo para mirar a Glayo.

—A veces cometemos errores —gruñó.

El joven curandero se apartó, encogiéndose un poco más. «¿Errores? ¿Eso es lo que soy, según tú?»

El dulce aliento de Jaspeada le rozó el pelo de la oreja.

—Tú no fuiste un error. Tu madre siempre te ha amado. —Miró de reojo a Estrella Rota—. A ti te han querido siempre, Glayo.

—¿Qué queréis? —bufó el guerrero oscuro.

El joven curandero abrió la boca, buscando algo que decir, pero la mente aún le daba vueltas con todo lo que había visto y descubierto sobre Fauces Amarillas en aquellos breves instantes de recuerdos compartidos.

«¡Confiaba en ella!», pensó Glayo.

¡Fauces Amarillas no era mejor que Hojarasca Acuática!

Jaspeada pasó ante ellos y se encaró a Estrella Rota.

—¿Qué estáis planeando? —exigió saber.

Él la miró como si acabara de reparar en su presencia.

—¿Planeando?

—Estáis entrenando a gatos de los clanes que viven junto al lago, ¿por qué? —insistió la gata.

Estrella Rota parpadeó, y sus ojos se transformaron en dos seductores estanques.

—¿Entrenando a gatos que viven junto al lago? —repitió con la inocencia de un cachorro—. ¿Por qué íbamos a hacer algo así?

Jaspeada no pensaba permitir que la manipulara.

—Eso es precisamente lo que hemos venido a averiguar.

El guerrero ondeó la cola tras él.

—Mirad a vuestro alrededor —dijo con un ronroneo—. Explorad un poco.

Glayo se encontró siguiendo su mirada por los árboles húmedos y grises del Bosque Oscuro y por las volutas de niebla.

—Observad todo lo que queráis de mi hogar —insistió Estrella Rota.

—De acuerdo.

Jaspeada dio un paso adelante, pero él le impidió avanzar.

—Aunque, obviamente, si yo permito que el Clan Estelar vea el Bosque Oscuro —susurró con dulzura—, el Clan Estelar debe permitirme visitar sus terrenos de caza —añadió, mostrando los colmillos—. ¿No es lo justo? Seguro que el código guerrero lo vería así.

Y torció la boca en una mueca burlona.

Fauces Amarillas saltó hacia delante y se agazapó ante él, erizando el pelo.

—¡Eso jamás sucederá!

Estrella Rota se encogió de hombros.

—En ese caso, no dejaré que os internéis más en mi territorio.

Dicho eso, dio media vuelta y empezó a alejarse.

Glayo saltó hacia él con el pelo erizado.

—¡No! —Jaspeada interceptó su ataque—. Nunca ganarías esa pelea —maulló, sosteniéndole la mirada.

Glayo asintió, decepcionado. La gata tenía razón. ¡Ojalá Leonado estuviera allí!

—Venga, salgamos de aquí.

Jaspeada se volvió para empujar con delicadeza a Fauces Amarillas con el hocico.

Los ojos de la anciana miraban sin ver. Glayo no sentía ningún deseo de colarse de nuevo en sus pensamientos; sus ojos no mostraban más que dolor.

Echaron a andar por la senda, hasta que Estrella Rota se desvaneció en la niebla tras ellos.

Y entonces, de repente, Jaspeada empujó a Glayo para sacarlo del camino, obligándolo a meterse en una gran mata de mustios helechos grises. Fauces Amarillas se detuvo y miró a su alrededor, desconcertada.

—¡Aquí! —siseó la pequeña gata.

Confundida, la anciana se reunió con ellos.

—¿Qué estáis haciendo?

—Vete a casa —le ordenó Jaspeada—. No nos serás de mucha ayuda mientras Estrella Rota siga por aquí. Te nubla el entendimiento. —La tocó con el hocico—. Regresa al Clan Estelar —susurró—, donde todos te quieren.

Fauces Amarillas parpadeó con un suspiro.

—Muy bien.

—Si no volvemos —añadió Jaspeada—, envía una patrulla a buscarnos.

La anciana asintió.

—Os esperaré junto a la cascada —maulló mientras se dirigía al otro lado de los helechos—. ¡Tened cuidado!

—Lo tendremos —le prometió su amiga.

A continuación, Jaspeada guió a Glayo por un sendero que serpenteaba entre la húmeda vegetación, apenas visible con la niebla.

El joven curandero la siguió de cerca, sintiendo las patas mojadas y frías sobre la tierra pegajosa. Un poco más adelante, al salir de los helechos, empezaron a oír el murmullo de una corriente. Un riachuelo lento, de aguas oscuras e inertes, discurría con esfuerzo por el bosque.

Jaspeada inspeccionó la ribera. No había ningún árbol caído sobre el lecho por el que pudieran pasar, y tampoco rocas en medio del cauce. Glayo se estremeció. Esperaba que la gata no fuera a proponerle que lo cruzaran a nado.

—Mira —susurró Jaspeada.

Glayo distinguió varias figuras moviéndose entre los árboles, al otro lado del riachuelo. Apenas podía verlos medio envueltos por la niebla como estaban, pero sin duda eran guerreros.

—Apuntad siempre a la garganta —decía un atigrado oscuro que, por lo visto, estaba aleccionando a los demás.

Justo entonces, agarró a un enjuto gato marrón, enganchando su apelmazado pelaje para lanzarlo al suelo.

—¿Lo veis?

El gato se debatió inútilmente mientras el atigrado le daba un zarpazo en la garganta, dejando un rastro de sangre a su paso.

Glayo notó que Jaspeada se tensaba a su lado.

—Cebrado —maulló la gata con la voz estrangulada.

El atigrado se volvió en su dirección.

Glayo se agachó, con el corazón desbocado, mientras Cebrado parpadeaba.

—Tranquilo, no puede vernos —susurró Jaspeada.

De pronto se oyó un gruñido sordo y a Glayo se le puso el pelo de punta. Un atigrado enorme surgió entre las sombras y separó a Cebrado de su víctima con un empujón. Era Alcotán.

—¡Concéntrate en lo que estás haciendo! —gruñó, agarrando al gato que sangraba y lanzándolo de vuelta con los demás.

El gato marrón se sacudió y empezó a lamerse la herida.

—¡Ya te ocuparás de tu pelo más tarde!

El escuálido guerrero se detuvo en mitad de un lametón y se quedó mirándolo con los ojos dilatados.

—¡Querías aprender técnicas para matar, ¿no?! —le bufó Alcotán—. Pues deja de comportarte como un cachorro atemorizado y escucha. —Se volvió hacia un gato blanco esmirriado que presenciaba la escena con los ojos entornados—. ¡Ven aquí, Nevado!

El gato blanco avanzó con recelo.

—¿Tú también estás listo para aprender? —se mofó Alcotán.

Con los ojos destellantes, Nevado asintió.

—Para eso estoy aquí.

—Bien.

El guerrero se abalanzó sobre él y lo agarró por la garganta. Luego lo elevó con sus potentes patas y se volvió para mostrárselo a los demás.

—¡Desmochado, ven aquí!

Mientras Nevado pataleaba en el aire, impotente, un atigrado marrón oscuro se acercó a ellos.

—Ábrelo en canal —gruñó Alcotán.

Los ojos de Desmochado centellearon, ávidos de sangre.

A Glayo se le aceleró el pulso y notó que se le formaba un nudo en la garganta.

—¡No! —exclamó con voz estrangulada—. El código guerrero jamás permitiría técnicas de combate tan despiadadas.

Jaspeada hundió las garras en la tierra.

—Estos gatos siempre han vivido al margen del código guerrero... —susurró con la voz pastosa por el desprecio—. Eran canallas cuando vivían con sus clanes, y lo siguen siendo. Por eso están aquí. Jamás han merecido llamarse «guerreros».

Un aliento apestoso rozó el pelaje de Glayo.

—Os equivocáis.

Los dos se volvieron en redondo.

Estrella de Tigre estaba sentado en mitad del sendero y los miraba con una arrogancia indolente.

—No hay ningún código que diga lo que puede o no puede suceder aquí. —Desvió la mirada hacia Alcotán—. Es vuestro mundo el que está constreñido por normas y expectativas sin sentido.

Glayo sintió una oleada de furia.

—¡El corazón de un auténtico guerrero no necesita normas! ¡No puede hacer el mal! —exclamó.

Los ojos ámbar de Estrella de Tigre brillaron risueños.

—¿No te encanta su inocencia? —preguntó, volviéndose hacia Jaspeada.

La gata se irguió.

—Se trata de bondad, no de inocencia.

—¿Ah, sí? ¿Y los gatos buenos merodean furtivamente para espiar a los demás?

Jaspeada emitió un gruñido sordo.

—Lo hacen cuando no hay otra forma de descubrir qué está pasando.

Estrella de Tigre abrió mucho los ojos.

—Podríais haber venido a verme para preguntarme lo que quisierais saber.

Glayo se sentó, obligando a sus temblorosos músculos a relajarse.

—De acuerdo. Entonces dime, ¿por qué estás entrenando a gatos de los clanes?

Estrella de Tigre miró a su alrededor.

—Yo no veo a ningún gato de clan por aquí.

Entonces clavó los ojos en Glayo con una expresión tan glacial que el joven tuvo que hundir las garras en la tierra para evitar que le temblaran aún más las patas.

—Los únicos gatos de clan que veo sois vosotros, y por lo que sé habéis traspasado nuestras fronteras sin autorización. —Se inclinó hacia Glayo, lanzándole a la cara su aliento fétido—. De modo que los únicos que estáis quebrantando las normas aquí sois vosotros. ¿O acaso Estrella Rota no os ha ordenado que os fuerais?

«¿Cómo lo sabe?»

—¿Por qué os molestáis en enseñarles a esos gatos golpes mortales? —le preguntó Jaspeada, ceñuda.

—¿Y por qué no? —respondió el guerrero oscuro sacudiendo la cola.

—¡Vosotros ya estáis muertos!

Estrella de Tigre se encogió de hombros.

—Ésa no es razón para perder habilidades de combate.

Glayo soltó un bufido.

—¿Y para qué necesitáis habilidades de combate en el Bosque Oscuro? —maulló desafiante.

—Un guerrero nunca deja de ser guerrero —ronroneó Estrella de Tigre.

Jaspeada dio un paso hacia él.

—¡Tú renunciaste al honor de ser guerrero en el instante en que decidiste asesinar a Estrella Azul! ¡No puedes robar guerreros de los clanes para volverlos en contra de sus propios compañeros!

—¿En serio? —Estrella de Tigre alzó una pata y desenvainó las garras—. ¿Quién dice eso?

Glayo pegó el hocico al del atigrado.

—¡Nosotros!

El guerrero lo apartó de un zarpazo.

Glayo resopló al caer contra el suelo, sintiendo un dolor lacerante en la oreja, pero se puso en pie de inmediato para volver a encararse a Estrella de Tigre. ¡De ninguna manera iba a permitir que aquel guerrero muerto creyera que tenía miedo de pelear con él!

—No te molestes —gruñó el atigrado oscuro—. Nunca ganarías esta pelea. —Se dio la vuelta y añadió—: Ahora salid de aquí antes de que os entregue a mis amigos para que hagan prácticas con vosotros.

—Vámonos —susurró Jaspeada—. Aquí ya no podemos hacer nada más.

Glayo corrió tras la gata y tuvo que reprimir una arcada cuando el agónico alarido de Nevado resonó entre los árboles.



17

Leonado no podía dormir. ¿Habría descubierto algo su hermano en la Laguna Lunar? ¿Estaría paseándose por los sueños de otro gato en ese preciso instante? Tenían que averiguar quiénes eran sus enemigos antes de que fuese demasiado tarde.

El joven guerrero se incorporó y miró más allá de la rama que se arqueaba sobre su lecho. La media luna temblaba a través de las susurrantes hojas, y el Manto Plateado titilaba en lo alto. Bañados por una luz cristalina, sus compañeros de clan lo rodeaban ovillados en sus lechos. ¿Estaría alguno de ellos siendo entrenado por Estrella de Tigre mientras soñaban?

«¿Quizá Fronde Dorado? —pensó, pero luego se sacudió—. Imposible.» ¿Qué debilidad podía explotar Estrella de Tigre de él?

«¿Esquiruela, tal vez?» Por muy resentido que Leonado estuviese con ella por las mentiras que había contado, y por dejar que él, Zarzoso y todos los demás miembros del clan creyeran que era la madre de los hijos de Hojarasca Acuática, no creía que nadie pudiera llegar a convencerla para que traicionara a sus compañeros de clan.

«¿Y Manto Polvoroso?» El atigrado marrón solía discutir con Estrella de Fuego, pero Leonado sospechaba que ambos disfrutaban con sus desacuerdos, picándose mutuamente, sin guardarse rencor.

«¿Candeal?» Jamás. No... jamás.

Su mirada se posó en Espinardo. «Es posible», se dijo. Había sido buen amigo de Cenizo. Tal vez debería pedirle a Glayo que se colara en sus sueños.

«¿Hojarasca Acuática?» Ningún gato del Bosque Oscuro sería tan descerebrado como para creer que ella podría volverse en contra de sus compañeros.

«¿Y Carbonera?»

La gata gris levantó la cabeza.

—¿Leonado?

El joven guerrero parpadeó. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo podía dudar de sus compañeros de clan?

—No puedo dormir —le respondió en un susurro.

Carbonera bostezó.

—Vamos a dar un paseo.

Salió del lecho de un salto, aterrizando con delicadeza entre los montones de frondas, y serpenteó entre ellos hasta lo que quedaba del claro.

Leonado la siguió, contento de poder contar con su compañía. Si alguien podía ahuyentar sus pensamientos oscuros, ésa era Carbonera.

El pelaje gris de la gata relucía bajo las estrellas, y sus ojos eran casi negros en la penumbra.

—Cuidado —susurró cuando Leonado rozó con la cola la nariz de Látigo Gris—. Podría soñar que es un ratón y arrancarte la punta de un mordisco.

Leonado reprimió un resoplido de risa. ¡Látigo Gris era muy capaz de comerse su cola en sueños!

—Vamos.

Carbonera trotó hacia la barrera de espinos, que habían reforzado con ramas y de nuevo protegía la hondonada tan bien como siempre, y Leonado la siguió por el túnel.

Fuera, una fría brisa agitaba los árboles desnudos.

—¿Bosque o lago? —maulló Carbonera.

—Bosque.

A Leonado no le apetecía pasear por la orilla del lago, allí estarían muy expuestos. Era más fácil moverse sin ser vistos por los senderos forestales. Además, si llegaban hasta la frontera del Clan de la Sombra, podría comprobar si había algún rastro fresco de Corazón de Tigre. Se dirigió hacia el barranco, pisando hojas muertas, y Carbonera lo adelantó a toda prisa, regándolo con una rociada de hojas, y echó a correr antes de que él pudiera devolvérsela. Luego se detuvo a esperarlo, resollando, con su bonita figura silueteada contra la luz de la luna.

—¿Te has dado cuenta de que, últimamente, Zarpa Espinela y Zarpa de Tórtola se evitan?

La pregunta de Carbonera lo pilló por sorpresa.

—No.

—Deberías observarlas —le sugirió la guerrera—. Apenas comparten ya ni un ratón.

Leonado se encogió de hombros.

—Los hermanos se pelean a menudo.

Carrasca y él siempre estaban riñendo, sobre todo cuando ella se ponía más mandona de lo habitual. Sintió una punzada de pena al recordarlo, y apartó ese pensamiento de su mente.

—Pero Zarpa de Tórtola y Zarpa Espinela no —insistió Carbonera—. Siempre han estado muy unidas. —Sus ojos azules se entristecieron—. Aunque supongo que yo sí me peleaba con Melada y Topero cuando vivían...

Parecía tan apenada que Leonado quiso recordarle que aún tenía una hermana.

—Pero hace lunas que no te enfadas con Rosella.

—Sí, está demasiado ocupada con Grosellita y Jerbillo para discutir. —Carbonera se animó—. Menudo par, ¿verdad?

—Sobre todo cuando están despiertos —ronroneó Leonado.

No habían salido a pasear por el bosque para lamentarse por los hermanos perdidos. Leonado quería olvidarse un rato de sus preocupaciones. Subió una cuesta y bordeó una franja de helechos que crecían entre los robles.

Carbonera caminaba a su lado, rozándolo ocasionalmente cuando pasaban entre ramas espinosas.

—Me gustaría que Zarpa Espinela no fuese tan competitiva con Zarpa de Tórtola —suspiró la gata.

—Eso es natural entre aprendices.

—Pero todo empezó cuando eligieron a Zarpa de Tórtola para la misión de los castores —comentó Carbonera—. Creo que eso fue el detonante. —Se volvió hacia Leonado—. ¿Por qué la escogió Estrella de Fuego? Apenas acababan de nombrarla aprendiza. Oí que algunos gatos comentaban que había recibido un sueño del Clan Estelar. ¿Es cierto?

—Es lo que ella dijo —respondió él, evasivo—. Fuera como fuese, tuvimos suerte.

—Quizá Zarpa de Tórtola sea especial, como Glayo. ¿Crees que debería entrenarse para ser curandera? ¿Glayo la tomaría como aprendiza?

Leonado negó con la cabeza.

—No se lo insinúes siquiera, Zarpa de Tórtola se horrorizaría. Es guerrera hasta la médula.

—Es estupendo que tengas tanta confianza en ella, y no me gustaría socavarla,

pero… —Lo miró de soslayo—. ¿Podrías hablar con ella para que sea un poco más considerada con su hermana?

—He oído que Zarpa Espinela está haciendo grandes progresos —señaló el guerrero—. Quizá la rivalidad la esté beneficiando.

Carbonera sacudió la cola con irritación.

—¡Vamos a correr un poco! —propuso Leonado, que no quería que la noche se estropeara por una discusión sobre sus aprendizas—. Así entraremos en calor.

La gata se encogió de hombros.

—Vale.

Y justo en ese instante, con un respingo, miró hacia las ramas de lo alto.

—¡Oh, no!

Leonado levantó la vista, alarmado.

—¡Ja, ja! ¡Te he engañado! —exclamó Carbonera, al tiempo que salía disparada entre los árboles.

—¡Tramposa!

El guerrero echó a correr tras ella, y, al ver que la atrapaba, la gata se metió por un tronco hueco. Leonado se desvió y la adelantó cuando salía por el otro lado, con telarañas pegadas a su espesa cola.

Ahora era él quien iba delante, y trepó con agilidad por un saliente rocoso. Carbonera lo siguió de un salto, y Leonado notó cómo le rozaba la cola con el hocico. Cuando la roca le raspó las almohadillas, pensó en Cola Brecina y en la forma en la que jugaban en la cueva.

Al llegar a la cima, Leonado se detuvo resollando.

—¡Espera! —exclamó cuando Carbonera pasó disparada por su lado.

La gata frenó en seco y se volvió hacia él con aire retador.

—¿Ya estás cansado?

—No.

—Pues podríamos trepar a los árboles. —Una chispa traviesa centelleó en los ojos de la guerrera—. Oh, lo había olvidado… —añadió con tono inocente—. No te gusta trepar a los árboles.

—¿Por qué trepar cuando puedes correr?

Leonado la adelantó de nuevo y salió disparado como una flecha, zigzagueando entre los árboles. Aquello no era la cueva, y Carbonera no era Cola Brecina. Era una gata del Clan del Trueno del hocico a la punta de la cola. No tenía nada de malo estar con ella. Sintiéndose más feliz y libre de lo que se había sentido en lunas, se desvió hacia el lago.

«¡No voy a esconderme entre las sombras como una presa!»

Carbonera corrió tras él mientras rodeaban una mata de helechos y salían

entre los árboles. Leonado se deslizó por la herbosa ladera, y la gata lo adelantó desbocada y saltó a la orilla, con los guijarros entrechocando bajo sus patas.

Entonces se lanzó al lago y se detuvo a esperar a su amigo entre las olas que le lamían la barriga.

—¡Te desafío a que te mojes las patas!

—¡Ni en sueños!

El guerrero frenó en seco justo en la orilla.

Carbonera se sumergió y comenzó a nadar, estremeciéndose al notar el frío. Leonado no se acordaba de que Glayo le había enseñado a nadar para fortalecer la pata después de que sufriera un accidente cuando era aprendiza.

—¡Pareces una gata del Clan del Río! —exclamó desde la orilla—. ¿Por qué no me pescas un pez ya que estás ahí?

Carbonera salió chapoteando y se sacudió el pelo. Leonado se encogió ante la rociada.

—¡No me llames gata del Clan del Río! —resopló la guerrera con ojos brillantes—. ¡Soy del Clan del Trueno de las patas a la cabeza!

—Y yo me alegro de que lo seas.

Leonado dejó a un lado todos los pensamientos sobre Cola Brecina y admiró a su valerosa compañera de clan, con todo el pelo de punta por el agua.

Carbonera parpadeó.

—¡Por supuesto! —declaró—. ¡Es el mejor clan de todos!

El guerrero se miró las patas. Él no se refería exactamente a eso. Ardiendo de vergüenza, echó a andar por la orilla, no muy seguro de si se alegraba de que ella no hubiese captado su torpe cumplido. «Debe de pensar que tengo el cerebro de un ratón.»

—¡Brrr!

Carbonera lo alcanzó. Estaba temblando.

—Volvamos al campamento antes de que te resfríes —le dijo Leonado.

La guió ribera arriba y hacia los árboles, pegándose a ella para compartir su calor. Carbonera olía a algo dulce… musgoso y húmedo, como un lecho tibio.

—Gracias por acompañarme —murmuró el guerrero cuando ya se acercaban a la hondonada.

—De nada. Ha sido divertido. —La gata bostezó—. Pero ¡por la mañana estaremos agotados!

—Ha valido la pena —ronroneó él, contento de que, durante aquellos breves instantes, la profecía y el Bosque Oscuro hubieran quedado relegados a un rincón de su mente.

Leonado se despertó tarde. Cuando abrió los ojos, Zarzoso ya estaba organizando las primeras patrullas del día. Se sacudió para espabilarse, abandonó su lecho y se apresuró a salir de debajo del árbol caído.

Carbonera estaba con sus compañeros, que se apiñaban alrededor del lugarteniente del Clan del Trueno.

—¿Zarpa Espinela y yo podemos unirnos a la patrulla fronteriza? —preguntó la gata.

Zarzoso miró a Fronde Dorado, que movió las orejas afirmativamente.

—De acuerdo.

Leonado intentó cruzar su mirada con la de la guerrera, esperando que algo de la calidez de la noche anterior perdurara en sus ojos, pero ella se limitó a saludarlo animosamente:

—Me llevo a Zarpa Espinela de patrulla...

—Sí, ya lo he oído —la interrumpió Leonado.

¿Estaba siendo distante a propósito, o es que no había disfrutado de su paseo tanto como él? No pudo seguir dándole vueltas a esos pensamientos porque Zarpa de Tórtola apareció a su lado.

—Zarzoso quiere que vayamos a cazar con Espinardo.

La patrulla fronteriza ya estaba saliendo del campamento. Leonado vio que la cola de Zarpa Espinela desaparecía por el agujero de la barrera de espinos.

—¿No te importa no ir con tu hermana? —le preguntó a su aprendiza, recordando las preocupaciones de Carbonera sobre las dos jóvenes.

¿Sería cierto que ya no se llevaban bien?

Zarpa de Tórtola se quedó mirándolo.

—¿Por qué tendría que importarme? —contestó, encogiéndose de hombros—. En cualquier caso, sabré lo que está haciendo dondequiera que esté.

Leonado ladeó la cabeza.

—Sí, claro.

Le pareció extraño que hablara con tanta calma de su poder. Normalmente se comportaba como si fuera un abrojo lleno de pinchos en el pelo.

—¿Venís, o qué? —los llamó Espinardo desde la entrada.

Nube Albina y Tormenta de Arena estaban a su lado.

—¡Yo cazaré la primera presa! —declaró Nube Albina, mirando de reojo a los dos guerreros mayores.

La joven estaba claramente decidida a impresionarlos.

—¡No si yo puedo impedirlo! —maulló Zarpa de Tórtola, que echó a correr para ser la primera en salir del campamento.

Leonado la alcanzó en el barranco. Espinardo y Tormenta de Arena ya estaban

recorriendo las laderas, olfateando el aire. Nube Albina pasó junto a ellos como una flecha, desperdigando hojas.

—¡Nunca atraparás nada haciendo tanto ruido! —le gritó Zarpa de Tórtola.

—¡Baja la voz! —la avisó Leonado—. Vas a espantar a todas las presas.

—¿Que yo voy a espantarlas...?

Miró a Nube Albina, señalando con el hocico las hojas que volaban a su estela, y luego le dio un toquecito con la cola a su mentor.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado esta mañana?

Leonado frunció el ceño. No pensaba admitir que estaba dolido por la indiferencia de Carbonera. Por suerte, Zarpa de Tórtola tampoco parecía muy interesada en la respuesta. Tenía las orejas plantadas y le temblaban los bigotes.

—Hay un ratón en lo alto de la ladera —anunció—. ¿Voy a por él?

—Dale una oportunidad a Nube Albina —le aconsejó el guerrero.

Según Carbonera, Zarpa de Tórtola ya había conseguido desquiciar a su propia hermana; Leonado no quería que todos los miembros del clan le tuvieran envidia y quisieran competir con ella.

—Pero ¡podría tardar lunas, y ese ratón será una captura fácil! —suplicó la joven.

—Sólo espera un poco, ¿vale? Hasta ahora el clan se las ha arreglado muy bien sin tu poder.

Leonado vio que Zarpa de Tórtola se encogía, y se sintió culpable al instante. No pretendía ser tan brusco.

De repente, barranco arriba, un arbusto se sacudió ruidosamente cuando una paloma salió entre las ramas. Nube Albina apareció tras ella dando un salto, y manoteó en el aire cuando el ave se defendió batiendo las alas despavorida, antes de desaparecer en las ramas de un roble. La joven guerrera aterrizó patosamente, se irguió y se sacudió de arriba abajo, con el pelo erizado de vergüenza.

—¡Vamos a dividirnos! —propuso Leonado.

Sentía lástima por Nube Albina; quizá para ella sería mejor no tener que estar a la altura de la destreza de Zarpa de Tórtola delante de Espinardo y Tormenta de Arena.

—Nos irá mejor con menos patas revolviendo las hojas.

—Por mí bien —le respondió Tormenta de Arena desde lo alto del barranco, mirando a Nube Albina—. Vamos a probar en la orilla del lago.

Y echó a correr entre los árboles, seguida de Espinardo y la joven guerrera.

—Ahora ya puedo ir a por ese ratón, ¿no? —preguntó Zarpa de Tórtola con toda la intención.

—Probablemente ya se habrá escondido.

—Aún puedo oírlo.

La joven subió por la ladera y, con un zarpazo hábil, capturó al ratón y le propinó una dentellada mortal. Luego se lo lanzó a Leonado.

—Crees que no es justo, ¿verdad? —le preguntó desafiante.

—¿El qué?

—¡Que use mi poder para cazar!

—¡En absoluto! —A Leonado le habría gustado no ser tan cortante con la aprendiza, que apenas estaba empezando a acostumbrarse a oír más allá de lo que oían sus compañeros de clan—. Forma parte de la profecía; puedes usarlo siempre que quieras.

—Pero yo creía que la profecía no valía sólo para el Clan del Trueno. Creía que valía para todos los clanes. ¿No sería más justo que empleara mis sentidos para conseguir comida para todos los gatos del lago?

—Bueno, no creo que ellos te agradecieran la ayuda —respondió Leonado, aunque entendía lo que quería decir.

Él intervendría en una batalla para defender a sus compañeros de clan de un clan rival, pero sabía de antemano que siempre ganaría. ¿Era ése un combate justo? Negó con la cabeza, no muy seguro de cómo tranquilizar a su aprendiza.

—Lo que sí tengo claro es que no debemos olvidar el bien que ya hemos hecho con nuestros poderes. Al fin y al cabo, si tú no hubieses percibido la presencia de los castores, a estas alturas todos habríamos muerto de sed.

A Zarpa de Tórtola se le iluminaron un poco los ojos.

Un tanto más aliviado, el guerrero la guió a lo largo del barranco y la llevó cuesta arriba. Desde lo alto vieron a la patrulla de caza de Tormenta de Arena, que estaba acechando entre los arbustos de la ladera que bajaba al lago. Con un movimiento repentino, la experimentada guerrera espantó a un faisán que estaba posado sobre la hierba, y Nube Albina, que esperaba agazapada, lo atrapó de un salto antes de que pudiera escapar.

—¡Bien hecho, Nube Albina! —la vitoreó Zarpa de Tórtola.

Leonado se puso tenso cuando la aprendiza enmudeció plantando las orejas.

—¿Qué ocurre?

—Es la patrulla de Zarpa Espinela.

El guerrero sacudió la cola.

—¿Han encontrado más rastros del Clan de la Sombra?

¿Corazón de Tigre había vuelto a traspasar la frontera?

Zarpa de Tórtola negó con la cabeza.

—No, pero están comprobando si algún intruso ha entrado en nuestro territorio.

Se mantuvo inmóvil con las orejas erguidas. ¿Qué estaba buscando? Leonado miró entre los árboles, pero había demasiadas ramas y arbustos que le tapaban la vista.

Zarpa de Tórtola dio un respingo y abrió los ojos de par en par.

—¿Qué pasa?

Leonado desenvainó las garras.

—Nada —respondió ella a toda prisa.

El guerrero entornó los ojos. No cabía duda de que la joven estaba nerviosa.

—¿Por qué no probamos más cerca de la frontera del Clan del Viento? —propuso la aprendiza de repente—. Oigo un pájaro carpintero. Podemos buscar su nido.

Leonado vaciló. Tal vez sí que fuera mejor dirigirse hacia esa zona. Fronde Dorado ya estaba inspeccionando la frontera del Clan de la Sombra, no le gustaría que ellos aparecieran husmeando por allí.

Localizaron el martilleo del pájaro carpintero en un árbol que se alzaba en el lindero del bosque. Tras la frontera se extendía el páramo, gris bajo un cielo también gris.

—Ya subo yo —se ofreció Zarpa de Tórtola.

—Iré contigo.

Leonado no quería ganarse la reputación de que no le gustaba trepar a los árboles. Ya era bastante malo que Carbonera se burlase de él. Subió por el reluciente tronco del álamo tras su aprendiza, y se detuvo en una gruesa rama que se elevaba sobre el suelo del bosque.

El golpeteo del pájaro carpintero había cesado, pero Zarpa de Tórtola se izó a la siguiente rama.

—El ruido venía de aquí —maulló—. ¡Mira!

Se apartó para dejarle sitio y luego señaló con la cola un nido pequeño instalado en la horcadura de la rama. Dentro no había ni huevos ni polluelos, pero estaba revestido de suaves plumas.

Leonado metió la cabeza en el nido, arrugando el hocico por el intenso olor, y sacó un puñado de plumas.

Zarpa de Tórtola ronroneó divertida.

—¡Parece que acabes de tragarte un estornino!

Agitando los bigotes, el guerrero oyó voces en el arroyo.

«Glayo.»

Los curanderos estaban regresando de la Laguna Lunar. Los oyó despidiéndose en la frontera.

—Vamos a esperarlos aquí.

Al hablar se le escaparon algunas plumas de la boca, que descendieron flotando hasta el suelo. Justo en ese momento aparecieron Glayo, Cirro y Rosero.

—Venga.

El guerrero saltó de rama en rama a toda prisa y aterrizó a un bigote de distancia de los gatos del Clan de la Sombra.

Cirro dio un brinco de sorpresa.

—¡¿Es que los gatos del Clan del Trueno se están convirtiendo en ardillas?! —preguntó, apresurándose a alisarse el pelo con unos lametones briosos.

—No pretendía asustaros —se disculpó Leonado—. Sólo estábamos recogiendo plumas.

—¿Es que planeáis aprender a volar? —maulló Rosero.

En ese momento, Zarpa de Tórtola se deslizó por el tronco, provocando una lluvia de plumas y corteza. Rosero se encogió como un ratón atemorizado.

—¡Perdón! —exclamó la aprendiza, mirando a Glayo—. ¿Cómo ha ido la reunión en la Laguna Lunar?

Leonado observó a su hermano. ¿Habría averiguado algo?

—Bien —respondió Glayo, antes de darse la vuelta e inclinar la cabeza para despedirse de los gatos del Clan de la Sombra—. Si os parece bien, regresaré al campamento con mis compañeros.

—De acuerdo —asintió Cirro—. Nosotros iremos hacia nuestra frontera desde aquí.

—¡Nos veremos en la próxima media luna! —se despidió Glayo mientras los dos gatos del clan vecino se dirigían hacia los árboles.

—¡Saludad a Corazón de Tigre de mi parte! —exclamó Zarpa de Tórtola.

Leonado la miró. ¿Por qué le enviaba saludos a Corazón de Tigre?

La joven aprendiza se azoró al notar la mirada de su mentor.

—Y... ¡saludad también a Trigueña! —se apresuró a añadir.

Glayo ya trotaba por el sendero que llevaba al campamento. Iba un tanto encorvado y tenía los ojos empañados por el agotamiento.

Leonado lo alcanzó.

—¿Y bien?

—Eh, esperad, ¿qué pasa con esto?

Zarpa de Tórtola, que lo había seguido, estaba mirando las plumas desperdigadas a los pies del álamo.

—Volveremos a por ellas más tarde —respondió el guerrero por encima del hombro—. Bueno, ¿cómo ha ido? —le insistió a su hermano, guiándolo con el cuerpo y dándole un apoyo que él pareció agradecer.

—He visitado el Bosque Oscuro —empezó.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zarpa de Tórtola con un respingo.

—Allí es donde residen nuestros verdaderos enemigos —le explicó Leonado.

—¿Guerreros muertos? —La joven parpadeó.

Leonado sintió una punzada de frustración. ¿Por qué no se lo habían contado antes a Zarpa de Tórtola? Ahora no había tiempo para entrar en detalles.

—Limítate a escuchar —le ordenó, antes de devolver su atención a Glayo—. ¿Qué has visto?

—Me he tropezado con Estrella Rota. Es el gato que peleó contra mí junto con Ventolero.

—¿El antiguo líder del Clan de la Sombra?

A Leonado se le erizó el pelo.

El curandero asintió.

—Y hemos visto a Alcotán entrenando a guerreros.

A Leonado le dio un vuelco el corazón.

—¿Guerreros de clan?

—No. Guerreros del Bosque Oscuro.

—Así que todavía no tenemos pruebas de que estén reclutando a gatos de clan.

—No. —Glayo suspiró—. Pero están tramando algo. ¿Para qué si no estarían entrenando a guerreros muertos? Sus días de combate terminaron hace mucho tiempo. Además, están usando técnicas bastante repulsivas.

Leonado notó que su hermano se estremecía. Pero él no tenía miedo. Desenvainó las garras. La fuerza corría por sus músculos. ¡Se moría de ganas de enfrentarse a Alcotán y a Estrella de Tigre en combate! Sabía que podía vencerlos a los dos.

Zarpa de Tórtola caminaba tras ellos con el pelo erizado a lo largo del lomo.

—¿Cómo podría el Bosque Oscuro reclutar a guerreros de clan? —preguntó.

—Apareciendo en sus sueños —contestó Glayo.

—Pero ¡en el nombre del Clan Estelar!, ¿por qué los gatos de clan iban a escuchar a esos gatos muertos?

—Tú no conoces a Estrella de Tigre —le advirtió el curandero—. Se alimenta de las debilidades de los demás. Es capaz de lograr que se sientan nobles y fuertes al hacer lo que él quiere que hagan. Probablemente ni siquiera se den cuenta de que están haciendo algo malo.

Zarpa de Tórtola lo miraba sin pestañear.

—¿Cómo podría algún gato ser tan bobo?

Leonado sintió que una corriente de calor se extendía por debajo de su pelaje. Estrella de Tigre lo había engañado en una ocasión, pero eso no volvería a ocurrir nunca más...

Glayo se encogió de hombros.

—A todos los gatos les gustan los elogios —explicó—. Y Estrella de Tigre es lo bastante inteligente como para explotar cualquier tipo de resentimiento. Sabe que siempre habrá guerreros contentos de tener la oportunidad de saldar cuentas pendientes.

Prefirió no mencionar el odio de Ventolero hacia sus parientes del Clan del Trueno.

A Zarpa de Tórtola se le desorbitaron los ojos.

—Ningún miembro del Clan del Trueno mantendría abiertas viejas heridas después de que sanaran.

A Leonado lo complació oír a su aprendiza hablando como una auténtica guerrera. Para él, una vez que terminaba una batalla, terminada estaba. Sin embargo, la inocencia de Zarpa de Tórtola la volvía vulnerable en esos momentos.

—Sólo queremos que tengas claro que no todos los guerreros son perfectos, y que Estrella de Tigre será el primero en sacar provecho de eso.

—¿Y cómo podemos combatir a Estrella de Tigre si está muerto?

—Necesitamos que mantengas tus sentidos alerta —le explicó Leonado—. Busca señales poco frecuentes en los otros clanes. Cuéntanos cualquier cosa que oigas o veas que te parezca fuera de lo habitual. Cualquier cosa que pueda sugerir que los gatos del Bosque Oscuro están entrenando a gatos de clan.

—¿Quieres decir que los espíe? —Zarpa de Tórtola parecía escandalizada.

—Sí —respondió Glayo sin tapujos—. Y no sólo a los gatos de otros clanes. También a los del Clan del Trueno.

La gata se quedó de piedra.

—¿Quieres que espíe a mis compañeros de clan? ¡De ninguna manera!

—No es que no nos fiemos de ellos, Zarpa de Tórtola —intentó explicarle Leonado—. Es que no nos fiamos de Estrella de Tigre.

—¡Vosotros no os fiais de nadie! —los acusó la joven—. ¿Confiáis en mí siquiera? —Ahora tenía todo el pelo erizado—. Estáis sacando las cosas de quicio. Sólo buscáis la forma de utilizar vuestros poderes. Quizá la profecía no tenga nada que ver con Estrella de Tigre. Quizá sólo debamos ser los mejores guerreros que podamos ser. ¿Por qué tendría yo que ser responsable del destino de todos los gatos? —Echó a correr, aullando por encima del hombro—: ¡Me voy al campamento! ¡Yo sólo quiero ser normal! ¡No pienso espiar a nadie!

Y desapareció a la carrera entre los árboles.

—Vaya, qué bien ha ido... —masculló Leonado—. Tal vez le estemos pidiendo demasiado.

Glayo retomó la marcha.

—Ella es parte de la profecía —gruñó—. No fuimos nosotros quienes la elegimos. ¡Tiene que ser fuerte! —Aun así, su tono se ablandó—: No quiero que Zarpa de Tórtola resulte herida, pero es una de los tres y debe cumplir con su parte.

«Una de los tres…» Leonado recordó a Carrasca. ¿Por qué no podía haber sido ella? Sintió una punzada de dolor al acordarse de su inteligencia y su lucidez. Quizá Carrasca no fuese parte de la profecía, pero era su hermana, y a veces eso contaba más que ninguna otra cosa.



18

Zarpa de Tórtola no quería regresar a la hondonada rocosa. Tenía el pelo erizado de rabia. Ella no era una espía, ¡y no iba a permitir que nadie la obligara a serlo! ¡Ése no podía ser el significado de la profecía!

Corrió entre los árboles, rodeando arbustos y atravesando helechos. Le daba igual espantar a las presas. Con su poder, siempre podría encontrar más. No había ningún lugar en el que pudieran esconderse de ella.

La furia impulsaba sus músculos, haciéndola correr más y más deprisa. ¡Querían que se encargara de todo!

«¡Encuentra presas, Zarpa de Tórtola!»

«¡Sálvanos de los castores, Zarpa de Tórtola!»

«Espía a todos los gatos que viven alrededor del lago. Oh, y, ya que estás, podrías espiar también a tus compañeros de clan.»

«¡Sí, cómo no! —La mente le bullía de rabia—. ¿Por qué no espiáis vosotros a vuestros compañeros de clan? —Se imaginó la cara de Leonado y Glayo si les dijera lo que pensaba de verdad—. Ah, no, claro, claro. ¡Que vosotros queréis tener amigos! Supongo que yo no los necesito. Supongo que no pasa nada si mi hermana ya no me dirige la palabra.»

Le ardía el estómago por el resentimiento.

De repente plantó las orejas. Las hojas susurraban, los arbustos se sacudían. La patrulla fronteriza estaba cerca. ¿Cuánto rato llevaba corriendo? Se detuvo a olfatear el aire. Ya se hallaba casi en la frontera del Clan de la Sombra. Debería haber reparado en los zarzales densos. Miró a su alrededor, nerviosa. ¿Cómo iba

a explicar que estuviera tan lejos de su patrulla?

El suelo se elevaba ante ella, y oyó a la patrulla de Zarpa Espinela justo al otro lado de la loma.

—¡¿Veis algo?! —exclamó Fronde Dorado.

—No hay mechones de pelo —informó Zarpa Espinela.

Zarpa de Tórtola se escondió debajo de un zarzal.

—¿De cuándo son las marcas olorosas? —preguntó Candeal.

Zarpa Espinela subió a lo alto de la loma para olfatear un tronco, y Zarpa de Tórtola la vio arrugar el hocico.

—Por el olor, las hay de hace unos días, pero algunas son de esta misma noche.

Zarpa de Tórtola sintió una oleada de orgullo. Su hermana iba a ser una guerrera magnífica. Todo el mundo pensaría que era estupenda.

«No como yo.»

La aprendiza gris suspiró. Todos los miembros del clan se volverían contra ella si supieran que estaba utilizando un poder secreto para poner a prueba su lealtad. «¡Un auténtico guerrero confía en sus compañeros!»

Fronde Dorado, Abejorro Negro y Candeal habían aparecido en lo alto de la loma. Estaban inspeccionando todos los árboles y arbustos. Zarpa de Tórtola se escondió aún más debajo del zarzal, apretando los dientes cuando las espinas empezaron a arañarle la piel. Fronde Dorado se estaba acercando demasiado.

«¡Cagarrutas de ratón!»

Retorciéndose con esfuerzo, Zarpa de Tórtola se internó más entre las zarzas, mientras Fronde Dorado comenzaba a olfatear el borde del arbusto. Llevada por la desesperación, trepó por uno de los tallos más gruesos y, mordiéndose la lengua para aguantar el dolor que le provocaban las espinas, fue abriéndose paso hacia arriba. Los pinchos se le enganchaban en el pelo y le arañaban el hocico. Con una mueca, miró entre la maraña de tallos, y desde allí vio a Fronde Dorado siguiendo un rastro en dirección contraria. Debía de estar pasando por alto los olores del Clan del Trueno en su búsqueda de rastros del Clan de la Sombra. La aprendiza sintió una oleada de alivio y continuó adelante a través de las espinas, hasta que alcanzó el extremo opuesto, donde el zarzal formaba una barrera perfecta entre sus compañeros de clan y ella.

Las patas le resbalaron sobre las lisas agujas de pino que cubrían el suelo.

«¡Oh, por el Clan Estelar!»

Olfateó el aire.

Había ido a caer en el territorio del Clan de la Sombra.

Miró a lo largo del zarzal. Si se colaba por el extremo más lejano, podría

regresar al territorio del Clan del Trueno sin dejar rastro. Agazapada, avanzó pegada al arbusto.

—¡Hola! —la saludó una voz.

«¡Corazón de Tigre!»

Con el corazón desbocado, la aprendiza se volvió en redondo para saludar al guerrero.

—¡Lo siento! —exclamó—. Yo no pretendía... es decir, no estaba planeando...

Corazón de Tigre se encogió de hombros.

—Tranquila. Me fío de ti. Somos amigos, ¿no?

Zarpa de Tórtola sintió que le ardían las orejas.

—Supongo...

El reluciente pelaje del atigrado resplandecía bajo la luz que se filtraba entre los pinos. El guerrero se acercó a tocarle el hocico con el suyo.

—Me alegro de verte —maulló, y se lamió una pata para pasársela por los bigotes—. Echo de menos hablar contigo desde que volvimos de la misión.

—Yo también.

A Zarpa de Tórtola se le alisó el pelo. Un amigo siempre era un amigo. ¿Por qué las fronteras deberían impedirlo?

—Bueno, están las Asambleas, pero no es lo mismo, ¿verdad?

—No, no es lo mismo —coincidió él, y comenzó a lamerse el costado, alisándose un mechón despeinado—. Fue divertido, ¿a que sí? Construir lechos debajo de las estrellas y despertar cada mañana en un lugar nuevo, pero con las mismas caras conocidas.

Sonaba un tanto inquieto, y la aprendiza se preguntó si estaría frustrado por hallarse confinado en su territorio.

—Intenté visitar a Cañamera, ¿sabes?

—¿En serio? —Corazón de Tigre dejó de acicalarse y la miró—. ¿Y cómo está?

—La mordió un perro, pero no fue nada grave.

—Me fijé en la herida en la Asamblea —maulló, entornando los ojos—. Y me pregunté a qué se debería.

— ¡Todos se enfadaron muchísimo conmigo! —Zarpa de Tórtola sintió un hormigueo de frustración en las zarpas—. Lo único que les molestó fue que hubiera traspasado la frontera, no les importó que estuviera preocupada por una amiga. Todos somos gatos de clan, ¿no? ¿Está mal que nos preocupemos los unos por los otros?

Corazón de Tigre la miró a los ojos.

—No, no lo está.

Sintiéndose cohibida de repente, Zarpa de Tórtola apartó la vista.

—¿Recuerdas el momento en que la presa reventó? —preguntó Corazón de Tigre con tono animado, como si hubiera percibido la incomodidad de la joven y quisiera distraerla—. El río estuvo a punto de llevarnos con el Clan Estelar. —Se incorporó, amasando el suelo con las zarpas—. Y sólo teníamos ramas a las que agarrarnos para mantener la cabeza fuera del agua.

El joven guerrero saltó a una rama baja que sobresalía del tronco de un pino y se balanceó con las patas delanteras.

La aprendiza ronroneó, divertida.

—¿Y lo de intentar sacar los troncos de la presa? ¡Fue como tratar de arrancar un bosque entero de raíz!

—¡Aquel día me di cuenta de que eres una gata muy valiente! —maulló Corazón de Tigre.

—Tú fuiste más valiente aún —replicó ella.

—¡De eso nada! ¡Estaba aterrado!

—Pues nadie lo hubiera dicho.

Zarpa de Tórtola se encontró mirando fijamente los dulces ojos ámbar del guerrero, y las palabras se le secaron en la boca.

Justo en ese momento, la voz de un gato del Clan de la Sombra resonó en el bosque:

—¡Corazón de Tigre!

La aprendiza se quedó helada. Con el pelo erizado, el joven guerrero la empujó a toda prisa más allá de las zarzas, al otro lado de la línea de las marcas olorosas.

—Nos vemos —susurró antes de ir a reunirse con su compañero de clan.

Zarpa de Tórtola miró a su alrededor. Nadie la había visto. Se alejó de la frontera y se dirigió hacia el campamento entre los árboles. Una oleada de calor recorrió su cuerpo al pensar en Corazón de Tigre, y comenzó a ronronear. Leonado y Glayo no podrían estropear esa amistad, porque nunca sabrían de su existencia.

Levantó la barbilla. Si ellos creían que iba a espiar al Clan de la Sombra, estaban muy pero que muy equivocados. Los compañeros de clan eran compañeros de clan, pero los amigos eran igual de valiosos.



19

—Los compañeros de clan lo son todo. Y ahora nosotros somos tus compañeros de clan.

Alcotán clavó su mirada profunda en los ojos de Zarpa Espinela, y ella empezó a relajarse. De repente, la bruma gris que envolvía el bosque le pareció menos extraña. El sonido de los guerreros entrenando más allá de los sombríos árboles le resultó familiar. Estaba entre compañeros.

Al principio, al verse más allá del prado sembrado de flores de su sueño, Zarpa Espinela se había puesto nerviosa. Había avanzado entre los altos y escuálidos troncos sintiendo un hormigueo en la piel y poniéndose tensa cada vez que sonaba un alarido en las brumosas profundidades del bosque.

Pero luego Alcotán había surgido entre las sombras, y sus ojos azules habían centelleado de alegría al verla.

—No les tengas miedo —la tranquilizó cuando ella se sobresaltó al oír de repente un gruñido amortiguado.

—Pero ¿quiénes son?

La joven apuntó con la cola hacia dos formas espectrales que peleaban en un claro a cierta distancia.

—Tus compañeros de clan.

—¿Son del Clan del Trueno?

Zarpa Espinela pestañeó. Aquel lugar no podía ser tan malo si el Clan del Trueno lo visitaba.

Alcotán no respondió; se limitó a dibujar una línea en la tierra agrietada.

—A ver si puedes cruzarla —la desafió.

«¡Más entrenamiento!»

La aprendiza se agazapó, haciendo una mueca de dolor al notar sus bíceps magullados. Por lo visto, el dolor la seguía tanto en sueños como despierta. A mediodía había ido a cazar con Nube Albina y Tordo, y se había esforzado por estar a la altura de los jóvenes guerreros. Los entrenamientos nocturnos con Alcotán le estaban pasando factura, pero sabía que cada vez estaba más fuerte, y los elogios de su entrenador valían mucho más porque costaba muchísimo ganárselos.

Zarpa Espinela deslizó la cola por el suelo y clavó la mirada en Alcotán, que estaba tan tranquilo sentado detrás de la línea que acababa de trazar. Entornó los ojos, manteniendo las ancas inmóviles, como él le había enseñado.

«Espera un momento. Y luego otro. —Repasó mentalmente una vieja lección—. Hasta que no estén seguros de lo que vas a hacer.»

Zarpa Espinela se abalanzó hacia delante con las patas delanteras extendidas y las garras desenvainadas, buscando la primera señal de movimiento de Alcotán, pues sabía que haría un doble farol y fingiría desplazarse a un lado y luego al otro, para después regresar al punto de partida. Mantuvo las patas traseras pegadas al suelo hasta que estuvo segura de hacia dónde iba a ir el atigrado, y luego las usó para dirigir el golpe, pillarlo desequilibrado y darle un manotazo en el hocico.

Él la golpeó en el lomo con muchísima fuerza y la lanzó al suelo, despatarrada. La aprendiza se incorporó aturdida, sacudiendo la cabeza.

Alcotán miraba la línea. La tierra estaba revuelta, pero sólo en el lado de ella.

—No la has cruzado —gruñó—. Prueba otra vez.

Zarpa Espinela dobló las patas traseras, concentrándose. Apenas advirtió la sombra que se movió justo donde casi no alcanzaba a verla.

Una voz retumbó desde la niebla:

—Hola, Alcotán.

Zarpa Espinela se volvió en redondo, poniéndose tensa. Detrás de ella se alzaba un atigrado oscuro y gigantesco. «¿Zarzoso?» No. Aquel gato tenía el mismo pelaje atigrado y la misma corpulencia que el lugarteniente, pero sus ojos relucían como los de un zorro.

—¿Quién...?

La joven no tuvo ocasión de terminar la pregunta. Alcotán la embistió, lanzándola al suelo e inmovilizándola. Luego se inclinó sobre ella mostrándole los colmillos.

—Ya te he advertido otras veces sobre las distracciones —gruñó.

La joven se debatió para ponerse en pie, impaciente por examinar al recién llegado, pero sin atreverse a despegar los ojos de Alcotán.

El gato de ojos azules asintió.

—Te presento a Estrella de Tigre —maulló.

Con el permiso de su entrenador, Zarpa Espinela se volvió para mirar al guerrero oscuro. Era más grande que Zarzoso y tenía el pelaje entrecruzado de cicatrices.

—¿E... Estrella de Tigre?

Había oído muchas historias sobre aquel gato, historias que hacían que le temblaran las patas.

Se sorprendió al ver que la mirada del atigrado se suavizaba.

—No creas todo lo que oigas, pequeña —maulló con la voz ronca.

¿Acaso podía leerle el pensamiento?

—No... no, yo no... —tartamudeó la aprendiza—. Es decir, yo...

Estrella de Tigre la rodeó, rozándole el pelaje.

—Ahora estás entre amigos, Zarpa Espinela —murmuró—. Sé lo que los clanes dicen de mí, pero ellos no pueden ver dentro de mi corazón. —Se sentó—. El éxito es solitario. Me castigaron por querer liderar mi clan. Malinterpretaron mi deseo de guiarlos en momentos difíciles. Así que me vi obligado a irme.

—¿Te refieres al Clan del Trueno?

Zarpa Espinela se esforzó por recordar los detalles de las historias que había oído en la maternidad.

Estrella de Tigre suspiró.

—El Clan del Trueno fue mi clan de nacimiento. Si lo hubiera liderado yo, nunca habría perdido a tantos miembros. Pero me desterraron, y aun así no pudieron acabar con mi lealtad hacia ellos.

Zarpa Espinela entornó los ojos.

—Pero tú lideraste el Clan de la Sombra.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —Se encogió de hombros—. ¿Convertirme en un gato descarriado? ¿Qué hubiera hecho un auténtico guerrero? —Se inclinó hacia la aprendiza, con los ojos dilatados y llenos de franqueza—. Somos compañeros de clan en todos los sentidos. —Se volvió hacia Alcotán—. ¿Cómo lo está haciendo esta jovencita?

Alcotán tocó el lomo de la gata con la cola.

—Enséñaselo.

—¿Que le enseñe el qué?

De repente se sentía nerviosa.

Él ladeó la cabeza.

—Lo deprisa que te giras. La precisión con la que atacas.

Zarpa Espinela se agazapó y luego dio un salto, impulsándose al máximo con las patas traseras. Cuando aterrizó, giró al instante sobre una sola pata, volvió a saltar y aterrizó sobre un palo en el que había clavado la mirada. Lo lanzó por los aires y le propinó un zarpazo antes de que cayera. Finalmente se detuvo con las patas rectas, la cola baja y los músculos tensos, por si tenía que saltar de nuevo.

—Impecable —murmuró Estrella de Tigre.

Se le acercó y, sin previo aviso, alargó una de sus enormes zarpas para lanzar por el aire un palito, que dibujó un arco por encima de la cabeza de la aprendiza.

—¡Atrápalo! —le ordenó.

Sin pensárselo, Zarpa Espinela dio un brinco, giró en el aire y se estiró para atrapar el palo, que recuperó sin esfuerzo antes de aterrizar sobre tres patas. Complacida consigo misma, lo depositó a los pies de Estrella de Tigre.

Los ojos ámbar del atigrado resplandecieron.

—Está preparada —le dijo a Alcotán con un ronroneo.

Zarpa Espinela sintió un escalofrío de emoción.

—¿Preparada para qué?

Estrella de Tigre la miró, entornando los ojos levemente.

—No tenía pensado contártelo todavía... —Desvió la vista hacia Alcotán, como si dudara—. Pero supongo que, cuanto antes actuemos, más seguros estarán tus compañeros de clan.

La aprendiza se inclinó hacia delante. ¿Acaso el Clan del Trueno estaba en peligro?

—El Clan de la Sombra planea invadir vuestro territorio —anunció el guerrero oscuro.

—¿Invadirlo?

A Zarpa Espinela se le aceleró el pulso. Sabía que había habido cierta actividad cerca de la frontera, pero no la suficiente como para sugerir una amenaza inminente.

—¿Por qué iban a hacerlo?

Con un suspiro, Estrella de Tigre comenzó a explicárselo:

—Hace muchas lunas, Estrella de Fuego le cedió al Clan de la Sombra una larga franja de vuestro territorio. Les dijo a sus compañeros de clan que para ellos ese terreno no tenía ninguna utilidad y que defenderlo supondría un problema.

La aprendiza parpadeó.

—¿Se lo cedió?

Sabía que no era más que un trozo de terreno en el que los Dos Patas solían

montar guaridas durante la estación de la hoja verde, pero cualquier cosa que alejara la frontera del Clan de la Sombra de su bosque lleno de presas debería ser buena, así que ella creía que el clan vecino se lo había quedado por la fuerza.

—¿Por qué?

Estrella de Tigre negó con la cabeza con tristeza.

—Porque Estrella de Fuego le tiene miedo al Clan de la Sombra desde que abandonó su vida de minino casero. Parece que las historias sobre su ferocidad han calado muy hondo en él.

—Pero ¡Estrella de Fuego no le tiene miedo a nada! —protestó la joven.

—¿En serio? —El atigrado puso cara de sorpresa—. Supongo que les dará esa impresión a los aprendices, pero yo lo conocí antes de que fuese guerrero, cuando era lo bastante joven para creer en cuentos de maternidad.

—¡Pues seguro que no sigue creyéndose semejantes tonterías! —exclamó Zarpa Espinela.

—Por supuesto que no. —Estrella de Tigre enroscó la cola sobre las zarpas—. ¿Qué guerrero las creería? Aun así, decidió que sería más fácil ceder el terreno que arriesgar vidas para defenderlo. Y, por desgracia, el Clan de la Sombra lo vio como una debilidad, no como un gesto inteligente.

Zarpa Espinela sintió una punzada de recelo.

—¿Y por qué me cuentas esto? Tú fuiste líder del Clan de la Sombra. ¿Por qué quieres desvelar sus planes?

La mirada de Estrella de Tigre se endureció.

—El Clan del Trueno es mi clan de nacimiento. Mi lealtad está con ellos, por mucho que me desterraran y me obligaran a suplicarle a otro clan que me acogiera. —Se miró las patas—. Preferí ser un humilde guerrero a vivir fuera de los clanes, sin el código guerrero para guiar mis pasos. —Levantó la vista—. Hay que avisar al Clan del Trueno del peligro.

—¿De verdad crees que nos invadirán?

Alcotán se acercó a ella.

—Ya han probado el sabor del territorio del Clan del Trueno...

—Pero ¿qué quieren?

A Zarpa Espinela le martilleaba el corazón. ¡Tenía que defender a los suyos!

Estrella de Tigre ladeó la cabeza.

—Reclamar la zona alta que llega hasta la vivienda abandonada de los Dos Patas.

—Pero ¡si ahí es donde Glayo cultiva sus hierbas!

—¿Acaso crees que no lo saben? —murmuró el gato.

Zarpa Espinela se sintió idiota. ¡Por supuesto!

—¿Y qué puedo hacer para evitarlo?

El atigrado cerró los ojos un instante.

—¿Seguro que estás preparada?

—¡Por supuesto que sí!

—En ese caso, debes convencer a Estrella de Fuego para que recupere el terreno que le cedió al Clan de la Sombra.

—¿Y eso los detendrá?

—Les enviará un mensaje muy importante —gruñó Estrella de Tigre—: Demostrará que el Clan del Trueno no les tiene miedo.

Zarpa Espinela arañó la tierra.

—¡Es que no les tenemos miedo!

Alcotán se le acercó.

—Pero ¿crees que el Clan de la Sombra lo sabe?

—¡Lo sabrán si los atacamos nosotros primero! —exclamó la aprendiza.

Estrella de Tigre pareció complacido.

—Exacto.

Zarpa Espinela frunció el ceño.

—¿Y cómo puedo conseguir que el Clan del Trueno inicie un ataque?

—Debes hablar con Estrella de Fuego.

—¡Él nunca me escuchará! —La joven pegó las orejas a la cabeza—. Y si le cuento que el mensaje proviene de ti, ¡todavía menos!

—Entonces no se lo cuentes. —El atigrado se incorporó—. Estrella de Fuego creerá todo lo que tú quieras si lo haces del modo adecuado.

A la aprendiza le daba vueltas la cabeza. ¿Cómo encontraría las palabras para convencer a su líder?

—No sé si seré capaz… —dijo casi sin voz.

Estrella de Tigre buscó su mirada y clavó en ella sus ojos.

—Encontrarás la manera de hacerlo, compañera de clan.



20

—Encontraré la manera de hacerlo... —susurró Zarpa Espinela mientras Estrella de Tigre se alejaba con Alcotán entre la niebla.

—¿De hacer qué? —le preguntó Floresta al oído.

Zarpa Espinela abrió los ojos de golpe. La primera luz del día se filtraba a través de las ramas que cubrían la guarida.

Floresta le soltó un bufido y se volvió hacia Abejorro Negro.

—Ya es bastante malo tener que volver a dormir en la guarida de los aprendices —se quejó—, como para que encima parloteen en sueños como gorriones.

Alarmada, Zarpa Espinela se incorporó. ¿Qué más había dicho?

Notó el aire frío en la nariz y captó el olor cortante de la escarcha, la primera de la estación.

Zarpa de Tórtola estaba desperezándose en el lecho de al lado.

—¿Qué ocurre? —preguntó adormilada, irguiendo la cabeza para mirar a su alrededor.

—Nada —respondió Zarpa Espinela, y se levantó de un salto.

—¿Adónde vas?

—A hablar con Estrella de Fuego.

Su hermana se incorporó de golpe.

—¿Por qué?

Floresta agitó los bigotes.

—Parece que Estrella de Fuego se ha acostumbrado a consultar con aprendizas

últimamente —comentó con mordacidad.

Zarpa Espinela las ignoró a las dos. Se deslizó por debajo de la rama que se extendía ante la entrada y salió al claro.

Carbonera estaba compartiendo lenguas con Acedera y Rosella delante de la maternidad, mientras Jerbillo y Grosellita rodaban por el suelo blanqueado por la escarcha, peleándose para alcanzar una bola de musgo. Al abrigo de la Cornisa Alta, Nimbo Blanco y Centella compartían un campañol, y Mili salía por la cortina de zarzas que llevaba a la guarida del curandero justo en ese momento.

—¡Zarpa Espinela! —la llamó Carbonera.

—Estoy ocupada —respondió ella, ya a medio camino de las rocas desprendidas.

Su mentora se incorporó.

—¿Adónde vas?

—Necesito hablar con Estrella de Fuego. —La aprendiza no se detuvo—. Es urgente.

Comenzó a trepar hacia la guarida del líder. Nimbo Blanco y Centella olvidaron por un momento su comida y se quedaron mirándola, boquiabiertos.

Zarpa Espinela era consciente de que todos sus compañeros de clan la observaban, pero siguió adelante, un tanto cohibida: el futuro del Clan del Trueno dependía de ella. Se detuvo en la entrada de la cueva, notando cómo le ardía la piel bajo la intensa mirada de Carbonera. No quería que Estrella de Fuego pensara que se había vuelto loca, así que tomó aire e intentó evitar que le temblara la voz:

—¿Estrella de Fuego?

La voz del líder del Clan del Trueno resonó desde el interior de la guarida.

—¿Zarpa Espinela?

—Sí —respondió ella—. Necesito hablar contigo.

—Entra. —Estrella de Fuego sonó sorprendido.

A Zarpa Espinela se le aceleró el corazón al internarse en la penumbra de la cueva. Látigo Gris y Zarzoso estaban sentados con él.

—Eso no significa que no debamos mantener las patrullas extra —estaba diciendo Látigo Gris.

Era evidente que los tres guerreros se hallaban en medio de una discusión acalorada.

Estrella de Fuego asintió y luego dirigió su atención hacia Zarpa Espinela.

—¿Y bien?

La joven miró a su alrededor, las paredes lisas de roca, el mullido lecho de frondas y musgo en el rincón más alejado... Nunca había estado allí.

—Hum.

De repente deseó haber pensado un poco más qué iba a decir exactamente.

Estrella de Fuego se volvió de nuevo hacia sus guerreros.

—Mientras Zarpa Espinela recupera la voz, sigamos con lo nuestro.

—¿Vale la pena el esfuerzo de mantener patrullas extra? —Zarzoso sacudió la cola—. Con la estación sin hojas a la vuelta de la esquina, deberíamos estar cazando, y parece que el Clan de la Sombra ha dejado de traspasar la frontera…

—¡Eso no es cierto! —exclamó Zarpa Espinela, sintiendo una oleada de calor.

Los tres guerreros se volvieron hacia ella.

—¿Los has visto? —le preguntó Estrella de Fuego.

—No… yo…

¿Cómo, en el nombre del Clan Estelar, iba a explicar que sabía algo que los demás ignoraban?

—Yo… he… he tenido un sueño.

Zarzoso pegó las orejas al cráneo y Látigo Gris ladeó la cabeza.

—Continúa —le pidió Estrella de Fuego con amabilidad.

La aprendiza soltó las primeras palabras que se le ocurrieron.

—He soñado que estaba en el borde del territorio del Clan del Trueno… en esa franja de hierba que hay junto al sitio donde los Dos Patas montan sus guaridas en la estación de la hoja verde… —Intentó descifrar la expresión de los guerreros, para ver si la estaban tomando en serio—. El sitio que antes pertenecía al Clan del Trueno. El que tú le cediste al Clan de la Sombra…

Estrella de Fuego entornó los ojos.

—¿Cómo sabes eso? Sucedió antes de que tú nacieras.

—Probablemente haya oído a Musaraña hablar de ello… —masculló Zarzoso.

Zarpa Espinela negó con la cabeza.

—No, todo estaba… en mi sueño. Vi cómo le cediste el terreno al Clan de la Sombra porque no servía para cazar ni valía la pena defenderlo.

—Continúa.

Estrella de Fuego se inclinó hacia delante, plantando las orejas.

—Entonces miré hacia el arroyo, y por él corría sangre.

Notó cómo le iban saliendo las palabras. Ahora que había empezado, le resultaba más fácil de lo que imaginaba.

—Sangre del Clan del Trueno. Y los gatos del Clan de la Sombra estaban patrullando por la orilla, ronroneando, y decían que pronto todo el bosque manaría sangre del Clan del Trueno y que ellos dominarían el territorio entero, porque el Clan del Trueno no era más peligroso que un enjambre de abejas y escarabajos, a los que se podía aplastar con facilidad.

Cuando se detuvo a tomar aire, se dio cuenta de que los tres guerreros la estaban mirando sin pestañear, cautivados. Eso la animó todavía más:

—Así que volví corriendo al campamento, pero había gatos del Clan de la Sombra por todas partes: en el bosque, escondidos detrás de los arbustos, cazando ardillas, entrenando para el combate, hasta en la vivienda abandonada de los Dos Patas. Estaban recolectando las hierbas de Glayo y decían que el Clan de la Sombra jamás volvería a enfermar.

Se quedó sin palabras. ¿La habrían creído?

Látigo Gris entornaba los ojos.

—Quizá haya algo de cierto en eso. —Miró a Estrella de Fuego—. Cuando eras aprendiz, tenías sueños que se hacían realidad.

Zarzoso flexionó las garras.

—Los jóvenes tienen mucha imaginación.

—Pero su hermana nos avisó de la existencia de los castores —le recordó Látigo Gris—. Aquello no fueron imaginaciones, ¿no?

—¿Y crees que eso es suficiente para arriesgarse a tener problemas con el Clan de la Sombra? —se cuestionó el lugarteniente—. No tenemos pruebas. Ya os he dicho que han dejado de traspasar la frontera.

—Tal vez eso sea parte de su estrategia —repuso Látigo Gris—. Inspirarnos una falsa sensación de seguridad.

Zarpa Espinela no despegaba los ojos de Estrella de Fuego. El líder del Clan del Trueno enroscó la cola alrededor de las patas.

—¿Quién más conoce ese sueño?

—Nadie. He venido a verte en cuanto me he despertado.

—¿Y en el sueño aparecían más gatos, aparte de ti y los guerreros del Clan de la Sombra? —La miró firmemente con sus ojos verde hoja—. ¿Algún miembro del Clan Estelar?

—Es demasiado joven para conocer a ninguno —señaló Látigo Gris.

—¿Rabo Largo?

Zarpa Espinela negó con la cabeza.

—Sólo había guerreros del Clan de la Sombra.

—¿Has reconocido a alguno? —insistió el líder.

—A Grajo... y... a Carbón.

El corazón le martilleaba mientras intentaba recordar a gatos que hubiera visto en las Asambleas. Mentir no era algo malo, no cuando lo hacía para salvar a su clan. Haría lo que fuese para que la creyeran.

—De acuerdo. —Estrella de Fuego se volvió hacia Látigo Gris y Zarzoso—. ¿Qué opináis vosotros?

La aprendiza sintió un cosquilleo de emoción.

—Eso explicaría por qué estaban traspasando la frontera —gruñó Látigo Gris—. Podrían estar buscando los mejores sitios para luchar.

—Y es significativo que Zarpa Espinela haya visto precisamente el prado al que van los Dos Patas. —El lugarteniente miró a la joven—. Ceder ese terreno nos hizo parecer vulnerables.

—Fue una buena decisión. —Látigo Gris defendió a su líder con vehemencia—. Evitó el derramamiento de sangre, y nosotros nunca íbamos a cazar por allí. Es un espacio demasiado abierto y, además, cuando suele haber más presas está atestado de Dos Patas.

—Aun así, cederlo pudo haber mandado un mensaje equívoco —concedió Estrella de Fuego—. Quizá no debería haberlo entregado tan fácilmente. Parece que ese acto lleno de buenas intenciones ha dejado ecos de debilidad.

«¡Me creen!» Zarpa Espinela fue incapaz de quedarse callada:

—¡Si recuperamos ese lugar, sabrán que no pueden vencernos!

Estrella de Fuego se levantó.

—Gracias, Zarpa Espinela —maulló—. Tendremos que debatirlo con los demás guerreros. Hasta entonces, quiero que guardes silencio. —Pasó junto a ella—. No se lo cuentes ni siquiera a tu hermana.

La aprendiza asintió muy seria mientras los tres guerreros salían de la cueva.

Estrella de Fuego la miró por encima del hombro.

—Si tienes algún sueño más, cuéntamelo —le ordenó.

—Lo haré.

El corazón de Zarpa Espinela martilleaba con una fuerza inusitada. ¡Lo había conseguido! ¡Estaban pensando en atacar al Clan de la Sombra! Se moría de ganas de darle la noticia a Estrella de Tigre.



21

Gabarda estaba tosiendo.

La ronquera de su voz había empezado por la noche, y había evolucionado a una opresión en el pecho que Glayo percibía cada vez con más intensidad cuando se acercaba a atenderla.

—Toma —maulló, empujando un nuevo puñado de hierbas hacia la gata—. Cómete esto.

—No quiero más —protestó ella—. No puedo tragar nada.

—Las he aderezado con ratón —la tentó el curandero.

Gabarda soltó un gemido leve, como si la idea de comer la hiciera sentir aún peor. Glayo apartó el oscuro recuerdo de Cirro sobre el lento declive de Greñudo después de su accidente. Él no iba a permitir que a la joven guerrera le sucediese lo mismo.

Mili sacó la cabeza por la cortina de zarzas.

—He venido a ayudar a Gabarda con sus ejercicios... —Enmudeció al darse cuenta de que su hija estaba peor—. ¿Qué le pasa? —preguntó con voz tensa.

Glayo intentó no parecer preocupado:

—Sólo tiene un poco de fiebre. Quizá hacer algo de ejercicio la ayude a combatirla.

—¿No debería descansar? —repuso Mili.

Gabarda clavó las uñas en el lecho.

—¡Llevo descansando toda la noche! —exclamó.

Y al gritar le dio un ataque de tos, aunque logró contenerlo.

Mili vaciló unos segundos antes de entrar con ánimo en la guarida.

—Venga, pues vamos a empezar.

La joven guerrera comenzó a hacer los ejercicios con su madre, respirando entrecortadamente. Pero se detuvo enseguida, derrumbándose en el lecho.

—¡Esto cuesta demasiado!

Glayo se puso tenso. Gabarda no se había rendido ni una sola vez hasta entonces.

—Venga —la animó—. Te ayudará a sentirte mejor.

—Todo me cuesta demasiado —se lamentó la joven—. Ejercicios día y noche. Arrastrarme hasta el montón de la carne fresca como si estuviera a una montaña de distancia. Y ni siquiera puedo respirar ni tumbarme cómodamente. ¡Eso por no hablar de cazar o jugar con mis hermanos!

Mili se asustó al ver a su hija tan desanimada, pero respondió con toda la alegría de la que fue capaz:

—Debes pensar en todo lo que aún puedes hacer, y sentirte agradecida por ello. Todavía puedes compartir lenguas con tus compañeros y disfrutar de un ratón sabroso. Y todo el clan te admira…

Glayo captó la desesperación de la gata mientras buscaba razones para que todo aquello tuviera sentido. Necesitaba que su hija estuviera contenta y agradecida.

Se acercó y la tocó con el hocico.

—Mili, ¿por qué no vas a buscarle algo que esté realmente delicioso? —le propuso—. Yo mientras tanto mezclaré unas cuantas hierbas frescas. —Se volvió hacia la joven guerrera—. Estos días has estado trabajando muy duro, Gabarda. Te irá bien tomarte un día de descanso.

Cuando Mili salió de la guarida, el curandero comenzó a masajearle el pecho a la joven, con la esperanza de facilitarle la respiración.

—Tu madre cargaría con tus lesiones de buen grado —susurró.

—Qué tontería. ¿Por qué querría nadie encontrarse así?

—Así es como piensan las madres.

De repente, Glayo pensó en Hojarasca Acuática. ¿Habría aceptado ella su ceguera para librarlo de esa discapacidad?

—¡Ten cuidado! —exclamó Gabarda, devolviéndolo a la realidad—. Acababa de lavarme el pecho, y me lo estás frotando a contrapelo.

—Perdona.

Glayo sintió un destello de esperanza al oírla protestar como antes.

—Lavarme es lo único que soy capaz de hacer últimamente —continuó la joven guerrera—. Pero no tienes por qué despeinarme toda.

Ronroneando, el curandero volvió a alisarle el pelo con la lengua.

Justo en ese momento la cortina de zarzas susurró tras él.

—¿Glayo? —Manto Polvoroso estaba en la entrada—. Estrella de Fuego ha convocado una reunión de los guerreros veteranos. Quiere que tú asistas también.

Glayo vaciló. ¿Quién iba a vigilar a Gabarda? La gata pareció darse cuenta de lo que estaba pensando.

—Estaré bien. De hecho, creo que disfrutaré de la tranquilidad.

—¿Estás segura?

—Del todo.

—De acuerdo.

El curandero salió de su guarida y olfateó el aire cuidadosamente. Estrella de Fuego estaba sentado en una horcadura del haya, lejos de los oídos del resto del clan. Látigo Gris, Zarzoso, Esquiruela, Manto Polvoroso, Espinardo, Tormenta de Arena, Centella y Nimbo Blanco estaban sentados debajo de él, impregnando el aire con su expectación. Glayo ocupó su lugar junto a ellos.

—Gracias por unirte a nosotros —le dijo Estrella de Fuego, rozando con la cola la corteza del árbol caído.

Glayo podía percibir su inquietud.

—Zarpa Espinela ha tenido un sueño... —empezó el líder.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros? —quiso saber Manto Polvoroso.

El líder arañó la corteza.

—Creo que es una señal del Clan Estelar.

—¿Y la ha recibido Zarpa Espinela? —maulló Espinardo con desdén.

—¿Por qué no? —saltó Centella, defendiendo a su familia.

—La hija de nuestra hija no mentiría —gruñó Nimbo Blanco.

Espinardo erizó el pelo.

—No estoy diciendo que mienta —replicó—. Sólo quiero saber la razón por la que Estrella de Fuego se lo ha tomado tan en serio.

—Da la impresión de que Zarpa Espinela sabe más de lo que debería —intervino Látigo Gris.

—¡Los aprendices siempre saben más de lo que deberían! —resopló Espinardo.

—Esto es diferente.

Zarzoso deslizó la cola por el suelo.

Glayo escuchaba en silencio. ¿Zarpa Espinela? ¿Un sueño? ¿Qué estaba haciendo el Clan Estelar al mandarle un mensaje a ella? Plantó las orejas.

—Vale, vale —bufó Manto Polvoroso con impaciencia—. Digamos que ese sueño es un mensaje del Clan Estelar. ¿Cuál es la señal?

—Zarpa Espinela ha soñado que el Clan de la Sombra nos había invadido

—explicó Estrella de Fuego—. Que por el arroyo que discurre a lo largo del prado donde acampan los Dos Patas en la estación de la hoja verde corría sangre del Clan del Trueno.

Glayo percibió la ansiedad que atenazó a los guerreros.

—¿Sabemos qué significa? —preguntó Espinardo.

—Es bastante fácil de descifrar —replicó Manto Polvoroso, burlón—. El Clan de la Sombra quiere aprovechar la ventaja que obtuvo al recibir ese claro. Quiere que le cedamos más territorio.

Estrella de Fuego sintió una oleada de rabia, pero contestó al atigrado marrón con voz tranquila:

—Las decisiones que tomo pueden no ser siempre las correctas, pero están basadas en la razón y la experiencia.

—Nadie duda de tu sensatez —concedió Manto Polvoroso—, pero cualquier gato con experiencia sabe que el Clan de la Sombra se aprovechará siempre que pueda.

Látigo Gris soltó un gruñido ronco.

—Aún cabe la esperanza de que, si los tratamos como auténticos guerreros, empiecen a comportarse como tales y a actuar con honor, en vez de alimentarse de las debilidades cada vez que descubren una.

—¡Ya basta! —Estrella de Fuego perdió la paciencia—. Estamos aquí para hablar de la seguridad del Clan del Trueno, no del honor del Clan de la Sombra. Si creemos que el sueño de Zarpa Espinela es real, debemos actuar.

—¡Genial! —Manto Polvoroso arañó el suelo.

—¿Glayo?

El curandero levantó la cabeza.

—¿Has recibido algún aviso del Clan Estelar sobre el Clan de la Sombra?

—No.

«Sobre el Clan de la Sombra, no.»

—¡No necesitamos avisos del Clan Estelar! —exclamó Manto Polvoroso—. ¡Tenemos más que suficientes con los que nos envía el Clan de la Sombra!

—Últimamente han estado traspasando la frontera —coincidió Esquiruela.

—Quizá sea mejor arrancar cualquier problema que haya de raíz —aventuró Tormenta de Arena.

—Pero ¿cómo? —preguntó Centella.

Manto Polvoroso se puso en pie.

—Bueno, nosotros les entregamos el claro, ¿no? ¡Pues deberíamos recuperarlo!

—Era nuestro desde el principio —se sumó Nimbo Blanco.

—Y con la llegada de la estación sin hojas —añadió Látigo Gris—, un terreno

de caza extra nos será útil.

Glayo notaba la inquietud de Estrella de Fuego.

—No me gusta faltar a mi palabra —gruñó el líder.

—¡Estamos hablando del Clan de la Sombra! —le recordó Espinardo—. Para ellos, la palabra de un guerrero no significa nada.

—Y si Zarpa Espinela tiene razón —murmuró Estrella de Fuego—, estaremos poniendo en peligro nuestras vidas si lo retrasamos.

Glayo suspiró. Sabía perfectamente qué significaba eso. Comenzó a hacer un recuento mental de sus provisiones de hierbas. ¿Había suficiente caléndula? Era la mejor medicina para cortes y mordiscos.

—Debemos atacar antes que ellos —decidió Estrella de Fuego.

—¿Ahora?

Manto Polvoroso ya estaba paseándose de un lado a otro.

—Todavía no. Primero quiero avisarlos.

—¿Avisarlos? —repitió Zarzoso, asombrado—. ¡Habrás perdido la batalla antes de que empiece!

—Podemos ganar cualquier batalla —replicó el líder—. Voy a darle a Estrella Negra la oportunidad de entregarnos el claro por las buenas.

—¡Como si fuera a hacerlo! —bufó Nimbo Blanco con incredulidad.

—Debo darle la oportunidad —insistió Estrella de Fuego—. No se derramará sangre innecesariamente.

Y dicho eso, bajó de la rama de un salto.

«¿Dónde está Leonado?» De repente, Glayo se dio cuenta de que su hermano no estaba en el campamento. Tenía que saber lo que estaba pasando. Corrió tras Estrella de Fuego.

—¿Puedo ir a buscar a Leonado? —le preguntó.

—No hay tiempo —respondió el líder—. Quiero que me acompañes. —Llamó a su lugarteniente—: ¡Zarzoso! Deja que Látigo Gris se encargue de organizar las patrullas, quiero que tú también vengas con nosotros.

Glayo pegó las orejas a la cabeza. Visitar el campamento del Clan de la Sombra con su lugarteniente y su curandero era una muestra de confianza enorme por parte de Estrella de Fuego. Sobre todo con un propósito como aquél. Notó el peso de un presentimiento en el estómago.

¿Y si era eso exactamente lo que pretendía Estrella de Tigre? Después de todo, tenía a Corazón de Tigre de su lado. ¿A cuántos gatos más del Clan de la Sombra habría reclutado?

A Zarzoso lo preocupaba menos el lugar al que iban que lo que dejaban atrás.

—¿Es prudente dejar el campamento tan vulnerable?

—¿Vulnerable? —repitió Látigo Gris—. ¿Acaso crees que somos ratones desvalidos?

Lo dijo medio en broma, pero tenía razón. Incluso con Estrella de Fuego y Zarzoso fuera, el campamento estaría bien protegido.

«Pero ¿y si no volvemos?», se preguntó Glayo, sin poder contener un escalofrío.

Las hojas endurecidas por la escarcha crujían bajo sus patas mientras atravesaban el bosque. Al acercarse a la frontera del Clan de la Sombra, Estrella de Fuego y Zarzoso saborearon el aire con cierta esperanza. Glayo supuso que estaban buscando rastros del clan vecino en su lado de la frontera. ¿El sueño de Zarpa Espinela era razón suficiente para atacar? ¿Y de verdad el sueño procedía del Clan Estelar?

Estrella de Fuego se detuvo en la frontera, y luego la traspasó. El aire tenía allí la fragancia del pino y el suelo estaba blando, cubierto por una gruesa alfombra de pinaza. Glayo percibió que su líder sofocaba sus últimas dudas. Zarzoso caminaba a su lado, decidido y tranquilo, y el curandero cerraba la marcha.

—No te separes de nosotros —le ordenó Zarzoso—. Estamos en territorio enemigo.

En ese instante, Glayo percibió una oleada de alarma en los árboles de más adelante.

—¡Patrulla! —avisó.

Estrella de Fuego se detuvo.

—¡Hemos venido a hablar con Estrella Negra! —anunció, y su voz resonó entre los pinos.

Glayo reconoció el olor de Sapero y Lomo Rajado. Oyó que los dos guerreros arañaban el suelo, recelosos.

—¿Qué queréis de él? —gruñó Lomo Rajado.

—Hablar —respondió Estrella de Fuego.

Glayo se imaginó a los dos gatos intercambiando miradas dubitativas, antes de que Lomo Rajado maullara:

—Muy bien.

La ruta sinuosa hasta el campamento del Clan de la Sombra le resultaba ya casi familiar, pero Glayo nunca se había sentido tan incómodo como en esa ocasión, tan poco convencido como estaba de la razón que los había llevado hasta allí. Siguió a los guerreros por la entrada espinosa, y entre los miembros del

Clan de la Sombra brotaron murmullos de sorpresa.

—¿Estrella de Fuego? —La voz de Trigueña resonó por todo el claro.

Lomo Rajado se dirigía ya a la guarida de su líder.

—Quiere hablar con Estrella Negra —gruñó.

Pero Estrella Negra ya estaba saliendo.

—¿Por qué el líder del Clan del Trueno viene al Clan de la Sombra? —preguntó con desconfianza.

—Necesito hablar contigo —respondió Estrella de Fuego—. En privado.

Estrella Negra sacudió la cola.

—¿En privado?

Rodeó despacio a Zarzoso y Glayo, agitando sonoramente los bigotes, con desconfianza.

—¿Por qué tanto secretismo?

—Pueden estar presentes el mismo número de gatos que traigo yo —le ofreció Estrella de Fuego.

—Qué generoso por tu parte —se mofó Estrella Negra—. ¡Bermeja! ¡Cirro! —llamó—. Tenemos compañía.

Glayo percibió la rigidez de las patas de Bermeja, que se acercó cruzando el claro. La lugarteniente del Clan de la Sombra emanaba fragilidad, y su aliento olía a hierbas reconstituyentes. Se había hecho vieja, y, con un fogonazo de sorpresa, el joven curandero comprendió que probablemente no superaría la estación sin hojas. Cirro salió corriendo de su guarida, con las patas oliéndole todavía a las hierbas que había estado mezclando. Por el olor a fárfara y nébeda que desprendía, algún gato debía de haber enfermado de tos blanca.

Glayo dejó que su mente vagara por el campamento para inspeccionar la maternidad. Allí no había ningún gato enfermo. Luego oyó que una gata tosía en la guarida de los aprendices. Pinosa estaba enferma, pero no tenía fiebre. La aprendiza era joven y fuerte, y superaría la tos blanca con facilidad.

El joven curandero siguió a Estrella Negra, Estrella de Fuego y Zarzoso a la guarida del líder del Clan de la Sombra, arrugando el hocico por el olor que flotaba en el ambiente. Jamás comprendería el gusto de aquellos gatos por las ratas.

—¿Qué quieres?

Estrella Negra fue brusco, y Estrella de Fuego no se quedó atrás.

—Quiero que le devuelvas al Clan del Trueno el prado de los Dos Patas.

El líder del Clan de la Sombra se quedó mirándolo con la boca abierta. Bermeja arañó el suelo.

—¿Qué? —maulló Estrella Negra con voz ronca.

—Lo entregamos como un regalo. Pero habéis forzado nuestras fronteras demasiadas veces.

—¡Eso no es cierto! —bufó Bermeja—. Sólo queréis terrenos de caza extra. ¿Acaso tus codiciosos guerreros han vaciado el bosque?

—Tenemos presas de sobra para el clan —maulló Estrella de Fuego sin alterarse—. Pero nuestro bosque no puede prescindir de presas para las partidas de caza del Clan de la Sombra.

La atmósfera de la guarida se llenó hasta tal punto de rabia que a Glayo se le aceleró el pulso y sintió que no había bastante aire para respirar.

—¿Nos estás acusando a nosotros de traspasar la frontera? —bufó Estrella Negra—. Estábamos empezando a pensar que el Clan del Trueno había olvidado el significado de las marcas olorosas.

Glayo notó la tensión de Zarzoso, como si estuviera conteniéndose para no arremeter contra el líder del Clan de la Sombra.

—Queremos que nos devolváis nuestro terreno —gruñó el lugarteniente.

—Ahora forma parte de nuestro territorio —bufó Bermeja.

—Entonces os lo arrebataremos por la fuerza —avisó Estrella de Fuego.

Estrella Negra deslizó la cola por la pared de la guarida, y el pelo se le enganchó en las espinas.

—Si buscas batalla, la encontrarás.

—Muy bien —respondió Estrella de Fuego—. Mis guerreros establecerán la nueva frontera mañana por la mañana. Tú decides si quieres intentar detenerlos o no.

—¡No nos pongas a prueba! —bufó Estrella Negra—. Si lo haces, serás el responsable de guiar a tu clan al combate. —Y dicho eso, salió al claro y aulló—: ¡Sapero! ¡Grajo! ¡Lomo Rajado! ¡Escoltadlos hasta su territorio! —ordenó, y la furia de su voz erizó el pelo de todos los que estaban en el campamento.

Con un hormigueo de inquietud en las zarpas, Glayo siguió a Estrella de Fuego procurando caminar despacio, aunque lo que deseaba era echar a correr. El aire del claro se había agriado con el olor de la enemistad.

Sapero se colocó junto al curandero del Clan del Trueno, empujándolo con rudeza.

—¿Por qué no podéis ocuparos de vuestros asuntos? —le gruñó.

Glayo se apartó de él. Cerrando los ojos, suplicó que el sueño de Zarpa Espinela tuviera sentido.



22

Zarpa Espinela tomó aire. El frío le quemó la lengua, pero las nuevas marcas olorosas del Clan del Trueno tenían un sabor agradable. Hinchó el pecho. Sus compañeros de clan estaban alineados a lo largo de la frontera como halcones, preparados para defender su nuevo territorio. Su aliento se condensaba bajo la lechosa luz del alba, mientras la niebla serpenteaba entre los troncos oscuros del pinar del Clan de la Sombra y rodaba por la hierba hacia ellos.

—¿Te encuentras bien?

Zarpa de Tórtola estaba temblando junto a ella.

—Sí —respondió la aprendiza gris, cambiando de posición.

—¿Crees que el Clan de la Sombra aparecerá?

La joven no respondió. Miraba fijamente hacia los árboles, con las orejas plantadas y las uñas desenvainadas.

A Zarpa Espinela le habría gustado que su hermana no estuviera allí. Ella no había recibido el entrenamiento extra de Alcotán. ¿Cómo, en el nombre del Clan Estelar, iba a combatir contra guerreros del Clan de la Sombra? De repente se imaginó a Zarpa de Tórtola herida de gravedad, con zarpazos en los costados, y no pudo evitar estremecerse. Por mucho que últimamente no dejaran de discutir, seguían siendo hermanas.

La joven aprendiza hundió las garras en la tierra húmeda, devolviendo sus pensamientos al presente. Aquélla era su batalla. La nueva frontera estaba allí por ella, y se sentía preparada para defenderla con su propia sangre.

—¡No abandones la fila! —le gruñó Leonado a Floresta, que acababa de dar un

paso adelante agitando los bigotes.

—Me ha parecido oír algo —protestó la joven guerrera.

—¡Manteneos en vuestros puestos! —ordenó Estrella de Fuego, paseando la mirada por las líneas de guerreros—. Permaneced a este lado de la frontera.

Floresta regresó a su sitio.

Zarpa de Tórtola se estremeció.

Alguien se acercaba.

Zarpa Espinela contuvo el aliento cuando Estrella Negra salió del bosque, flanqueado por Bermeja y Serbal. Su pelaje blanco resplandecía bajo la media luz. Parecía muchísimo más poderoso que en las Asambleas, con el pelo erizado y los ojos brillando de rabia. La aprendiza atigrada reprimió el impulso de retroceder. «¡Me ha entrenado Alcotán!», se dijo, aferrándose a ese pensamiento.

El valor fue regresando a sus patas cuando Estrella Negra se detuvo frunciendo el hocico. El claro estaba impregnado del olor al Clan del Trueno.

—Fuiste tú quien tomó la decisión —le gruñó Estrella Negra a Estrella de Fuego—. Nos entregaste este territorio. Ahora no tienes derecho a recuperarlo.

El líder del Clan del Trueno elevó la barbilla.

—Os hemos dado la oportunidad de evitar la batalla. Todavía estás a tiempo de impedir un baño de sangre.

Estrella Negra frunció el ceño.

—Toda la sangre que hoy se derrame aquí caerá sobre tu conciencia.

Hizo una señal con la cola, y de las sombras y la niebla del territorio del Clan de la Sombra aparecieron sus guerreros mostrando los colmillos y con las uñas desenvainadas. El silencio del alba se llenó de alaridos.

Zarpa Espinela se quedó de piedra. ¡Los guerreros del Clan de la Sombra eran enormes! Entonces sintió el cuerpo cálido de Alcotán restregándose contra su costado. Sabía que, si miraba por encima de su hombro, sería incapaz de verlo, pero él estaba allí igualmente.

«Defiende lo que es tuyo —gruñó Alcotán—. Ya sabes cómo.»

La primera oleada de guerreros se lanzó al ataque.

Un atigrado oscuro se abalanzó contra Zarpa Espinela, pero la aprendiza estaba preparada. Giró sobre sí misma, estiró las patas traseras y lo golpeó en la cara, mandándolo hacia atrás con un grito de sorpresa que se ahogó en su garganta.

Notó el aliento de Alcotán en la piel.

«No derrames toda la sangre del Clan de la Sombra de golpe, pequeña.»

—De acuerdo.

Se alejó del guerrero caído y fue a encararse a uno que la doblaba en tamaño.

«¡Lomo Rajado!»

Impávida, le arañó la nariz, haciéndolo sangrar.

Los ojos del gato se encendieron de asombro.

—¡No creas que seré blando contigo sólo porque eres una aprendiza! —maulló, apartándola con un fuerte golpe.

La joven rodó de costado, sin saber muy bien dónde estaba. Las garras del guerrero rajaron la hierba a sólo un bigote de distancia de su oreja, y Zarpa Espinela se levantó de un salto y se irguió sobre las patas traseras.

—¿Necesitas ayuda?

Floresta apareció a su lado.

—Sí, por favor —gruñó la aprendiza.

Empezó a dar manotazos y, cuando su compañera se unió a ella, se agachó para colocarse detrás del guerrero y agazaparse debajo de sus patas. Floresta lo empujó hacia atrás, y cuando él tropezó, Zarpa Espinela se incorporó con tanto ímpetu que lo hizo dar vueltas, sorprendido y desequilibrado. Antes de que se recuperara, ella se aferró a su lomo, pateándolo sin compasión.

—¡Ponte debajo de él! —le chilló a Floresta.

La joven guerrera obedeció, y el gato del Clan de la Sombra, que rabiaba, volvió a perder el equilibrio. Zarpa Espinela lo soltó antes de que se derrumbara de espaldas, y luego le saltó encima y le hundió las patas delanteras en la barriga. Lomo Rajado se quedó sin resuello y permaneció atontado durante unos segundos antes de incorporarse con torpeza, sacudiendo la cabeza para recuperarse.

—¡Vaya! —exclamó Floresta—. ¡Carbonera debe de ser una mentora extraordinaria!

Zarpa Espinela la miró con la mente en ebullición. «¡Tengo un mentor mejor de lo que jamás podrías imaginarte!»

Lomo Rajado se alejaba dando tumbos hacia la masa de cuerpos enzarzados, y Zarpa Espinela examinó el campo de batalla. El Clan de la Sombra se había desparramado por la nueva frontera y presionaba al Clan del Trueno entre la larga hierba.

«¿Dónde está Zarpa de Tórtola?»

La joven aprendiza buscó a su hermana, pero no logró distinguirla en aquel torbellino de pelajes y niebla. Se internó en la zona de combate, abriéndose paso entre los contrincantes. La lucha era encarnizada. A Zarpa de Tórtola no la había entrenado Alcotán. Tenía que ayudarla.



23

Zarpa de Tórtola hundió las garras en la hierba cuando Estrella Negra surgió entre los árboles, flanqueado por Bermeja y Serbal. No cedería, pasara lo que pasase. Su hermana estaba pegada a su costado, y podía percibir su confianza y su firmeza a través de su cuerpo tembloroso. ¿Acaso Zarpa Espinela no le tenía miedo a nada?

Podía oír cómo el Clan de la Sombra se acercaba, avanzando por su territorio, pisando el suelo cubierto de pinaza, rozando los troncos de los pinos, respirando entrecortadamente. Se los imaginaba deslizándose entre la escasa vegetación, dejando marcas en el suelo con sus garras desenvainadas. Su peculiar olor la envolvió, asfixiándola, hasta que sintió que no podría seguir respirando.

Estrella Negra estaba desafiando a Estrella de Fuego.

La sangre rugía en los oídos de la joven aprendiza. Vio que la boca de su líder se movía, pero ahora no oía nada que no fuera el latido de la sangre por sus venas.

Entonces, los guerreros del Clan de la Sombra emergieron del brumoso pinar como una bandada de cuervos.

—¡Asegúrate de que todos los golpes cuenten! —le gritó Leonado antes de lanzarse hacia delante, aunque ella apenas lo oyó.

Agazapándose, Zarpa de Tórtola se esforzó por recordar los movimientos de combate mientras su mente se vaciaba de todo menos del pánico. Los gatos saltaban por todos lados, y la aprendiza se encogió, mirando a su alrededor con desesperación.

El ruido era insoportable: resuellos, piel desgarrada, colmillos contra huesos. Los gruñidos y alaridos le hacían trizas los sentidos. Mientras luchaba por bloquear aquel caos de sonidos, el olor a miedo y sangre le colmó la lengua. ¿Ése era Manto Polvoroso, sin aire porque un guerrero lo había embestido y lanzado al suelo? Ese grito era de Acedera, pero ¿era de dolor o de triunfo?

Un pelaje tostado voló hacia ella y unas zarpas la empujaron, lanzándola por los aires. Luego sintió el pinchazo de unas uñas que la agarraban del costado. Aquella gata del Clan de la Sombra olía como Corazón de Tigre.

«¿Canela?»

Guiándose por su instinto, Zarpa de Tórtola le pateó la barriga hasta que la guerrera la soltó. ¡Sí que era Canela! La aprendiza dio un salto y se coló por debajo de su rival, corrió hacia delante, deslizándose entre las filas del Clan de la Sombra, e intentó desesperadamente escapar de la rugiente masa de guerreros.

Había demasiado estruendo para sus oídos. ¿Eso eran más guerreros del Clan de la Sombra, avanzando entre la vegetación hacia ella?

Las zarpas le patinaban. Los gatos del clan rival habían obligado a retroceder al Clan del Trueno hasta el centro del claro. Zarpa de Tórtola no lograba aferrarse a la hierba, sus uñas no alcanzaban a hundirse en el suelo y resbalaba.

Canela le pisaba los talones.

La joven aprendiza se volvió para encararse a la guerrera con un derroche torpe de manotazos. Canela la golpeó en el hocico, y Zarpa de Tórtola volvió a perder el equilibrio.

«¡Ayúdame, Clan Estelar!»

Intentó incorporarse, pero Canela la había inmovilizado contra el suelo y le arañaba el espinazo. Ella aulló de dolor y empezó a retorcerse para sacársela de encima, pero entonces entrevió un pelaje dorado.

Leonado estaba mirándola.

—Parece que te has alejado de tus compañeros de clan —gruñó.

Hubo un movimiento difuso encima de ella, y Canela la soltó de repente. Cuando alzó la cabeza con una mueca, la joven vio que Leonado lanzaba por el aire a la guerrera del Clan de la Sombra.

—¿Puedes arreglártelas ahora? —le preguntó su mentor.

Zarpa de Tórtola asintió, esperando que fuera verdad, y él regresó corriendo a la línea de batalla.

Zarpa Espinela se detuvo junto a ella.

—¿Estás bien?

—Sí —resolló la aprendiza gris, esforzándose por bloquear los alaridos de sus compañeros.

—¡Cuidado!

Zarpa de Tórtola se volvió justo a tiempo para ver cómo Raposo chocaba contra ella. El guerrero estaba plantándole cara a un gato del Clan de la Sombra.

«Grajo.»

Lo flanqueaban dos aprendices de su mismo clan, Chirlero y Pinosa, con los ojos clavados en Raposo, al que iban empujando hacia el pinar, separándolo de sus compañeros.

Su hermana corrió hacia Chirlero y le mordió una pata. Zarpa de Tórtola sabía qué era lo que debía hacer. Aullando, se abalanzó contra Pinosa, a la que derribó con tanta ferocidad que Grajo alzó la vista para ver si su compañera se encontraba bien. Raposo aprovechó aquel instante, recuperó el equilibrio, se puso a cuatro patas y embistió al guerrero rival; los dos acabaron rodando por el suelo, mientras Zarpa de Tórtola clavaba las garras en el costado de Pinosa, que chilló retorciéndose bajo sus uñas.

Chirlero se estaba arrastrando por la hierba cuando Zarpa Espinela tiró de él hacia atrás y le lanzó una dentellada en el cuello. Zarpa de Tórtola se quedó de piedra. Parecía que su hermana estuviera matando a una presa, pero sintió un gran alivio al ver que lo soltaba. Chirlero regresó tambaleándose con sus compañeros de clan.

Zarpa Espinela se volvió hacia su hermana, mostrándole los colmillos manchados de sangre.

—¿Quién es el siguiente? —bufó.

Justo en ese momento aparecieron Fronde Dorado y Espinardo, resollando y lanzando nubecillas de vaho.

—Zarzoso quiere que probemos algo diferente —maulló Fronde Dorado.

Su mirada se desvió hacia Raposo; el atigrado rojizo estaba obligando a retroceder a Grajo, con la ayuda de Tordo. Sobrepasado, el guerrero del Clan de la Sombra dio media vuelta y regresó a las filas con los suyos.

Fronde Dorado asintió con aprobación y les hizo un gesto con la cola, y Raposo acudió a la carrera seguido de Tordo.

—¿Qué ocurre?

—El Clan de la Sombra no deja de reagruparse —les dijo Espinardo—. Nos están empujando al otro lado del prado.

Tordo asintió.

—Es imposible agarrarse bien a esta hierba.

—Zarzoso quiere que los burlemos —maulló Fronde Dorado.

—¿Cómo? —preguntó Zarpa Espinela, inclinándose hacia delante.

—Yo voy a dirigir una patrulla independiente —explicó Espinardo—, e

intentaré atraer al Clan de la Sombra lejos del claro, de nuevo hacia su propio territorio.

Fronde Dorado se frotó el hocico con una pata.

—Tendremos mejores oportunidades en el bosque —gruñó—. Ahí hay zarzales y pinos, y el suelo nos resulta más familiar. Además, podemos probar las nuevas tácticas en los árboles.

A Zarpa de Tórtola se le desorbitaron los ojos.

—Pero ¿el Clan de la Sombra no luchará con más fuerza si invadimos su territorio?

—Ése es un riesgo que debemos correr —mascculló Fronde Dorado—. Jamás lograremos vencerlos en campo abierto.

Leonado llegó corriendo, con Rosada y Acedera a la zaga.

—¿Estáis listos? —le preguntó a Espinardo.

El guerrero asintió y se dirigió hacia el bosque del Clan de la Sombra.

Zarpa de Tórtola miró a su hermana. ¿Y si se quedaban atrapados entre dos filas de guerreros del clan rival?

Pero Zarpa Espinela no pareció inmutarse y siguió a Espinardo. Zarpa de Tórtola echó a correr tras ellos, con el corazón desbocado.

—¡Eh! ¡¿Qué están haciendo?! —oyó que gritaba un guerrero del Clan de la Sombra a sus espaldas, pasmado.

—¡Están rompiendo filas!

Zarpa de Tórtola intentó concentrarse en sus compañeros de clan y se deslizó entre los pinos siguiendo a la patrulla, notando la pinaza bajo las zarpas y adaptando la vista a la penumbra del pinar del Clan de la Sombra mientras bordeaban una franja de zarzas. Su hermana ya estaba trepando a un pino, aferrándose a la corteza como una ardilla.

Zarpa de Tórtola miró atrás entre el zarzal, hacia el fragor de la batalla en el claro. Aquello era un caos. ¿Dónde estaban las habilidades de combate que todos habían aprendido? Desde su posición, los gatos parecían una masa enmarañada de pelajes retorcidos, y la aprendiza era consciente, de un modo atroz, de los chillidos de dolor y miedo, de la piel desgarrada, del rechinar de dientes, mientras cada gato batallaba en su propio combate personal. ¿Cómo podían soportar hacerse eso los unos a los otros?

—¡Zarpa de Tórtola! —gritó Leonado, atrayendo su atención.

Los guerreros del Clan de la Sombra corrían hacia el pinar, retumbando entre la hierba, bufando de rabia.

—¡Deprisa! ¡Súbete a ese árbol! —le ordenó su mentor.

La joven aprendiza miró abatida el tronco liso y delgado que tenía delante.

Casi todos sus compañeros de clan ya habían trepado a otros pinos y se aferraban a ramas estrechas, mirando hacia abajo, colocados estratégicamente para dejarse caer sobre los guerreros del Clan de la Sombra, que se acercaban a toda velocidad.

—¡Vamos, muévete!

Leonado la empujó hacia arriba con el hocico, y ella se izó hasta la rama más baja.

Todavía en el suelo, su mentor se volvió para hacer frente al ataque del clan rival, mientras los guerreros aparecían entre los árboles, encabezados por Estrella Negra. El líder tenía la cara desencajada de rabia.

—¿Es que ni siquiera podéis respetar la frontera que acabáis de trazar? —Parpadeó sorprendido al ver a Leonado y Espinardo—. ¿Dónde están los demás? —exigió saber.

Sus guerreros frenaron en seco junto a él.

Leonado dirigió la vista hacia los árboles, y Estrella Negra siguió su mirada. Se le salieron los ojos de las órbitas al ver a los gatos del Clan del Trueno aferrados a las ramas.

Fronde Dorado temblaba por el esfuerzo de sujetarse, y cayó un momento antes de que Espinardo diera la señal.

—¡Ahora!

Al oír el grito del guerrero, los demás miembros del Clan del Trueno comenzaron a abalanzarse sobre los gatos del Clan de la Sombra. Zarpa de Tórtola permaneció aferrada a su rama, temblando. Los cuerpos se agitaban debajo de ella como peces. Fijó la vista en el pelaje marrón claro de Rapaz y, finalmente, saltó sobre él.

«¡Oh, Clan Estelar!»

La rama se combó debajo de ella. Las patas le resbalaron con violencia. Y con un aullido de miedo, cayó de mala manera sobre el lomo de su contrincante. El aterrizaje fue torpe, pero bastó para derribarlo. El guerrero se derrumbó bajo el peso de la joven.

—En el nombre del Clan Estelar, ¿qué estás haciendo?

Rapaz se la sacudió de encima y se revolvió agitando las zarpas. La aprendiza gris esquivó el primer golpe agachándose y le dio un mordisco en una de las patas.

—¿Necesitas ayuda?

Rosada apareció a su lado y comenzó a repeler el ataque del guerrero a manotazos, empujándolo contra un zarzal hasta que aulló de dolor.

Zarpa de Tórtola miró a los gatos que peleaban más cerca. Leonado tenía a

Lomo Rajado inmovilizado contra un árbol. Zarpa Espinela estaba luchando de nuevo contra Chirlero. ¿Es que el aprendiz del Clan de la Sombra no había aprendido la lección? Tordo se retorcía debajo de un atigrado oscuro, sacudiendo la cola, desesperado.

«¡Corazón de Tigre!»

—¡Peleando como ardillas! —bufó Corazón de Tigre—. ¿Es que el Clan del Trueno no tiene orgullo?

Le propinó a Tordo un zarpazo en el lomo con sus enormes garras traseras, arrancándole mechones de pelo mientras Tordo aullaba de dolor.

Zarpa de Tórtola sintió una oleada de rabia. ¡Tenía que ayudar a su compañero de clan! Pero, cuando ya iba a lanzarse contra él, algo la detuvo. Se trataba de Corazón de Tigre. ¿De verdad podría hacerle daño a su amigo?

«¡Oh, Clan Estelar! ¿Realmente tenemos que pelear los unos contra los otros?»

Mientras ella vacilaba, Raposo separó a Corazón de Tigre de Tordo de un potente zarpazo. La joven aprendiza sintió un gran alivio.

—¡Ayudadme! —maulló Acedera, furiosa, a sus espaldas.

Zarpa de Tórtola se volvió en redondo y vio a la gata luchando con Chamuscado. El guerrero oscuro del Clan de la Sombra gruñía mostrando los colmillos, con las garras centelleando en el aire. Acedera se irguió sobre dos patas y cayó encima de él en el preciso instante en que el gato se incorporaba desafiante hacia ella, y los dos guerreros chocaron el uno contra el otro. La guerrera del Clan del Trueno arañó el suelo, lanzando pinaza contra Zarpa de Tórtola, que corría a ayudarla. La joven embistió las patas traseras de Chamuscado, que se doblaron bajo el impacto, y el guerrero cayó al suelo de bruces.

—Gracias —gruñó Acedera, antes de centrarse de nuevo en su oponente.

Zarpa de Tórtola se separó del torbellino de garras y vio a su hermana, que estaba obligando a retroceder a Chirlero arañándolo con una precisión extrema.

«¡Caramba!» Zarpa de Tórtola se quedó impresionada al ver la magnífica luchadora en la que se había convertido Zarpa Espinela, pero entonces se puso tensa al distinguir con el rabillo del ojo un pelaje marrón oscuro. Se incorporó para verlo mejor por encima de la maraña de cuerpos.

Corazón de Tigre avanzaba hacia ella.

¡No podía permitir que la atacara!

Con el pánico subiéndole por la garganta, la aprendiza gris se abalanzó entre los combatientes. Se coló por debajo de Grajo y lo dejó atrás justo a tiempo para ver cómo Corazón de Tigre saltaba sobre su hermana.

—¡Zarpa Espinela! —Su grito se perdió en medio de los alaridos de guerra.

Vio que la joven se volvía antes de que Corazón de Tigre la alcanzase. «¡Gracias, Clan Estelar!» Zarpa de Tórtola flexionó las garras, lista para acudir en su ayuda. Y entonces se detuvo de nuevo.

Corazón de Tigre había maniobrado en mitad del salto para aterrizar con torpeza sobre las cuatro patas, y ahora miraba fijamente a la aprendiza atigrada, que le sostenía la mirada a su vez.

Zarpa de Tórtola sintió que el pecho le iba a estallar.

«¡Corazón de Tigre le ha hecho una señal con la cabeza a Zarpa Espinela!»

Una señal muy leve. Tan pequeña que Zarpa de Tórtola se preguntó si se la había imaginado. Pero entonces el guerrero del Clan de la Sombra dio media vuelta y desapareció entre los combatientes, y su pelaje se confundió con el de Rapaz, que seguía peleando contra Espinardo y Raposo.

Zarpa de Tórtola creyó que sentiría alivio. Al fin y al cabo, su hermana estaba a salvo. Corazón de Tigre había decidido no atacarla. Sin embargo, no se sintió aliviada en absoluto. Otra emoción le atenazaba el estómago. Una que decía que no quería que Corazón de Tigre mirase a Zarpa Espinela de esa manera. La misma en que la había mirado a ella al decirle que deseaba que siguieran siendo amigos.

«¿Acaso estoy celosa?»

La joven intentó librarse de esa punzada molesta.

¿Por qué Corazón de Tigre había mirado así a Zarpa Espinela? ¿La había reconocido como su hermana?

No. No era eso lo que decía su expresión. Había algo más en la mirada del guerrero, algo semejante a un brillo de complicidad. Era casi como si se conocieran... «Pero, si fuera así, ¡yo lo sabría!», pensó Zarpa de Tórtola con resentimiento. ¿Era posible que su hermana hubiera estado escabulléndose del campamento del Clan del Trueno para verse con Corazón de Tigre? ¿Era ésa la razón por la que ahora estaban tan distanciadas? ¿Por eso Corazón de Tigre había intentado hacerse amigo de ella?

«¡No hay tiempo para esto!» Algo le dijo que estaba poniéndose a sí misma y a su clan en peligro. Sus compañeros la necesitaban. Ya tendría tiempo de averiguar qué estaba pasando con Zarpa Espinela. En ese preciso instante debía luchar.

Se volvió hacia Rapaz para propinarle un golpe en las patas traseras y luego le mordió la cola a Grajo. El alarido de dolor del gato le proporcionó un impulso de energía y se irguió para atacarlo.

Justo en ese momento, un aullido de furia atravesó el aire. Zarpa de Tórtola se apartó del camino de Sapero con una maniobra hábil y se volvió en redondo. En el lindero del claro, Bermeja estaba atacando a Estrella de Fuego. Le había

clavado los colmillos en la garganta, y un reguero de babas le caía por la comisura de la boca. Estrella de Fuego pataleaba con desesperación, pero la lugarteniente del Clan de la Sombra no lo soltaba.

Un pelaje dorado apareció entre los árboles.

«¡Leonado!»

Zarpa de Tórtola parpadeó cuando su mentor se abalanzó sobre Bermeja. Al principio la gata no se movió, pero luego, estirando las zarpas y con los ojos desorbitados, Leonado la agarró para separarla a la fuerza del líder del Clan del Trueno. Una vez libre, Estrella de Fuego trastabilló y se derrumbó en el suelo, con la sangre brotándole a borbotones de la garganta.



24

Leonado empujó a Zarpa de Tórtola tronco arriba y se volvió para enfrentarse al ataque del Clan de la Sombra. La idea de Zarzoso tenía que funcionar. La batalla en el claro estaba yendo mal, porque ninguno se había imaginado que no podrían sujetarse con firmeza a la hierba de la zona, lisa y corta. Necesitaban trasladar el combate a algún lugar donde el Clan del Trueno tuviera ventaja. Quizá Estrella de Fuego había tomado una buena decisión al empezar a entrenar a los aprendices en los árboles. Con un poco de suerte, pelearían mejor entre los pinos.

Estrella Negra emergió entre los arbustos.

—¿Es que ni siquiera podéis respetar la frontera que acabáis de trazar?

Leonado desenvainó las garras.

—¿Dónde están los demás? —añadió el líder del Clan de la Sombra.

Leonado sintió un instante de satisfacción ante el desconcierto de Estrella Negra. El poder que le había sido concedido latía por sus extremidades mientras se preparaba para el ataque. Numerosos guerreros del clan rival empezaron a aparecer entre los árboles. Estaban furiosos, con el gesto contraído de indignación, y gritaron iracundos cuando se vieron sorprendidos.

—¡Ahora!

Al oír la señal de Espinardo, los guerreros del Clan del Trueno saltaron desde las ramas como halcones. Leonado disfrutó con los gritos de confusión de sus rivales. La batalla estalló a su alrededor, y los aullidos resonaron entre los pinos.

«¡Carbón!»

Leonado vislumbró el pelaje gris del guerrero un momento antes de que lo

embistiera, y de pronto se encontró patinando sobre la pinaza, aunque frenó hundiendo las garras en el suelo. «Carbón no tiene ni idea de a quién se está enfrentando.» El poderoso guerrero del Clan del Trueno se irguió y se encaró a su atacante.

La cara de Carbón era una máscara de ira. Sus ojos llameaban con rabia y arrogancia, como si lo hubieran engañado con aquella batalla.

Y tal vez tuviera razón.

Leonado sintió que se le helaban las patas.

Todo aquello, por el sueño de una aprendiza. Una aprendiza que jamás había mostrado la menor señal de tener una conexión con el Clan Estelar.

Negó con la cabeza para alejar las dudas.

Zarpa Espinela era la hermana de Zarpa de Tórtola. Prueba suficiente para que confiaran en ella.

Carbón le arañó la oreja, pero Leonado tan sólo notó un pinchazo lejano de dolor. El poder estaba despertando bajo su piel. La fuerza brotó desde su estómago, invadiéndole todos los músculos.

A su alrededor, la batalla pareció desarrollarse a cámara lenta.

Los gatos peleaban como si estuvieran debajo del agua; cada mandoble trazaba un arco en el aire; cada embestida, un movimiento lento que Leonado veía desplegarse a la perfección. A su alrededor, los alaridos parecieron amortiguarse, y aun así podía oír cómo surgían las maldiciones de las mandíbulas rugientes de sus enemigos.

Vio a Rosada enfrentándose a Aguzanieves, cuyos ojos verdes delataban sus pensamientos mientras se agitaban como mariposas, evaluando la posición de Rosada, moviéndose para escoger el punto donde podía herirla, tensando los músculos para saltar.

«Esto es demasiado fácil.» Leonado echó a correr, apartando de su camino a Rapaz y empujando hacia atrás a Manto Ruano cuando el guerrero iba a atacarlo. Vio cómo Serbal clavaba los ojos en él, oyó su respingo al agazaparse para saltar, notó la lenta corriente de aire cuando el gato rojizo se abalanzó hacia él mostrando los colmillos. Leonado sólo tuvo que plantarse sobre las patas traseras y elevar una zarpa para devolverlo con sus compañeros de un manotazo.

Un alarido, profundo y lento, resonó en el lindero del claro.

Volviéndose en redondo, Leonado vio a Estrella de Fuego con Bermeja enganchada a su garganta. La lugarteniente del Clan de la Sombra le había clavado los dientes profundamente. Estrella de Fuego estaba tratando de quitársela de encima, pero ella mantenía las mandíbulas bien cerradas mientras él se sacudía pataleando, resbalando con su propia sangre.

Leonado se lanzó sobre Bermeja y le propinó un zarpazo en el costado con las uñas medio escondidas. Sólo quería que soltara a su líder, pero ella se retorció para contraatacar, sin dejar de aferrar el cuello de Estrella de Fuego.

El líder del Clan del Trueno se fue replegando despacio sobre sí mismo, con un ribete blanco en sus ojos desorbitados.

Desesperado, Leonado agarró a Bermeja por el cuello y tiró de ella con fuerza. Cuando la gata soltó a su presa, el guerrero del Clan del Trueno cayó de espaldas, aferrando todavía el escuálido cuerpo de la lugarteniente. Aterrizó con dureza, despatarrado, y Bermeja cayó sobre él como un peso muerto.

De repente, el fragor de la batalla inundó sus oídos y el caótico estruendo impactó en su conciencia como una ola.

—¡Has matado a Bermeja! —El bramido de Rapaz atravesó el aire.

Leonado se levantó trastabillando. La gata cayó al suelo, inmóvil, con los ojos desorbitados pero vidriados por la muerte.

El pánico le cortó la respiración.

—¡Yo... casi no la he tocado!

Ni siquiera le había clavado las garras. Sólo había tirado de ella para que soltara a Estrella de Fuego. ¿Cómo podía estar muerta?

Estrella Negra pasó bruscamente junto a él y se inclinó sobre el cuerpo inerte de su lugarteniente.

—¡Bermeja! —La sacudió con sus potentes zarpas negras, pero ella no se movió—. ¡Bermeja!

—¡Ya basta! —Zarzoso se quitó a Lomo Rajado de encima y se incorporó—. ¡La batalla ha terminado! —gruñó—. El claro es nuestro. ¿Lo aceptáis, o tendremos que luchar por él de nuevo?

Estrella Negra le lanzó una mirada de odio abrasador por encima del hombro.

—Podéis quedaros con él —bufó—. Nunca ha valido la sangre que hoy se ha derramado aquí.

A su alrededor, la batalla se apagaba con los últimos fogonazos. La confusión colmaba el aire cuando Leonado se incorporó, petrificado, conmocionado... Hasta que Acedera chilló:

—¡Estrella de Fuego!

Completamente aturdido, Leonado vio el charco de sangre que se había formado alrededor del cuello de su líder. Estrella de Fuego sufrió un espasmo y se quedó inmóvil. Su cola se enroscó, muerta como una presa.

«¡Está perdiendo una vida!»

El suelo pareció hundirse bajo los pies de Leonado. ¡Aquello no debería estar pasando!

Los guerreros del Clan de la Sombra comenzaron a agruparse en torno a Bermeja, inclinándose para lamerle el pelaje, que había empezado a enfriarse.

Leonado retrocedió.

Acedera se inclinó sobre Estrella de Fuego con los ojos empañados, y entonces apareció Tormenta de Arena entre los árboles.

—¿Qué ocurre?

La gata rojiza corrió junto a su pareja.

—Estrella de Fuego está perdiendo una vida… —le respondió Acedera, abatida.

«¿Dos muertes?»

¿Qué clase de batalla era aquélla? El Clan Estelar jamás habría enviado un sueño para conducirlos a un combate tan letal. Un pensamiento oscuro parpadeó en la mente de Leonado. Sintió que se le helaba el pelo, pegajoso con la sangre de otros guerreros, y en el estómago se le abrió un abismo sombrío y profundo como un foso.

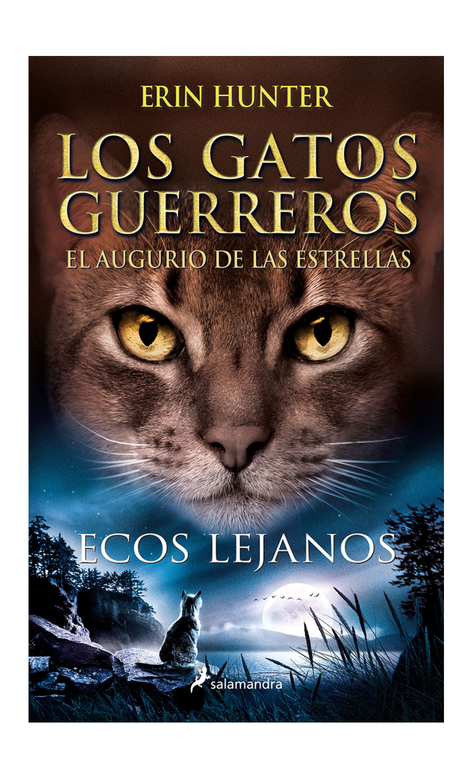
¿Y si el sueño no procedía del Clan Estelar? ¿Y si lo habían enviado desde más allá de los terrenos de caza de sus antepasados? ¿Habrían sido los guerreros del Bosque Oscuro quienes los habían empujado a aquella cruenta batalla contra sus rivales? Dos gatos experimentados habían muerto, y sólo uno de ellos se recuperaría. Muchos guerreros y aprendices estaban malheridos. Ambos clanes estarían debilitados durante largo tiempo, y justo cuando iba a empezar la estación sin hojas. El Clan Estelar jamás habría querido algo así, no por una pequeña extensión de hierba que no le servía de nada a ninguno de los dos clanes.

Leonado se quedó mirando los cuerpos inertes de Bermeja y Estrella de Fuego.

Los guerreros fueron desfilando, reuniéndose, aturdidos, junto a los muertos.

«¡Esta batalla jamás debería haberse producido!»

***Ecos lejanos* es la segunda entrega de «El augurio de las estrellas», la nueva saga de «Los gatos guerreros», la serie que lleva más de treinta millones de ejemplares vendidos en todo el mundo.**



La enigmática profecía del Clan Estelar ha señalado a tres miembros del Clan del Trueno Aahora los elegidos, Glayo, Leonado y Zarpa de Tórtola, deben trabajar juntos para desentrañar el significado que se esconde tras ella. Sin embargo, más allá del bosque, todavía acechan las sombras oscuras que acosan al clan desde hace muchas lunas. Pronto, un siniestro visitante se aparecerá en los sueños de un gato, susurrando promesas de grandeza y amenazando el frágil equilibrio entre los clanes... Esto cambiará el futuro del Clan del Trueno de un modo que ningún gato habría imaginado jamás.



Erin Hunter es el nombre de un grupo de escritoras apasionadas por los gatos y por la vida de los animales en su entorno natural. Además del respeto que sienten por la naturaleza, disfrutan buscando explicaciones del comportamiento animal en la mitología, la astrología y los menhires.



Título original: *Fading Echoes (Warriors: Omen of the Stars #2)*

Edición en formato digital: marzo de 2022

Adaptación del diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Ilustración de portada: © Johannes Wiebel

ISBN: 978-84-18797-72-9

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: salmandraed
Twitter: @salmandraed
Instagram: @salamandraed
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Índice